



Una joya legendaria, un giro del destino
y dos personas condenadas a enamorarse

Las Perlas de las Reinas

Rosa Alcántara Menéndez

Las Perlas de las Reinas

Rosa Alcántara Menéndez

Copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2018

Diseño Portada © Rosa Alcántara Menéndez

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Los personajes, sentimientos y todas las situaciones de esta novela son ficticios, son producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Páginas de interés](#)

Prólogo

8 de septiembre de 1872, Medina Sidonia, Cádiz

DESPUÉS DE HABER ECHADO EN UN barreño de madera las proporciones exactas de arena y piedra molida, tal y como le indicó el maestro albañil que trabajaba en la ampliación de la iglesia del pueblo, vertió dentro una jarra de agua y cogió la vara de olivo bien recia que solía servirle de apoyo a sus maltrechos huesos. Empezó a menear la mezcla de forma cuidadosa hasta conseguir una consistencia espesa, la adecuada. Decidido, entró en la casa de campo y atravesó esa estancia grande, con una olla en la chimenea soltando aromas apetitosos, sin apartar los ojos del pequeño cofre de cobre que había en la destartalada mesa de aquel austero espacio.

Comprobó por enésima vez el interior del cofre, con una desconfianza casi enfermiza. El broche seguía ahí, inerte, esplendoroso, lo contempló sin admiración pero en trance, abstraído en un abismo involuntario. Notó el poder de la oscuridad, acababa de percibirlo a modo de temblor, y reaccionó de un brusco parpadeo.

Debía apremiar antes de arrepentirse.

Hurgó en el bolsillo del viejo pantalón que llevaba puesto y sacó la carta que su abuelo no fue capaz de destruir. Era la única prueba que los vinculaba al mal. Le falló el pulso al sostenerla cuando la releía. Aún recordaba el timbre grave de la voz de su abuelo ante un sinfín de sueños quebrados por la

mala fortuna y la deslealtad, la pena que se filtraba en sus palabras mientras recordaba una infancia marcada por el sufrimiento de su madre.

Emocionado, sintiendo lástima, dobló la carta en cuatro partes y la colocó encima del broche para terminar cerrando el cofre con llave. Sería la última vez. Por eso se aseguró de echar bien la llave. Debía proteger la poca familia que le quedaba cuando estaba a punto de vender esa finca asolada por trágicas desgracias.

Con el cofre en una mano y el barreño en la otra, se dirigió al muro que separaba esa estancia del dormitorio hasta detenerse justo al pie del hueco de las dos piedras que había quitado un rato antes. Metió el cofre en el hueco y lo empujó para que quedase bien encajado, había en su interior una fuerza extraña azuzando sus movimientos. Partió con una maza de hierro una de las piedras y separó varios trozos. Después, se llenó las manos de cemento y lo extendió en el hueco. Eligió los trozos de piedra que mejor podían tapanlo, volvió a echar más cemento y, satisfecho, pasó un estropajo de esparto para disimular el parche. A cierta distancia era inapreciable, y en cuanto estuviera seco pasaría inadvertido. Recogió del suelo terrizo los restos de piedra, el barreño y salió de la casa para lavarse las manos.

Cerca de la puerta, bombeaba agua del pozo sin apartar la vista del horizonte. Al fin, tras más de un siglo de penurias, había alejado el mal más hermoso, el peor por falso, el único auténtico; nadie encontraría jamás el peor vestigio de *Las Perlas de las Reinas*, él acababa de sentenciarlo a la mayor crueldad: la negrura del olvido.

Capítulo 1

9 de noviembre de 2017, Madrid

HABÍA LEÍDO TANTAS veces aquellas líneas que era incapaz de detectar las expresiones antiguas o la caligrafía bien trazada con pulcritud. Ese folio con la fotografía de la carta de papel ajado fechada en Londres en abril de 1750 la ensimismaba hasta evaporar el tiempo. Estaba a punto de apagar la lámpara de su escritorio cuando Ernesto García entró en el despacho. Ella, Calixta Mesniel, a la que todo el mundo conocía por Álix, de inmediato soltó el folio encima de la mesa.

Ernesto vio el movimiento, suspiró, harto de presenciar lo mismo día tras día, incluso arrepentido por haberle dado esa carta de dudosa procedencia. Era escéptico acerca de su veracidad. Ella prescindió de sus modernas gafas de vista, tenían la montura verde y lunares blancos, las dejó en la mesa y, esperando algún comentario mordaz tan consabido como molesto, reclinó la espalda en el sillón y usó un lápiz para recogerse en un descuidado moño las largas flamas de cabello que le ocultaban parte del rostro.

Con una ligera sonrisa en los labios, la doctora observó la figura contundente del hombre al atravesar el despacho. No era apuesto, le sobraban algunos kilos y tenía mal encubierta la cabeza por una ligera pelusa oscura, pero resultaba agradable por sus facciones regulares. Él desvió la mirada a la estantería blanca que había al fondo de aquel espacio pulcro, no tan grande como su despacho, de techos altos, un reducto geométrico para apilar infinidad de libros, un pequeño microscopio y utensilios parecidos a las herramientas de un joyero.

—Álix, si te repito que no le des más vueltas, ¿servirá de algo? —le

preguntó con sorna. La doctora negó despacio, en silencio, sin ser consciente de la pena que Ernesto sentía por ella. No llegaba a entender cómo siendo atractiva y sociable no tenía pareja o, como mínimo, un círculo de amistades para despejar la cabeza los fines de semana—. Intenta no obsesionarte, tiene más visos de falsa que otra cosa.

—No estoy de acuerdo —dijo a media voz—. Da demasiados detalles, demasiada información del tal Sublevant. Déjame investigar en el Archivo General del Palacio Real, hay información de las cuestiones internas de los reinados. Me centraría en los encargos de joyas y en los inventarios de bienes. Tiene que haber alguna referencia del collar y, con un poco de suerte, hasta algún dibujo que lo identifique sin lugar a dudas.

—Referencias, es posible; pero dibujos del diseño, lo dudo. Tendrías que recurrir a los archivos de los joyeros reales y sería una labor que te absorbería —comentó severo. Esas palabras llevaban implícita la carga de trabajo que tenía pendiente por la inauguración del nuevo Museo de las Colecciones Reales que se abriría en menos de dos años dentro del complejo del Palacio Real, la gran apuesta de Patrimonio Nacional para acercar la monarquía a los españoles. No vio necesario recordarle el retraso ni las presiones que estaban recibiendo—. Es una lástima la poca información que ha perdurado, pero es así. Los contados estudios sobre nuestra joyería se especializaron sobre todo en los siglos XVI y XVII, los análisis de las piezas reales se retoman a partir de los últimos años del siglo XVIII. Del reinado de Felipe V encontrarás algo porque duró cuarenta y seis años, inició la dinastía Borbón y nuevos planteamientos estéticos al ritmo de la moda de la época. Pero de Fernando VI encontrarás poco porque su reinado fue de rango bajo, y ya sabes que sin guerras ni escándalos no se capta el interés de las masas.

—Eso no ha cambiado a lo largo de la historia, el morbo siempre vende —reconoció ella hablándole con total libertad. Tenían edades distintas, Álix

acababa de traspasar la década de los cuarenta mientras Ernesto estaba casi finalizándola, pero sus bagajes profesionales eran similares y excelentes: licenciados en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid, jefes de Conservación de las colecciones de Pintura del Siglo XIX y XVIII, entre otros trabajos desempeñados siempre como funcionarios de carrera del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos del Estado y, lo más importante, vivían por el Arte—. Soy consciente de todos los obstáculos que tendré, Ernes —añadió de buen grado—, y del esfuerzo..., pero dame la oportunidad. El collar merece la pena.

—No —replicó sin vacilación—. La mayoría de los fondos documentales se perdieron en el incendio del Alcázar, y con las lagunas que hay en los conservados, ya sea por los sucesivos avatares históricos, el abandono y el olvido, tendrías que recurrir a demasiadas fuentes además de nuestros archivos —habló pensando en los Museos de Artes Decorativas y el de Antropología—. No puedo dejarte perder el tiempo de esa manera sin pruebas concluyentes de que el collar siga existiendo.

—Sin investigar un poco más, no podré dártelas. Por favor, Ernes.

—No —cortó el ruego de forma rotunda—. Conllevaría dar explicaciones a la Casa Real y con la que está cayendo y a tan poco tiempo de la inauguración del museo podría ser nuestro suicidio profesional. Olvida la carta y céntrate en lo tuyo. Las referencias del collar terminan cuando la reina Isabel se lo regaló a su hijastro antes de que se casara con Bárbara de Braganza. Creemos que formó parte del intercambio de regalos que se hicieron los prometidos, pero tenemos poca información que lo atestigüe y si nos basamos en suposiciones sería el cuento de nunca acabar. Te lo repito, Álix, olvídalo.

—Me decepcionas. ¿En serio quieres que olvide una joya de la Corona que puede valer una fortuna? —dijo sin ahorrar un reproche recurrente para

manipularlo.

—Sí. Entiendo que estés entusiasmada con la carta porque para todos sería un acontecimiento encontrar las legendarias *Perlas* de los Borbones, que te habrá distraído... y servido para desempolvar tu inglés...; pero hasta aquí, no insistas más.

—No he tenido que desempolvar nada, por desgracia tengo muy fresca mi herencia materna.

Ernesto lamentó sus palabras al percibir la rabia en el tono de ella.

—Lo sé, Álix, discúlpame; no ha sido mi intención recordarte a tu madre.

—No necesito una carta para recordarla —comentó sin rencor—. Tengo su color de pelo, la piel pálida como ella, más rasgos de su personalidad que de mi padre, diría que soy su viva imagen, ¿no crees?

Álix sonrió un poco, con ánimo de volver a congraciarse con él.

—No la conocí, pero que pareces más escocesa que española es incuestionable —comentó y, viendo una expresión triunfal, se apresuró en agregar—. Tan incuestionable como que olvides la maldita carta.

Durante unos segundos se midieron con ráfagas soberbias. Hasta que ella decidió jugar su última baza. O, matizando, decidió volver a la monserga del bien público:

—Somos conservadores, es nuestra obligación velar por el patrimonio nacional —habló vehemente—. La carta es auténtica, que haya permanecido oculta más de doscientos años solo le da más veracidad, y que explique con todo lujo de detalles cómo era y dónde estaba escondido el collar debería incitar tu curiosidad, por no decirte lo que alegraría al actual rey.

Ernesto elevó las cejas.

—¿Piensas convencerme a base de nombrar al rey?

La doctora apretó los labios.

—Ya lo he hecho, ¿verdad?

—No, pero te doy permiso para autentificar la carta —comentó de buen humor al ver el brillo resplandeciente de unos ojos oscuros como la tierra—. Tienes hasta el lunes.

—¿Y gastos pagados?

—No te pases. No vas a arruinarte por costearte tres días en Cádiz. Ni siquiera es temporada alta, alójate en cualquier hotelito de Chiclana, está a un paso de Medina Sidonia.

—Tendré que convencer a la dueña para que me la preste —dijo para sí misma, pensando en que necesitaría traer la carta a Madrid.

—Ha sido ella la que se ha puesto en contacto con nosotros, no creo que se niegue. Y de hacerlo, estoy seguro de que en cuanto la tengas delante también la persuades.

—Gracias por la confianza —dijo con un deje de ironía.

—De nada.

Ernesto dio la vuelta y encaminó sus pasos lentos, andaba con las manos en los bolsillos del pantalón, hacia la puerta del despacho.

—¿Sabías que Isabel de Farnesio odiaba a todos los hijos del primer matrimonio del rey, verdad? —le preguntó, y él se volvió moviendo la cabeza al afirmar—. ¿No te parece raro que le regalara a su hijastro el collar?

—No le tendría mucho aprecio. Con la cantidad de joyas que debía tener a su disposición no le supondría una gran pérdida. Aunque, pensándolo bien... —Ernesto sonrió un poco, recordando la leyenda negra de Isabel Farnesio sobre sus caros gustos, y fue consciente de que estaba a punto de soltar la carnaza apropiada para una mente inquieta como la de ella—. ¿Por qué desprenderse de *Las perlas de las Reinas*?

Capítulo 2

AL SALIR DE LA FINCA rumbo a la urbanización Novo Sancti Petri de Chiclana, Álix se fijó en los campos pajizos. Todos los alrededores estaban desiertos, abatidos por la solanera del mediodía y una temperatura casi veraniega a esas alturas del otoño. Tras el volante de su coche, un Audi A3 plateado con bastantes kilómetros pero infalible en cuestiones mecánicas, recordaba la conversación que acababa de tener sin dejar de sentir la excitación de otro gran reto. Desvió un instante la vista al asiento del acompañante, a las cajas de envoltura que había llevado expresamente para trasportar el cofre y la carta. Nada debía ocasionarles más daños antes de verificar su autenticidad.

La señora Ledesma no solo había confiado en ella al entregárselos, sino que también le había contado al detalle cómo apareció el pequeño cofre de cobre con guarniciones de plata al talar un viejo olivo de más de trescientos años, muerto unos meses atrás, cuando removieron la tierra para quitarle las raíces. Ni ella ni su marido dudaron nada más verlo que era auténtico, idea que reafirmaron al descubrir la carta. Tampoco dudaron al ponerlo en conocimiento de Patrimonio Nacional ya que todo les llevaba a creer que aquello ocultaba algo valioso relacionado con la Corona. La doctora, allí mismo, y aunque lo analizarían en Madrid de manera meticulosa para situarlo históricamente y averiguar su procedencia, casi confirmó la sospecha de la pareja. El cofre era auténtico, de buen metal.

Ese tipo de hallazgos le insuflaban energía o una especie de aire puro que conseguía acrecentar su espíritu luchador, azucarillos para su ávida curiosidad, eran acicates profesionales para alcanzar nuevos logros, innecesarios porque a esas alturas podía decir que lo había conseguido todo,

si eso era posible, pero como mujer ambiciosa y soñadora, hasta inconformista, cumplido uno, siempre tenía las miras puestas en el siguiente. Se había convertido en experta ocupando su tiempo de manera absorbente, tanto como los agujeros negros absorben la materia, para ella no existía el aburrimiento ni la holgazanería. Tal vez por eso, aparte de las gratificaciones del trabajo había cultivado a lo largo de su vida una vasta lista de ocupaciones capaces de hacer volar las horas a una velocidad sónica. Algunas de esas ocupaciones cualquier persona las calificaría de absurdas, como, por ejemplo, coleccionar búhos de cerámica y mantenerlos relucientes; ampliar la colección de sellos y monedas mundiales que heredó de su padre, todo un consumado coleccionista, catalogarlos con esmero y, cómo no, hacer brillar las monedas.

Por fuera podía parecer una persona sociable, adaptada, pero su carácter huraño era el causante de ese comportamiento que rayaba en algún trastorno obsesivo. Ella solía achacarlo al único interés de no pensar en la soledad, y se engañaba. En el fondo sabía que era una solitaria maniática. Ciertamente, admitirlo resultaba duro; quizá tan duro como haber descartado tener pareja y, por supuesto, formar una familia; nada de eso entraba en sus planes porque, y pese a esa negación subconsciente, sabía que encontrar a alguien, un hombre para ser concretos, capaz de encajar con ella resultaría una empresa inviable. Nadie en su sano juicio pasaría de un revolcón puntual, o varios dado el caso; no había nacido el hombre capaz de complementarla y, mucho menos, con temple para limar la acritud de una personalidad tan compleja.

Llegando al hotel del Novo Sancti Petri, rodeado de pinares junto a la larguísima playa de La Barrosa, de forma súbita, apartó la vista de la fina arena dorada, y los pensamientos de sí misma poco halagüeños, para centrarse en evocar la imagen que Jean Ranc plasmó de Bárbara de Braganza en el retrato que le realizó justo el año de su boda con el entonces Príncipe de Asturias. Era uno de los muchos retratos que el pintor realizó para la Corte,

uno más de los que formaban la colección pictórica del Dieciocho, otro con una leyenda popular sobre sus dotes lisonjeras embelleciendo los rostros de algunos personajes públicos poco agraciados por la genética o desafortunados por el rastro de la viruela, caso de la joven princesa portuguesa.

Con la vívida imagen de ese óleo de 1729 que estaba en el Museo del Prado —a Bárbara de Braganza se la veía en un jardín, destacaba la palidez de su piel bajo el traje de seda amarilla que llevaba con un manto rojo y camisa de encaje; lucía un joyel de pecho de diamantes y rubíes y, a juego con los pendientes, una piocha de diamantes en la peluca blanca de estilo francés—, pensó que la fealdad no la había privado del amor sincero a pesar de haberse casado por conveniencia.

Toda la vida de la mujer fue de una extraordinaria rareza, tanto como que en ese retrato en concreto no hubiese lucido el collar de perlas negras engarzadas en oro y rodeadas de brillantes que regaló el príncipe antes de la boda cuando en ese tipo de retratos pos y prenupciales siempre se exhibían las joyas de señalados eventos. Otra rareza inexplicable.

Tenía en mente la cantidad de fotografías de la actual reina española —con la sortija de compromiso, con diademas y collares hechos por afamados joyeros—, también del resto de reinas europeas, alardeando de joyas como llevaba haciéndose desde el principio de los tiempos; antes, mediante las pinturas; y ahora con reportajes fotográficos desde todos los ángulos posibles. Las joyas representaban la condición social. O mejor dicho, con las joyas se marcaban las distancias de las diferentes clases sociales. Si no, que se lo preguntasen a quienes compraban oro al peso para rodearse el cuello con kilos de ostentación. Las joyas habían ayudado de un golpe de vista a percibir el nivel económico de las personas desde que los metales preciosos se descubrieron. «Esto es una verdad incuestionable», concluyó Álix al empezar a cavilar en el valor actual del collar. Lo creyó inmenso.

Suponía que las perlas las habrían traído de Tahití en alguna expedición científica o comercial de las varias que se promovieron con el fin de cartografiar el mundo o hallar tesoros, siempre en abierta rivalidad con Inglaterra, Francia y Rusia, descartando ya en esos días a Portugal por las alianzas de sus monarcas gracias a los matrimonios de sus hijos.

Estaba esperanzada en hallar en algún inventario cómo se consiguieron las perlas, los brillantes, el oro de la orfebrería, los pagos y dónde lo guardó tanto Isabel de Farnesio como Bárbara de Braganza, igual que mantenía la esperanza de hallar respuesta a una pregunta bastante farragosa por ilógica: «¿Por qué Isabel de Farnesio se desprendió de él?». Fue una reina ambiciosa y la instigadora en la sombra de los mayores asuntos de Estado, la madrastra indeseable que cualquier huérfano desearía no tener. ¿Por qué le regalaría a Fernando VI *Las Perlas de las Reinas*?

Seguía con el collar usurpando todos sus pensamientos cuando puso rumbo a la recepción del hotel. Cargada con las cajas, sin excesivo peso pero llevándolas con extremo cuidado, atravesó el vestíbulo de una sola planta y aire sofisticado mezcla de modernidad y estilo rústico. Había poco ambiente, solo un par de señoras de mediana edad transitaban hacia la entrada del restaurante.

Una amable chica le dio la llave de su suite y tuvo la cortesía de informarla de los horarios de las comidas. Luego, no tardó en recorrer las inmediaciones de los bungalós que formaban todo el hotel y estaban conectados por caminos enlosados parecidos a las vías romanas. Pasó cerca de un palmeral con dos piscinas grandes de formas sinuosas, divisaba un campo de golf con pocos hoyos por su tamaño ni jugadores en aquel momento, pensando que en temporada alta sería otra cosa tanto en afluencia de clientes como en precio. A ella iba a resultarle una ganga, económica y relajante, aunque le reservaría a Ernesto esos nimios detalles que solo aumentarían un

desesperante interés en promover su actividad social vulnerando, o infravalorando, el bienestar del silencio y la felicidad de su organizada existencia.

Entró en el confortable salón de su suite directa al escritorio que había frente a la cristalera, enmarcaba una serena panorámica del campo de golf, y dejó las cajas encima. A continuación fue al dormitorio para quitarse aquella ropa clásica y oscura que le aportaba monotonía y ayudaba a distanciarla un poco más de los demás, se puso un vestido cómodo de punto y sacó de la maleta una nueva bolsa de guantes de fino algodón. Había echado varias en la maleta, siempre precavida.

Antes de volver al salón, mientras se lavaba las manos en el baño que había dentro del dormitorio, contempló en el espejo iluminado en los laterales con luz blanca su rostro pálido, las pecas de la nariz y los ligeros surcos alrededor de sus ojos almendrados, llamativos y de espesas pestañas oscuras. Nunca fue una mujer coqueta, pero por un leve instante le apenó su imagen descuidada porque acentuaba el aspecto frágil de su rostro armonioso. Transmitía algo irreal, ni estaba cansada ni se consideraba mayor. Aún no. Tenía por delante retos y proyectos, planes a corto plazo que la satisficían pese al remordimiento de no salir de su burbuja.

Intentó no pensar en ella al colocarse los guantes. Y en nada, cuando sacó la carta de la caja, empezando a examinarla de forma cuidadosa, se olvidó por completo de sí misma para centrarse en varios pliegues del papel amarillento demasiado marcados, débiles, que podían rasgarse, y cualquier precaución le pareció poca.

Volvió a ensimismarse en la caligrafía de William Morris, en la tinta que se difuminaba en algunas palabras.

Morris le contaba a su mujer Dolores que un tal Sublevant jamás supiera que él tenía el collar de perlas negras de la reina española. Morris dejaba

entrever que era marino al decirle que no podría hacerse cargo de ella y sus hijos porque estaría preso por traición o embarcado, sin dar pistas en ningún momento de rangos navales. Eso le había hecho pensar que no fuese militar, sino tripulante de algún barco dedicado al comercio. Describía con precisión dónde había escondido el collar, en un arcón de su casa y bajo las mantas de invierno. Sin rodeos, no dejaba de advertirle acerca del peligro de Sublevant. También, llegaba a reiterarle tres veces que se marchara de Londres con sus hijos, que no tuviera reparos en deshacer el collar para vender las perlas poco a poco y sobrevivir sin él.

Mientras la temperatura descendía y el viento empezaba a ulular, Álix se devanaba los sesos pensando cómo había llegado el collar a Londres. Repasó cronológicamente el reinado de Fernando VI, la mala relación entre la reina madre Isabel de Farnesio y él, hijo del primer matrimonio de su difunto marido el rey Felipe V con María Luisa de Saboya y buscó información en Internet. A falta de documentos fiables, seleccionando bien podía hallar cualquier dato interesante que le procurara un rastro diferente y, quizá, esclarecedor.

Trató de encontrar alguna relación entre el collar, Londres y la corona española, no podía ser casualidad dados los conflictos históricos y el uso de joyas para financiar guerras o misiones de estado secretas, máxime cuando coincidían en el tiempo con el desvanecimiento de la faz de la tierra de las *Perlas*.

Jamás se reclamó robo alguno por parte de la Casa Real española, extraño como poco.

Partiendo del hecho probado de su misteriosa desaparición, estaba segura de que a Morris el azar lo cruzó con el collar. “Alguien” debió facilitárselo si nunca fue robado, y “nadie” le daría una joya de ese valor a cambio de nada.

La forma de expresarse de Morris sugería poca formación académica, pero

no nula como habría sido normal en esa época cuando solo los afortunados de las clases bajas aprendían a escribir y aritmética mientras al resto solo se les enseñaba a leer para que tuvieran acceso a las Sagradas Escrituras y aprendieran a ser serviles. Eso la llevaba a barajar la opción de que ni siquiera la carta fuese de su puño y letra. El marino sería un sinvergüenza, un traidor como él mismo le contaba a su mujer, por qué no, hasta un pirata, el hombre oportunista en el sitio correcto. Apenas sopesaba otras hipótesis acerca de él.

En cambio, un cúmulo de sombría sordidez entretejía ideas en su mente para el recorrido del collar desde España a Inglaterra. Algo importante entre los dos países no había trascendido a la Historia, algo ocurrido en 1750 lo suficientemente grande para poner en circulación una joya del calibre de *Las Perlas de las Reinas*. «¿Qué asuntos no trascendían?», se preguntó. Por supuesto, los turbios.

Pasó el resto del día recluida en el bungalow, repasando los escasos documentos oficiales que había encontrado sobre política exterior de esas fechas. «Debía haber algo, no era casualidad», se repetía mientras la vista se le emborronaba y un dolor de cabeza punzante la abatía de forma insistente. Lo sentía agresivo, más incluso que el rugido del viento azotando la playa. Fue tal la energía de ese silbido difuso, a veces aterrador, que previó pasaría la noche en vela enmarañada entre retorcidas cábals.

Suspiró agotada al oír el sonido fantasmal del viento. Con un gesto mecánico, se quitó las gafas y se llevó las manos a las sienes. Sin pensarlo más, se puso en pie para tomarse la pastilla que le aliviaría algo el dolor. Perdió un poco el equilibrio, solía sucederle con jaquecas intensas.

Luego, a la espera del efecto de la pastilla, cogió el portátil del escritorio y encaminó sus fatigosos pasos a la habitación. Ahuecó los cojines de la cama, se echó con el ordenador en el regazo y volvió a teclear en Google el nombre

de William Morris. De nuevo cribó otro aluvión de entradas, de manera metódica las filtró sin ningún éxito, pensando que si con dificultad ciertos personajes relevantes del siglo XVIII habían pasado a la historia, que lo hubiese hecho un marino inglés anónimo habría sido todo un hito. Concluyó seguirle la pista indagando en los registros de las ejecuciones de Londres, si es que los había, porque Morris no apostaba por su final más allá de un prolongado embarque o su encarcelamiento y posterior ejecución. Lo del embarque siendo marino era posible, y el encarcelamiento mucho más.

La doctora no llegaba a entender el porqué, pero desde que Ernesto le dejó examinar la carta había sentido un impulso irracional, una sensación que la guiaba hacia las miserias de una historia apasionante oculta a lo largo del tiempo. «¿Qué otra cosa podía pensar? ¿Por qué, si no, escondieron la carta en un cofre y lo enterraron? Nadie que actuara con la conciencia limpia habría hecho algo así. ¿No habría sido más coherente, incluso sensato, quemar la carta si era la única prueba del destino de una joya real robada o conseguida de forma ilícita?».

Capítulo 3

AÚN EL SOL NO HABÍA DESPUNTADO cuando Álix se quitó las gafas antes de cerrar el portátil. Durante la aciaga noche de infernal sonata había hecho varias averiguaciones más que alentadoras. Una, quizá la mejor, fue descubrir que la fecha de la carta coincidía con la partida de Londres del mercante español Santa Ana. ¿Habría embarcado Morris en ese barco con rumbo a España? Si fue así, pudo huir de la horca. ¿Enterró él mismo la carta después de reunirse con su familia? Esto último no tenía mucho sentido. Deshacerse de ella seguía siendo la opción más lógica. A más información mayor maraña. ¿O no huyó de nada ni nadie y su insomnio estaba guiando que elucubrara demasiado?

Como solía hacer cuando el instinto le decía que iba por buen camino, repasó toda la información recabada de William Morris dándose un margen de duda al comprobar en varios documentos de la época que lo tachaban de traidor a la Corona del rey Jorge II. ¿Quién fue realmente William Morris? ¿Cómo un marino traicionaba a su rey? ¿Buscó refugio en España? ¿O era España la causa y por el collar podía presumirse esa traición? Desde luego, algo olía muy mal.

Tras tantas horas muertas sacó en claro dos cosas coherentes: el collar pudo ser el pago de algún servicio de Morris, y “menudo servicio” debió ser si traicionó a su rey, y que la Casa Real española estuvo implicada en el asunto; eso aclaraba que durante más de doscientos años se hubiese perdido en el olvido y su desidia por recuperarlo.

Conforme con esas hipótesis, inclinó la cabeza hacia atrás desentumeciendo los huesos del cuello. Poco podía hacer contra la falta de

descanso, evadirse un rato quizá; dejar que fluyera la sangre por su cerebro para encontrar respuesta a la pregunta que más le inquietaba: ¿quién tendría en la actualidad las majestuosas perlas negras? Sin ni siquiera atreverse a imaginarlo, se dispuso a ducharse. Necesitaba una tregua o acabaría perdiendo más cordura de la que ya a veces creía carecer.

Algo después, con el viento de levante azotando de forma enérgica, escuchando aquel frenesí sonoro y caótico, como era una mujer metódica empleó bastantes minutos en alisarse el cabello, en vestirse con unos sencillos pantalones negros y jersey de cuello alto que resaltaba su delgada silueta. Nada de esa vestimenta, ni la ausencia de maquillaje de su rostro, justificaba tanta pérdida de tiempo.

Comprobó en el móvil que seguía sin haber recibido ninguna llamada y, con cierta indolencia, lo guardó en el interior del bolso antes de ponerse una chaqueta vaquera y coger la llave magnética del bungaló.

Famélica, salió hacia el restaurante bordeando el campo de golf. El vaivén dramático de las palmeras capturó su mirada, también se recreó en las ondas de las piscinas. No veía un alma en esa breve distancia que estaba resultándole dificultosa, costaba mantenerse erguida y avanzar contra una fuerza tremebunda.

Al franquear la puerta acristalada del restaurante necesitó unos segundos para ubicarse en aquel espacio amplísimo, vacío de huéspedes y con tres islas calientes y tres frías, grandes y bien surtidas de comida.

Sin conciencia de que tenía la melena pelirroja revuelta en una locura encrespada, y algo inquieta por la sorpresiva soledad, caminó decidida hasta una mesa cercana a la entrada del vestíbulo, casi arrinconada, y colocó despacio la chaqueta en el respaldo de una de las cuatro sillas que había alrededor. Dos camareros uniformados de negro hablaban en la extensa barra, se distinguían varias planchas y otra selección de bandejas con comida

caliente, la observaron y saludaron con ligeras inclinaciones de cabeza. La doctora no les vio apretar en los labios unas divertidas sonrisas.

En su mundo, ella se dirigió a las islas. Cuando tuvo preparada una bandeja, recorrió con la mirada aquel extenso surtido antes de empezar a seleccionar una macedonia de frutas, llenarse un vaso de zumo de naranja y coger mantequilla, patés y dos porciones de queso manchego. La expectativa del desayuno la hacía salivar con gula. Eligió diferentes panes, que tostó en una cinta transportadora lenta e infernal, sin dejar de observar las islas que parecían gritar su nombre —había huevos hechos de varias maneras, toda clase de embutidos, cereales y verduras asadas— tentándola a saltarse sus estrictos parámetros de moderación. Fue una roca impasible. Llevaba en la bandeja solo lo que sería capaz de comerse, exacto.

Regresó a la mesa a paso lento después de servirse una taza de café aguado poco apetecible, y andaba con la vista fija en la bandeja para evitar un desastre. Al cruzar ante las cristaleras del jardín, levantó la mirada y, de golpe, viendo su reflejo, fue consciente de su enmarañado cabello. Maldijo mentalmente por haber tenido el buen propósito de arreglarse con aquella ventolera; como idea absurda resultó brillante, como práctica instrucción también; era imposible luchar contra la rebeldía.

Sentada en la mesa, se hizo un moño con la gomilla de emergencia que siempre llevaba en la muñeca y empezó a desayunar probando el café, no se equivocó al juzgarlo por su transparencia. Observaba las islas sin parar de preguntarse dónde acabaría toda la comida sobrante, consideró un exceso tales cantidades cuando la ocupación del hotel debía andar bajo mínimos. No pensó que era temprano hasta para los clientes extranjeros ni que dadas las cuatro estrellas del establecimiento tenían obligación de ofertar esa variedad.

Álix había heredado el compromiso social de su madre, una escocesa de clase alta venida a menos que aprendió a vivir con lo justo, y la austeridad de

su padre. Juan Mesniel, nacido en noble cuna y pobre cartera, la guió en la creencia de que lo único respetable y valorado por las personas era la medida y el fruto del esfuerzo de un trabajo digno. El hombre, antes de morir con su esposa en un accidente de tráfico en una carretera de Madrid en el 2001, fue contable en una multinacional francesa y supo aprovechar las oportunidades de la vida con tesón, voluntad infatigable y bajo ese prisma austero que él mismo cumplió a rajatabla y logró cumplieren su esposa e hija.

Echando un vistazo por encima a la vida de sus padres pudiera pensarse por su decente situación económica que Álix había disfrutado con ellos de lujosas comodidades y no fue así. Sin carestías, con educación esmerada y sin alardes; las máximas de Juan Mesniel.

De repente, una risa femenina acaparó el plácido silencio. Álix, con la taza de café en el aire a punto de sorber, dejó de contemplar el jardín y giró la cabeza hacia la entrada. Una chica muy joven, no pasaría de dieciocho años, de larguísima melena castaña, alta y guapa sin artificios, reía junto a un hombre maduro. Él rondaba los cincuenta, calculó algo perdida. Era moreno, bien parecido; corpulento, exudaba una masculinidad atractiva. Vestía vaqueros, camiseta azul marino de mangas largas con una frase lapidaria que no distinguió bien sin las gafas de vista y deportivas de tela. La chica llevaba un vestido estampado veraniego, chancas y chubasquero oscuro. Le pareció algo incoherente, pero en ella resultaba simpático, natural.

El hombre se detuvo antes de acceder al restaurante a saludar a una señora de mediana edad, se besaron en la cara como viejos amigos, mientras la chica accedía dedicando a los camareros unos saludos bastante familiares. Al pasar cerca de Álix también le dirigió otro saludo. Esta vez, correcto sin más. Obtuvo por réplica una falsa sonrisa.

La chica eligió una mesa bastante distanciada, regalándole a la doctora el bienestar de la lejanía. Algo leve, porque sus pensamientos radicales no se

suavizaron aunque trató de ignorarlos.

Álix no soportaba las relaciones con esas diferencias de edades ni a esa clase de mujeres, para ella indignas al rebajarse por dinero o posición social. Le asqueaban que prefirieran conseguir logros usando el físico y favores sexuales antes de hacerlo por méritos propios. Eso en cuanto a las mujeres. Respecto a los hombres todo lo multiplicaba por cuatro. A las mujeres jóvenes podía incluso perdonarlas porque justificaba que se sintieran deslumbradas por el poder económico, sin embargo a los hombres que se valían de ese poder para conquistar, o creer que conquistaban, no les daba ni agua. Era un desprecio tal, que frunció los labios y le negó la mirada al hombre cuando, tras terminar su conversación, la saludó con cortesía camino de la mesa que ocupaba la joven.

Gracias a la ausencia de más huéspedes, no escuchar las voces de la pareja resultó una misión inútil para Álix. Terminó el desayuno molesta por sus risas alegres, pensando en relajar la mente de tanta hipocresía aunque varias veces la chica había acariciado la cara del hombre con cierta ternura como si de verdad le tuviera cariño. Fueron muestras de afecto incomprensibles.

Salió del restaurante dirigiéndole una mirada reprobatoria al hombre. Él esgrimió una sonrisa cínica, inclinándose sobre el oído de la chica para decirle algo y provocarle otra carcajada que resonó nítida. Ese sonido fresco sacudió las piernas de la doctora para apresurarle el paso.

Tras cruzar el vestíbulo de recepción reparó de nuevo en el gris plomizo del cielo y, sobre todo, en la intensidad del viento que había olvidado gracias a la distracción de la desigual pareja. Empezó a sopesar volver al bungalow amparada bajo el ancho zaguán de la salida.

Contemplaba estremecida por el frío las hojas otoñales de los árboles danzando a un ritmo demencial a lo largo del aparcamiento. No tenía

necesidad de hacer turismo, a fin de cuentas estaba ahí por una cuestión laboral.

Por otro lado, ese ambiente desolador le ofrecería un paseo solitario imposible de haber hecho un día radiante. Era una suerte viéndolo desde el prisma del egoísmo. Corrió para sentarse tras el volante del Audi.

Puso rumbo a Conil escoltada por pinos y palmeras, con la playa oculta entre edificios bajos casi todos hoteleros. La zona estaba bien cuidada, y desierta. No se cruzaba con ningún coche, como si nadie osara desafiar al desapacible viento.

En un rato recorrió a duras penas las inmediaciones del Cabo de Roche, decepcionada porque sus buenos recuerdos de la infancia la hubiesen dirigido a aquel diminuto puerto pesquero con un insulso faro de hormigón blanco y minúscula linterna. Sin nada destacable, pensó que era el faro más feo que había visto nunca.

Alejándose, al observarlo por el retrovisor del coche, se dio cuenta de que en la niñez podían distorsionarse las cosas según las experiencias vividas. Y, desde luego, las gratas, como las de ella, servían para magnificar lugares, monumentos o incluso personas.

Recordando los veranos con sus padres en esos parajes, cogió un desvío y se internó en la pista de tierra que daba a un pinar y a la playa de Cala Aceite. Entre troncos esbeltos hacia el manto de copas que lo cubrían todo, encontró un pequeño claro. Aparcó el coche y, pisando un tapiz de rojizas agujas, llegó al borde de un pequeño acantilado.

Atenta a la bonita panorámica de las rocas en el mar, descendió hacia la playa por una escalera de madera y se sentó a los pies del acantilado al resguardo del azote del viento.

Cogía puñados de fina arena que dejaba escapar entre sus dedos abstraída en el oleaje. El salitre le impregnaba la piel, atrayendo a su memoria los

momentos más felices de su vida, de niña, sin problemas ni frustraciones, con la única preocupación de estudiar y divertirse. Así recobró el sereno optimismo de sentirse en paz.

A medida que el sol iluminaba la costa ella esclarecía la mente dándose la merecida tregua que necesitaba, mientras sus ojos vagaban entre azules, resplandecientes dorados y la furia del Levante mecía rabiosas ráfagas para crear de la nada sinuosas dunas que al instante desvanecía inmisericorde.

En Madrid tendría que continuar con su ritmo de trabajo y robarse tiempo de descanso para terminar la investigación del collar. Pero eso sería en Madrid, en aquel momento estaba en una playa perfecta disfrutando de la naturaleza en plena soledad. O eso creía.

Pasados unos minutos, incrédula, abrió los ojos de par en par al ver a la pareja del hotel abordando la playa sobre unas tablas de surf y grandes cometas. Los dos llevaban trajes negros de neopreno, parecían exultantes y no dejaron de reír mientras recogían las cometas con bastante esfuerzo. La chica se tiró en la orilla cuando terminó y echó la cabeza hacia atrás. Si vio a la doctora, la ignoró por completo. En cambio, el hombre la detectó con rapidez y levantó la mano a modo de saludo. Álix no podía creérselo. Por supuesto, ni se molestó en devolverle el gesto. En aquel preciso instante estaba pensando en las coincidencias del azar, en esas fatalidades maliciosas capaces de cruzar a personas sin ganas de interactuar.

—¡Vamos! —exclamó la chica dirigiéndose al hombre, echando a correr por la orilla—. ¡No seas muermo! —Sonrió alegre y se agachó a coger un puñado de arena—. ¡Vamos, vejestorio! —gritó antes de lanzarle la arena en la cara—. ¡Hemos venido a pasarlo bien, ¿no?!

—¡Tú sabrás! —replicó él empezando una guerra infantil con bolas de arena—. ¡Luego no te quejes!

De buen humor y con complicidad, la pareja jugueteó un poco más en la

orilla para acabar paseando sin prestarle atención a la doctora. El hombre tenía buenos músculos bajo el traje de neopreno y un par de palmos más que la chica. La diferencia fue mayor cuando le rodeó los hombros con el brazo de forma protectora.

Para Álix ese encuentro precipitaba el final de un momento grato, de nuevo con sus pensamientos feministas denostando cualquier opción de amor recíproco entre ellos. Tenía la firme convicción de que los hombres buscaban mujeres jóvenes cuando se sentían inseguros al alcanzar la madurez. También porque la juventud y la belleza van unidas, sin amargas discusiones ni los reproches propios de mujeres con más experiencia, y, sin duda, porque así volvían a sentirse importantes y respetados.

Hasta el pinar, todavía con la visión de la pareja en la distancia, despotricó lo más grande contra los hombres; no pudo remediarlo. Solo suspiró aliviada al arrancar el coche y perderlos de vista para siempre. Fue una imperiosa necesidad, prefería no tener delante esa distorsión del romanticismo que clamaba al cielo y a cualquier persona con una mínima autoestima.

De regreso al hotel hizo el equipaje en pocos minutos y, cansada, se tumbó en la cama. Mantenía los ojos clavados en el techo, recordando a la desequilibrada pareja, y le sobrevino la idea de que a veces el amor es caprichoso, de que cuando menos lo esperas puede aparecer de mano de la persona menos atrayente. ¿No fue lo que le pasó a Fernando VI y a Bárbara de Braganza? ¿Quién le iba a decir a Isabel de Farnesio o al mismísimo Felipe V que aquel matrimonio de conveniencia terminaría siendo muy feliz? Nadie esperaba que la princesa portuguesa, de constitución robusta y las feas huellas en el rostro de la viruela que padeció a los catorce años, consiguiera enamorar al entonces príncipe; sin embargo, habían pasado a la historia como una de las parejas reales mejor avenidas. A pesar de los ruines intentos de Isabel de

Farnesio, logró que el rey los recluyera en sus estancias reales durante una década para evitar su “mala influencia”, la pareja se unió más y aguantó con estoicismo un innmercido desprecio. Luego, cuando Felipe V murió, el destino se alió con ellos y le devolvieron el destierro a la intrigante reina viuda. Isabel de Farnesio pasó muchos años en el Palacio de la Granja aislada del exterior mientras los reyes promovían las artes, economía y cultura y se ganaban el favor popular.

Álix estuvo tanto tiempo analizando la vida de la pareja que anocheció y no fue consciente de la penumbra en el dormitorio. No veía nada, sombras difuminadas, en cambio su mente rozaba la claridad absoluta creyendo haber descubierto la clave de aquel amor real. Fue indudable, encontrar el amor radicaba en no buscarlo.

Capítulo 4

LA LLUVIA TORRENCIAL DE esa mañana desde aquella altura velaba la ciudad y desdibujó las filas de granito del nuevo Museo de las Colecciones Reales. El edificio había recibido varios premios de arquitectura, tenía más de diez niveles, sumando plantas de exposición y tránsito, y al contrario que la mayoría de museos se entraba por una de las plantas superiores y se descendía a las salas de exposiciones. Álix sintió un escalofrío en el largo pasillo que llevaba a la escalera de uso exclusivo para el personal, había una actividad extraordinaria por el traslado de las obras de los diferentes sitios reales que se expondrían, casi corrió cruzándolo. El cubicaje minimalista de las estrechas ventanas rectangulares y alargadas como dólmenes de altura inmensa proyectaban sus sombras en el techo para recrear una sucesión rítmica, impersonal, geométrica cual batallón alineado. Tal vez, amedrentaba tanto hormigón.

A través de la cómoda escalera que bajaba a los talleres de restauración, llegó a su despacho con los vellos de punta. Dejó el maletín encima de su mesa, se quitó las gafas, el abrigo empapado, y cogió del perchero una vieja chaqueta negra de punto de esas típicas de los abuelos. Sentía la humedad en los pies, y se sentó en su sillón giratorio con intención de quitarse las botas de medio tacón y los calcetines. Como no consiguiera calentarlos pasaría todo el día de malhumor sin concentrarse en nada. Por no contar con que pillaría un buen resfriado y con su tendencia hipocondriaca hasta una mortal pulmonía.

Pensando que Ernesto aún no habría llegado, no escapaba ningún sonido de su despacho, contiguo a ese, se descalzó y puso la calefacción a unos agradables veinticuatro grados. El aire caliente circuló por la estancia con

rapidez. Mientras accedía a su ordenador se frotaba los pies por debajo de la mesa.

A los pocos minutos ya estaba trabajando en la reubicación de un retrato de Carlos IV de Goya expuesto en el Palacio Real que formaría parte de la colección de los Borbones. Tomaba notas del tamaño de ese óleo cuando Ernesto apareció acompañado de otro hombre. Álix tardó un segundo en reconocerlo a pesar de la descuidada barba que le ensombrecía el rostro, y dos en perder el buen talante que el calor le daba.

—¿Dónde te has metido? —le preguntó Ernesto con los ojos fijos en su cabello mojado. Se lo había recogido con un lápiz en uno de esos moños que tanto le gustaban aunque fuesen ineficaces porque siempre le quedaban mechones cayéndole por el rostro.

—Buenos días a ti también —dijo seca.

—Disculpa —rectificó sonriendo un poco—. Supongo que habrás venido en autobús...

—Y yo supondré que la lluvia te ha activado el cerebro.

—Algo así —comentó Ernesto sin ofenderse, desvió la vista hacia el maduro surfista y añadió—. Beltrán, te presento a la doctora Calixta Mesniel. Es una eminencia en Historia del Arte del Dieciocho.

—Beltrán González, doctora —dijo con una media sonrisa al extender su mano y estrechar la de ella. Debía de acercarse a los cuarenta años, supuso. De estatura media y sugerentes curvas, se adivinaban pletóricas bajo la fea chaqueta negra y la sencilla falda vaquera; sus ojos oscuros, de reflejos castaños, tenían una red de largas pestañas alrededor; de rasgos suaves bien definidos y boca fruncida que le provocó una oleada de imágenes provocativas. El color de su cabello, una proeza entre cobre, mandarina y bronce, vibraba como el fuego aun mojado—. Es un placer.

—El placer es mío —habló sin contener la ironía, poniéndose en pie sin

dejar la protección que la mesa podía ofrecerle a sus pies descalzos y sin la seguridad de que él la hubiera reconocido. Tan de cerca el hombre era muy atractivo: piel bronceada, ojos de un color miel abstracto, le pareció líquido; cabello oscuro con cuatro canas salpicadas; y apariencia fuerte, debía tener menos edad de la que calculó durante el fin de semana. En ese momento pensó que ganaba al no compararlo con alguien tan joven como su pareja. Vestía un traje oscuro parecido al de Ernesto, pero sin la formalidad de la corbata para aumentar esa percepción desenfadada que le añadía juventud—. ¿Y a qué debemos tu visita?

—Beltrán es especialista en Historia Naval —respondió Ernesto—, estaba de paso por aquí y le he llamado para que nos eche una mano con la carta. Hace unos años dio clases en la Universidad de Sevilla —continuó diciendo, ajeno a que pocos méritos profesionales lograrían que Álix lo admirara—, también estuvo en el Museo Naval de aquí. Si hay alguien que pueda ayudarnos, es él.

—¿Dónde trabajas ahora? —preguntó Álix tras advertir que su experiencia atañía al pasado.

—En el Museo Naval de San Fernando —respondió enmascarando su incomodidad—. Necesito el mar para vivir, ¿tú no?

Al oír esa voz profunda con un ligero acento andaluz y matiz burlón, Álix supo que también la había reconocido.

—Soy madrileña, estoy acostumbrada a no verlo tanto como quisiera, no es ninguna necesidad para mí —comentó con falsa suavidad—. Lo malo es tener la posibilidad de verlo en la compañía equivocada.

—Sí, para eso prefiero estar solo —reconoció Beltrán.

—¿Por qué no quedáis para cenar? —preguntó Ernesto, paseando la mirada entre ellos—. Tenéis muchas cosas en común...

Álix quiso estrangularlo, estaba viéndole la intención, pero esbozó una

ligera sonrisa y, con ánimo de que desistiera del papel de Celestina, le dijo:

—Olvídalo, Ernes. Además, tu amigo tiene pareja.

Ernesto arrugó el gesto mirando a Beltrán, y no le dejó responder.

—¿Os conocíais? ¿Y desde cuándo tienes novia?

Pendiente a ellos, la doctora no sabía qué pensar de esa reacción. «¿Por qué a su jefe le parecía raro?».

—No a las dos preguntas —contestó Beltrán impasible, hasta daba la impresión de estar divertido.

Ella abrió los ojos como platos. «¡Menudo embustero!».

—¿Entonces? —Ernesto no comprendía nada, miró a Álix—. ¿Por qué dices que tiene pareja?

—Que te lo cuente él —habló mordiéndose la lengua—. Coincidimos en el hotel de Chiclana.

Beltrán sonreía con los ojos mirándola.

—He pasado el fin de semana con Lucía —comentó para Ernesto—. Nos apetecía hacer kitesurf.

—¿Cómo está? —preguntó Ernesto interesado—. No la veo desde que era pequeña.

—Bien, ha empezado este año el Bachiller de Arte.

—¿En Cádiz o en Sevilla?

La conversación empezaba a aturdir a la doctora. «¿Cómo es posible que hablen con esta impunidad de una relación penada?».

—En San Fernando, seguirá conmigo —respondió contento, a sabiendas de que Álix se había quedado pálida imaginando alguna historia romántica entre él y su sobrina—. No podemos estar separados —añadió provocador—, ya sabes que nos queremos mucho.

—Perdona —intervino la doctora, y él se preparó para el ataque—, no sé qué clase de hombre eres ni qué tipo de relación te une a esa joven, pero

deberías tener un poco de decencia y no alardear de vuestro amor.

—Perdóname tú, pero alardearé de lo que me apetezca de mi familia —dijo en un tono arrogante—. Intuyo que te has formado una opinión, equivocada, por supuesto, sobre mi sobrina y yo porque has debido malinterpretar los gestos cariñosos que habitualmente nos dedicamos.

Ernesto chasqueó la lengua y soltó un suspiro, pendiente al sonrojo de Álix.

—Discúlpala, tiene facilidad para elucubrar demasiado.

—Disculpada, doctora —dijo Beltrán triunfante. Ella levantó la vista de sus pies, despacio y soberbia, y esgrimió una sonrisa muy pobre—. ¿Aceptas cenar conmigo? Sería una gran ocasión para saciar toda la curiosidad que te corroe sobre mí.

Ernesto estaba presenciando una batalla de miradas intransigentes, belicosas como la lucha entre dos vientos suaves que podían endemoniarse.

Álix aparentaba la frialdad del Poniente^[1] mientras Beltrán replicó con la fuerza árida del peor Levante^[2], y eso solo podía acabar estallando por algún lado. Hacía años que no veía brillar los ojos oscuros de Álix con tanto resplandor.

—Acepto —dijo al fin—. Y con saciar mi curiosidad sobre William Morris me doy por satisfecha.

—William Morris —repitió Beltrán en un murmullo.

—Sí, el marinero que escribió la carta fechada en 1750 —dijo Ernesto, y le palmeó el hombro apremiando una despedida—. Esta noche Álix te pondrá al corriente, ahora tenemos que tratar otros asuntos.

La doctora asintió algo molesta porque no se hubiese reservado su diminutivo; aunque pronto volvió a distraerse pensando en obtener de él toda la información posible acerca de Morris, la procedencia de las perlas y los

asuntos turbios de la Armada Naval. ¿No era su especialidad? Pues comprobaría por sí misma hasta dónde llegaban sus conocimientos del motor de la economía española de aquella época.

Capítulo 5

EL RESTAURANTE, UN ASADOR, clásico y con una carta excelente, Casa Juan, estaba muy cerca de la Plaza Castilla en el Paseo de la Castellana y a un paso del hotel de cinco estrellas donde se alojaba Beltrán. Lo había elegido él, disfrutaba comiendo esa clase de comida poco elaborada con la única base de una materia prima de calidad.

La cena transcurría en tensa calma bajo la cortesía de las amables respuestas de él acerca de las perlas negras mientras compartían un apetitoso chuletón de vaca. Álix pretendía averiguar cómo llegaron a Isabel de Farnesio por situarlas de forma adecuada y así comprender, o suponer, sus razones para desprenderse de ellas. Siendo mujer, a la doctora le costaba adivinar esos motivos. Era muy extraño. No solo por el valor de las perlas, no solo porque en aquella época fuesen únicas, sino también porque la reina tuvo fama de ambiciosa y avara. ¿Qué madrastra le regalaría a un hijastro poco querido algo tan valioso? ¿Qué mujer querría ver en el cuello de otra, a quien odiaba, una joya de ella tan llamativa?

Beltrán hizo una pausa al masticar. Tenía los ojos en trance sobre los labios de Álix. No se los había pintado, y pensó que no le hacía falta. Eran de un tono natural entre rosado y burdeos, gruesos sin exagerar y con la forma perfecta de corazón en el centro. Los movía despacio, manteniendo la boca cerrada. Parecía disfrutar también con la carne, aunque estuviera picoteando más ensalada y jamón ibérico, ajena a los pensamientos lascivos que comenzaban a descentrarlo.

Ella advirtió que hablando de los primeros navegantes que exploraron todos los mares Beltrán se había relajado.

—Desde García Jofre de Loáisá en el siglo XVI hasta Bonechea en el XVIII, se sucedieron las expediciones en el Pacífico Sur. Como el collar estaba hecho ya en 1729, descartamos a Bonechea porque hasta 1740 no obtuvo el despacho de alférez. Aunque fue el primero en cartografiar Tahití —comentó él, suspendiendo el tenedor en el aire con un trozo de carne—. En el Museo Naval de aquí está expuesto el plano que cartografió, cuando te apetezca puedes ir a verlo.

—¿Llegó antes que Cook?

Beltrán terminó rápido de masticar el pedazo de carne y respondió:

—Los españoles fueron los pioneros de la navegación a ultramar, doctora. Otra cosa es cómo han pasado a la historia o a quienes le ha atribuido algunos descubrimientos la historia. No olvides que esas expediciones eran secreto de Estado. Por ejemplo, en 2013 la Biblioteca Estatal de Nueva Gales del Sur de Australia le compró a un coleccionista privado dos cartas de Pedro Fernández de Quirós, el explorador del que te he hablado antes —le recordó, consciente de que estaba explayándose—, donde intenta convencer a Felipe III para que le sufrague una expedición a una tierra maravillosa que compara con el paraíso. Los australianos creen que quería volver a su isla, y están convencidos de que fue él quien realmente la descubrió en vez de Willem Janszoon.

—¿Estás diciéndome que un español descubrió Australia? —le preguntó incrédula.

—Era portugués, pero como trabajaba para la corona de España y Portugal voy a dártelo por bueno —respondió simpático—. Y sí, él fue el primer europeo en llegar allí y quien la bautizó como Austrialia del Espíritu Santo, por la casa de Austria reinante en aquella época y porque pretendía cristianizarla.

Álix apretó el ceño y la nariz.

—No te creo —comentó sonriente, cómoda al retractarse de todos los pensamientos negativos sobre él. Estaba gratamente sorprendida con el profesor, investigador o como quisiera definirse. Incluso llegaba a pensar que Ernesto tenía razón. Ambos parecían solitarios, pero sociabilizaban bien; les gustaba la buena mesa, charlar de temas interesantes y, de momento, ninguno había flirteado con el otro—. Eso tendrás que demostrármelo.

—De verdad. El Museo Marítimo Nacional de Sídney hace unos años hizo una exposición sobre los viajes de exploración protagonizados por marinos españoles a lo largo del Océano Pacífico desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII. No tengo por qué mentirte, Álix —dijo, llamándola por su diminutivo. Ella le sostuvo la mirada—. Con el sueño de llegar a las legendarias Indias de Oriente grandes navegantes vascos, andaluces y de otras zonas españolas se aventuraron con naves de chiste en travesías plagadas de desastres y calamidades. Si no me crees, échale un vistazo a los fondos cartográficos del Archivo General de Indias, o de mi museo. Verás de manera clara y diáfana los descubrimientos de nuestros navegantes.

—Intentaré acercarme al Museo Naval —admitió—. ¿Te imaginas el rumbo que habría tenido la historia?

—No —reconoció de buen humor. Se fijó en la copa vacía de ella y la rellenó de vino tinto—. Pero la documentación de la época acredita que Luis Váez de Torres, Álvaro de Mendaña y Pedro Fernández de Quirós entre otros surcaron el Pacífico, hicieron mapas y dieron nombre a accidentes geográficos marítimos muy peligrosos porque fueron los primeros en surcarlos. Sin ir más lejos, el Estrecho de Torres en el Mar del Coral. Imagina la proeza.

—Ahora me pasa como a ti, cuesta ponerse en ese tipo de situaciones. Supongo que les valdría la pena el riesgo por la recompensa. ¿Por qué las exploraciones españolas en el Océano Pacífico son tan poco conocidas?

—Pues por varias razones... La cosa queda entre secretos de estado y que

muchos documentos y diarios de esas expediciones se perdieron o permanecieron ocultos durante siglos. También, ten en cuenta que la historiografía anglosajona ha presentado al Océano Pacífico como su zona de conquista, difuminando cualquier presencia anterior. Para los australianos, neozelandeses o los habitantes de las islas del Pacífico su historia oficial comienza con el capitán Cook, olvidando que llegó gracias a los apuntes que dos siglos antes habían hecho los navegantes españoles.

—No querrían perder el mérito —comentó ella con sarcasmo.

—Sí, pero los hechos son los hechos. Esos hombres tuvieron arrojo y fueron unos emprendedores. Fracasaron, sí; pero no merecen ser olvidados. Una de las mejores cosas que podemos hacer los investigadores es rescatar a los verdaderos protagonistas de la Historia, a los que fueron realmente —recalcó con vehemencia—, porque nuestro presente se sustenta en el pasado, sin él no tendríamos identidad y sin identidad no tendríamos historia.

Álix asintió con admiración, de acuerdo con él.

—Para eso estamos nosotros. Tú indagas en la Historia Naval y yo en el Arte.

—Me apasiona mi trabajo —comentó con una sonrisa leve.

—¿No estarías mejor aquí que en San Fernando?

—No —contestó tajante—. Soy más feliz en Cádiz.

Ella bajó la mirada al plato, reprimiéndose.

—Siento la pregunta —le dijo sin apartar los ojos de unas pupilas incendiarias—. ¿Quién crees tú que pudo traer las perlas?

—No lo sé, y sin información concreta sobre la fecha en que se hizo el collar es demasiado complicado aventurarte un nombre.

—Por ahora no puedo acceder a los inventarios, pero encontraré cuándo y a quien se le encargó. Estoy segura de que Isabel de Farnesio, por su propio carácter, tuvo que dejar constancia de eso. Ahora solo tengo el documento del

Archivo Histórico Provincial de Badajoz sobre el enlace entre Bárbara de Braganza y Fernando VI. Los festejos de la boda duraron un año —comentó ante la mirada incrédula de Beltrán—, sí, en plan boda gitana a lo bestia —agregó simpática—. En esos festejos es cuando Isabel de Farnesio le entrega a su hijastro el collar, y es posiblemente la última vez que nadie lo ve. Luego, en la Catedral de Badajoz, se casaron el 15 de enero de 1729. Fernando tenía quince años y Bárbara dieciocho. El viaje de los príncipes y sus familias desde Lisboa y Madrid hasta Badajoz está bien documentado, incluso hay planos del puente de madera que se construyó para la ocasión sobre el río Caya en la frontera de Portugal, donde se firmaron las capitulaciones matrimoniales y donde el entonces príncipe le entregó el collar a su prometida como agasajo prenupcial.

—¿Estás segura de que el collar existió?

Álix afirmó moviendo la cabeza.

—Sí, hay rastros escritos que prueban su existencia hasta 1749 —comentó segura, bebió un poco de vino y agregó—. Como fuese, *Las perlas de las Reinas* estaban en España y en abril de 1750 en Londres y en manos de un marinero acusado de traición. Estoy con varios frentes abiertos con intención de tener una imagen clara del collar para poder identificarlo, por eso necesito saber lo máximo acerca de las perlas, de los trabajos de joyería y de algo que me está quitando el sueño: ¿por qué siendo una joya tan fabulosa no aparece en ningún retrato? Es muy raro —comentó a media voz, hablando más para sí misma que para Beltrán. En ese momento sintió otra vez seca la garganta y bebió más vino, mirando con disimulo las manos cuidadas, morenas, que trinchaban carne de forma eficaz—. ¿Cómo dirías que Morris consiguió el collar?

—Robo o pago. ¿Eres monárquica?

Al escucharlo, Álix elevó las cejas.

—No entiendo a qué viene esa pregunta cuando estamos hablando de otra cosa. No voy a responderte, es personal.

Beltrán forzó una sonrisa.

—Yo te he contestado a algo personal. Estamos hablando para conocernos.

—No comparto esa apreciación —dijo con brusquedad—, estás dando por hecho que quiero conocerte cuando no es cierto.

—Llevo un buen rato charlando de lo que tú has querido, siendo amable cuando no me apetece —mintió enfadado—, discúlpame por haberte malinterpretado.

Sin mediar más palabras, alzó la mano pidiendo la cuenta. De manera fulminante se le había cerrado el estómago. Un camarero apareció al cabo de unos minutos, los más tensos que habían pasado desde que se conocieron, y dejó en la mesa una nota por un importe de ciento cinco euros. Beltrán luchó contra su propia cortesía al admitir el billete de cincuenta que la doctora puso en la mesa, y ganó. En un silencio sepulcral, completó el importe. Abandonaron el restaurante con buenos modales, pero sin mirarse ni una sola vez.

—Buenas noches, doctora. Diría que ha sido un placer cenar contigo, pero estaría mintiendo. Cuídate.

Azuzado por un cabreo rabioso, Beltrán dobló la esquina rumbo al Paseo de la Castellana con la referencia de su hotel como oasis vital. No miró hacia atrás ni se preocupó por cómo volvería ella a casa. Había sido un estúpido pensando que esa mujer y él podían tener algo más aparte de una relación profesional; muy estúpido se martirizó incansable. «¿Por qué había sido tan antipática?».

Mientras tanto, Álix empezaba a arrepentirse por no haberle dado la respuesta esperada. «¿Qué había ganado con esa negativa? ¿Quedar como una estúpida? ¿Perder la ocasión de conocer al único hombre que le había

parecido interesante en los últimos años?».

Capítulo 6

ASOMBRADA. ESA ERA LA mejor palabra para definir cómo se sintió la doctora Mesniel una semana después por las colas de turistas en la entrada del Palacio Real. Aunque comprendía la sensación de respeto que provocaba ese potente volumen de forma rectangular y colosales fachadas, con dos plantas formadas por arcos y dinteles y la última retranqueada tras una terraza corrida, con una posición dominante sobre el valle del río Manzanares y la esencia del alcázar medieval al permanecer encerrado sobre sí mismo por aquel enorme patio, no dejaba de impresionarle la legión ávida de interés cultural que nunca llegaría a conocer la auténtica historia del emblemático palacio.

Como especialista en el siglo XVIII, ella estaba convencida de que tras el pavoroso incendio que destruyó el Alcázar la noche de Navidad de 1734, el venerado bastión de los Austria, que Felipe V, siendo el primer Borbón en reinar España, no decidió por casualidad levantar en este mismo sitio su Palacio Real, sino que obedeció a una animadversión mal encubierta hacia la destituida Casa Austria y a imponer la supremacía de su estirpe. Antes de que ocurriera el incendio ya había encargado a arquitectos italianos de renombre el fastuoso edificio, sin escatimar costes, y durante la ejecución de la obra, “sabiamente”, se eliminó toda la madera de su estructura. Solo piedra y ladrillo para evitar incendios, ¿o para evitar, quizá, que futuros reyes actuaran como él?

Por suerte, al cruzar la puerta que había al lado de la entrada principal reservada a investigadores, con un cartel donde podía leerse: “solo personal autorizado”, dejó de pensar en curiosos avatares históricos para volver a la realidad que vivirían en el nuevo museo, a unos metros de ahí, cuando

estuviera abierto al público. No pretendía desmoralizarse, pero a veces las muchedumbres le llevaban a hacerlo.

Por suerte de nuevo, o desgracia según se mirase, recorriendo un pasillo abovedado y algo laberíntico camino del Archivo General de Palacio, volvió a olvidar sus inquietudes recordando un episodio surrealista que tuvo lugar en ese sitio por obra y gracia de una idea descabellada. Una más, ahora de otra reina pagada de sí misma.

Corría el año 1857 cuando a la insigne Isabel II se le ocurrió instalar un teatro dentro de los muros del palacio sin tener en cuenta, ni trasladar con antelación, los documentos que se guardaban en el archivo. Pasó lo que tenía que pasar. En la reforma, cuando se derribaron tabiques y muros, entre el caos y las prisas terminaron de trasladar el archivo. Así perdieron valiosos documentos de sus antecesores y se deterioraron muebles antiquísimos que formaban parte del patrimonio estatal. Solución: a los tres años de tan fastuosa obra se decretó la clausura del teatro y el Archivo volvió al local que había ocupado desde su origen; aquí paz y después gloria, para eso la reina era un espíritu superior.

Con cinismo pragmático, relegó a un segundo plano cualquier anécdota acaecida tras esos muros antes de dejar el bolso en una de las taquillas que había delante de la Sala de Investigadores. Cuando entró en la sala, después de varios años sin hacerlo, creyó haber retrocedido en el tiempo al aula de una escuela católica: dos filas de mesas tipo pupitres incómodos, sillas básicas, y austeridad en la decoración. Sin duda, el despliegue borbónico no estaba ahí. Pero lo interesante para ella era que Ernesto le había conseguido la autorización para consultar todo tipo de documentos.

Al cabo de un buen rato estaba en una mesa con la caja número 20 de la Sección Histórica. Contenía papeles referentes al ceremonial en actos públicos y privados en los que había intervenido Felipe V.

De acuerdo con Ernesto, pensaba en ese rey como el propietario original del collar. Los motivos para creer que Isabel de Farnesio no le regaló una joya propia al príncipe habían podido imaginarlos por los eventos de Badajoz, y si no era de ella, su marido y padre del príncipe fue el destinatario de todas las sospechas.

Empezó con las Capitulaciones Matrimoniales de la boda del rey con María Luisa de Saboya; una especie de contrato donde se definía cómo y cuándo se celebraría la ceremonia, la dote de la princesa, una descripción de su genealogía, el consentimiento de sus padres y la pensión que recibiría en caso de viudedad. Continuó con las solicitudes de joyas para ceremonias, las relaciones de joyas entregadas al oficio de guardajoyas para algunas jornadas, y con especial interés leyó la extensa relación de alhajas que llevaron el 7 de febrero de 1702 a Barcelona. Sonrió para sus adentros al leer la certificación de aquella lista interminable sin ninguna referencia al collar: *Zertifico yo como he bisto y reconocido i repasado las sobre dichas caxas/ en Barsalona y febrero a los 6 de 1702/ Josep Ros y Julián, Platero de Barsalona.*

Pensando en la evolución del idioma, guardó con cuidado los documentos y, en cuanto llevó la caja a su correspondiente estante, se quitó las gafas de montura verde y lunares blancos para salir con rumbo a la cafetería y descongestionar su cerebro de tanta información inútil. Por el laberinto de pasillos recordaba el vaticinio de Ernesto, sin embargo no quiso desanimarse. El collar había existido, solo debía encontrar la pista adecuada para recuperarlo.

Tomándose un café bien cargado se repetía que toda investigación necesitaba tiempo; y no abandonaría sin apenas haber empezado. Por animarse a base de optimismo, podía abordarla desde dos frentes y era pronto para abandonar. «Robo o pago». La voz de Beltrán refiriéndose a las artes de Morris para conseguir el collar se coló en su memoria, logró agobiarla. Había

procurado, con cierto éxito, apartarlo de sus pensamientos desde la fatídica velada, y no porque no quisiera recordarlo, por no volver a avergonzarse de su mala educación. Siempre pecaba por defecto.

Resopló, luchando contra el impulso interior que la empujaba a rectificar su grosería. Responderle tampoco habría sido ahondar demasiado cuando él estuvo en una situación parecida un poco antes y le contestó. Borde, sí, pero no hizo una montaña de un insignificante grano de arena.

En unos minutos recorrió la Plaza de la Armería, por delante de la Catedral de la Almudena, y entró en el nuevo museo con el propósito de enmendar su error. No tenía claro cómo recibiría el profesor su disculpa, ni siquiera si todavía estaba allí; pero esto último podía aclarárselo Ernesto. Le tocaría disimular su interés por el profesor, si no, la sometería a un interrogatorio nada grato propenso a invadir su privacidad.

—Ernes, tengo pensado acercarme luego al Museo Naval —comentó casual después de informarle por encima que tendría que hacer unas cuantas visitas más al archivo para saber con exactitud cuándo dejaron de haber apuntes oficiales sobre el collar—. ¿Tu amigo sigue aquí o ha vuelto a Cádiz?

Ernesto la observó un instante.

—No lo sé —contestó haciendo una mueca con la boca—. Puedo darte su teléfono... No me has contado nada de la cena. ¿Qué tal lo pasasteis?

—Muy bien —habló con una breve sonrisa. Al menos Beltrán había sido discreto—. Es un hombre interesante. ¿Conoces a su familia? —preguntó tanteando.

—Su única familia es Lucía, la hija de su hermana —comentó y, por ampliarle la información al percibir en sus ojos un brillo de intriga, agregó—. Sus padres murieron hace muchos años en un accidente aéreo, y su hermana también murió en otro accidente, de tráfico... Lucía es su vida. Lo dejó todo por ella, la ha criado solo. Imagínate el cambio para él, sin experiencia y sin

una mujer a su lado...

—No seas machista, Ernes. No es el único hombre que cría solo a un bebé.

—No, desde luego. Pero su caso es especialmente trágico; no le habría venido mal un poco de ayuda.

—Lo ha hecho muy bien —comentó, recordando a la muchacha—. Cuando los vi en Chiclana eran felices y parecían muy unidos.

—Siempre lo han estado. Esa niña le quitó muchas cosas materiales, pero le ha dado otras a cambio. Juntos han encontrado un equilibrio que les funciona. Ya oíste lo que nos dijo de vivir en San Fernando. Cuando trabajó en la Universidad de Sevilla la niña era pequeña y lo dejó porque en San Fernando podía criarla con más tranquilidad. Ahora puede plantearse volver porque es un profesional como la copa de un pino y no quiere, y estoy seguro de que es por no dejarla.

—Lo hará cuando ella lo deje a él —sentenció en un tono suave—. Su sobrina es una hija para él, pero volará sola algún día. Al principio lo pasará mal como cualquier padre, pero se acostumbrará; a todo nos acostumbramos, es otra cualidad buena de los seres humanos.

Ernesto la vio tragar despacio y le comentó:

—¿Recuerdas que te dije que teníais muchas cosas en común?

—Dos desgraciados juntos. Debe ser tu paradigma de la perfección.

—O dos personas atractivas que pueden encajar muy bien.

—No sigas por ahí —atajó con ironía—. ¿Por qué no te planteas que quizá es gay? ¿No te resulta extraño que a su edad no tenga pareja?

—¿Eres lesbiana?

—Muy gracioso, doctor García.

—¿Por qué? —le preguntó con falsa inocencia—. ¿Por aplicarte los mismos parámetros que has usado con él? Tienes tu edad, estás soltera y, lo peor, sin proyecto de pareja ni nada parecido a la vista. ¿Por qué tú no y él sí?

—Eres muy listo cuando pones empeño. ¿Vas a darme su número o no? No puedo perder el resto del día contestando tonterías.

—Tú también eres muy lista escurriendo el bulto cuando algo no te interesa, ¿o te interesa demasiado y no quieres que me entere?

Álix apretó los labios sin disimular su sonrisa, con los ojos fijos en la expresión suficiente de Ernesto, esperó a que le dictara el teléfono de Beltrán. Luego, pasó unos minutos analizando con él la reubicación de otro Goya. No volvieron a mencionar temas personales, se conocían de sobra para detectar hasta dónde estaban dispuestos a llegar en sus concesiones íntimas.

Poco después Álix marcaba el número del profesor, le tembló la mano.

—¿Sí? Dígame —respondió Beltrán.

—No lo soy —habló atropellada.

—¿Disculpe? ¿Quién es?

Álix cerró los ojos de golpe, maldiciendo. ¿Podía ser más tonta?

—No soy monárquica.

Beltrán negó con la cabeza. «¿Una puñetera semana esperando una disculpa para acabar escuchando algo que intuía? ¿Qué demonios pasaba por la cabeza de esa mujer? ¿Todo lo que tenía de guapa le sobraba de estúpida?».

—Me alegro por ti —le dijo en un tono seco—. ¿Quieres confesarme algo más o necesitas otra semana para pensártelo?

Al escucharlo, Álix entendió que había tardado mucho en llamarle.

—Discúlpame, Beltrán. Metí la pata en la cena, me comporté como una idiota sin venir a cuento —comentó con humildad. El silencio al otro lado del móvil fue incómodo, pero de buen talante siguió hablando—. ¿Has vuelto a San Fernando?

Beltrán no entendió para qué quería saberlo y le respondió algo brusco:

—No.

—Ah, qué bien —dijo nerviosa. De haber visto la cara de él, habría

cortado la llamada de inmediato. El hombre en ese momento estaba tan aturdido que no supo interpretar si sentía euforia o pavor—. Tengo pensando ir a tu museo, hoy o mañana —aclaró dudosa—, para ampliar la información de las perlas y de paso comprobaré lo que me dijiste en la cena —añadió intentando sonar simpática—. ¿Podemos quedar?

—Estoy bastante liado —respondió con exceso de dignidad.

Esa respuesta precipitó la despedida de la doctora. Estaba abochornada, gritándose en silencio que había hecho el peor ridículo de su vida. Tardó en reaccionar, y cuando lo hizo maldijo al profesor por haber tenido la milagrosa capacidad de arruinarle un acto de contrición extrema que muy pocos habían presenciado.

Retomó el trabajo con la voz de él resonando en su cabeza, con la esperanza de olvidarla en unos minutos. Pero el deseado silencio mental no llegaba, y no fue todo. Las últimas palabras de Beltrán se confabularon con sus ojos, de aquel color parecido al del whisky, para terminar de arruinarle la jornada sin darle más opción que recordarlo.

«¿Qué le había molestado más? ¿El rechazo o su tono severo? Ambos, se dijo. ¿Y no eran dos signos evidentes para olvidarlo? Por supuesto. ¿Entonces? ¿Por qué lo tenía a él en el pensamiento como toda compañía?».

Capítulo 7

EN EL PASEO DEL PRADO, el Museo Naval estaba dentro del Cuartel General de la Armada. Antes de entrar ya había logrado despertarle la curiosidad por la ecléctica arquitectura. Ocupaba toda una manzana y lo formaban tres edificios. El más grande era de estilo clásico, una especie de neogótico de principios del siglo XX; el más pequeño apenas tenía interés artístico, con la fachada de ladrillo rojizo y un ritmo geométrico monótono en balcones, parecía un edificio de viviendas; en cambio, el último, y más llamativo por las fachadas en cristal marrón, le pareció uno de esos despropósitos que después del primer impacto tenían el encanto de encajar en geometría aun rompiendo con modernidad. Esa clase de licencias solían gustarle porque aunaban las diferentes evoluciones artísticas.

Sin una idea clara de lo que esperaba encontrar en el museo, las expediciones al Pacífico Sur revoloteaban por su cabeza, contemplaba el óleo de un navío de la época de Fernando VI cuando oyó la voz de Beltrán a su espalda. Llevaba un día entero con ese timbre profundo y masculino grabado en lo más hondo de la memoria. Incluso había llegado a detestarlo. En cambio, le ocurrió lo mismo que al llamarlo por teléfono: temblaba.

Logró parecer distante y serena al volverse. Él hablaba con un hombre mayor a varios metros en lo que parecía una conversación amable. Hasta que sus ojos coincidieron. La expresión relajada de Beltrán se transformó en severa, y molestó bastante a la doctora.

Rozando la indignación, Álix se alejó de esa sala a paso seguro. Fue hacia la exposición naval del siglo XVIII. Entre urnas de cristal donde había réplicas pequeñas de buques de diversas envergaduras, trató de ahuyentar las pupilas

frías de Beltrán. No entendía su reacción cuando se había disculpado, le había advertido esa visita y había sido él quien había rechazado verla. Si tanto le molestaba, ¿qué hacía ahí? ¿O acaso pensaba que tampoco tenía palabra y fallaría?

—En el Dieciocho se hicieron los mejores avances en la construcción naval.

Álix escuchó la voz de Beltrán, pero no quiso mirarlo. Ignorando su presencia, deambuló por la sala. No necesitaba girar el cuerpo, sentía el calor de él en la espalda y le llegaba al olfato el sutil aroma de su colonia. Era una fragancia pesada, o densa, que se había colado en su espacio y respiraba con el aire.

Curtido en desplantes femeninos gracias a la experiencia con Lucía, una consentida con menos aguante que la doctora, esperó con aplomo recreando la vista en la silueta de ella. Tenía unas redondeces que se vislumbraban sinuosas bajo esa falda negra entallada, piernas finas muy pálidas y esos tacones, lo dejaron sin aliento. Se pasó la lengua por los labios.

—¿No tenías cosas que hacer?

Beltrán parpadeó con brusquedad, no ocultó que lo había pillado de forma flagrante admirando su cuerpo.

—Estoy en ello, doctora —dijo sonriendo breve—. ¿Necesitas que te guíe?

—Puedo arreglármelas, gracias.

—No hay de qué.

La tensión era incómoda, pero Álix necesitaba comprender qué había hecho para provocarla y le dijo:

—Desde que hemos hablado por teléfono estoy pensando en ti —sonó casual, y no movió los ojos de unas pupilas ámbar que parecían alegres. Oyéndola, él metió las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro, a la

expectativa—. No entiendo por qué estás tan enfadado conmigo —continuó, ajena a que Beltrán estaba reviviendo las titubeantes maneras de su sobrina cuando quería hacerse perdonar y él tardaba en retomar la complicidad—, sé que metí la pata en la cena, por eso me he disculpado, pero no entiendo a qué viene tanto enfado. Somos adultos para saber comportarnos con corrección.

—Si me conocieras mejor, sabrías que no estoy enfadado. Pero como no es tu intención conocerme, no veo razones para explicarte cómo gestiono mis emociones.

—¿Ves? De nuevo estás echándome en cara lo que te dije en la cena.

—No es echártelo en cara, es admitir un hecho. No nos conocemos y no vamos a conocernos, ¿para qué perder el tiempo con explicaciones?

—No ha servido de nada que me disculpe —comentó cínica, meneando la cabeza. Había rebasado su límite de complacencia y decidió abreviarse más humillaciones que solo menoscabarían su autoestima—, pero tienes razón... Siento mucho la mala impresión que te he dado, espero que todo te vaya bien y hasta otra.

De forma automática, Álix no controló su temperamento y emprendió una honrosa huida. Beltrán, sorprendido por ese carácter belicoso, no reaccionó hasta verla salir de la sala. Apretó los labios sin disimular una sonrisa, pensando que la doctora asimilaba mal o no estaba acostumbrada al rechazo, y él no tenía moral para lidiar con tonterías de nadie por muy atrayente que fuese. No perseguía a ninguna mujer desde la adolescencia y no era su intención repetir hazañas. Tal vez ella mereciera el esfuerzo, era guapa e inteligente, pero él estaba de paso y renegaba de las complicaciones sentimentales que casi siempre acarrea el sexo.

Empezó a recorrer la Sala de los Descubrimientos Geográficos cuando llamó a su sobrina. Vio a cierta distancia al almirante que dirigía el museo, con quien antes de coincidir con la doctora había estado hablando acerca de la

exposición temporal que el 1 de diciembre inaugurarían en San Fernando y era su responsabilidad como director técnico, y le hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo. Chasqueó la lengua contra el paladar cuando Lucía no le respondió.

Estaba harto de recalcarle cuánto le molestaba que no contestase sus llamadas, pero caía en saco roto. La joven siempre se excusaba, si no era porque no oía el móvil por estar escuchando música, cualquier contratiempo siempre ajeno a ella le servía, prometía no volver a hacerlo, él se calmaba y hasta la siguiente. Por más intentonas que hiciera por explicarle que se preocupaba por esa dejadez, menos efecto surtía. A veces deseaba que terminase pronto su adolescencia, pero luego se retractaba. También había deseado que creciera cuando era pequeña y ya estaba desengañado, en cada etapa encontraba tantos obstáculos como avances. Era agotador ser responsable de otra persona, y otra buena razón para evitar interferencias de ninguna mujer.

Salió a la calle ajustándose al cuello un fular. La temperatura había descendido tanto como su humor o la luz del otoño. En aquel anochecer empezaba a palparse el frío de noviembre, siniestro, distinto al de Cádiz aun con los azotes de intempestivos vendavales.

Andaba cabizbajo por el Paseo del Prado hacia la parada de metro de Recoletos cuando antes de cruzar la calle Alcalá vio a la doctora sentada en la parada de autobús. Ella le echó una mirada desdeñosa, y lo ignoró.

—Hola —saludó en tono cantarín—, soy Beltrán González, ¿y tú?

La mujer frunció el ceño, parecía calibrar su nivel de cordura, y respondió.

—Calixta Mesniel, encantada —habló al ponerse en pie y estrecharle la mano—. Llámame Álix, por favor.

—¿Tienes tiempo para una copa?

—Si esto es un nuevo comienzo, sí.

Beltrán asintió con los párpados, y empezaron a caminar.

—¿Dónde vives? —preguntó él en la esquina de la calle Alcalá.

—En Cuatro Caminos. ¿Adónde quieres que vayamos?

—Elije tú, hace años que no salgo por Madrid.

La doctora eludió decirle que hasta eso tenían en común. A unos metros descubrió un pub irlandés con nombre de escritor ilustre. Y no tardaron en estar sentados en una mesa con un plato de nachos y dos jarras de Guinness por delante mientras hablaban de sus trabajos sin ofensivos temas personales. Ninguno, al menos de momento, tenía intención de hacerse preguntas que repitieran el final de su única cita.

Álix escuchaba detalles sobre la exposición temporal que él estaba ultimando, algo sorprendida porque fuese el director de aquel museo, y aprovechó su silencio, obligado al beber, para preguntarle por el “robo o pago” del collar en el que tanto había pensado.

—Debes suponer que si no fue robado —empezó diciendo Beltrán—, pudo ser el pago al marinero inglés por algún servicio a la corona.

—¿A qué clase de servicios te refieres?

—Me contaste que a Morris lo condenaron por traición, sería espía.

—No sé si lo condenaron o no, en la carta a su mujer da a entender que van a acusarlo.

—Muy bien, eso no contradice que lo condenasen, ¿no? —le preguntó, atento al interés que percibía en sus ojos. Ella apretó los labios, haciendo miserable a Beltrán durante unos segundos. Él siguió hablando por quitarse de la cabeza las ideas pervertidas que estaban atravesándolo—. Imagina que el hombre fue un espía, posible porque en aquel entonces la ingeniería naval inglesa era muy superior técnicamente a la española y era casi habitual ese tipo de encargos por parte de los gobiernos o los reyes. Ten en cuenta que algo

debió haber porque a partir de 1750 es cuando en España se empiezan a construir barcos “a la inglesa”.

—Sé que durante los primeros años del reinado de Fernando VI el Marqués de la Ensenada orquestó un plan para la reconstrucción industrial y naval de España con intención de proteger los intereses de ultramar.

Beltrán elevó las cejas de forma mecánica.

—Ensenada... ese gran desconocido —habló con sarcasmo—. Hay un episodio que no sale en los libros, pero está documentado por la correspondencia entre Ensenada, el embajador español en Londres y los guardiamarinas que reclutaron, además concuerda con tus fechas y ocurrió en Londres.

—¿Espionaje en plan El Telón de Acero de Churchill?

Beltrán captó rápidamente su buen acento al pronunciar el apellido del Primer Ministro Británico que acuñó ese término para referirse a las diferencias de toda clase entre comunistas y capitalistas después de la II Guerra Mundial.

—A la española —respondió, preguntándose si era una snob o había estudiado en el Reino Unido. Él lo había hecho, pero no pronunciaba a ese nivel. Le pareció propio de alguien bilingüe; por supuesto, al ser algo personal, ni se planteó averiguarlo—. ¿Te suena el nombre de Jorge Juan Santacilia? —le dijo, con la mente navegando entre dos mares.

—Sí, claro, creó el Real Observatorio para Carlos III y fue embajador en Marruecos, entre otros cargos. Estuvo muy unido a Ensenada.

—Entre otros cargos, tú lo has dicho —admitió Beltrán contento teniéndola como contertulio—. Fue un gran científico y marino. Participó en la expedición que Condomine llevó a cabo en Sudamérica para medir el grado en el ecuador y confirmar así la teoría de Isaac Newton sobre la forma de la Tierra. Y también participó activamente con Ensenada en la modernización de

nuestra fabricación naval.

—¿Estás intentando decirme que fue un espía?

—Lo fue —afirmó sin dudar—. Su misión supuso un salto cualitativo de primera magnitud para el desarrollo de la Marina española, y por ende de los sectores asociados. Ensenada escogió a jóvenes oficiales, patriotas con amplios conocimientos científicos, para que le enviaran de Inglaterra informes y planos de buena calidad de los arsenales y astilleros. Les dio suficiente libertad de acción para que explotaran su iniciativa personal, lo que redundó en el éxito de las misiones. Jorge Juan recorrió los arsenales de los márgenes del Támesis, a pesar de que estaba prohibido el acceso de extranjeros, y se dedicó a reclutar técnicos, como maestros de jarcias y lonas. Se estima que contrató a más de ochenta constructores, técnicos y oficiales relacionados con la industria naval, que empezaron a fabricar barcos en España y Cuba y a los que se les pagaba muy bien.

—No me extraña, de no ser por un buen sueldo nadie abandona su país.

—Desde luego, para eso Ensenada tenía sus fondos reservados. Tanto Jorge Juan como los demás oficiales que participaron en la misión corrieron mucho peligro, pero jugaron un papel determinante para el mantenimiento de la estrategia de neutralidad a lo largo del reinado de Fernando VI. La misión de Jorge Juan se prolongó hasta abril de 1750 —explicó, pendiente al asombro de las pupilas oscuras de ella; eran un alarde de sincero interés—, tuvo que huir de Londres disfrazado de marinero en el mercante Santa Ana cuando descubrieron su red. Su vía de escape era Calais, pero salió precipitadamente porque detuvieron a sus colaboradores ingleses.

Álix estaba concentrada en su voz, pensando en que era la segunda vez que ese mercante aparecía mientras investigaba. Nada era casual. Se reservó su información, pero quiso indagar un poco más:

—¿Sabes cómo se llamaban esos colaboradores?

—No. Sé que Jorge Juan usó varios alias para mantener el anonimato: *monsieur Monmor*, *mister Joshua* y *mister Sublevant*.

Álix palideció. Había encontrado de manera fortuita y, sobre todo, inesperada a uno de los protagonistas de la carta de Morris. A quien el inglés temía.

—Necesito que me cuentes todo lo que sepas de Jorge Juan —le dijo al cabo de unos segundos.

—Acabo de hacerlo. Para profundizar mejor tendría que acudir al archivo del museo y no es seguro que haya mucho más que las cartas que te he mencionado. Fue una misión de espionaje, no un acto de repercusión social.

Durante un instante él observó la determinación en los ojos de la doctora.

—¿A qué hora podríamos vernos mañana?

Capítulo 8

AL DÍA SIGUIENTE, ÁLIX llegó al Museo Naval con los deberes hechos. No le había pesado dedicar la noche a repasar el papel del marqués de la Ensenada durante el reinado de Fernando VI. Encontró al país desangrado por las costosas guerras emprendidas por Felipe V. Quizá, y pese a la sangre azul que le regaba las venas de locura, de manera sensata, intentó llevar a cabo una política de neutralidad con el resto de Europa mientras Ensenada se encargaba de sanear la economía desarrollando el sistema del Real Giro, para mover capitales públicos y privados por el exterior sin pagar a los comisionistas, y realizaba el catastro para implantar un sistema de contribución único. Sin duda, esto fue solo parte de la labor del marqués. Abarcó tanto que le apodaron el *Ministro de Todo*. También, sin duda, abarcando tanto, debió granjearse un buen número de enemigos. Y, de forma consecuente, ostentando un gran poder actuaría en la sombra y destinaría “los fondos reservados” para mantenerse informado de posibles traiciones.

No había encontrado documentos que lo atestiguaran, nadie habría sido tan lerdo como para dejar rastro por escrito, pero, según los libros que consultó, todos los autores coincidían en que el marqués pagaba espléndidamente los servicios que se le prestaban. ¿Fue, entonces, el collar parte de algún pago o soborno? Esperaba que Beltrán pudiera esclarecerlo. Al despedirse en el pub, advirtió su buena predisposición por descubrirlo. Santacilia y Ensenada fueron marinos, oficiales, participaron con honores en campañas importantes para la Armada y, a falta de información en el Archivo General de Palacio, el Archivo de ese museo era la fuente perfecta para dar con la suerte de Morris.

En el vestíbulo general, se quitó el abrigo y le explicó a la recepcionista

que tenía una cita con Beltrán González. La mujer la hizo aguardar mientras llamaba por teléfono. De golpe empezaron a entrar niños de no más de diez años, parecía una marabunta, y quedó acorralada, medio invisible en un rincón. El murmullo de voces era ensordecedor, servía de poco los siseos pidiendo silencio de las tres profesoras que acompañaban a los niños.

Entre aquel caos infantil, apareció Beltrán en el umbral de la sala de exposiciones contigua al vestíbulo. Acercándose a él, gracias a los pequeños cuerpos que sorteaba despacio, pudo detenerse observándole el rostro. No lo calificaría como un hombre guapo; pero conforme más lo veía, mayor le parecía su atractivo. La piel bronceada acentuaba su aspecto saludable y le destacaba los ojos curiosos y alegres, el pelo oscuro, espeso, aún poco invadido por las canas, y la seguridad de sus movimientos, y palabras, dejaban vislumbrar una personalidad fuerte reacia a la condescendencia; sin duda, le atraía.

—Menudo follón —dijo Álix al llegar frente a él—. No recordaba la última vez que vi a tantos niños juntos.

—Esa suerte tienes, doctora. Yo estoy acostumbrado a estas excursiones, son habituales durante el curso escolar.

Beltrán habló contento por su visita y, sobre todo, por poder recrearse otra vez en la esencia de la feminidad. Aunque le daba la impresión de que ella intentaba ocultarse bajo ropa sencilla, podía ver las formas sensuales de sus caderas en la silueta de la falda o la redondez de sus pechos en el jersey de cuello alto. De negro riguroso, con esa melena ondulada sobre los hombros, que flameaba cual fuego, le recordó a un incendio en plena noche; toda una visión escalofriante.

Ajena a esos pensamientos, Álix continuó con la conversación amable:

—Al nuestro también vienen colegios, pero suelen ser más mayores y, por suerte, no brego con ellos.

—¿No te gustan los niños?

—Más de cinco minutos, no.

Álix quiso preguntarle por su sobrina, pero con su acuerdo de no sobrepasar el límite de lo personal, cambió de idea.

—Eso es porque no tienes hijos —comentó, guiándola hacia el archivo.

Ella encogió un hombro y torció la boca con indiferencia.

—Puede ser, aunque conozco gente con hijos que tampoco los soportan. ¿Cómo los llevas tú? —le preguntó de manera general.

—Bien —contestó rápido—, es cuestión de aguante.

Beltrán no compartió la discusión que había tenido con Lucía al llegar del pub, cuando por fin se dignó a devolverle la llamada, porque no mentía afirmando que se llevaban bien. La marcada personalidad de Lucía empezó a despuntar desde su infancia, y le agradó a pesar del drástico cambio en su vida y la adaptación a un papel que le costó algún tiempo aceptar. Era cabezona y divertida, lista y voluntariosa, cariñosa y aventurera, tenía más cualidades positivas que defectos, y con ella había logrado formar una minifamilia que le devolvía la estabilidad emocional que perdió al alejarse de su tierra y de su hermana cuando todavía soñaba alcanzar la gloria en su profesión. El remordimiento por no haber estado con su hermana el día de su muerte en aquel desgraciado accidente de tráfico aún tenía la capacidad de amargarlo. Eso, unido a su afán protector, le apremiaba a no dilatar su ausencia. Aunque, si era sincero consigo mismo, cuando la doctora estaba cerca apenas recordaba donde vivía. Su principal inquietud consistía en deleitarse con su turbadora presencia. A los cuarenta y cinco años, por primera vez, había encontrado a una mujer que lo descolocaba y, por encima de todo, con intereses calcados a los de él.

Beltrán sujetó la puerta del archivo para cederle el paso a ella y, después de cerrar con suavidad, la precedió atravesando la Sala de Investigadores. Ese

espacio sin público tenía el techo de placas modulares blancas, suelo de mármol y balcones con postigos antiguos.

Al llegar a una de las mesas donde había una caja de archivo y tres folios bien colocados uno al lado del otro, la doctora sonrió.

—Muchas gracias por las molestias —dijo antes de sentarse.

—Me gusta la investigación. No es ninguna molestia, al contrario.

Beltrán se puso las gafas de vista de pasta negra, que usaba para ver de cerca; ella también sacó las suyas del bolso y, tras colocárselas, comenzó a escuchar lo que él había encontrado sobre la misión de espionaje de Jorge Juan Santacilia en Londres.

Concentrada, Álix no abría la boca, pero se quitaba las gafas y mordisqueaba una patilla mientras él narraba con voz atrayente cómo Ensenada convenció a Fernando VI del rearme naval que necesitaba España y del acopio de materiales estratégicos para construir barcos. Fueron imprescindibles maderas, lonas, poleas, cáñamos y pernos; métodos de fundición, aleaciones para cañones, revestimientos de cascos; aparatos de medición, planos de buques, y disposición de los arsenales europeos. Para tener en ocho años cuarenta navíos artillados, el plan tenía un coste de un millón de pesos fuertes, o dólares españoles, al año, y para llevarlo a cabo y acortar la diferencia tecnológica con su principal rival en el mar: Gran Bretaña, fue vital comenzar la tala de los árboles, porque las maderas de los cascos tenían que curarse sumergidas en agua salada y el proceso duraba dos años. Además, Ensenada pretendió anticiparse a las expediciones de las potencias europeas que pudieran tener como objetivo los intereses españoles de ultramar con toda una campaña de desinformación diplomática, les hacía creer que la Corona Española no tenía recursos para construir una nueva Armada.

—Pensaba que el rey no estaría al tanto de la misión de Jorge Juan —

comentó Álix.

Beltrán tardó unos segundos en apartar los ojos de sus labios, estaban siendo un martirio con la dichosa patilla distrayéndolo.

—Tengo la Instrucción Reservada de Ensenada a Jorge Juan.

Cogió uno de los folios, era la fotocopia del documento original, y se la dejó leer. En ella, Ensenada le daba instrucción precisa de las precauciones que debía tomar: no firmar nada ni transcribir con palabras entendibles, solo podía escribir números en el centro de una frase, nunca al principio ni al final de las fechas. Le reiteraba que solo números. También le ordenaba frecuentar lo mínimo al Ministro en Londres y que de tener algo que decirle lo hiciera por escrito a nivel personal y de manera extraordinaria.

Al terminar de leer, Álix mantuvo los ojos clavados en el papel durante unos segundos.

—La operación tenía un presupuesto de ocho mil cien reales de vellón mensuales, a entregar por la embajada en Londres —dijo él—. ¿Sin el visto bueno del rey?

Álix movió la cabeza casi de forma imperceptible.

—Puede ser, pero es difícil. En aquella época la mayoría de altos cargos diplomáticos eran nobles, aunque el mismo Ensenada no se lo hubiera dicho, cualquiera del círculo del embajador pudo hacerlo. Estoy contigo —afirmó algo seria—, Fernando VI sabía lo que estaban haciendo los espías de su ministro.

—Aquí hay dos cosas más —comentó Beltrán cuando dejó de mirarla y pudo volver a centrarse. Cogió los otros dos folios y los colocó delante de ella—. Son dos cartas de Jorge Juan a Ensenada. Una está fechada en mayo de 1749, y le explica que ha hecho amistad con un sacerdote y un marino mercante. Es correspondencia entre dos amigos, sabemos que lo fueron —añadió, y ella asintió—. Y la otra es también de carácter personal, pero... —

Beltrán levantó la mirada—. Será mejor que la leas tú misma.

«Le escribo a v.s. atendiendo a la dificultad que se advierte por razón de las presentes circunstancias a consecuencia de los hechos. Para evitar a esta familia maiores desgracias informo a v.s. que sin dilación procuraré traerla bajo mi tutela, según mi entender y parecer. Resolveré lo que fuese conveniente para conducir dicha familia a la costa y allí será recibida en mi casa. Londres y marzo quince de mil settecientos cinquenta».

—Jorge Juan huyó de Londres en abril de 1750 —empezó a decir Beltrán al verla ausente sin reaccionar—, tuvo un mes para preparar a la familia de Morris.

—¿Sabes dónde vivía Jorge Juan en España? —le preguntó después de un instante.

Beltrán afirmó en silencio.

—En Cádiz, está enterrado en el panteón de Marinos Ilustres de San Fernando.

—Entonces, debo pensar que sacó a la familia de Morris de Londres y les proporcionó una nueva vida cerca de donde él estaba, ¿no?

—Es lo más lógico.

—En parte, porque ahora entiendo menos el temor de Morris hacia él.

—No fue un hombre violento, era un erudito que se rodeaba de científicos y personalidades relevantes de la sociedad, pero no olvides que también fue militar y participó en varias batallas. Tendría genio, con seguridad.

—Y si Morris no había hecho lo que hubiesen acordado con el collar..., le advirtió a su mujer para que siguieran a salvo bajo su protección... No sé, la impresión que tengo es que Morris no se fiaba de Jorge Juan, ¿y aun así deja en sus manos a su mujer e hijos?

—No sabría nada de los planes de Jorge Juan, y no descartes que el propio Morris mandara al traste la misión de espionaje cuando decidió quedarse el

collar en vez de usarlo para pagar a sus informantes como, posiblemente, le ordenaría Jorge Juan. No vamos a saberlo, pero podemos imaginar que un chivato descontento es igual a un chivato traidor. Cuando la gente se pone en peligro y no cobra, se cabrea y es cuando los chanchullos salen a flote.

Ambos afirmaron con la cabeza, en tan buena sintonía que siguieron especulando durante varias horas. Entre los datos que conocían de Jorge Juan y varios artículos de la Revista de Historia Naval que Beltrán buscó en el archivo, compusieron de manera cronológica los años de su vida en Cádiz. Luego, y pese a oscilar en lúgubres hipótesis, aceptaron que mantuvo relación con la mujer de Morris y sus hijos; suponiéndolo un hombre de honor, no habría tenido sentido para él traerlos a España para desentenderse de ellos. Eso les acarreaba dos posibles vías para la mujer de Morris: o bien cumplió con él y nunca le dijo a Jorge Juan que ella tenía *Las Perlas de las Reinas*, o se sinceró en agradecimiento y los dos guardaron el secreto. A esas alturas de la investigación, ninguno dudaba que el collar hubiera formado parte del pago bajo cuerda de la red de espionaje. Y eso mismo no esclarecía si Fernando VI ofreció el collar a Ensenada para encubrir gastos o si “alguien” lo tomó por su cuenta.

La doctora fue consciente de que tenía por delante continuar indagando en los archivos de Palacio hasta hallar el collar, buscar a los descendientes de Morris en el Registro Civil, confirmar si lo habían deshecho, en tal caso sería una misión imposible, y, por último, devolverlo a Patrimonio Nacional para su exposición pública con el resto de Joyas Reales. La tarea se vislumbraba ardua.

—¿Te apetece comer? —preguntó Álix en un impulso.

—Estoy muerto de hambre, doctora —contestó deprisa—. ¿Dónde vas a invitarme?

Ella elevó las cejas en una expresión simpática.

—Donde quieras, te has ganado un buen festín.

—Una bella mujer y un buen festín..., la tarde promete.

Beltrán sonrió seductor, desafiándola a seguirle el juego. Pero ella se limitó a negar sin intención de dar pie a nada que rompiera el buen ambiente. Prefería volver a pecar por defecto. Llevaban juntos casi toda la mañana y habían trabajado formando un buen equipo, no vio la necesidad de entrar en un rifirrafe dialéctico, subido de tono, que solo le conllevaría crearse tontas expectativas. Así y todo, aceptó encantada no ser la única en fantasear con cruzar el límite amistoso y profesional. Fue grato saber que la encontraba atractiva.

Ni una hora después, comían uno de esos chuletones enormes que tanto le gustaban a Beltrán cerca de la Puerta de Alcalá y frente al Retiro, en la calle Alfonso XII. Era un espacio pequeño, un poco oscuro, y la atmósfera estaba cargada con el olor de las brasas como llave perfecta para abrir el apetito. Tenían alrededor unos comensales ruidosos, que en vez de molestar les proporcionaron intimidad.

Álix llenaba de segundas las copas con la jarra de vino de la casa y Beltrán volvía a cortar con alegría varios trozos de carne sin dejar de hablar. Desde que salieron del museo no habían parado de hablar. O, mejor dicho, él no paraba de hablar con un humor excelente mientras ella reía a gusto sin ni siquiera pensar que fuese gracioso. Lo era de manera natural. Quizá porque estaba tranquilo sin ninguna presión, tenía más marcado el acento andaluz, más desparpajo, al contarle sus ideas acerca del comienzo de la misión de espionaje. Ella solo podía intercalar algunas frases y volver a carcajearse con complicidad.

—Para los hijos de la Gran Bretaña lo más productivo era robarnos atacando nuestro tráfico mercante —contaba Beltrán—. ¿O para qué su Graciosa Majestad Isabel I ordenó caballeros a lo más granado de la

piratería? A golpe de espada le dio prestigio a Morgan, Hawkins, su sobrino Drake..., y alas para enriquecer su reino a costa del esfuerzo de otros.

Álix abrió los ojos de forma exagerada, con intención de escucharlo a pesar de conocer bien la leyenda de Drake.

—¿*Sir* Francis Drake fue pirata?

—Álix, por favor, no quieras tomarme el pelo. Sabes tan bien como yo que fue el favorito de la reina y el peor. En Galicia causó estragos cuando desembarcó con una flota inglesa, en Canarias y Cabo Verde todavía se acuerdan de sus muertos y ya en el Caribe se llevó por delante Santo Domingo, Cartagena de Indias y todo lo que pilló de paso que le sirviera de botín. Era un fenómeno, hasta Lope de Vega le dedicó un poema, *La Dragontea*. Menudo fue Francisco Draque, que se lo pregunten a Felipe II..., lo tenía acojonado. La lástima es que se haya olvidado que en San Juan de Puerto Rico, el 13 de noviembre de 1595, el almirante español Sancho Pardo Donlebún fue quien le derrotó. Podemos distorsionar la historia, como han hecho siempre los ingleses, o contarla con datos, y que a Francis Drake le prepararon una trampa perfecta que no supo prever es un hecho incontestable.

Ella asintió, esbozando una sonrisa de admiración.

—Pero aparte de la piratería, reconocerás que los ingleses cuidaron mejor que nosotros sus fuerzas navales.

—Sin duda —admitió, mojando un pedazo de carne en salsa picante—, no solo sabían formar a sus oficiales y marinos, también crearon una poderosa industria naval. Por eso Ensenada infiltró a Jorge Juan en sus astilleros, era la única forma de hacerse con los planos de sus barcos.

—Pero también se las ingenió para convencer a maestros de todos los oficios —dijo ella, pensando en la cantidad de trabajadores especializados que trajo a España.

—Untándolos a diestra y siniestra, hasta que alguien alertó a los ingleses y

dejó el alias de *mister* Joshua para hacerse pasar por respetable librero como *mister* Sublevant. Así podía camuflar los manuales técnicos, los planos y la documentación que le daban sus fuentes. Los tuvo bien puestos —comentó cuando bebió un sorbo de vino—, porque aguantó en Londres hasta que arrestaron a toda su red.

—Pues no sé cómo los ingleses no se dieron cuenta antes si cada día faltaba algún técnico o algún maestro.

—Porque los mandaban a España con sus familias completas. Jorge Juan habría hablado con Morris de hacer con él lo mismo que llevaba un año haciendo con los demás. A Morris lo arrestaron poco antes del último viaje de Jorge Juan, por lo que podemos suponer que también intentó traerlo. Al serle imposible porque habría creado un conflicto internacional de los gordos, Morris fue un mal menor para salvaguardar la operación. Otra cosa es que Morris pecara de avaricioso.

De acuerdo con él, se congratuló por haber rectificado al disculparse y estar siendo capaz, en medio de su creciente admiración, de mantener una charla tan amena. Cuando las mesas de alrededor se vaciaron, sus voces hasta entonces solapadas sonaron nítidas y les dieron conciencia del tiempo transcurrido. Álix pidió la cuenta haciéndole una señal al camarero, cogió su bolso y sacó la tarjeta de crédito, rechazando la buena voluntad de Beltrán. Necesitaba pagar esa comida como persona generosa y por agradecerle su falta de rencor y colaboración. Él no apartó sus pupilas ambarinas, cálidas, de las oscuras de ella, pensando en prolongar la tarde.

—Muchas gracias —comentó cuando el camarero terminó con el datafono y se retiró—. ¿Tienes que volver al trabajo o puedes tomarte un café?

—Tengo que volver —mintió sin vacilar—. Entre una cosa y otra, hoy no he hecho nada.

—Un día es un día —añadió de buen humor—. Ernesto lo comprenderá.

—No me tientes —le dijo, reprimiendo en sus labios: “más”. Podía llamar a su jefe y excusarse, o ni siquiera hacerlo porque era verdad que lo comprendería y hasta aplaudiría—, la próxima vez —tanteó.

—Voy a tardar en volver.

Beltrán se puso en pie, disimulando su decepción. Salieron del local mostrando en sus expresiones lo opuesto a lo que sentían. Ninguno era dado a forzar nada y en aquel momento lo sería continuar porque de nuevo circulaba entre los dos una tensión incómoda.

Volvieron a falsear sonrisas al despedirse besándose las mejillas. Y mientras ella paraba un taxi, Beltrán optaba por caminar hasta el hotel. Creyó que el largo paseo bajo el frío le ayudaría a digerir la comida y otro rechazo.

Cuando el taxi de la doctora se detuvo en el semáforo de la calle Alfonso XII con Alcalá, lo vio doblando la esquina en dirección a Cibeles. Soltó un ligero suspiro, y no fue capaz de dejar de perseguirlo con la mirada. Se recriminó haber desertado. No tenía remedio. Era una cobarde, miedosa de sus emociones cuando de verdad le habría gustado tomarse ese café. Casi imperdonable perder la ocasión de conocer mejor al único hombre que en años se acercaba a su nivel de exigencia. Cumplía con nota todos sus requisitos, al menos los intelectuales y físicos, y, encima, le había mostrado interés. ¿Podía ser más tonta? ¿Qué clavija de su cerebro estaba floja? Porque algo en su cabeza debía funcionar de pena si prefería encerrarse entre cuatro paredes antes que pasar un rato agradable. Este pensamiento fue demoledor. Nunca había actuado así con ningún hombre que le gustase. Su principal experiencia eran las relaciones esporádicas, podía decirse que dominaba esa clase de relaciones, sin considerarse promiscua ya que tampoco se ajustaba a la realidad. Visto con realismo, lo que habría podido tener con él, lo más lógico dada la distancia a la que vivían, ¿entonces? ¿Por qué había salido corriendo? ¿Por qué no había sido capaz de tratar a ese hombre como a

cualquier amante ocasional? ¿Qué lo hacía diferente?

Álix estuvo todo el trayecto hasta su casa dándole vueltas.

Luego, sin dejar el asunto y no porque no quisiera, sino porque le había dominado la cabeza de manera involuntaria, solo acudía a sus labios una respuesta que se negaba a sí misma cuando el miedo empezó a paralizarla.

Capítulo 9

EN LA MESA DEL ARCHIVO GENERAL DE Palacio, que ya parecía suya por las horas que pasaba ahí, aquella mañana le tocaba el turno al testamento de Felipe V. La doctora se había planificado la investigación por orden cronológico con la intención de hacer el seguimiento del collar desde la compra de las perlas hasta su desaparición, creyendo que era la mejor manera de completar las lagunas documentales que sin duda hallaría. Con las sospechas de que el collar formó parte de un asunto comprometido para la Corona, contar con lagunas era lo de menos, serían océanos de desinformación; lo principal era entender para poder lanzar hipótesis fiables como esencia de cualquier investigación científica. Partían de hechos incomprensibles, buscaban información, realizaban comprobaciones y después, cuando se entendía el asunto, llegaban las hipótesis.

En el testamento de Felipe V su inventario de bienes estaba dividido en varias partes, diferenciando las alhajas pertenecientes a la testamentaría de Carlos II, las que él adquirió durante su reinado y las que servirían para la cancelación de deudas de cuyo pago debía comprometerse su heredero. Por supuesto, no halló referencias al collar porque en esas fechas ya formaba parte de los bienes de Fernando VI.

Continuó ojeando la relación y tasación de las joyas con la esperanza de encontrar el origen del collar: las perlas. En aquella época no solían comprar las joyas hechas, sino que primero tenían las piedras preciosas y luego al gusto de la moda el platero designado hacía el diseño. En una carta fechada en 1702 se mencionaban doscientas perlas con el fin de incluirlas en el primer inventario que Felipe V mandó hacer de sus bienes. Leyó la solicitud de

información a los jefes de los oficios, pero el marqués que hacía la petición solo llegó a saber que el jefe de guardajoyas había subido al cuarto de la reina María Luisa doscientas perlas que pertenecían a la Corona porque las había incorporado la Casa Austria.

Después encontró otros documentos anteriores que mencionaban de nuevo esas doscientas perlas, fechados en 1701. En ellos había divergencias entre las tasaciones y los inventarios, pero se concretaba que las perlas provenían de joyas estropeadas o deshechas y que eran pequeñas y de poca calidad. Excepto las negras que “se compraron al inglés”. Álix relejó esto último. «¡Al fin! Al fin, aparecían». Eran once perlas, cada una tasada a un precio en función de su peso; la más valiosa tenía forma de lágrima, con un tamaño de cinco centímetros de largo por tres en su zona más ancha y un precio de veinte mil reales; las otras diez eran más pequeñas.

En otra caja halló el diseño que había dibujado Josep Ros, el platero de Barcelona que parecía contar con la gracia de Felipe V no solo para realizar tasaciones. Era una composición floral típica de la época. Engarzaba las perlas pequeñas en oro, rodeadas de infinidad de brillantes formando intrincadas hojas, había también dos piedras preciosas que no pudo identificar y dejaba la lágrima colgando en el centro. Fotocopió esa página, calculando el precio actual del collar. Si tenía en cuenta las últimas subastas de joyas parecidas, era altísimo; no menos de dos millones de euros.

Incitada por el optimismo tomó apuntes de forma metódica, al anotar los números de los documentos y las cajas. Ernesto la interrumpió con un mensaje instándola a volver a su despacho. En otra circunstancia se habría molestado, en cambio, salió rápidamente del archivo con unas ganas enormes de compartir con él ese último hallazgo que le permitía presentar pruebas sólidas hasta ese momento basadas únicamente en la carta de Morris y en sus especulaciones.

A paso decidido atravesó la Plaza de la Armería sin fijarse en los numerosos agentes de la Policía Nacional y Guardia Civil que rodeaban los accesos del museo. Se dio cuenta al intentar entrar por la puerta del personal, y eso solo podía deberse a alguna visita sorpresa del rey.

No era la primera vez que iba a hacerles un seguimiento, o a vigilar la colección, y a presionar también por el retraso en la apertura aun teniendo ya, y de manera ineludible, la inauguración fijada para enero de 2020. Los ánimos y la política no admitían excusas para nuevos retrasos.

Disimulando con una expresión neutra, esperó paciente.

Por fin, al conseguir franquear el umbral de la puerta, cada pocos metros debía detenerse. Empezaba a perder la cuenta de las veces que había enseñado su identificación y la habían comprobado.

Bufó cansada al entrar en su despacho. Logró sentarse en la mesa una hora después de salir del archivo. Vio un post-it amarillo pegado en la pantalla de su ordenador con un encargo de Ernesto, que ni estaba ni le había enviado más mensajes. Supuso andaría con la real visita en las plantas de exposición.

Siguiendo sus indicaciones, le devolvió la llamada a uno de los conservadores del Museo del Prado que estaba colaborando con ella y, tras una charla profesional acerca de Jean Ranc, retomó el interés por ese pintor como otra pieza más del misterio de las perlas.

Siempre de manera pausada, volvió a examinar sus cuadros. Esa vez solo los que formaban parte de la colección, los de Bárbara de Braganza e Isabel de Farnesio. Seguía obsesionada con la incomprensible ausencia del collar en tan regios cuellos, no era ni lógico ni lo propio de la época. Es más, tenían probado que a veces los pintores añadían joyas a los retratados sin que posaran con ellas, por aquello de la ostentación. Revisó la obra del pintor francés, ajena al tumulto en los pasillos, sopesando que bastantes de sus cuadros hubiesen perecido en el incendio del Real Alcázar como los más de

quinientos que habían corrido esa desgracia. ¿No empezó el incendio en su taller? Debió sufrir más pérdidas que nadie.

Entretenida en la posible conspiración de Felipe V contra los Austria, dio un respingo al escuchar el sonido de su móvil. En cuanto lo sacó del bolso, leyó en la pantalla un nombre y, de forma automática, la felicidad se le mezcló con el nerviosismo.

—Hola —saludó energética—, qué sorpresa.

—Hola, Álix —dijo Beltrán también de un talante excelente, noqueado por su tono alegre después de pensar durante horas si llamarla o no—, ¿cómo estás?

—Muy bien, encontrando pistas interesantes —respondió sin intención de volver al tema profesional cuando llevaba dos días apartándolo a él de la memoria—. ¿Qué tal todo por ahí?

—Un poco de lluvia; pero no tanto frío como en Madrid.

Beltrán dejó el parte meteorológico porque se escuchó absurdo. «¿Acaso la había llamado para hablarle del tiempo?».

—Bueno..., es como aquello del mar —dijo ella ignorando que no era la única tensa—, hace más frío en invierno y más calor en verano, es cuestión de acostumbrarse. —Hizo una pausa—. ¿Y tu retorno en casa?, bien, ¿no? —«¡Mierda! ¿Cómo se le ocurría preguntarle eso?»—. En el museo, quiero decir.

Beltrán entrecerró un ojo. «Perfecto, estamos en tablas», pensó.

—Ultimando los detalles de la exposición. Ahora todo son carreras, pero, vamos, excepto algún contratiempo de última hora, estoy satisfecho —dijo intentando canalizar sus ideas—. Verás, Álix, te llamo porque me gustaría que vinieras a la inauguración; pero entenderé que no puedas venir si tienes otro compromiso o cualquier plan anterior —habló disimulando sonar demasiado interesado—, o porque no quieras, claro —añadió algo cínico. Ella sujetaba

el móvil en la oreja y se quedó cual estatua de piedra. Era ahora o nunca. No se le presentaría otra oportunidad, y no quería repetir huida. Ese hombre le atraía, estaba a gusto en su compañía y volvía a insistir—. Voy a invitar también a Ernesto, sé que a él y a su mujer les gusta esto —continuó diciendo para solapar su verdadera intención—, y es una buena excusa para que pasen un fin de semana de relax total.

Álix, con estas últimas incorporaciones, había perdido un poco de esperanza. Pero solo un poco. Muy bien tenía que pintar la escapada para que la mujer de Ernesto aceptase dejar a sus hijos, adolescentes con facilidad para organizar festivales y desmadrarse cuando ellos no estaban.

De nuevo con las expectativas haciéndole ilusionarse, preguntó:

—¿Qué día inauguráis?

—El viernes uno, a las cinco.

—Una hora torera —comentó bromista.

—Sí, tener tantas dehesas cerca nos sugestióna. ¿Aceptas?

—Tendría que organizarme, pero voy a intentarlo. Me gustó mucho el hotel de Sancti Petri y me apetece desconectar un par de días.

—Ese hotel es el favorito de Lucía, le encanta desde que era pequeña.

—Mucho debe gustarle, sí —convino ella un poco escéptica—, porque viviendo tan cerca es un pelín absurdo, ¿no?

—La directora es amiga mía desde hace muchos años —comentó casual—, y suele hacerme buenas ofertas, por eso es raro el mes que no vamos algún fin de semana. ¿No te gusta descansar y que te lo pongan todo por delante? ¿O que te mimen de vez en cuando?

Esa pregunta, insinuante, le arrancó a Álix una sonrisa pícaro y franca. A partir de ahí los dos se relajaron para hablar con la misma complicidad que descubrieron investigando juntos y continuó en la comida del restaurante argentino. Fueron capaces de olvidar el tiempo contándose tonterías,

curioseando en sus vidas de forma natural como dos aventureros ávidos por atesorar recuerdos uno del otro.

En plena conversación, Ernesto entró en el despacho sin captar la atención de la doctora. De espaldas a él, riendo, no lo advirtió. El hombre supo pronto con quien hablaba y le pareció la mejor noticia de esa mañana grisácea. Mostró una expresión satisfecha, pensando que no se equivocaba al creer que tenían mucho en común aunque hubiese demasiada tierra entre ellos para mantener una relación.

Sigiloso, dejó de fisgar y se encerró en su despacho con el ánimo por las nubes. No había nada mejor como fomentar, o empujar sin miramientos, un romance entre dos personas que apreciaba sinceramente y eran tal para cual. Tendrían dificultades, pero ¿qué pareja no las tenía? ¿Cuántas parejas habían nacido con distancia de por medio? Hasta lo vio como un aliciente. Eran dos personas entregadas a sus trabajos, así podrían dedicarse a sus rutinas entre semana y cuando se vieran disfrutarían más. No dudó que su sacrificio a veces sería negativo, sin embargo no había nada insalvable cuando el amor era auténtico y arrollaba con la potencia de un vendaval. Y eso, sin lugar a dudas, lo percibió en los ojos de ellos la primera vez que los vio juntos: dos vientos colapsando en la misma tormenta.

Capítulo 10

SAN FERNANDO NO PARECÍA tener nada fuera de lo común. Eso pensaba Álix mientras conducía por calles algo descuidadas sobre los raíles de un tranvía inexistente. Había una especie de fusión entre ciudad dormitorio con edificios no muy altos y anodinos, algo de modernidad comedida, historia mal conservada y el aire de un pueblo andaluz marinero.

Aparcó en la calle Escaño, con una sucesión de naranjos recorriendo las estrechas aceras de esa parte del casco antiguo, delante de la verja del Museo Naval que se albergaba en un palacio del que apenas había perdurado una fachada blanca. Ahora, con un edificio tipo cubo contemporáneo de grandes dimensiones adosado en uno de los laterales, tenía una mezcla ecléctica a la moda actual.

Cruzó la verja que daba a un patio grande, era una zona de aparcamientos reservados, hacia el ancla maciza de salvaguarda justo en la entrada. Al traspasar la doble puerta automática, pudo observar el cartel de la exposición: *En contra del viento*. Le gustó de inmediato, evocaba mucho en todos los aspectos, y se preguntó si lo habría elegido Beltrán.

Un rumor de voces la guió hasta la sala donde ya estaba desarrollándose el acto inaugural. Era una estancia larga y luminosa, rodeada por hermosas vitrinas de madera tallada con antiguos aparatos de medición náutica: sextantes de latón, brújulas con bases de plata y astrolabios que parecían obras de arte. Sus ojos toparon con una flota apabullante de cascarones, réplicas exactas de viejos navíos, resultaba una locura increíble imaginar lo que fue navegar en esos barcos, y, admirada, valoró la tarea de Beltrán por reunirlos.

Ocupar la atención consiguió templarle los nervios cuando el intenso rumor del fondo de la sala llegó a sobrecogerla, a hacerle sopesar dar media vuelta y salir con prudencia. Fue un momento de pánico, pasó rápido, ni siquiera se lo planteó de verdad; había hecho un montón de kilómetros invitada por el anfitrión; no le fallaría con otro comportamiento grosero.

A paso suave llegó al fondo de la sala. Pronto descubrió que la concurrencia no era masiva, contó menos de cincuenta invitados entre autoridades locales, militares de la marina uniformados de un prístino blanco y un par de medios de comunicación. En un corrillo vio a una mujer de su edad y a tres hombres, dos eran militares de alto rango y el tercero, que estaba dándole la espalda, por su impresionante corpulencia visible incluso bajo el traje oscuro que llevaba, solo podía ser Beltrán. Distinguiría esa figura incluso en la oscuridad más absoluta, soñaba con ella y era capaz de divagar imaginando lo que sentiría al recorrerla con las manos.

—Hola.

Abstraída, al oír de pronto esa voz femenina y jovial, Álix se sobresaltó. Con rapidez reconoció a la chica de larga melena castaña, rasgos suaves y finos, y espigada como el elegante tallo de una orquídea. Tenía apariencia desenfadada, con una falda corta de color blanco y camisa verde esmeralda de mangas anchas parecidas a las alas de una mariposa.

Después de saludarla esbozando una tibia sonrisa, le dijo:

—Eres la sobrina de Beltrán, ¿verdad?

—Sí —respondió Lucía, pensando que la doctora tenía otro atractivo además del académico que su tío llevaba vendiéndole desde su vuelta de Madrid. Le resultó guapa, sobre todo, por su cabello pelirrojo, era diferente; y llevaba la chaqueta de piel negra que le habría gustado como regalo de cumpleaños y su tío no quiso comprarle—. He oído hablar mucho de usted —dijo amable—. No sé si me recordará, nos conocimos en el Vincci de Sancti

Petri.

—Claro que me acuerdo de ti —comentó Álix, admirando sus ojos grandes y oscuros, y todavía más admirada por sus buenos modales—, háblame de tú, por favor; de usted me haces parecer mayor de lo que soy.

—¿Cuántos años tienes?

«Vaya... Qué poco le ha durado la corrección», pensó Álix.

—Cuarenta. Para ti serán una barbaridad, pero no son tantos.

—No, mi tío tiene cuarenta y cinco y no es un viejo como algunos de sus amigos. Es muy divertido, y todavía practica algunos deportes —habló con desparpajo.

La doctora no se ofendió al intuir esas palabras sin maldad, opinando que la chica era la perfecta embajadora de Beltrán.

—Os vi haciendo kitesurf —comentó amistosa—. Nunca lo he intentado, y tiene que ser chulo.

—Sí, él me enseñó, me encanta —admitió risueña—. ¿Vas a quedarte todo el fin de semana?

—Sí, hasta el domingo.

—¿En serio? Pues no veas lo contento que se va a poner mi tío, estaba un poco preocupado por si no venías. Le gustas, ¿sabes? —afirmó contenta, y Álix abrió un poco más los ojos—. Sí, y no hace falta que disimules, él también te gusta a ti. ¿A que sí?

—No nos conocemos mucho —contestó Álix, pensando que la chica aparte de dicharachera no tenía filtro—, pero como veo que eres bastante perspicaz da igual lo que te responda, ¿no?

Lucía, observándola con el mismo aire retador de su tío, encogió un hombro, esgrimiendo una sonrisa simpática, y dirigió la mirada al corrillo de él. Fue en ese preciso momento cuando Beltrán descubrió a Álix y le hizo una inclinación con la cabeza, leve y respetuosa, ocultando su sorpresa y

divagando sobre la información reservada que su sobrina estaría compartiendo. Álix, aunque le correspondió con el mismo gesto, apretó la boca en una línea de contenida alegría. Mientras tanto, Lucía era una agente de la Gestapo espiándoles para terminar dándose la razón.

En compañía de la joven, que no se despegaba de su lado, Álix vio a Beltrán dejar el corrillo después de recibir unas animosas palmadas en el hombro de uno de los militares, vicealmirante y director del museo, según el susurro de Lucía. El otro hombre, capitán de navío y conservador. También lo supo gracias a ella.

Beltrán se dirigió hasta un rincón de la sala, elevado por un escalón ancho, delante de la Carta que cartografió Juan de la Cosa, y después de presentarse como el director técnico del museo y conservador captó la atención de todos los asistentes empezando a hablar sobre los retos náuticos que a lo largo de la historia habían acometido algunos de los navegantes a quienes esa exposición rendía homenaje.

Con su atrayente voz, tono de orador entusiasta, consiguió un silencio que a otros, como a la doctora, habría amedrentado.

—Navegar en aguas turbulentas no es para todos los marinos —decía Beltrán sin leer nada—, por ejemplo, hacerlo donde se unen los dos océanos más poderosos del planeta queda para un reducido número de intrépidos. Imaginad, vientos que embravecen sus aguas azules hasta convertirlas en gris metálico mientras despeinan las crestas de las olas como remolinos. Pues si el Cabo de Hornos impone unas condiciones extraordinarias para los buques actuales, ¿cómo fue para Francisco de Hoces en 1525?, ¿qué pudo sentir ese hombre al verse arrastrado dentro del Infierno? Nunca lo sabremos, pero podemos hacernos una idea si todavía hoy los marinos llaman a los vientos del Cabo de Hornos *Los Cuarenta Rugientes*, seguidos por *Los Cincuenta Furiosos* y los aún más violentos *Sesenta Aulladores*. El mar de Hoces,

prefiero llamarlo así porque él fue su descubridor aunque don Francisco Draque fuese el primero en atravesarlo con patente de corso de Isabel I de Inglaterra para atacar a la flota española —aclaró irónico—, sigue teniendo derecho de admisión reservado y cruzarlo perdura como una gesta, además de otorgar la licencia de lucir un aro en la oreja y orinar contra el viento. Esto último parece bastante arriesgado —contó simpático.

Durante unos minutos nombró a varios navegantes más de los siglos XVI al XVIII, cada uno con su propia gesta. A veces gloriosa; otras, jugándose la vida y perdiendo como Magallanes, Mendaña o como García Jofre de Loáisa en la misma expedición donde también murió ElCano después de conseguir la gloria al pilotar de regreso la única nave que sobrevivió a la primera vuelta a la Tierra.

Concluyó invitando a recorrer la exposición desde el punto de vista de esos navegantes. El acto terminó con varias fotos oficiales, y todavía pasaron varios minutos más hasta que logró eludir los compromisos.

Caminando hacia Álix, paseó la mirada por su sobrina, que sonreía radiante, y se puso un poco nervioso. Tratando de interpretar esa sonrisa, llegó y disimuló su estado pletórico con dos besos formales en la cara de la doctora.

Al cabo de un rato, cuando supo que había hecho el viaje en su propio coche, un gran esfuerzo que apreció, y estaba relajado tomándose una copa de vino blanco, le preguntó:

—¿Quieres una visita guiada o puedes arreglártelas sin mí?

Álix elevó la barbilla.

—Ha venido a verte —aportó Lucía—, ¿no puedes ser amable sin más?

—No estoy siendo desagradable —dijo él, contento al ver la boca de la doctora apretada y pensando en un plan que le permitiera algo de intimidad con ella.

—Siempre es así conmigo, Lucía; no sufras, empiezo a asumirlo.

—Eso no es verdad —replicó Beltrán de buen humor—, y será mejor que me reserve delante de una menor cómo me has llegado a tratar.

—Por mí no te cortes, tito, sé más de lo que crees.

—¿No habías quedado con Marta para ir al cine? —le preguntó Beltrán.

—Sí, pero es pronto. La peli no empieza hasta las ocho.

—¿Hasta la ocho vas a estar detrás de nosotros?

—¿Y qué hago? —dijo con cara inocente—. Te has empeñado en que viniera a este rollo... Ahora, como tienes plan, quieres darme esquinazo. Vas a volverme majara.

Álix salteaba la mirada entre ellos, divertida.

—No sé qué plan tiene tu tío, pero estás incluida.

Beltrán le envió una muda advertencia a Lucía, que descubrió la mejor ocasión de sacar provecho.

—¿Has visto la chaqueta tan chula que lleva Álix? —La joven habló ignorando el aire homicida de las pupilas melosas de él—. Es como la que yo quería para mi cumple.

La doctora, al advertir la maniobra chantajista, se mordió los carrillos por no soltar una carcajada.

—Es muy bonita —dijo Beltrán después de observarla con detenimiento, dedicándole unos segundos de más a la redondez de los pechos—, lo tendré en cuenta para el próximo.

—¿El próximo? —Lucía arrugó la cara, pero esa chaqueta merecía insistir—. ¿Dónde has pensado llevarla a cenar? —preguntó cambiando de estrategia. Era cuestión de hacerle creer que sería su sombra todo el fin de semana.

—Lucía, no voy a comprarte ninguna chaqueta de cuero —habló en un tono severo, cansado de ese comportamiento—. Si te apetece venir a cenar con nosotros, ven; ya has oído a Álix.

—Tenía que intentarlo —dijo Lucía al desistir—. ¿Pero podría quedarme a

dormir en casa de Marta?

—No, sabes que no me gusta que duermas en casa de nadie.

—Pero así... —Lucía cerró la boca al ver una mirada dura que conocía de sobra—, vale..., voy a llamarla.

Beltrán soltó un leve suspiro cuando la chica se alejó.

—La has llevado muy bien —le comentó Álix—, está en una edad difícil.

—¿Te ha contado Ernesto cómo murió su madre?

—Por encima, básicamente sé que llevas siendo su padre desde que era un bebé.

—Solo me tiene a mí, ni yo tuve alternativas ni ella.

—Al menos os tenéis el uno al otro —dijo nostálgica—; sois unos afortunados.

—Bueno, tenemos nuestros momentos. No siempre es una relación idílica; oscilamos entre querernos a rabiar o matarnos con un dolor tremendo, no destacamos por los puntos intermedios.

—Como cualquier relación familiar medianamente sana, no te quejes; la niña te ha salido muy bien.

Beltrán torció los labios esgrimiendo una sonrisa acorde a su estado animoso. No añadió nada, le bastaba admitir en silencio que compartía esa apreciación, y la condujo entre antiguos objetos contándole anécdotas mientras ella parecía interesada, incluso feliz escuchándolo.

Más tarde, en el restaurante de cocina moderna, o mediterránea creativa, en el centro de Chiclana y bajo muros de caserón medieval —Beltrán lo eligió porque Álix durante su último encuentro en Madrid le había confesado que se deshacía por ese tipo de comida—, leían la carta llena de combinaciones casi poéticas. Él se quitó las gafas de vista, las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y miró expectante a Álix, creyendo haber acertado con la elección de aquel sitio de ambiente sosegado y buena reputación.

—¿Sabes ya lo que vas a pedir?

Ella levantó la mirada y sonrió un poco.

—Sí, ¿y tú? —habló contenta.

—Creo que sí, espero no equivocarme.

—¿No habías venido antes? —Álix lo observó con curiosidad, y ante su negativa, le preguntó—. ¿Y por qué lo has elegido?

Beltrán se llevó la mano izquierda a los labios, manteniendo sus pupilas melosas fijas en ella.

—Porque he querido complacerte en agradecimiento a tu visita —dijo sin atisbos de ironía.

Álix tragó saliva despacio, nerviosa y encantada a partes iguales.

—Eres un hombre interesante y atractivo, y me gustaría seguir conociéndote.

—Gracias por cambiar de idea —le dijo en alusión al primer encontronazo que tuvieron durante la cena en Casa Juan.

Una camarera de mediana edad, con un delantal negro muy largo, tomó nota de sus platos y en pocos minutos trajo un aperitivo, eran tres tipos de croquetas presentadas con una estética elaborada en un plato negro cuadrado, y la botella de vino tinto que Beltrán había pedido. Lo degustó de forma elegante antes de que la camarera sirviera las copas.

Empezaron a hablar de la exposición, y el tema les llevó a los avances de la doctora siguiendo el rastro de las perlas. Beltrán tampoco hallaba un motivo lógico para mantenerlas ocultas ni para que la reina mandara guardarlas en su dormitorio, sin embargo comentó que pudieron ser vendidas para sufragar los gastos de la guerra de Sucesión.

—Cuando los aliados en agosto de 1702 intentaron tomar Cádiz para tener aquí la base naval del Mediterráneo de las flotas inglesa y holandesa, casi todas las tropas españolas estaban dispersas por Europa, tuvieron que reunir

un ejército de emergencia, y lo hicieron gracias a los fondos privados de la reina María Luisa de Saboya. Doscientas perlas, exceptuando las negras, eran una inyección económica más que aceptable y ni siquiera serían las únicas joyas que se sacrificaron.

—El problema son los documentos. Voy a centrarme en buscar a los descendientes de Morris, a ver qué consigo.

—No te hagas ilusiones para no decepcionarte, no pinta bien.

—Lo sé, y hablando de pintar —comentó con interés—, he vuelto a revisar todos los retratos de las reinas, me faltan los de María Luisa de Saboya, ¿no te parece raro que ni Isabel de Farnesio ni Bárbara de Braganza usaran el collar en ninguno?

—No lo sé, pero tampoco te frustres; recuerda que a veces las cosas son engañosas.

—Eso lo tengo presente, incluso que el pintor de la corte, Jean Ranc, pudo hacer algún retrato de ellas con el collar y que en el incendio del Alcázar se perdiera. El fuego empezó en su taller —añadió con una sonrisa algo misteriosa—. ¿No te parece extraño?

—Pues teniendo en cuenta que sería el lugar con más productos inflamables del Alcázar, no.

—Ya, ¿y teniendo en cuenta que Felipe V lo detestaba, que antes del incendio había ordenado el traslado de las obras de arte que más le gustaban y que toda su familia no estaba cuando lo normal habría sido que asistieran a la misa de Nochebuena en la capilla del mismo Alcázar? Por no añadir que tenía preparado el proyecto del actual Palacio Real...

—¿Estás valorando que el rey en vez de preocuparse por apagar el incendio lo avivó?

—Algo así, fuiste tú el que me dijo que no todo lo que de verdad ha ocurrido a lo largo de la historia ha trascendido tal cual sucedió.

Beltrán asintió y se limpió la comisura de los labios con la servilleta que tenía en el regazo. Le puso varios ejemplos de hechos históricos comprobados que habían sido ocultados, ignorados o incluso negaban el protagonismo a los artífices reales para dárselo a otros. Según él, de injusticias estaba el mundo escrito. Así continuaron hablando en perfecta sintonía.

Cenando, conocieron detalles puntuales de sus vidas y anécdotas que no cruzaban el umbral de sus peores recuerdos, compartieron sus gustos para terminar divertidos reconociendo una grata compenetración.

A eso de las doce, la llamada de Lucía precipitó el fin de la velada que no querían acabar. Alterada, le reprochó a Beltrán la media hora que llevaba esperando en la puerta del cine de San Fernando. Y el comedimiento de él, con ningún ánimo de molestarse ni darle explicaciones, todavía acusó más el enfado de la adolescente.

Sereno, Beltrán pidió la cuenta y pagó sin tener que decirle a Álix que rechazaba su dinero. Cuando salieron del restaurante rumbo al cine y se acomodaron en su coche, un Toyota negro 4x4, empezó a arrepentirse por no haber dejado que Lucía durmiera con su amiga Marta. Eso lo sumergió en una espiral pesimista. No tenía claro que Álix tuviera planes para el día siguiente, ni moral para exponerse y terminar digiriendo otro rechazo. Ella también se había sumido en sus pensamientos.

—Tengo un dilema, Álix —dijo al salir del casco viejo de Chiclana—. Creo que has venido solo por la exposición, pero no estoy seguro, y no sé si tienes planes para mañana o si habías pensado... —Se frenó al no encontrar las palabras adecuadas para saciar su curiosidad sin parecer ansioso por estar con ella—, o si habías pensado...

—¿Si había pensado pasar el día contigo?

Beltrán movió la cabeza afirmando, nervioso. En ese momento él parecía el adolescente en vez de su sobrina, y sin pretenderlo cautivó un poco más a la

doctora.

—Antes me has dicho que querías conocerme mejor —habló recobrando la madurez, disimulando el pudor que acababa de sentir y alejaba la imagen segura que solía proyectar—, y a mí también me gustaría seguir conociéndote.

—¿Has pensado algo o quedamos y hacemos lo que surja?

Oírla fue un alivio instantáneo para él. No solo había hecho más de seiscientos kilómetros en coche para asistir a la exposición, sino que tenía intención de dedicarle todo el fin de semana. Sin lugar a dudas, esa pregunta le devolvió la confianza.

—Lo que surja —respondió al fin—, con altas posibilidades de que te lleves una sorpresa.

—Te advierto que no me va el senderismo.

—¿Senderismo? ¿Tengo pinta de senderista? —le preguntó con guasa—. Lo mío es el mar y volar.

—Y la buena mesa, los buenos hoteles...

—La calidad ante todo, doctora.

Sonrientes, durante un segundo cruzaron las miradas. Al continuar charlando sobre sus aficiones, la atmósfera de complicidad que les había rodeado mientras cenaban de nuevo empezó a envolverlos. Fluía entre ellos de forma arrolladora.

Al enfilear la calle del museo, de golpe se sucedió el silencio. La proximidad de la despedida volvió a tensarlos. Beltrán detuvo la marcha cuando Álix le indicó que el Audi era su coche.

—Te recojo mañana temprano —dijo, inclinando el cuerpo hacia la derecha para darle un único beso en la cara—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró ella.

No encontró palabras para describir cómo se sentía después de una velada perfecta, cómo había logrado erizarle la piel al acercarse tanto, con su calor,

su olor. No tuvo lucidez, directamente, él acababa de anulársela.

Beltrán aguardó detenido en mitad de la calle lo que ella tardó en subirse al Audi y tomar la dirección contraria a la suya. Así, mientras uno recorría pletórico el trayecto que lo llevaría al Centro Comercial Bahía Sur a cumplir con sus obligaciones, la otra dejaba San Fernando perdida en inquietudes, dudas y decepción.

Por un lado Álix se sentía feliz, Beltrán era justo lo que esperaba: un hombre apropiado para arriesgar; por otro, ese riesgo podía acarrearle sufrimiento; y por último, ¿por qué la había besado en la mejilla? ¿Cuántas citas necesitaba para lanzarse? Sin duda, ese paso lo tenía que dar él, sin machismo ni nada sexista, por timidez. Aunque recordándolo medio aturullado en el coche, hecho un manojo de nervios, cautivándola, llegó a la conclusión de que eran dos gotas de agua y su relación, cuando por ciencias infusas la iniciaran, prometía marcar un antes y un después en sus vidas.

Álix defendía que a ciertas edades uno ya ha adquirido la intuición suficiente para discriminar lo importante de lo superfluo, un radar infalible que detecta tanto a las personas o cosas perjudiciales como a las personas o cosas que pueden hacernos felices. Y, precisamente, porque su radar parecía una veleta medio loca con Beltrán, indicaba el Sur con la misma facilidad que de manera vertiginosa apuntaba al Norte, sentía un miedo sombrío con fuerza y garras alejándola de él. Llegaba a repetirse que esa sensación la provocaba su tendencia a complicarlo todo, que con tiempo, cuando las ciencias infusas por fin funcionaran, el miedo la abandonaría. En cambio, cada encuentro con él aumentaba la potencia de ese miedo, y sin sexo de por medio; ¿qué podía esperar cuando mediara? Porque mediaría, se acercaba sigiloso como el final consabido en una función de teatro con los actores a la espera del aplauso del público, como inicio de otra etapa más íntima y profunda.

Consciente de esos pensamientos, de pronto sintió un ramalazo de pánico

al haber encontrado el origen de su miedo: la distancia, les complicaría mantener una relación.

Llegando al hotel, como la temperatura de la noche era agradable y la brisa soplaba ligera, decidió continuar por la avenida que discurría en paralelo a la playa de la Barrosa. Después de pasar tres rotondas, giró a la derecha y aparcó cerca de la entrada de otro de los resort de cinco estrellas que había en esa zona, la mejor de la urbanización.

Atravesó una pasarela de madera, y pese al frescor más acusado por la cercanía del océano, no tuvo reparos al quitarse los zapatos de tacón y pisar la húmeda arena. La sensación fue calmante.

A esas horas la marea alta había dejado la playa la mitad de ancha y parecía otra aun siendo la misma. El sonido de las olas rompiendo en la orilla, la brisa copando su olfato de salitre y las estrellas que las tenues nubes dejaban a la vista, lograban recrearle los sentidos al pasear sin noción de su destino. Si bien, poco importaba. Allí solo había uno, seguir caminando en línea recta; volver sin apenas haber recorrido un trecho no era opción.

Capítulo 11

LA CALMA DEL VIENTO libró a Álix en la cala de Conil de continuar con la clase de kitesurf, de seguir tirando de aquella cometa pesada y larga que estaba destrozándole los brazos y de obviar la estrechez del traje de neopreno que Lucía le había dejado y la asfixiaba. Se bajó un poco la cremallera del traje y se dejó caer en la arena de la orilla.

Beltrán, en cuanto la vio, corrió hacia ella preguntándole por qué abandonaba. Intentó convencerla, sin lograrlo, y empezó a recoger la cometa con ademanes bruscos. Indiferente a ese genio, Álix respiraba aire puro. Mientras tanto, Lucía practicaba maniobras en el agua. La destreza de la chica, apurando el escaso viento, tenía absorta a Álix. Era eso o prestarle atención a los farfullos de Beltrán. No llegaba a entender tal enfado cuando le había advertido que era poco hábil y no destacaba por su fuerza.

—Sinceramente, Álix —empezó a hablar al sentarse a su lado—, no sé por qué le dijiste a Lucía que querías aprender. Si no te esfuerzas más, nunca vas a aprender. Todos los deportes al principio son complicados, pero hay que ponerle empeño.

—Nunca le he dicho a Lucía que quisiera aprender, ayer le dije que parecía chulo y que nunca lo había intentado. Eso no significa querer aprender.

—Ah, ¿no? Pues se sobreentiende.

Beltrán se sentía mal, con la sensación de estar desaprovechando el poco tiempo que tenían.

—No te agobies —comentó percibiendo su frustración—, gracias a ti he comprobado que no puedo con la cometa, y estoy pasándolo muy bien. —Álix le observó los ojos, de esa tonalidad confusa entre luminosos dorados y un

torrente de ámbar, recordando el tacto de sus manos en la cintura—. Te aseguro que has conseguido sorprenderme para bien.

—Me habría gustado verte en el agua con la tabla, no te imaginas la sensación...

—Lo siento, pero conozco mis límites —admitió esbozando una sonrisa amable.

—No lo creo, no te has esforzado un mínimo; pero allá tú, vas a perderte una experiencia espectacular.

—Ya estoy viviendo una experiencia espectacular aunque a ti no te lo parezca.

—¿De verdad? —le preguntó, apoyando los codos en la arena para acomodarse.

Ambos, con la vista clavada en las maniobras de Lucía, percibieron el cambio en la conversación.

—No tengo muchas ocasiones de hacer cosas diferentes en buena compañía. Siempre he creído que el trabajo me llenaba, y cuando no trabajo lleno ese hueco con hobbies, pero estoy dándome cuenta de que es lo más aburrido que puedo hacer.

Beltrán frunció un poco el ceño, detectó soledad indeseada en sus palabras.

—¿A quién echas de menos?

Álix cerró los ojos para regresar a lugares donde había sido feliz con sus padres cuando ellos todavía eran jóvenes y tenían años por delante, años para vivir tranquilamente, seguir queriéndose y queriéndola. Era bonito porque recordaba aquellos días con un cariño inmenso; y amargo, se habían ido y era definitivo.

En un silencio respetuoso, Beltrán alargó la mano enjugándole dolorosas lágrimas. Ella levantó los párpados.

—No tenía intención de ponerte triste —dijo él, acariciándole el rostro con delicadeza, intimidad, con la ternura de la comprensión. Sabía que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico el mismo año que su hermana, otra casualidad para unirlos en desgracias.

—Cuando mis padres murieron, estaba acabando la carrera, tenía veinticuatro años. Fue un golpe, de la noche a la mañana me vi sola. Al principio lo llevé bien, me centré en terminar la carrera; pero según pasaban los meses me fui viniendo abajo. Mis abuelos por parte materna vivían, pero no me planteé irme a Escocia; ya han muerto también... Y aquí tengo al hermano de mi padre, que siempre ha tratado de ayudarme, y a mis primas, pero... el dolor hay que vivirlo para superarlo. El problema es que nunca se supera del todo.

—Nosotros en parte puede que tuviésemos más suerte al perder a nuestros padres siendo unos niños.

—Lo dudo, ¿cuántos años tenías?

—Cinco, y mi hermana tres.

Álix colocó una mano cubriendo la de él. Sin preguntarle, escuchó su voz baja y neutra, inexpresiva alejando el dolor, contando cómo sus padres se despidieron de ellos la noche antes de emprender el viaje de sus sueños a Nueva York. A la mañana siguiente, un soleado 13 de septiembre, cogieron un avión en el aeropuerto de Málaga mientras ellos se despertaban en casa de su tío, quien después de la tragedia se convirtió en un segundo padre para ellos y albacea de la pequeña fortuna como indemnización de la aseguradora de la compañía aérea.

—El avión nunca elevó el vuelo —aclaró Beltrán tras la confusión de Álix. Ella pensaba que había caído en pleno vuelo—. Se encontraba efectuando la maniobra de despegue cuando en el momento de llevar la máxima potencia el piloto decidió abortarla por unas vibraciones extrañas,

que años después achacaron a un fallo en el tren de aterrizaje. El caso fue que la decisión del piloto durante la maniobra más peligrosa para cualquier avión comprometió la seguridad del aparato. Le faltó pista para frenar, atravesó la verja metálica del aeropuerto y la carretera —explicó con una expresión ausente—. De los trescientos pasajeros, murieron cincuenta, que pudieron salvarse porque tras el impacto final todos habían sobrevivido. —Beltrán suspiró, volviendo la cabeza hacia ella—. Iba a tope de combustible, se incendió y la puerta trasera quedó bloqueada, las personas que estaban en esa parte del avión no pudieron salir.

—Menuda desgracia, lo siento mucho.

—A los dieciséis o diecisiete años pasé gran parte de mi tiempo libre buscando las causas del accidente.

—¿Y las encontraste?

—Terminé por aceptar el informe de la Comisión de Aviación Civil. El piloto escuchó unas vibraciones que no identificó ni los aparatos de navegación le mostraron y decidió abortar el despegue cuando había elevado la rueda del morro. Reaccionó tarde, pero consiguió detener el avión a pesar del accidente que provocó en la carretera.

—A veces unos segundos son fundamentales para evitar el peligro.

—Claves, diría yo —habló sin ánimo de cansarla ni martirizarse más—. En definitiva, mi hermana y yo nos quedamos sin nuestros padres y tuvimos que mudarnos con nuestro tío Esteban.

—Pero os fue bien con él, ¿no?

—Sí, éramos muy pequeños y nos adaptamos rápidamente. Mi tío era el único hermano de mi padre y no tenía más familia, se volcó con nosotros. Es un gran hombre —añadió con un matiz de admiración en la voz.

—¿Os veis mucho?

—Ahora por desgracia poco, está en una residencia de ancianos en

Málaga. Tiene mucha artrosis y principio de demencia senil —aclaró con una ligera sonrisa, por aliviar la pena que palpaba al visitarlo viéndolo perderse evocando su lejana juventud sin noción de la realidad—. Lo importante es que él está bien atendido y cómodo.

Eso sonó casi más reconfortante para él que para el anciano; pero Álix sintió una enorme ternura. Pensó que la vida era cíclica, pues la historia se había repetido con él tras la muerte de su hermana, y con el referente del anciano, igual que él, también estaba siendo un padre para su sobrina. Volvió a rozarle la mano, recordándole con ese gesto que tenía su apoyo aunque fuese tarde. Él, al sentir el contacto, le levantó la mano y besó su dorso. No rompió esa unión tan ligera y a la vez enorme. Álix apenas sonreía un poco, atenta a sus ojos. Acercaron las cabezas despacio, buscando besarse los labios en un movimiento lento y lánguido como la sutil brisa.

—¿Qué hacéis?

La irrupción de Lucía les pilló desprevenidos y dieron un ligero repullo hacia atrás.

—Hablar —respondió Beltrán, maldiciéndola por inoportuna—. ¿Ya te has cansado?

—Llevo practicando desde que hemos llegado. ¿Por qué no practicas tú? Puedes dejar a Álix cinco minutos, ya le hago yo compañía.

Álix tenía los ojos fijos en la joven, pensando que era una provocadora nata, y los desvió hasta Beltrán. Parecía calmado, ni siquiera cambió la posición de su cuerpo aunque alzaba el mentón con aire soberbio

—Recoge —ordenó—, quiero llevar a Álix a comer pescaíto al Puerto.

—¿Y a mí?

—¿Te pierdes algo? —replicó cínico.

Lucía abrió los ojos de par en par, inocente y con expresión de agobio, fue hacia su cometa y empezó a enrollar los hilos.

—A mí no me importa que venga, Beltrán.

—Ni a mí, si fuese lo normal. El problema es que cuando estamos solos siempre queda con sus amigas sin contar conmigo para nada.

—Cuando estuviste en Madrid, ¿la dejaste sola en casa?

—Sí, sabe cuidarse medio bien, aunque durante el día la mujer que nos echa una mano con las tareas la controla un poco y le prepara la comida. Ahora le ha dado por adelgazar y si no estoy encima de ella, como pueda, se queda en ayunas.

—Pero... si está hecha un fideo.

—Estoy harto de repetírselo, y es una pérdida de tiempo y esfuerzo. Tengo ganas de que termine la adolescencia para que se deje de tonterías, aunque sé que luego vendrá con otra cosa.

—Pues parece una niña muy sensata.

—No olvides que las apariencias son engañosas. Es un encanto y un martirio, no tiene término medio.

A Álix le resultaba difícil creerlo, pero por su propia experiencia calló dándole el beneficio de la duda. Intuía que el interés de Lucía por no separarse de ellos era precisamente eso: no separarse, ni de forma física ni emocional, quería estar incluida porque sin él estaría sola en el mundo. Claramente, se equivocaba. Quizá su percepción de adolescente la llevaba a verla como una rival o la sustituta en el afecto de su tío, algo lógico y comprensible; sin embargo, se fraguara lo que se fraguase —ella debía intuirlo como Álix o el mismo Beltrán—, siempre tendría su sitio, el que le correspondía por derecho y el que nadie se plantearía arrebatarse. Lucía era más que una hija para Beltrán, literalmente, y eso ni se olvidaba ni se cambiaba.

—Está en una etapa llena de cambios —comentó Álix, pendiente a la eficiencia de Lucía enrollando la cometa—, tienes que tener mucha mano izquierda.

—¿Más? —Beltrán sonó teatrero—. Es de naturaleza rebelde, y le gusta picarme. ¿Te apuestas algo a que intenta chantajearme para no venir a comer?

—No —respondió risueña—; te creo. ¿Has pensado que como negociadora no tiene precio? Tal vez debería plantearse hacer política internacional.

—No estaría mal, al menos dejaría de sangrarme... Pero me temo que lo suyo es el Arte. A ver por dónde sale —dijo cuando Lucía se acercaba—. ¿Qué te parece si vamos a Romerijo?

Lucía encogió los hombros.

—Bien... Estaba pensando en no ir con vosotros... Me ha llamado Yara para...

—¿Cuándo? —cortó Beltrán—. ¿No me digas que llevas el móvil en el traje?

—Iba a quedar con Marta —dijo sin inmutarse—, para ir de compras... Y he pensado que preferirías estar solos...

—Qué va... —Beltrán sonó irónico—. Preferimos que estés con nosotros, ahorrando —añadió con guasa. Lucía buscó la mirada de Álix, suplicándole apoyo; pero él se dio cuenta y, poniéndose en pie, siguió hablando—. ¿No decías que querías venir?

Le tendió la mano a Álix, que se levantó, y la mantuvo sujeta.

—Es mejor que no vaya —insistió Lucía al ver sus manos.

—Vienes, comes con nosotros y luego, si quieres, queda con ellas.

—¿Estás seguro?

Beltrán entrecerró un ojo, en vez de una pregunta captó una sutil amenaza.

—¿Y tú?

Ahora sí flotó alta y clara una amenaza. Lucía dio la vuelta, rezongando sobre algunos defectos de Beltrán, cogió la cometa y salió corriendo hacia el coche.

—Has ganado —comentó Álix, y escurrió la mano de la de él—, no habíamos apostado nada, ¿verdad?

Aun molesto ante la falta de su calor, sonrió un poco al responder:

—No, pero estoy abierto a opciones y tendremos la tarde libre. ¿Qué ofreces?

—¿La dejarás ir de compras con sus amigas?

Álix pareció asombrada.

—Estoy convencido de que sus amigas no saben nada, se lo ha inventado sobre la marcha para conseguir cualquier chorrada; pero ya que ha estado creativa, ¿para qué negárselo? Hay que valorar el interés que le pone... Es una fiera...

—Debe tener un buen maestro.

Beltrán alzó un poco las cejas, sintiéndose súbitamente pletórico.

—El mejor, doctora; no lo dudes.

Capítulo 12

LAS DESPEDIDAS IMPLICAN pensar en el futuro. Al dejar atrás a personas queridas o lugares entrañables que ya han pasado a formar parte de nuestros recuerdos, prevalece la incógnita del retorno. Esa incertidumbre sobrevolaba en las mentes de Álix y Beltrán.

—Conduce con cuidado y llámame cuando llegues.

La doctora esgrimió una sonrisa.

—Cuídate mucho —le dijo, y apartó los ojos, desviándolos al todoterreno donde lo esperaba Lucía después de haberse despedido de ella—, y cuídala, te necesita.

Él batió las mandíbulas, afirmando con la cabeza. Pensó en besarle los labios para comprobar si tenían la misma química sexual que intelectual. En los besos no podían ocultarse las emociones, y tenía curiosidad y unas ganas enormes de saber cuánto le había mentido la doctora. Para él, experto en relaciones efímeras, no había tenido novia ni pareja estable nunca, siendo más joven porque prefería el picoteo y durante los últimos dieciséis años porque no había conocido a nadie interesante que le hubiera despertado la curiosidad de querer seguir más allá del sexo, estar esos días con ella fue un golpe en sus cimientos. Tenía una vida organizada, estable, incluso siendo algo solitaria contaba con buenos amigos, se creía feliz y sin problemas; él y Lucía eran afortunados. Sin embargo, desde que Álix había aparecido con su desdén hostil, todo el desinterés por las mujeres acumulado a lo largo de los años estaba convirtiéndose en pavorosa inseguridad.

No podía dar un paso en falso con ella, o no quería permitirse darlo.

Sería fácil volver a rozarle la mano para sentir de nuevo su azoramiento,

sujetarle la cara para besarla contándole las emociones que le provocaba. Pero también resultaría demasiado arriesgado sin tener la certeza de no estar distorsionando la realidad.

Había aprendido con la edad que el amor y el sexo no van de la mano, que acostarse con alguien no significaba nada pero a veces se solía confundir; que había una gran diferencia entre llevar a una mujer de la mano y tener su compañía, o que regalar besos podía malinterpretarse con vislumbrar promesas. Álix para él era importante, y lo importante había que cuidarlo con esmero.

—Lo he pasado muy bien —dijo muy cerca de ella—. Espero que volvamos a vernos pronto.

Álix asintió y le besó las mejillas pese al impulso de rodearle el cuello con los brazos y fundir sus labios.

Con una sensación desoladora, se montó en su coche. Al abandonar el recinto del hotel, mientras echaba un vistazo por el retrovisor, veía a Beltrán dar la vuelta y encaminarse hacia el todoterreno. Abordaba seis horas de trayecto llena de frustración y con la esperanza más viva que nunca. Beltrán no había intentado besarla, irreprochable con Lucía a pocos metros. Tampoco lo intentó la pasada noche, cuando pudieron cenar sin la joven después de haber disfrutado de un sábado extraordinario los tres juntos.

Recordó la comida en el restaurante del Puerto de Santa María, no solo la selección de pescaíto frito y marisco fue de lujo, sino que gracias a la compañía de Lucía se divirtió al comprobar cómo la relación entre ella y Beltrán oscilaba de la amistad al paternalismo más conservador de forma rápida y, a veces, hasta radical. Vio los puntos débiles de Beltrán, acusaba intransigencia con todo lo relacionado con salidas nocturnas y chicos; como cualquier padre, sin más. Y sus puntos fuertes, tratarla como adulta a base de pragmático realismo. Esa faceta de él complementaba lo que le había ido

contando de sí mismo durante las charlas a solas en las cenas. Le gustaba. Y que estuviera respetándola hasta un extremo algo anticuado, la primera noche lo entendió, pero desde que salieron ayer del restaurante estuvo esperando el buen beso que brilló por su ausencia, como el de la despedida, eso empezaba a crearle una especie de ansiedad y mermaba su confianza.

Los kilómetros aumentaron la distancia entre ellos, aburridas horas de carretera considerando posibles situaciones para provocar el deseado acercamiento.

Enredada en un plan prometedor, organizaría una cena en su casa con alguna excusa creíble, se dio cuenta de cómo lo echaba de menos. Era bastante agobiante, incluso descabellado que conociéndole tan poco tuviera esa sensación de añoranza más propia de alguien con un vínculo emocional mayor. No podía explicarse lo que Beltrán estaba haciéndole.

Tenía miedo a una relación amorosa, vivían en ciudades diferentes y solo había descubierto una mínima porción de él; y aun así, ese hombre tenía una fuerza en su interior empujándola hacia él, una fuerza poderosa, tan potente como un imán atrayéndola sin hacer ningún esfuerzo. Pensó que sería por las expectativas que se había generado con él, pero no terminaba de ser una conclusión satisfactoria. Disfrutaba hablando con él, había sido feliz compartiendo su faceta de padre, y hasta le resultó divertido su enfado en la playa. Todo eso estaba rozando la admiración, sin mediar atractivo físico ni ilusiones románticas, siendo realista sin euforias —no contó los nervios al verlo en la inauguración, el insomnio antes del viaje o el pánico causante de su respiración acelerada—; sin duda, era el hombre más especial que había conocido, el único capaz de despertarle curiosidad, o de despertarla de su letargo; por el que estaba dando pasos impensables fuera de su ordenada existencia y por el que no podía hundirse en la tristeza de la separación cuando, y de momento, entre los dos solo mediaba una incipiente amistad.

Capítulo 13

LA CONSERVADORA CARMEN San Pedro se quitó las gafas con montura metálica, reclinando la espalda en la silla de su despacho del Casón del Buen Retiro, el edificio dentro del Campus del Prado que acogía su departamento, y mantuvo la mirada fija en Álix. No pestañeaba, no la veía a ella; sencillamente, estaba concentrada en sus ideas. Tenía sesenta y dos años, aspecto frágil pero energético, reputación intachable y una querencia sin parangón a su soltería. Eran amigas desde la primera etapa profesional de Álix, cuando Carmen fue su mentora en ese museo.

Álix soltó un ligero bufido y meneó la cabeza. Después de haber encontrado en el Archivo de Palacio una carta remitida por el joyero Joan Gorch en 1701 con la descripción del diseño que hizo de un collar de perlas “extraordinarias”, “jamás vistas en su taller” y “relucientes como plata”, empezó a creer que el rey se habría aprovechado de su estatus para conseguir diseños del collar de los mejores joyeros de la época. Gorch fue más prudente que Josep Ros al no dibujarlo, quizá por proteger su trabajo; pero aumentaba la incertidumbre sobre su aspecto final. Era crucial tener una imagen fiable para identificarlo y dejar atrás el término de “collar legendario” que lo perseguía anulando su existencia.

Las dos habían acudido al archivo del museo en busca de los informes de las restauraciones de los retratos de Isabel de Farnesio y Bárbara de Braganza que se exponían y eran obra de Jean Ranc. En las reflectografías infrarrojas de los cuadros vieron con claridad los dibujos subyacentes, el pintor había incluido un collar parecido al diseño de Josep Ros. Una magnífica noticia; en cambio, fue desconcertante. No lo representó en aquellos dos cuadros. ¿Por

qué? ¿Por qué se tomó la molestia de dibujarlo en borrador para no representarlo al óleo?

—No lo entiendo, Carmen, no tiene explicación.

—Lo raro es que lo hiciera dos veces con clientas y años diferentes, no que lo hiciera.

Era una práctica bastante habitual en los artistas que ellas conocían bien, se había dado desde siempre. Ponían contornos, aumentaban volúmenes, incluso corregían composiciones que luego rectificaban o porque cambiaban de opinión, por sugerencia del retratado o por cualquier motivo con o sin trascendencia.

—Te juro que me tiene frita, no tiene sentido, Carmen, es frustrante — comentó al cabo de un momento—. Como encontrar referencias del collar en un inventario, que desaparezca, luego vuelva a aparecer...

—Me parece mentira que tú hables así. Sabes tan bien como yo que hasta hace relativamente pocos años los inventarios reales están llenos de omisiones, pérdidas y mucha información caprichosa en función del guardajoyas y el grefier de turno. Después estaban las guerras, ¿cuántas joyas se han perdido para sufragarlas?

—De eso mismo hablé el otro día con un amigo. Me contó que en la guerra de Sucesión, hasta la reina se vio obligada a vender algunas joyas.

—El problema que tienes para localizar el collar es que no estará completo. Olvida rastrearlo a lo largo de la historia, sabes que su última destinataria fue una mujer inglesa, búscala a ella. No vas a resolver nada sabiendo que el collar pudo ser empeñado para sufragar guerras, porque casi todas las alhajas de valor eran moneda de cambio y viajaron de aquí a Francia en innumerables ocasiones y algunas se perdían en el camino para terminar al cabo de los años en manos de alguna dama de la aristocracia, subastada o en manos de actrices de renombre. ¿Es necesario que te recuerde quién ha sido la

última y “legítima” propietaria de *La Peregrina*? —le preguntó en alusión a la famosa perla de cincuenta quilates que no se podía enajenar salvo caso de extrema necesidad y se evaporó de la Corona Española, con José Bonaparte de por medio, para acabar siendo el símbolo del amor eterno entre Richard Burton y Elizabeth Taylor—. ¿No sabemos que pertenecía a los Austria desde el siglo XVI?

Esto último lo atestiguaba un retrato de la reina María Tudor con la perla y el diamante *El Estanque* que le regaló su marido Felipe II y realizó Antonio Moro del que ella era conservadora.

—Tienes razón —admitió cansada—, las casas reinantes han hecho con algunas joyas lo que les ha dado la gana, tomándonos por tontos.

—Y entorpeciendo mucho nuestro trabajo, Álix. —Se puso en pie, dando por finalizada la reunión laboral—. Vamos a tomar algo, por hoy hemos hecho bastante.

Salieron del museo hablando de los días festivos de la Constitución e Inmaculada, el 6 y 8 de esa misma semana invernal, con un puente fabuloso para hacer algún viaje. Álix no tenía planes. Le mandó un mensaje a Beltrán a su llegada y desde entonces, un día escaso, no sabía nada de él ni esperaba saber porque comprendía que llevaban sin verse un suspiro. Carmen tardó en preguntarle por ese misterioso amigo que había mencionado lo que tardaron en sentarse y pedir dos cervezas en un bar de estilo francés a la espalda del Prado.

—No somos nada, Carmen. Amigos, ya está. No sé por qué interpretas que haya pasado el fin de semana en Cádiz como algo más entre nosotros.

Los ojos castaños de Carmen, vivos y risueños, no se movían del rostro de Álix.

—Permíteme que lo dude —dijo con sorna—. Te conozco desde hace quince años, tú no te haces seiscientos kilómetros si el hombre no te

interesara, a otro perro con ese hueso. ¿Dónde dices que trabaja?

—No te lo he dicho —habló irónica—, es el Director Técnico del Museo Naval de San Fernando, hace algunos años trabajó en el de aquí... y también ha sido profesor de Historia en la Universidad de Sevilla.

—Resumiendo, tu alma gemela.

Álix aguantó una sonrisa.

—No lo sé, estoy descubriéndolo.

Durante más de una hora Carmen escuchó bondades sobre Beltrán, pendiente al brillo esperanzador en las pupilas oscuras de Álix. Luego, se despidieron en la boca de metro de Atocha.

Álix se alejó bajando la escalera y se preguntó qué habría visto Carmen para repetirle hasta hartarse que arriesgara con Beltrán. Llegó al túnel sin saber cómo podía hacerlo salvando la distancia cuando ni siquiera habían iniciado nada. Era insano pensar tanto en alguien que no le había dado grandes motivos para tantas ilusiones. Ya fuese válida su percepción, ya pudiera gustarle como ningún hombre, ya sumara todas las señales, ficticias o ciertas, no estaba actuando con su frialdad habitual y eso la mantenía descentrada.

O calibraba la situación en su justa medida o tenía los visos apropiados para entrar en una espiral de inoperancia cerebral tan o más acusada que la de cualquier jovencita perdiendo el rumbo por su primer amor.

Llegó a la estación de Alvarado con el firme propósito de seguir la amistad con él sin permitir que sus ilusiones, a veces muy tontas, la mantuvieran fantaseando la mayor parte del tiempo.

Subió de prisa la escalera hacia la calle, el anochecer pintaba sombras y las farolas iluminaban la acera, y al doblar la esquina de Bravo Murillo con la calle de Palencia, en el número uno de esa calle tenía su pequeño piso, le pareció distinguir la figura de Beltrán en el portal.

De espaldas, tocaba el portero electrónico.

Álix se detuvo de golpe y, creyendo que era una mala pasada de su mente, se acercó despacio. Estupefacta, no dio crédito; resultó ser él en persona.

Beltrán esgrimió una sonrisa radiante, contraria a la expresión rígida de ella. No le respondían los músculos.

—No voy a decirte que pasaba por aquí —habló a un palmo de su cara—, voy a decirte la verdad.

Álix apretó un poco las cejas, y él dejó de sonreír. Sus manos sujetaron el rostro de ella, respiraron el mismo aire un instante precioso, estaban tan cerca que se hizo el silencio absoluto. Fue entonces cuando la suave fricción de sus bocas empezó a contar todas las emociones que se habían reservado. Unieron sus cuerpos, estrechados en un abrazo egoísta, y se apartaron de la solitaria calle con la única referencia del deseo. No hubo palabras enturbiando el ansia de sucumbir a la humedad de una sensual danza, nada frenaría esa vorágine; los Alisios empujaban y ellos se dejaron arrastrar.

Capítulo 14

EL FRÍO TENTÓ LA INTIMIDAD. De no haber sido dos personas adultas, no se habrían planteado abandonar la cama sin una excusa de necesidad extrema. Pretendían salir a cenar tras dos días medio borrachos por la lujuria. Era un buen plan como despedida, fabuloso, pero no superaba a la tentación.

Beltrán avanzaba con la mano izquierda entre los muslos de Álix, besándole los labios con suavidad, bien satisfecho por los gemidos que escuchaba. Luego, cuando volvieron a caer bajo el embrujo de la sinrazón y olvidaron por completo sus planes, sintieron esa conexión profunda donde renacían bañados en el sudor que perlaba sus cuerpos.

—No quiero que llegue mañana —susurró Álix con la cabeza apoyada en el pecho fornido de Beltrán.

—Ni yo, pero no podemos cambiar nuestras circunstancias.

Él acariciaba despacio la espalda tersa de Álix, vagando con la yema de los dedos por sus lunares.

—¿Has pensado cómo vamos a hacerlo?

—¿Otra vez? Eres insaciable, doctora —le dijo bromista—, voy a volver con diez kilos menos.

—Sabes a qué me refiero.

—Somos bastante creativos; ya se nos ocurrirá algo.

—Yo puedo bajar uno o dos fines de semana al mes, si tú vienes los otros...

—No sigas dándole vueltas —habló reprendiéndola un poco, desde el miércoles había intentado organizar sus encuentros de forma sistemática. Hacían el amor, y al rato sacaba ese tema—. Los dos sabíamos dónde

estábamos metiéndonos, y los dos tenemos obligaciones —agregó, pensando en Lucía. La había dejado pasar el puente en casa de su amiga Marta después de ponerse muy pesada incitándolo a estar ahí—. Iremos solventando las situaciones según surjan, no me gusta hacer planes porque el futuro es demasiado inseguro, prefiero centrarme en el hoy. Tú quieres seguir viéndome, ¿verdad? —preguntó innecesariamente—, y yo igual; pues eso es lo importante, lo demás vendrá rodado.

—Me gustaría tener tu templanza para encarar los problemas, pero soy de naturaleza controladora e impaciente.

Beltrán sonrió y le apartó la melena de la espalda. Su cabello sedoso tenía un tacto agradable, y entremetió los dedos deslizándolos hasta las puntas.

—No siempre he sido así —murmuró, y ella levantó la vista. Mirando sus ojos brillantes, sinceros y con una ternura que empezaba a hacer mella en su interior, siguió hablando—. Puedo parecer seguro, y ahora es cierto que encaro los problemas o tomo decisiones sin agobiarme porque he aprendido con los años que casi todo tiene solución y por lo que no tiene es absurdo perder el tiempo preocupándose, pero he pasado por vivencias que me superaron. Al echar la vista atrás siento vergüenza por no haber sido capaz en el momento oportuno de reaccionar como lo haría hoy por hoy.

—¿Hablas de cuando te hiciste cargo de Lucía?

—Sí. Nunca se lo he contado a nadie... —murmuró, y ella le besó el pecho para animarlo.

—Te escucho, si quieres contármelo.

—Cuando murió mi hermana, Lucía estaba ingresada en el hospital por una bronquiolitis. —Beltrán suspiró, recordando aquellos días tan dolorosos—. Desde que me avisaron del accidente estuve ido, no era yo, parecía un zombi, me decían lo que tenía que hacer y lo hacía sin pensar, ni siquiera se me ocurrió ir al hospital a verla. Fui a recogerla después del entierro, pasó dos

días sola...

—No estaba sola, seguro que el personal sanitario la tenía bien atendida, no pienses que le fallaste.

—Eso no es todo... No soy capaz de olvidar la cobardía que se apoderó de mí cuando la vi en brazos de la enfermera que la traía por el pasillo para dármela. —Se detuvo, intentando encontrar palabras que no sonaran muy miserables—. Nunca se lo he confesado a nadie, pero pensé en huir; quise correr sin parar hasta alejarme lo suficiente de una responsabilidad que no era mía y de la noche a la mañana cambiaba mi vida por completo. En esa época yo todavía no tenía cumplidos los treinta, vivía aquí a mi aire, sin preocupaciones ni obligaciones, creí que esa situación era demasiado grande para mí, estaba desbordado, ni siquiera me veía capaz de sacarla adelante.

—Tenías miedo, y es comprensible.

—Contarlo en voz alta me da vergüenza, era un inmaduro... Y ya ves... Luego ha resultado lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Querer huir es lo lógico ante algo desconocido que nos supera. No sé lo que habría hecho yo en tu situación, pero si te contara la de veces que he sentido ganas de esfumarme del mapa... —Álix sonrió al besarle la boca en un roce cariñoso—, tantas como estrellas hay en el cielo.

Al escuchar ese tono sensual, él tiró de su cuerpo acomodándola encima del suyo y le besó los labios suavemente.

—Me gustaría que hoy no terminase nunca —dijo Álix.

—Pides un imposible, pero depende de nosotros estar así cada vez que podamos.

—Quiero intentarlo.

Beltrán la apretó a su cuerpo un poco más, ya sin dudas de haber encontrado a su mujer ideal, y volvió a besarla. Su sabor dulce era adictivo, no podía dejar de recrearse con la lengua. Esos besos estaban convirtiéndose

en su mayor delirio, se sentía fundido en ella sin noción del tiempo; con ellos, en sus labios, lograba encadenarla a él en una muda promesa. Esfumarían problemas, en otra etapa de sus vidas sin soledad ni distancia, disueltos en esperanza.

Capítulo 15

LEÍA UN DOCUMENTO EN EL Archivo de Patrimonio para completar o, casi mejor, para seguir enredándose sin avanzar en la apariencia y derrotero de *Las Perlas*. Pensó que sería cuestión de perspectiva, pero no daba crédito a la tasación del nuevo platero al que Felipe V le hizo el encargo de realizar en 1716 otro inventario de todas sus joyas. Según aquello, tras reunir la herencia de su padre y las de su primera esposa, María Luisa de Saboya, la cantidad de joyas, piedras y adornos variados era descomunal. Nada sorprendente. Incluso que en el Apartado de Perlas encontrara con rapidez las perlas negras, ya formando un collar engarzado con brillantes y oro, tampoco llegó a asombrarla. Daba por bueno que el diseño de Josep Ros fue el elegido por semejanza en los cuadros de Ranc, alrededor de 1702, sin más datos de ese platero a partir de entonces. No quiso plantearse la razón, esa mañana lo más interesante le había llegado a través de las anotaciones al margen del origen de cada pieza del collar. Este platero, Jacinto Morán, de su puño y letra había escrito: “los brillantes traídos de Amberes por el marqués de Grimaldo y las perlas negras que “se compraron al inglés”. Otra vez el dichoso inglés.

Intrigada pensando en la identidad de ese misterioso inglés, se quitó las gafas y empezó a frotarse los ojos. A esas horas le escocían, enrojecidos de tanta lectura en castellano antiguo que no solo maltrataba su vista. La concentración mental la dejaba exhausta. Estuvo unos minutos ausente en el limbo y, luego, sin recordar el cansancio, cogió el cuaderno del bolso y escribió en la página que le había dedicado a la tasación de las once perlas negras. En esos apuntes ya dejó constancia a la mención del inglés anónimo, ahora la repetía. Encima, con el añadido de la diferencia de quince años entre

los dos inventarios y, sobre todo, con la enorme diferencia económica entre las dos tasaciones. Resultaba raro que en 1701 Josep Ros hubiese tasado la más grande, la que tenía forma de lágrima, en veinte mil reales, y que en 1716 Jacinto Morán le diese a la misma perla un valor diez veces superior. Doscientos mil reales por la lágrima y casi setecientos mil reales por el collar completo. Al cambio actual, calculó unos siete millones de euros.

No supo evitar alarmarse. ¿Tanto se revalorizaban las joyas? ¿O se infló su valor para que excediera el de las deudas reales?

Revisó el testamento de la reina María Luisa de Saboya y anotó el reparto de joyas y otros bienes entre sus hijos. A Fernando VI le correspondió el collar, algo ya confirmado a lo largo de un montón de documentos bien contrastados y que también confirmaba su teoría acerca del disfrute temporal de Isabel de Farnesio. Sin lugar a dudas, Bárbara de Braganza fue la última reina que lo tuvo a su disposición.

Perdió un rato ensimismada en algunas incidencias cuanto menos curiosas: alhajas entregadas al duque de Alba para que las vendiera en París y así solventar gastos de la guerra, alhajas reintegradas por la duquesa de Alba al no ser posible su venta en París y su traslado al oficio de guardajoyas, hurtos en el Palacio del Buen Retiro y acusaciones contra el personal de la corte.

En ninguno de esos documentos se mencionaba el collar.

Por tanto, para ella no cabía duda, el rey Felipe V le compró las perlas a un inglés desconocido, mandó engarzarlas en oro y adornadas con brillantes a un platero de Barcelona, le regaló el collar a su primera esposa y a la muerte de esta el collar estuvo un tiempo a disposición de Isabel de Farnesio, como sugería el retrato de Ranc, hasta que se limitó a cumplir la última voluntad de María Luisa de Saboya entregándoselo a su hijastro durante las celebraciones de su boda con Bárbara de Braganza. Ella fue su última destinataria y con quien el collar desaparecía.

Álix seguía preguntándose dos cosas fundamentales que compartió con Beltrán: ¿por qué los reyes se lo dieron a Ensenada para pagar la red de espionaje? y ¿cómo lo consiguió William Morris?

A estas alturas vislumbraba varias respuestas.

El collar tendría asegurado un comprador por su rareza y valor; elección fácil para los reyes si la misión fue tan importante como cabía imaginar. Ella creía que los reyes pudieron desprenderse de otras joyas menos llamativas para pagar los gastos de Jorge Juan, pero... la locura borbónica no tenía límites.

En Londres, Jorge Juan debió contar con ayuda para mantenerse oculto y para obtener liquidez: Morris. Si fue así, el marinero no robó el collar. Actuaría de intermediario para venderlo, pero ¿por qué traicionó a Jorge Juan? ¿Avaricia? ¿O acaso intentó venderlo sin éxito y por eso además de condenar la misión decidió dárselo a su mujer al perder toda esperanza de salvarse?

Camino de vuelta al museo Álix logró analizar la situación en su justa medida, recordando la templanza de Beltrán. Sería un milagro que el collar no hubiese sufrido ninguna modificación, por tanto, jamás alcanzaría la cifra astronómica que barruntaba, y hasta justificó la actuación del marino al tratar de procurarle bienestar económico a su familia.

Entró en su despacho de buen humor. Estaba contenta. Pronto, *Las Perlas de las Reinas* dejarían de ser otra joya perdida entre las oscuras vicisitudes de la Historia, casi leyenda en el cerrado mundillo de los conservadores, para salir a la luz y cegar al mundo con su esplendor.

—¿Por qué sonríes?

Álix volvió la vista hacia Ernesto.

—Porque soy feliz —respondió, pensando que él parecía abatido—. Tengo la tasación del collar. Pero deberías sentarte antes de oírla. No es una cifra

para espíritus cansados.

—Llevas toda la semana rarísima. —Ernesto habló al sentarse en la silla que había frente a su mesa. Mirándola fijamente, cruzó la pierna izquierda sobre la rodilla y, balanceando el pie, le preguntó—. ¿Tanta alegría es solo por el collar? —sonó intrigado.

—Sí —contestó rauda. Beltrán era parte de su faceta personal, no un secreto pero sí un tema íntimo que no pensaba airear—. ¿Empiezo por su precio o por el conjunto de la investigación?

Álix pasó media hora contándole lo que sabía, consultaba de vez en cuando sus notas.

—Dile a Carmen que busque retratos de François de Troy, pintó a varias princesas en París antes de dedicarse en exclusiva a la corte de Jacobo II —comentó en referencia al último rey católico del Reino Unido—. Es importante ver alguna imagen fiable del collar.

—Sí, pero buscaré retratos de María Luisa de Saboya pintados por españoles.

—No digas bobadas, los pintores cortesanos se movían por toda Europa.

—Gracias por la información —dijo sarcástica—. La cuestión es que el collar se lo regaló Felipe V a ella, las perlas ya formaban parte de su joyel cuando murió. Si ni Isabel de Farnesio ni Bárbara de Braganza se retrataron con él, dudo que nadie más lo hiciera; no es lógico.

—Tienes razón... —admitió pensativo—, y olvida la lógica. Y con respecto al seguimiento a la mujer de Morris, estás afirmando que Jorge Juan Santacilia la ayudó cuando la trajo a España, pero no tienes nada que pueda atestiguarlo —comentó sin intención de frenar la investigación, aunque conservando la prudencia—. Habla con Beltrán, además de ayudarte con Santacilia, es posible que te diga quién fue el inglés que le vendió las perlas al rey. Me inclino a pensar que o un comerciante, en ese caso Beltrán te será de

poca ayuda, o un marino, entonces será tu hombre. ¿Llegaste a ir al Naval? — le preguntó al recordar el día que le dio su número de teléfono.

Álix mantenía una expresión indiferente desde que había escuchado “será tu hombre”.

—Jorge Juan era un oficial de la armada —dijo, evadiendo adrede responder nada acerca de Beltrán—, se tomó la molestia de escribirle al marqués de la Ensenada explicándole que tenía la obligación de ayudarla, concluir que cumplió su palabra no es una suposición fantasiosa, Ernes. Es posible que él cumpliera de sobra mientras la mujer de Morris no tanto. Inglesa y de clase baja, mala combinación para mantener intacto el collar.

—Con cuánta facilidad te sale la vena escocesa.

El matiz divertido en la voz de Ernesto hizo sonreír a Álix.

—No la tengo tan marcada como mi madre, pero la sangre tira.

—No lo jures —afirmó bromista, meneando la cabeza—. De todas maneras —agregó por seguir con la conversación—, lo primordial es encontrar a los descendientes de Morris, porque dando por válida tu teoría sobre la ayuda de Jorge Juan Santacilia también aceptamos que la situación económica de la señora Morris en España no fue precaria. Pudo deshacer el collar, o al menos no deshacerlo entero —aclaró al verla entornar los ojos—. Una práctica extendida con joyas de gran valor es modificarlas para mantenerlas a la moda, adaptarlas porque se hayan perdido piezas o empeñarlas, esto último ha salvado las malas rachas de muchas familias incluidas las reales.

—Lo sé, en la cantidad de documentos que llevo vistos en el Archivo General de Palacio, no solo hay constancia de los inventarios de Felipe V, testamentos de toda la familia, también se registraban las incidencias cotidianas que afectaron a las joyas como hurtos, desapariciones inexplicables o cómo se enviaron alhajas y piedras preciosas a Francia mediante el duque

de Alba, alguna marquesa de confianza o miembros del gobierno para venderlas y financiar con ellas los gastos de las guerras. Esto ha sido la pista fundamental para entender por qué acabó el collar en manos de Morris. Estamos convencidos de que Ensenada, como fuera, lo sacó de Palacio y se lo entregó a Jorge Juan para pagar la red de espionaje.

—¿Estamos? ¿Quiénes estamos?

—Tú y yo —respondió impasible e hizo una breve pausa, carraspeó y agregó en tono casual—. En fin, voy a continuar... y te haré caso, hablaré con Carmen y buscaré a los descendientes de Morris —comentó amable, demasiado, con la sola idea de acabar ya esa reunión antes de que atase cabos.

Sin variar su expresión de seguridad, Álix aguardó inmóvil a que Ernesto la dejara a solas para suspirar aliviada. Creía que hasta llevar más tiempo con Beltrán debía reservarse su relación, y con más motivos al tratarse de su jefe por la amistad entre ellos. Pero una cosa era disimularlo y omitir detalles comprometidos y otra bien distinta cómo estaba sintiéndose a medida que había transcurrido la semana y la ausencia de Beltrán le afectaba más. Era una sensación demoledora, una mezcla de tristeza y desesperanza que a ratos se convertían en alegría y euforia.

Más tarde, navegaba en un mar de emociones contradictorias, a veces le despejaban la bruma de obstáculos por la lejanía gracias a la ilusión y otras veces la forzaban a hundirse en la realidad de los sueños imposibles. Vivía en un paraíso infernal donde tan pronto el viento acariciaba su rostro con cálidas bocanadas apremiándola a nadar mar adentro como notaba la fuerza de un remolino arrastrándola para ahogarla en su desesperación.

Nada era comparable a las emociones que estaba sintiendo con Beltrán.

A pesar de las charlas telefónicas diarias con él, de saber que la echaba de menos tanto como ella y de que no tardarían en volverse a ver, a pesar de ocupar su tiempo con mil cosas tratando de mantenerse distraída, a pesar de

todo, el amargo vacío de la soledad seguía estando dentro de ella mientras las horas se le hacían eternas.

A partir de la entrada de Beltrán en su vida, su percepción del tiempo había cambiado. Estaba detenido y solo corría a su lado, de hecho, a su lado volaba.

Volvió a recordar los días que pasaron enclaustrados en la cama como penitentes del amor, y se le erizó el vello al revivirlo. Podía sentir sus manos, el tacto de su piel y la robustez de sus piernas; volvió a olerlo, a saborearlo, en definitiva, podía tenerlo con ella tan solo cerrando los ojos hasta perder la noción de ese tiempo eterno que llegaba a fastidiarla cuando nunca le había pesado mientras trabajaba. Tal cual. Dispersa en él, no veía el momento de terminar para correr a su casa y llamarlo, incluso barruntó inventarse una excusa que le permitiera tomarse libre el día siguiente para aparecer en San Fernando y devolverle su tremenda sorpresa. Sería una locura, y la muestra perfecta del estrago que vivía a tanta distancia de él.

Algo después tomó una decisión empujada por el impulso de verlo. Se armó de valor, fue al despacho de su jefe y tocó con suavidad en la puerta. Antes de entrar aspiró una buena cantidad de aire.

—Ernes, me acaba de surgir un imprevisto —dijo en un tono neutro. Él arrugó un poco el ceño. Pareció curioso, molesto o preocupado, o todo junto —, mañana tengo que estar a las once en el Registro Civil de Cádiz.

Ernesto volvió la cabeza, encaró sus pupilas y descubrió nerviosismo.

—¿En Cádiz?

Ella asintió, con remordimientos pero sin intención de contarle que era una verdad a medias.

—¿No me has dicho que busque a los descendientes de Morris? —Álix mostró un gesto de incompreensión, algo teatrero. Se repetía que no estaba mintiéndole, y sin embargo retrocedió a la adolescencia viéndose delante de

sus padres mientras inventaba cualquier milonga creíble para que le ampliaran el margen nocturno de llegada—. Lo más lógico es buscarlos en Cádiz —añadió segura—. Jorge Juan al regresar de Londres volvió a su casa, se los llevaría con él, el cofre ha aparecido en Medina Sidonia... Empezaré por Cádiz capital y si no los encuentro seguiré por Medina Sidonia.

—Vas a tenerlo complicado, los datos de los registros civiles se remontan hasta 1870 más o menos, y es posible que ni siquiera se conserven todos los datos porque durante la guerra civil se quemaron muchos organismos oficiales —explicó sin dejar de observarla con ojos escrutadores—. Si no tienes suerte, consulta el Archivo Histórico Provincial para ver si Jorge Juan o la señora Morris hicieron movimientos notariales comprando o vendiendo propiedades. En un principio los asientos solo daban fe de los impuestos sobre las propiedades, que en su mayoría eran las grandes fincas de la nobleza. El antecesor del registro tal y como hoy lo conocemos fue el Registro de Gravámenes y funcionó a partir de 1768. Como la casa donde enterraron el cofre es grande y tiene terreno, estaría inscrita para recaudarle sus impuestos; creo que podrás encontrar a todos sus propietarios; pero piensa que no tuvo que ser propiedad de la mujer de Morris ni de Jorge Juan. Hasta me inclino a pensar que fuese de alguna familia aristócrata porque la finca es enorme, ¿no? —le preguntó sin necesidad, y ella asintió con aire reflexivo—; aunque también han podido anexarle terreno con los años —agregó tratando de contemplar todas las posibilidades. Al intuir el decaimiento de Álix en una sutil negación con la cabeza, intentó animarla—. Es cuestión de avanzar con datos fiables, sin prisas ni agobios porque no tenemos a nadie presionándonos. Esto es un tema nuestro hasta que confirmemos el paradero del collar y desde el principio sabíamos que no sería fácil.

—De acuerdo. Seguiré con los Archivos de Palacio y con los descendientes de Morris, buscándolos a partir de la casa. De momento solo

tengo los nombres de los propietarios desde 1923, contando a los actuales son cinco, y ninguno coincide con ellos. Al menos no por sus apellidos. Por supuesto, he descartado herencias —aclaró suficiente, dándole a entender que estaba haciendo una investigación concienzuda aunque ineficaz muy a su pesar.

—El tema de los apellidos es relativo porque han pasado muchos años y el Morris pueden haberlo perdido por el camino.

—Soy consciente, Ernes, pero tengo que llegar al punto donde lo habrían perdido. La mujer de Morris llegó con varios niños, tienen que haber dejado su rastro por algún sitio —habló pendiente al gesto escéptico de él—. Aun suponiendo que no todos se hicieran adultos, en aquella época tenían proles numerosas, niños y niñas...—Álix no pudo enmascarar su abatimiento con un tono bajo que se diluyó entre el aire y una idea acerca del progreso tecnológico que terminó expresando en voz alta—. Qué lástima que los egipcios dedicaran todo su esfuerzo a las pirámides en vez de a inventar los ordenadores.

Ernesto entornó los párpados, meneando la cabeza.

—Sí, no habría estado mal; pero a falta de pan tienes los archivos parroquiales de las iglesias. Han sido desde siempre los notarios officiosos de todos los bautizos, bodas y defunciones —dijo irónico.

En la cara de la doctora asomó la alegría espontánea de la complicidad.

—Gracias por la sugerencia, aunque un solo día no va a cundirme para tanto.

—Quédate hasta el martes —ofreció de buen grado. Álix elevó las cejas, y él dibujó una sonrisa bonachona—. Llama a Beltrán, te echará una mano encantado de la vida.

Álix tragó saliva despacio, mirándolo fijamente. Pensó haberlo subestimado.

—Estará ocupado, y yo voy a estarlo también; prefiero no molestarle.

Ernesto le sostenía la mirada, y cuando al cabo de un instante detectó con claridad los esquivos parpadeos del engaño, con severidad, le dijo:

—Estás en tu derecho de reservarte tu vida privada, y más trabajando, pero tampoco hace falta que niegues lo evidente como si hubiese nacido ayer.

—No sé a qué te refieres —comentó con digna dejadez—, y no entiendo tu enfado.

—Terca, maniática, reaccionaría, republicana —enumeró sarcástico, moviendo la cabeza y los ojos medio cerrados—, pobre hombre..., él sabrá dónde se ha metido, yo no puedo hacer más.

—¿Has hablado con él?

Ernesto volvió a su expresión indolente, satisfecho al verla descolocada.

—¿Te refieres a mi amigo Beltrán? —le preguntó recalcando “mi amigo”.

A Álix no le hizo falta responder, la victoria brillaba en los ojos de Ernesto. Salió del despacho echando humo por las orejas, con la clara idea de que a lo largo de esa mañana, en algún momento, casi con certeza después de su llegada del Archivo, los dos habían hablado por teléfono, y Beltrán, olvidando la discreción que hasta entonces había mantenido, debió contarle sus avances. Esperaba prudencia para la parte tórrida del puente, si bien fue la mayor parte, y elegante caballerosidad.

Diligente, ya sin el peso de la culpa, asomó la cabeza por el despacho antes de marcharse.

—No le digas que voy, por favor, es una sorpresa.

—Lo sabía —exclamó eufórico, apretando un puño contra la mesa.

—¿No habías hablado con él?

La cara de estupefacción de Álix le supo a gloria. Esa misma que sentía al cazar a alguno de sus hijos en burdas historietas para excusarse, ganar tiempo o sacarle un extra pecuniario de dudoso merecimiento.

—Has olvidado que mis descendientes son unos espabilados y que se pillan

antes a un mentiroso que a un cojo.

Álix entrecerró los ojos, rabiosa.

—Por supuesto, añádele que los aburridos se entretienen con la vida de los demás.

—Te ha podido la impaciencia. De haber esperado al fin de semana para verle, no me habría resultado raro que de repente tengas que bajar a Cádiz —comentó sin rastro de reproche y, con intención, agregó—, en horario laboral.

—Lo siento, Ernes —dijo humilde—; pero pensaba ir al Registro, no es solo algo personal. Lo siento —repitió arrepentida—, de verdad.

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—Nos hemos visto varias veces desde que nos conocimos.

—¿Y vais en serio?

Ella resopló.

—Varias veces no es para echar las campanas al vuelo, de momento estamos conociéndonos —contestó todavía incómoda, sin sopesar compartir hasta dónde habían intimado—. Te mantendré al tanto de nuestro progreso —añadió esbozando una línea irónica en la boca.

—No es necesario, lo veré. ¿A que tenía razón? —preguntó contento.

Álix se mantuvo firme durante unos segundos, ahondando en sus ojos, y sonrió. Volvió a su mesa, se sentó y recogió con cuidado los documentos que había encima. Colocó los bolígrafos de colores en un bote de cerámica con el símbolo de la Casa Real y un banderín de Escocia que le trajo Ernesto de un viaje a Edimburgo y le había acompañado durante más de cinco años.

Insinuó una sonrisa. Agradecía su amistad porque a veces ella la maltrataba, sin tampoco encontrar palabras para definir su inmensa confianza cuando lo había traicionado como una tonta inocente. Quizá esa inocencia animada por la ilusión, o como él había dicho: impaciencia, fue lo que la llevó a perdonarse para abandonar el museo rumbo a su casa con la conciencia

tranquila y el propósito de una ansiada sorpresa, muy ansiada, tanto como la de un alma que lleva toda la eternidad en el purgatorio y al fin puede cruzar las puertas del paraíso.

Capítulo 16

DURANTE EL TRAYECTO vio el despuntar del alba, el amanecer real, después el cénit esplendoroso del sol sobre el océano y por fin el brillo absoluto deslumbrando sobre la bahía de Cádiz. Y justo entonces, la inseguridad que no había sentido mientras conducía se le presentaba traicionera.

Sabía poco de Beltrán, ¿estaba idealizándolo? No era buena entendiendo a las personas, casi siempre le habían parecido incomprensibles, cada una era un mundo. ¿Debía dejar que su relación fluyera por sí sola? Ella nunca había sido fácil. ¿Estaría precipitándose? ¿Tal vez metiéndose en un terreno farragoso? ¿O tal vez los nervios desequilibraban su estabilidad mental tras recorrer decenas de pueblos, cientos de kilómetros, animada y hasta rozando la felicidad de ser impulsiva? ¿Por qué ella misma era su peor y más injusto enemigo?

La sensatez de la experiencia le gritaba que aunque más adelante se lamentase sumar otro fracaso no era nada comparado con disfrutar del viaje. Cualquier hipotético dolor la fortalecería mientras vivir plenamente le daba conciencia de lo esencial. Gracias a Beltrán había empezado a valorar cosas tan simples, o enormes, como la vibración del aire al rozarle la piel o el poder de una mirada cargada de deseo, el entusiasmo de vivir, ¿no era eso suficiente para alejar la cobardía que frenaba su espontaneidad a punto de llegar?

A las dos de la tarde aparcó a tan solo unos metros de la verja del museo, frente al acceso principal. Salió del coche, se puso el abrigo y, apoyada en el capó, esperó sin apartar la vista del edificio. Por la calle apenas circulaban vehículos ni había tránsito de personas en las estrechas aceras secundadas de jóvenes naranjos, el sol picaba demasiado. Sentía la ropa pegada al cuerpo, un

bochorno inverosímil en pleno diciembre y con una ola de frío azotando la mitad del país. Se quitó el abrigo, que puso en el asiento trasero del coche, y volvió a apoyarse en el capó.

En pocos minutos empezó a notar el entumecimiento de sus piernas, las estiró balanceando los tobillos. Había pasado seis horas en la misma postura, era normal estar un poco exhausta. Beltrán no tardaría, quedaba muy poco para sorprenderlo tal y como había planeado. En aquel preciso momento, eso fue más necesidad que un deseo.

A las dos y diez mantenía los ojos clavados en la verja, pensando que todo su esfuerzo estaba yéndose al traste. Sin embargo, de repente le resurgió la ilusión al descubrir a Beltrán saliendo por la calle lateral acompañado de un hombre y una mujer. No reparó en ella hablando entretenido con el hombre, el capitán de navío que había conocido en la inauguración. Sin uniforme, llevaba traje oscuro y corbata azul, su aspecto era bonachón por una sonrisa amistosa y el asedio de canas en su cabello y poblada barba, supuso que rondaría los sesenta años. A la mujer no la reconoció, pasaba de los cuarenta, y tenía una imagen formal —elegante por la media melena rubia bien cuidada y un sobrio conjunto gris de chaqueta y falda— que sugería alguna especie de reunión laboral. Rio alegre un comentario del capitán. Parecían mantener una conversación muy animada, sin prisa por acabarla.

La mujer volvió el rostro tras ponerse unas gafas de sol para evitar el incómodo deslumbramiento y fue cuando fijó la vista en Álix, que seguía apoyada en el coche sin atreverse a dar un paso. Había soñado una escena bien distinta: estupefacción recibida con un abrazo posesivo y un apasionado beso.

Beltrán desvió la mirada hacia ella, frunció las cejas un segundo y, al reconocerla, esbozó una sonrisa prudente. Esa reacción tranquilizó a Álix a pesar del latido a contra reloj de su corazón.

Él apresuró despedirse, estrechó la mano del hombre y besó en las mejillas a la mujer. Caminó a paso suave bajo la curiosa observación de sus acompañantes. Su figura alta y rotunda —vestía un traje oscuro sin corbata— acortaba la distancia con movimientos ágiles y seguros mientras Álix estaba perdida en el contraste de tonalidades doradas de sus ojos y en el bronceado de la piel de su cara bien afeitada. Podía compararlo a un león, en aquel preciso momento, reconociendo su territorio de caza.

Beltrán se detuvo a poca distancia de ella. Durante un breve instante le repasó el cuerpo delgado y seductor con aquellos pantalones y jersey ajustados marcando las curvas que se moría por tocar. Contempló la leve y enigmática sonrisa de los labios sensuales que le robaron la atención desde su desastrosa primera cita, y creyó detectar en sus grandes ojos oscuros el destello de la misma necesidad que él sentía.

—Hola —saludó Álix—, ¿quieres mi verdad o prefieres oír que pasaba por aquí?

—Sinceridad ante todo, doctora.

Pletórico, le impuso su presencia borrando la incomodidad del sol. Se besaron sin alardear su apasionamiento en un tanteo aterciopelado que les supo fresco y sofocó la soledad. No dilataron subirse al coche de Álix, charlando acerca de esa visita que para él había resultado alentadora.

En un breve recorrido turístico llegaron a la calle Magallanes. Ella no ocultó su sorpresa por el nombre:

—Qué casualidad, ¿no?

Beltrán tardó un poco en procesar a qué se refería.

—No podía ser de otra manera —admitió alegre—. Hasta influyó en mi decisión de meterme en obras. Si la calle tuviera otro nombre, te aseguro que no habría comprado la casa; estaba ruinososa.

Cuando estaban llegando a la playa de La Casería a Álix le llamaron la

atención tres torres altas de viviendas, destacaban demasiado entre todos los edificios bajos del entorno. No comentó nada asumiendo otro despropósito urbanístico.

Beltrán sacó un mando a distancia del bolsillo de la chaqueta.

—Es aquí —dijo, señalando el portón de madera oscura que había empezado a abrirse.

La casa quedaba oculta a curiosos desde la carretera por un muro blanco rematado con setos de diferentes arbustos, a la vuelta de la esquina había un camino de tierra que la separaba de la playa. Podían verse algunas barcas de pesca varadas en la orilla.

Al cruzar el portón, descubrió un patio de adoquines donde estaba aparcado el Toyota y la sencilla casa de pescadores que Beltrán había convertido en un moderno chalé de dos plantas. Después admiró el amplio interior, pulcro, y una escalera de brillante mármol tan blanco como los techos y paredes. La claridad le resultó abrumadora, entraba a raudales por una cristalera que recorría casi todo el perímetro de la casa. En ese fugaz recorrido para que se ubicara, Beltrán iba explicándole curiosidades de la reforma. El salón estaba abierto a la cocina, y le gustó la modernidad del diseño contrapuesta al confortable rincón que formaban dos sofás anchos y una mesa antigua de madera.

Después de subir a la planta de arriba para dejar la maleta en el dormitorio de Beltrán —de buena proporción, mobiliario justo y vistas a la playa— y de hacerle caso al cambiarse la ropa por unos pantalones cortos y camiseta de tirantes, él también se quitó el traje para estar cómodo con vaqueros bastante trillados y una camiseta blanca, volvieron abajo hablando de la acogida de la exposición.

Beltrán sacó dos cervezas del frigorífico y salieron al porche sin perder el hilo de la conversación en ningún momento, interesados el uno en el otro con

una avidez arrolladora. Desde ahí Álix pudo contemplar un jardín grande, rodeado por frondoso arbolado con varias palmeras encaramándose al muro para otear el horizonte del océano y una piscina rectangular que invitaba a la relajación con sus aguas turquesas.

Beltrán la guió hasta la mesa redonda de hierro forjado y cristal del jardín, contándole que si el tiempo lo permitía, sobre todo el inclemente viento, cuando llegaba del trabajo al mediodía le gustaba sentarse al sol mientras se bebía una cerveza o una copa de vino.

—Es mi momento, lo disfruto casi en éxtasis. A veces, antes de salir del museo ya estoy deseando llegar para estar un rato tranquilo.

—No me extraña —le dijo, llegando a envidiarlo—. Esto es un paraíso contra el estrés.

—Cuando has vivido siempre en ciudades grandes no puedes apreciarlo porque lo desconoces, pero si has tenido la suerte de vivir en un sitio pequeño cuesta adaptarte al ruido y la polución. No cambiaría esto por nada, ya no.

«Irreprochable y hasta una estupidez plantearse abandonarlo», pensó ella. Beltrán continuó hablando de las ventajas de San Fernando con una pasión cautivadora, estaba enamorado de su tierra, del mar, los olores. Hasta le dio un repaso a los destacados cantaores y músicos flamencos que habían nacido allí para terminar centrado en Camarón y Niña Pastori porque sentía predilección por los dos.

Álix disimuló una sonrisa al oírle el seseo que convertía sus palabras en suavidad, culta suavidad porque él era un hombre culto, pensando en cuánto había echado de menos el sonido de su voz.

—¿Te hago gracia?

—Ahora mismo no —respondió ella—, estaba escuchándote.

—Pues parece que esté contando chistes.

Beltrán bebió, intrigado.

—Pensaba en las tonterías que llegan a decirse del acento andaluz cuando hablar bien un idioma no depende del sitio en el que se viva, sino de la educación y el nivel cultural del que hable —aclaró al verlo serio.

—¿Sobreentendiendo que para ti hablo bien?

El tono de Beltrán fue cínico, inesperadamente duro.

—Sabes que tu pregunta es absurda, ¿hablo bien para ti?

—No me lo he cuestionado; en cambio tú sí.

—No es cierto, eres tú el que ha dicho eso.

—Explícate, ¿a qué ha venido lo de mi acento?

—Es una reflexión sobre las estupideces que oigo. De Despeñaperros para arriba está extendido el tópico de que a los andaluces no se os entiende cuando habláis, y nada más lejos de la realidad. Ni siquiera es una cuestión de acostumbrar el oído, es cuestión de cultura. A eso ha venido. Me fastidia que se menosprecie cuando en otras zonas de España pasa lo mismo o peor.

—Hay mucho listo suelto por ahí, mucho laísta analfabeto que relaciona el acento andaluz con una condición social baja, muchas veces porque en las series de televisión siempre salen andaluces con un acento muy marcado haciendo papeles de humildes o cómicos; pero, puestos a comparar, que se vayan a un pueblo catalán, asturiano o gallego a ver si tienen narices de entender lo que les digan.

—Seguro que no.

Beltrán sonrió relajando su expresión severa, quizá al percibir la contundente defensa en las palabras de ella, quizá al ser consciente de que había tratado de protegerlo aunque fuese innecesario porque él presumía de sus raíces, o quizá, simplemente, le resultó grato sentirla tan cerca.

Siguieron charlando en sintonía bajo aquel sol agradable. Tenían la asombrosa capacidad de hilvanar temas compartiendo ideas o discrepando, conociéndose.

Álix estaba feliz, cómoda, igual que Beltrán. En él no solo quedaba patente en su voz, sino que se proyectaba en sus pies descalzos sobre el césped áspero de verdes profundos.

Observándolo, ella no tuvo dudas: estaba en casa, jamás renunciaría a ese paraíso por nada. Y con esta conclusión, soñar en el futuro se le antojó inútil. Podrían continuar raspando kilómetros para verse de vez en cuando y mitigar sus soledades camuflando la realidad, estarían juntos, pero no compartirían el avatar diario de sus vidas y se perderían algunos, o muchos si era pragmática, momentos importantes en los que se echarían de menos.

Cuando Beltrán consideró que llevaba demasiado rato hablando solo, percibiendo que algo preocupante rondaba por la mente de Álix, le dijo:

—Estás muy callada. ¿Es cansancio por el viaje o hartura de oírme? — preguntó con humor.

—Nada de eso, disfruto la armonía de este paraíso.

Beltrán había notado un cambio enorme en las maneras de ella desde su apoteósico puente que podía interpretar como cariño, agradeció el cumplido con una sonrisa radiante, extendió la mano invitándola a su regazo y, en cuanto la tuvo con él, le besó los labios enredándose en su sabor dulce. Acarició con lentitud sus piernas estilizadas, metió una mano bajo los pantalones cortos que se había puesto siguiendo su insistente consejo en pos de la comodidad, estaba siendo una excusa acertada, hasta recrearse en la tersura de su piel sin traspasar el límite del decoro.

—La playa es pequeña y no es nada del otro mundo, pero cuando sube la marea y se pierde es como estar a los pies del océano; luego lo verás —habló bajando la voz, abstraído ante la oportunidad de enseñarle uno de sus fenómenos favoritos—. Gracias por estar aquí —añadió y, mirándole los ojos entornados por el insidioso sol que a esas horas caldeaba sin picar demasiado, al menos para él la temperatura no resultaba molesta y era usual tras varios

días de temporal, le dijo—. Deberías echarte protección. Tienes piel de guiri, sensible... —susurró con voz grave, arrastrando la mano entre sus muslos—, pecosa..., vulnerable...

Al decir esto, Beltrán casi pegó sus rostros. Fue irresistible volver a besarse fundiéndose en la serenidad del aire. Empezaron controlando la pasión que inflamaba su sangre, respiraban suaves soplos de sus alientos envueltos en esa recién descubierta ternura que ralentizaba sus movimientos en sutiles ráfagas de placer. Hasta que Álix no pudo contener el impulso de aplastar sus cuerpos.

El cambio fue desastroso.

Al palpar el poder del deseo, se les fue de las manos y perdieron la cordura desmoronados el uno contra el otro, se aventuraban arrollados por el calor de un contacto urgente sin calibrar nada aparte del placer.

Entretanto, Lucía llegaba del instituto con idea de comer rápido y descansar para estar perfecta esa misma noche. Asistiría a la fiesta sorpresa de cumpleaños que le habían preparado a Marta en casa de su otra mejor amiga, Yara. Un buen número de compañeros de clase pensaba ir, aunque a ella solo le importara el chico que la traía de cabeza y era el secreto mejor guardado por sus amigas: Pablo.

Estaba emocionada. Además de tener con Pablo las expectativas en rango máximo, era su oportunidad para concretar el tonteo diario del instituto, tendrían a su entera disposición la casa de Yara porque sus padres se habían ido de viaje ese fin de semana y, encima, habían comprado en un “chino” cercano al instituto varias botellas de ron y ginebra que harían las delicias del grupo de los bebedores. Ella no se contaba entre ellos, ni bebía alcohol porque le resultaba desagradable ni se había dejado influenciar por sus amigas porque le incomodaba su comportamiento después de beber. Ya tenía comprobado que al principio todo era diversión y risas, luego llegaba la

tristeza y la exaltación de la amistad para terminar discutiendo o vomitando. Lógicamente, nunca le había contado a su tío que era la única en pasar horas con un refresco en la mano. Él tenía un buen concepto de Marta y Yara, y ella una misión: no echarse piedras sobre su tejado dándole motivos para cortarle las alas.

Soltó la mochila en el impoluto mármol del salón y fue a la cocina con intención de husmear la comida que había preparado Isabel. Vio en la encimera de madera una fuente de cristal a rebosar de macarrones con tomate y queso protegida por film transparente, empezó a salivar y a preguntarse dónde se habría metido su tío a esas horas cuando los viernes siempre llegaba antes que ella. Esa retahíla mental de golpe cesó al oír gemidos en el jardín.

Resuelta, creyendo que había alguien al otro lado del muro en la playa, se asomó a la puerta acristalada del salón para cerciorarse. Pero, abrumada, se paralizó ante una escena sorprendente. Su tío estaba entregado al voraz disfrute de la boca de la doctora mientras la sostenía en el regazo y le apretaba las nalgas. Ella tenía los ojos cerrados, la cabeza ladeada con la melena cobriza agitándose por la fuerza de aquella danza erótica, y los brazos rodeando la nuca de él.

Lucía no supo cómo reaccionar. ¿Qué debía hacer?

Volvió a la cocina. Por arte de magia se le quitó el hambre y hasta olvidó la fiesta, pensando que su tío era un inconsciente y la doctora una pésima compañía.

A su edad tenía una idea bastante formada del arte del sexo, incluso aspiraba a probarlo pronto, y no dudaba que su tío era activo aunque hasta ese preciso día hubiera mantenido una agradable discreción.

De tarde en tarde le había conocido alguna amiga con derechos, pero siempre pasajeras; en cambio, con Álix parecía otro desde que se conocieron. Lo había visto apático y ausente durante toda la semana aunque trató de

disimular. Ni siquiera discutió antes de darle permiso para ir a la fiesta de Marta, y eso no era un buen síntoma.

Observándolo en aquel momento, nadie podría tildar de descabellada su idea de que se fraguaba un cambio en sus vidas. Aún estaba por determinar si sería beneficioso o una debacle, pero no cuestionó que esa relación tendría consecuencias inciertas para los dos y una damnificada sería ella misma.

Dejó caer al suelo la tapadera metálica de una sartén. El tintineo resonó terrorífico, efectivo para que Romeo y Julieta salieran del trance lujurioso.

Lucía no perdió de vista el salto de la doctora, sus mejillas sonrosadas por el bochorno; ni la fría observación de su tío, que con aplomo se puso en pie y sujetó la mano de Álix al dirigirse hacia la casa.

—Hola, Lucía —saludó la doctora dándole dos besos en la cara—. No te hemos oído llegar.

—No me extraña —replicó cínica—. ¿Has venido a pasar el fin de semana?

Álix se había quedado fría.

—Sí, estará con nosotros hasta el martes —contestó Beltrán.

Él tenía un aire altivo que molestó a la joven.

—Qué bien, así estarás entretenido.

—No sabes cuánto...

—Puedo imaginármelo.

En su voz, Beltrán detectó un matiz de reproche que no estaba dispuesto a admitirle. Sin embargo, con corrección, aguantó mientras Álix se interesaba por sus estudios y mientras comían hablando con cordialidad.

Pero fue terminar y dar por finalizada la tregua. En cuanto Lucía se retiró a su dormitorio, la siguió por la escalera.

—Solo voy a pedirte una cosa, respeto. —Beltrán habló severo tras cerrar la puerta del dormitorio con suavidad—. Álix es nuestra invitada y no quiero

que se sienta incómoda mientras esté aquí, ¿entendido?

—Es tu invitada, no la mía; y no le he dicho nada malo.

—Procura ser amable, Lucía, no quiero ponerme borde —le dijo rebajando el tono, conector de que las formas condenaban las palabras—. Me gustaría que te llevaras bien con Álix, porque las dos sois especiales para mí. —Beltrán observó que Lucía parecía inquieta. Ese día, precisamente ese día, no era el mejor para enzarzarse a discutir. Él tenía en sus manos el poder; ambos lo sabían, y otra réplica más significaba conformarse con seguir la fiesta por WhatsApp—. No quiero empezar una guerra contigo por estar con la mujer que me gusta, no me parece justo, así que dime ahora cómo piensas comportarte para que sentemos las bases. ¿Paz o guerra? Tú eliges.

—Paz, pero con condiciones.

Lucía cruzó los brazos sobre el pecho.

—Olvídalo, ni ropa ni pasta.

—No iba a pedirte nada material. Son otras cosas... —De pronto titubeó, ¿cómo podía decirle a un hombre adulto que se reservase el sexo para su intimidad?—. Cosas físicas, ya sabes...

—Ya sé —afirmó con un brillo burlón en el ámbar—, siento que antes nos hayas visto, intentaremos comedirnos para no herir tu sensibilidad. ¿Qué más?

—Nosotros seguiremos igual.

—¿Eso es lo que de verdad te preocupa? —Beltrán sintió un ramalazo de ternura cuando ella encogió los hombros de forma mecánica—. En lo que respecta a nuestra relación, la única novedad será que algunos fines de semana Álix estará aquí. De vez en cuando iré yo a Madrid, contigo si quieres venir, o solo; ya lo iremos viendo según vayan las cosas, pero entre nosotros no habrá cambios, puedes quedarte tranquila.

—¿Y si decidís casaros?

—Para empezar, es muy pronto para pensarlo. Y de decidir casarnos sería

dentro de un tiempo y porque Álix quisiera, yo prescindiría sin dudar.

—¿Y sin matrimonio? ¿Dónde viviríamos?

Beltrán sonrió, esa era la pregunta del millón.

—No lo sé, todo a su momento.

—No me importaría vivir en Madrid.

Beltrán sonrió por ese espíritu aventurero.

—Lo tendré en cuenta. —La abrazó reconfortando sus miedos—. No quiero que te preocupes por nada. Ahora mismo tu única preocupación es sacar buenas notas para tener la mejor media posible, todo lo demás es asunto mío, ¿entendido?

Lucía asintió en silencio, dejando la firme seguridad de los brazos poderosos que siempre habían sido un refugio infalible para aliviar toda la angustia de su corta pero dramática vida. Ese hombre era su padre, un amigo leal y el mejor tutor que podía haber deseado; con él nunca había echado de menos a su padre biológico, ni siquiera había sentido curiosidad por saber quién era, nada; y juntos habían mantenido vivo el recuerdo de su madre al compartir su dolor; le debía agradecimiento y la misma honestidad que él siempre le dedicaba.

—Hacéis buena pareja.

—Tu hora de llegada sigue siendo la misma —le dijo sonriendo, y apreciando ese instinto primario de beneficiarse a la menor ocasión—, pelota...

De buen humor, Beltrán le dio un cariñoso beso en la frente y salió del dormitorio con el pensamiento de cumplir su palabra con ella sin renunciar a la mujer que estaba esperándole y había empezado a tambalear los cimientos de su minúscula familia.

Comprendía la inquietud de su sobrina, era lógica debido al mismo temor de Álix, la distancia desesperante, pero confiaba en encontrar una solución

cuando llegase el momento de anularla para comenzar otra etapa. Ese problema no le quitaba el sueño.

Sin embargo, tener la conciencia de estar enamorándose sí lo conseguía. A sus cuarenta y cinco años hacía tiempo que había dejado de buscar a la exploradora intrépida que le acompañase a comerse el mundo, ya no aspiraba a eso, sino a compartir la quietud de su madurez con alguien afín que le removiera las entrañas, y, sin lugar a dudas, todas sus células enloquecían con Álix cerca. Sentía vértigo y una arritmia escandalosa teniéndola entre sus brazos, y calma, y la tremenda emoción de reconocerla como su alma gemela. Por todo, aligerar miedos no sería nada comparado con la plenitud de ese hallazgo tan raro como encontrar un tesoro sin buscarlo.

De casualidades estaba escrita la Historia. Y la de él, experto en bordear senderos no elegidos, alguna vez debía contar con la suerte de cara. En este caso, con la suerte de haber coincidido en el lugar apropiado con una mujer imperfecta e ideal.

Capítulo 17

EL SONIDO DEL OLEAJE se fundía con un flamenco de tintes líricos y el susurro de las ramas de los árboles mecidas por la suave brisa mientras Beltrán y Álix compartían una botella de vino sentados bajo el porche. En aquel reino pacífico de fresca temperatura, la noche acaecía entre anécdotas simpáticas de sus vidas.

Ninguno entró demasiado hondo en el terreno profesional. Álix sabía lo básico de él acerca de sus trabajos en Madrid y Sevilla; uno lo dejó a su pesar después de la muerte de su hermana para criar a Lucía; y al otro renunció después de tres años buscando la calma en esa pequeña ciudad de tradición marinera. Nunca se había vuelto a plantear dar de nuevo clases en la Universidad de Sevilla o regresar a la gran urbe.

Álix se sintió conmovida por su espíritu de sacrificio, y eso la llevó a aligerar la conversación con bromas y algunas escenas impúdicas de su juventud que nunca antes se había atrevido a confesar.

La desinhibición del alcohol atraía a sus memorias cada vez anécdotas más rocambolescas, las de él ganaban por su facilidad para narrarlas con una variedad de detalles gráficos que las hacían realmente divertidas.

Sin resquemor, se descubrían con la complicidad de los buenos amigos.

—Es la primera vez que estoy aquí con una mujer charlando a gusto.

Álix le observó los ojos, apuntando una sonrisa.

—Me alegro —habló antes de beber un buen sorbo de vino—. Y puedes ahorrarte lo que hayas hecho con ellas —añadió mordaz—, porque pillas carrerilla y no paras.

—Luego te enseñaré otra manera de no parar, doctora —comentó dejando

claro el matiz sexual que quiso destacarle. Le echó un vistazo al móvil, pasaban diez minutos de las doce—. A ver si Lucía se comporta y no nos hace esperar, es preferible a que presencie otro numerito —dijo con intención de recordarle el episodio del mediodía. Ella se mordió el labio y negó meneando la cabeza. Logró sin querer que Beltrán centrara sus pupilas en esa boca que pensaba arrollar en la intimidad del dormitorio. La pantalla de su móvil volvió a iluminarse al recibir una llamada de Marta, contestó rápidamente creyendo que Lucía estaba utilizando a su amiga para conseguir más margen horario o para convencerlo de que le permitiera dormir en su casa. Cuando la chica comenzó a titubear explicándole que Lucía no se encontraba bien, ya se había levantado de la silla—. ¿Dónde está? —preguntó preocupado por la escasa información que le daba y su forma de hablar con una lengua de trapo bastante sospechosa—. Procura que no le pase nada.

Ese tono amenazante impresionó a Álix.

Poco después, Beltrán rechazaba el ofrecimiento que le hacía de acompañarlo a casa de Yara. Tampoco quiso compartir que Marta parecía borracha.

Salió corriendo. Lidiaba contra un enfado monumental y la desesperación de la incertidumbre al conducir el coche de manera casi temeraria

La carretera desierta y su conocimiento de la zona le permitieron llegar a casa de Yara en diez minutos, sin estar preparado para una apoteosis adolescente tan descontrolada como intolerable. Incluso no entendió que en esa urbanización de chalés independientes ningún vecino hubiese avisado a la policía. Ni siquiera necesitó llamar a la puerta, estaba abierta.

La música sonaba ensordecedora y al mismo nivel que los gritos enloquecidos de los adolescentes. Calculó que prácticamente ahí estaría todo el instituto. Recorrió el salón con ojos escrutadores, no había rastro de Marta ni Yara, y su enfado pasó al nivel de peligrosa irritación.

Como un trueno a punto de retumbar entre las tinieblas, encaminó sus pasos hacia el equipo de música y lo desconectó de la corriente eléctrica. Sin gran sorpresa, captó la atención de los jóvenes, y de las dos que en aquel momento más le interesaban.

Yara apareció rauda, seguida de Marta, ambas se quedaron petrificadas. El excesivo maquillaje de sus rostros las convirtió en dos esperpentos mientras solo se escuchaba un murmullo parecido al de fieles feligreses rezando el rosario, aunque estos brillaran por su ebria deslealtad.

—Se acabó la fiesta. —Beltrán no levantó la voz. De repente, la gravedad de su tono logró amilanar los conatos de sublevación por parte de los gallitos del cotarro. Con la mala leche refulgiendo en sus pupilas, agarró a Marta del brazo—. ¿Dónde está Lucía?

—En mi habitación —respondió Yara sin ocultar el miedo en el temblor de su voz.

Beltrán subió a la planta alta siguiendo a la chica sin soltar a Marta, incapaz de articular una palabra sin delatarse. Al final de la escalera varios chavales estaban sentados en el suelo, repartidos por el pasillo entre penumbra y olor a marihuana. Él resopló por la nariz, aquello no podía ser cierto.

Solo al entrar en el dormitorio y fijarse en la imagen espectral de Lucía tumbada en la cama con el vestido medio quitado, tenía expuesto el sujetador, se dio cuenta de que de verdad estaba sucediendo.

De las sombras apareció un chico alto, de edad cercana a los dieciséis o diecisiete, bien parecido y de pelo oscuro un poco ondulado.

—No sabemos lo que le ha pasado —dijo el chico.

Parecía realmente afligido.

—¿Quién eres? —le preguntó Beltrán tocando el rostro frío de Lucía.

—Pablo, soy compañero de su sobrina.

Beltrán no apartó los ojos del chico, pero controlaba el pulso de Lucía con la yema de los dedos en su cuello. Era normal. Si no estaba en un error, se había desmayado.

—¿La has desnudado tú?

Pablo asintió moviendo la cabeza como un muelle oscilante.

—Para refrescarla —explicó apocado.

—¿Refrescarla? —repitió Beltrán con ganas de cometer varios asesinatos—. Dadme una chaqueta —ordenó. Yara sacó del armario el anorak rojo de Lucía y se lo tendió temblando. En un santiamén, Lucía estaba abrigada, en sus brazos y abandonando ese cumpleaños como la mayoría de adolescentes. Antes de salir, se volvió para encarar los ojos acobardados de Yara y Marta—. Ahora mismo voy a hablar con vuestros padres, ya podéis empezar a recogerlo todo. —Evitó culparlas por no seguir viéndolas, centró la atención en Pablo y, en tono amenazante, le dijo—. Como te hayas pasado un pelo con ella estás muerto.

—No, de verdad —balbuceó—, no hemos hecho nada, se lo prometo.

Rodeado por una batería de pensamientos hostiles, Beltrán dejó la casa y acostó a Lucía en los asientos traseros del Toyota. Algo más relajado afrontó el regreso, dándole vueltas a cómo habrían conseguido el alcohol. Acerca de los proveedores de hierba no se planteó preguntas, tenía claro su carencia de escrúpulos.

Llamó al padre de Marta, un capitán del Tercio de la Armada destinado al Grupo de Movilidad Anfibia con base en el pueblo y con quien mantenía una buena amistad. El hombre lo escuchó con aparente aplomo, luego estalló con una sarta de palabras malsonantes hasta terminar agradeciéndole la llamada. Después repitió con el padre de Yara, otro militar con el trabajo en Rota. Reaccionó mejor que el capitán, o menos beligerante.

Beltrán se quedó como nuevo. Lucía había cavado su tumba, y las amigas

serían sus compañeras de pala con socavones igual de profundos.

Al enfilar la estrecha carretera de la playa advirtió por el espejo retrovisor que Lucía había abierto los ojos.

—No me encuentro bien —habló con un hilo de voz, se sentía mareada.

—¿En serio? ¿Cuánto has bebido?

—Nada... —respondió con angustia.

—¿Me has visto cara de imbécil? Ya que has sido valiente para beber, selo ahora para decir la verdad.

—Tito, no me gusta el alcohol, solo he bebido Coca-Cola... Y le he dado una calada a un porro —añadió en un susurro—; por probarlo.

—¿Para descubrir si te gustaba? —Beltrán habló con sarcasmo—. ¡Pues menos mal que te ha sentado como un tiro! —soltó elevando la voz.

Lucía no se inmutó, navegaba en una marejadilla inquietante.

—Quiero vomitar.

—Estamos llegando, aguántate un poco.

—No puedo —musitó incorporándose.

Lucía alargó el brazo izquierdo hasta el tirador de la portezuela, pero no coordinó la mano y no consiguió abrirla. Beltrán tardó unos segundos en parar el coche a unos metros de su casa, la ayudó a bajar y, presintiendo que el recorrido hasta el baño sería imposible, la guió a un lado del portón de madera que daba al patio delantero donde aparcaba. Mientras observaba un espectáculo patético, Álix salía a su encuentro.

—¿Qué le pasa?

Beltrán levantó la mirada.

—Que está castigada de por vida.

—No seas tan duro, todos hemos hecho estupideces alguna vez siendo jóvenes.

—No te metas en esto.

Prestando atención al brillo intransigente de sus pupilas, Álix se atragantó con las palabras que reprimió. Volvió al salón, a sentarse en el mullido sillón que había junto a un sofá de tres plazas, decepcionada. Incluso triste. No había sido su intención inmiscuirse, solo pretendía suavizar el enfado de Beltrán recordándole que ciertos hechos pueden calibrarse de forma muy diferente dependiendo de la edad. La experiencia conlleva serenidad para tomar distancia en determinadas situaciones, ayuda a interpretar riesgos nefastos cuando podemos equivocarnos. Eso era tal cual.

Durante un rato siguió sola. Oía el discurrir del agua a presión, Beltrán estaba limpiando el rastro de las malas decisiones de Lucía, y ni hizo ademán de moverse cuando la joven se dirigió a su habitación con pasos renqueantes. Nunca más él llegaría a repetirle que se mantuviera al margen, lo haría por propia motivación y asumiendo que se había creado falsas expectativas capaces de distorsionar su realidad. Esa idea era nueva, insidiosa y no le ocasionaba miedo. Pensar en sí misma como un planeta orbitante alrededor de Beltrán le parecía justo. Ella no era nadie y así cada uno podía continuar con su manera de afrontar la vida. Hasta terminó pensando en que igual que se había diluido su miedo después de recibirla encantado, para reaparecer en sus brazos convertido en ilusión, o algo así, también aceptaría con el tiempo su opinión sobre la educación de Lucía. Si no, ella acabaría sin energía cayendo en espiral hasta hacer inevitable el colapso de ambos.

Deseando estar en lo cierto, espiró por la boca. Se quitó las gafas y, frotándose los ojos, echó la cabeza hacia atrás. El cansancio empezaba a apoderarse de ella, pero quería esperar a Beltrán despierta. Bajó los párpados un instante de forma involuntaria.

Dando un ligero respingo, al tornar a aquel espacio de líneas puras donde las ondas del agua de la piscina creaban deslumbrantes reflejos en los cristales, posó la vista en el mueble de obra que había en la pared del fondo.

Estaba lleno de pequeños marcos plateados. Y por mantenerse entretenida, se puso en pie y contempló las fotografías. Cogió una antigua, se notaba amarillenta. Observó detenidamente a una pareja joven vestida de manera elegante, con un bebé que llevaba un traje de cristianar y un niño de corta edad; la mujer sostenía en brazos al bebé y el hombre, muy parecido a Beltrán, le daba la mano al niño.

—Esa foto es del día que bautizaron a Irene.

Al escuchar la voz de Beltrán a su espalda, sin ápice de malhumor, ella giró la cabeza y esbozó una sonrisa agradable.

—Eras un niño muy guapo —comentó nostálgica, fijándose en su imagen infantil. Ahí rondaría los tres años. Su madre era atractiva, delgada y de rasgos suaves, pero se reservó decírselo—. Tus padres hacían buena pareja —afirmó animosa por no avivarle recuerdos infelices.

—Lucía dice que tú y yo también.

Beltrán sonrió un poco, arrepentido por su brusquedad, y Álix no dijo nada. Durante un instante se miraron.

Ella giró el cuerpo, devolvió el marco a su sitio exacto del mueble y no se movió. Beltrán le rodeó la cintura por detrás en un tanteo, fue aceptado y eso le dio confianza. Apoyó la frente en la nuca de ella y, al respirar su aroma sensual, sin poder remediarlo, perdió la noción de la disculpa que pretendía rogarle. Álix anulaba su voluntad. También era un bálsamo para su memoria, como un fuerte viento que levantaba dunas en las playas y cambiaba en un abrir y cerrar de ojos el paisaje costero. Tenía el poder de moldearlo a su antojo, y no tenía conciencia al hacerlo.

—Antes he pagado contigo mi cabreo con Lucía, lo siento.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—No, tengo que preocuparme porque te necesito; y si te necesito quiero todo lo que puedas aportarme, todo, Álix. No estoy acostumbrado a compartir,

ni la educación de Lucía ni nada; y si estamos juntos eso debe cambiar.

—Yo tampoco estoy acostumbrada a compartir —le dijo, volviéndose entre sus brazos y mirándole los ojos, ardientes como su piel—, y te aportaría poco en la educación de la niña, pero basándome en mi propia vida sé que ahora mismo está atravesando la etapa más difícil y es cuando mayor margen necesita. No te digo que le des carta blanca, y hoy desde luego has hecho lo que tenías que hacer, pero tendrás que ser un poco más permisivo para que no se te revuelva. Por suerte, le quedan solo un par de años malos.

Beltrán entrecerró los ojos, alzando las cejas.

—Acabará conmigo...

—Lo dudo, eres un buen padre —agregó y le acarició el rostro áspero.

Ella rozó sus labios con sutileza, luego se dejó llevar por un ataque feroz sin sentirse invadida. En ese beso no había peligro, era la redención de dos personas complejas unidas por emociones más allá de lo físico. Se rendían homenaje dando rienda suelta a la pasión febril que, ajena a ellos, les dominaba sin recordar temores, distancias ni tontos agravios. Estando así el tiempo quedaba suspendido. Sin ese transcurrir no había un mañana, no había problemas, no había nada a excepción de ellos.

Capítulo 18

ADMITIR LAS DERROTAS es de valientes. «Pese a las dificultades tengo la obligación de seguir adelante», se dijo Álix. Eso no significaba saborear una frustración agotadora ni disimularla al salir del Registro Civil de Cádiz. Llamó a Ernesto para darle la razón, los archivos conservados se remontaban a 1871. Durante unos minutos hablaron acerca de Juan Morris Bernal, muerto en 1905, el primer Morris que aparecía en el Registro Civil y sin domicilio en la finca de Medina Sidonia, del que había conseguido los nombres de sus padres: Juan Morris de Graaf y Manuela Bernal Sánchez, sin más referentes. Ernesto le transmitió su emoción, eran buenas noticias, no dudaba de su parentesco con William Morris.

Álix siguió su ruta hacia el Archivo del Registro de la Propiedad con la esperanza de hallar a todos los propietarios de la finca a lo largo de dos siglos y alguna pista fiable de dónde hallarlos.

Caminaba por el Paseo Marítimo con mejor predisposición gracias al ánimo de Ernesto y un radiante sol que camuflaba las ráfagas frescas del molesto viento. Aspirando hondo el fuerte aroma a salitre del aire, pensó en otro día especial sin hacer nada extraordinario.

Entró relajada en el edificio del Registro, sintiendo una especie de felicidad contraria a su expresión severa, y se dirigió al mostrador de información que atendía un joven encorvado con las manos huesudas. Aguardó turno detrás de una anciana de estatura baja y silueta constreñida. El joven hojeaba de forma lenta varios papeles bajo la atenta observación de la anciana. Al cabo de unos minutos la anciana mostró su desacuerdo con lo que el joven le decía y alzó la voz increpándole.

Álix observó el temblor en las manos del joven, no era por miedo al tono de la señora. Pensó en alguna minusvalía y se entretuvo haciendo hipótesis por abstraerse de las protestas de la anciana. Cuando el joven se hartó de repetirle lo mismo una y otra vez, le pidió medio abochornado que acudiera a un departamento diferente. Eso espoleó a la anciana, que le reprochó la media hora perdida con él mientras se alejaba con más diligencia de la que sugería su enjuto cuerpo. Tantos aspavientos beneficiaron a Álix. Rezumó unos modales correctos y cordiales, propicios para obtener la escritura de la finca. Se quedó maravillada ante tal eficacia.

No esperó a salir para repasar por orden cronológico a los propietarios, interesada sobre todo en encontrar a los anteriores al siglo XX. Desde los Ledesma actuales conocía los nombres de cuatro familias, se remontaban a 1923, hasta ahí había llegado su información. Ahora, que en ese año, los Valverde Solís compraron la finca a Francisco Galindo Aragón y, con súbito interés, casi perpleja, leyó que este la compró en 1872 a Juan Morris de Graaf. De nuevo aparecía ese nombre. Fue el padre de Juan Morris Bernal, y por las fechas quizá un bisnieto de William Morris. Según aquel documento, era quien había vendido la finca para disipar entre burocracia el rastro de su familia. A pesar de que esto último resultara una apreciación egoísta, Álix lo sintió tal cual. No tardó en retractarse. Había logrado la lista completa de los propietarios de la finca y los nombres de dos descendientes de William Morris, encontrarlos a todos sería cuestión de indagar un poco más.

Bastante contenta le envió un WhatsApp a Beltrán contándoselo, no pudo esperar a verlo cuando comieran juntos. Necesitó compartirlo con él como parte de la cómplice naturalidad que llevaban dedicándose desde el viernes.

Al pensar en ese fin de semana se apoderó de ella una sensación de plenitud muy relajante. Ni siquiera recordó con tristeza el encontronazo que tuvieron acerca del castigo de Lucía; resultó nimio, surgido solo para darles

algo de perspectiva sobre sus personalidades y para mostrarles la grandeza de una buena rectificación a tiempo. Se pidieron disculpas en un recorrido apasionado, medido por caricias sedosas y profundas parecidas a su manera de sentir esa unión. Ninguno comprendía lo que les pasaba, era imposible que en tan poco tiempo hubieran encajado de una manera casi perfecta. Pero era así.

Habían pasado tres días mágicos, compenetrados. El sábado Beltrán la llevó dando un corto paseo al Panteón de Marinos Ilustres. La guió por el interior del majestuoso edificio entre mausoleos, lápidas —leyeron con verdadero interés la inscripción en latín que había en la de Jorge Juan Santacilia—, admiraron el imponente altar de su iglesia y el estanque redondo con agua de los cinco océanos en memoria a los marinos muertos en sus profundidades. Luego fueron al cerro que acogía el Real Observatorio de la Armada. De esa visita guardaba varios recuerdos imborrables: el afecto que percibió hacia Beltrán del personal, la elegante belleza del edificio de un estilo casi griego y la excelente impresión que le dejó la colección de aparatos antiguos para medir el tiempo y la librería con volúmenes de un valor incalculable.

También había aprovechado para broncearse, sobre todo, al mediodía cuando más apretaba el sol y se tumbaba al borde de la piscina esperando que Beltrán preparase la comida. En esos ratos pudo conocer mejor a Lucía para reafirmar que era responsable, con las idealizaciones propias de su edad, y que adoraba a Beltrán pese al conato belicoso por estar encerrada sin su móvil, portátil y Tablet. Si revivía la tensión entre ellos podía decir que habían pasado momentos memorablemente ridículos. Al no dirigirse la palabra, cada uno con motivos contra el otro, la usaron a ella de interlocutora dando lugar a conversaciones surrealistas. Ella no medió, aunque estaba convencida de que muy pronto Beltrán le levantaría el embargo pues tampoco

era agradable para él verla como un alma en pena deambulando por la casa.

Enfrascada en sus recuerdos, apenas pasada la una de la tarde llegó a la plaza de Medina Sidonia donde se encontraba la Iglesia de Santa María.

Contemplando el entorno monumental de aquel sitio en alto encaramado a un cerro, con las ruinas de un castillo romano y después árabe, se despertó su hambre voraz de Historia del Arte. Ahí hubo una amalgama de culturas de esas indelebles a lo largo de los siglos, todas habían dejado sus huellas para formar la identidad actual de otro pueblo blanco con un casco antiguo lleno de riqueza artística bien conservada y homogénea con el encanto andaluz.

Entró en la iglesia con los ojos fijos en el retablo del altar, admirando su gran tamaño y las decenas de pequeñas columnas que enmarcaban cada episodio de la vida de Jesucristo. Sin duda, otra joya de ese pueblo que ya la había conquistado.

A solas, inmersa en el reconocimiento de una estética cautivante, no escuchó el saludo del cura. Cuando tuvo al hombre pegado a la espalda, inclinó la cabeza hacia abajo y lo afrontó. Era un hombre joven, de unos cuarenta años, con apariencia afable. De buen grado le informó que los documentos del archivo parroquial se remontaban a 1900. Y logró decepcionarla aunque por fuera no lo aparentara. «Más obstáculos», pensó al seguirlo hasta la Sacristía.

Después de contarle el motivo de su investigación sin mencionar el hallazgo del cofre, leyó algunas partidas de nacimiento de la época bajo la constante supervisión del hombre. No tuvo suerte, los Morris debieron abandonar aquellas tierras tras vender la finca, y comenzó a despedirse con la misma amabilidad que él había tenido con ella.

—Le aconsejo que vaya al Palacio de los Guzmanes en Sanlúcar de Barrameda —comentó el cura, acompañándola a la salida—, allí tiene el archivo la Casa de Medina Sidonia. Debería encontrar a quien le vendieron la

finca.

—Precisamente trato de encontrar a los propietarios primitivos.

—Los primeros fueron los duques de Medina Sidonia, no busque más. Todo el pueblo era de ellos —dijo con humor y un acento andaluz marcado—. Desde la Baja Edad Media fueron el linaje de la alta aristocracia más importante de Andalucía, tenían un Estado que llegaba hasta Huelva.

—Lo comprobaré —admitió, pensando en hacer la visita a Sanlúcar y una imprevista al Archivo de Simancas en Valladolid por si en el de los Medina Sidonia no estaba registrada la venta—. Muchísimas gracias, padre; me ha sido de gran ayuda.

Camino del coche pensó que lo realmente importante era saber cuándo Dolores Morris vivió en la finca donde apareció enterrado el cofre. Se había convertido en un reto personal, y no cejaría hasta tener una idea fidedigna del recorrido de Las Perlas de las Reinas desde su desembarco en España en aquel lejano abril de 1750.

En las visitas de ese día había obtenido informaciones muy valiosas para seguir adelante con la certeza de ir sobre segura, tenía nombres y apellidos para buscar a los descendientes de William Morris.

Al cabo de media hora aparcó en la calle del Museo Naval de San Fernando y se quedó dentro del coche con la vista fija en el portón lateral. No tardó más de unos segundos en ver salir a Beltrán, que esta vez la divisó como un águila. Sonreía mientras se acercaba al coche. Ignoraba que sus andares, con ese toque felino, desprendían fuerza y seguridad en sí mismo.

Observándolo, la doctora quedó embelesada. Tenía el poder de borrarle todos los pensamientos menos uno: sucumbir a sus labios. En cuanto Beltrán acaparó con su envergadura el interior del vehículo, se miraron a los ojos, complacidos y sin esconder la atracción física que sentían. Como si llevaran años sin verse, pegaron sus bocas con mucha alevosía. Ambos eran sabedores

de que tenían una compenetración intelectual muy potente, pero la química sexual..., la química sexual no podía compararse, eran palabras mayores; no había nada por encima de ese delirio.

—Te he echado de menos —murmuró él al despegarse un poco, no demasiado. Jamás había vivido con nadie tantas emociones, tan intensas, tanta verdad en sus sentimientos. No exageraba, ni estaba mintiéndole al decirle que la había echado de menos; la había tenido en la cabeza toda la mañana—. Voy a tener que tragarme mis palabras —agregó sonriendo triste—, no sé por qué pensaba que sería llevadero estar separados... Me temo que va a ser un martirio.

Álix levantó la mano y le acarició el rostro, conmovida por esa sinceridad.

—Estamos igual. —Le besó los labios despacio—. Confiemos en nuestra creatividad, ya se nos ocurrirá cómo arreglarnos.

—Vuelve en Navidad, pasa todas las vacaciones aquí.

Parecía ansioso, tal vez al vislumbrar inminente la obligación de despedirse, y aceptó sin dudar. Significaba volver esa misma semana y no separarse durante dos, un deseo cumplido con una sencilla respuesta. A partir de este momento Beltrán se relajó para interesarse por sus investigaciones en los registros.

Álix puso rumbo a la playa por calles con escaso tránsito a esas horas y empezó a hablarle de los Morris. Al escuchar “de Graaf”, aunque no dijo nada, Beltrán empezó a darle vueltas en la cabeza. El apellido ni era español ni común, y le sonaba de haberlo leído recientemente, pero no recordaba dónde.

—Aprovecharé las vacaciones para ir al Archivo de la Casa Ducal de Medina Sidonia de Sanlúcar, puedes venir conmigo.

—Claro —afirmó ausente y, para concentrarse, cerró los ojos apretándolos con fuerza.

Álix lo miró con un gesto de extrañeza.

—¿Te encuentras mal?

—No —respondió de regreso a ese trayecto agradable hacia su casa—. ¿No te suena el apellido “de Graaf”? —Al hacerle la pregunta, de golpe recordó con claridad dónde y cuándo lo había leído antes—. Algún varón de la familia Morris se casó con alguna descendiente de Juan de Graaf... —habló pensativo, para sí mismo. Volvió la cabeza para fijar sus pupilas inteligentes, doradas y penetrantes, en los ojos oscuros de ella—. Fue el maestro holandés de jarcias que Jorge Juan reclutó en Londres para modernizar la construcción naval española. Leímos sobre él en el Archivo del Naval de Madrid, no había mucha información más, pero me llamó la atención su apellido, por eso lo recordaba.

—Tendría lógica si suponemos que las familias Morris y de Graaf vivieron en la misma zona durante la misma época.

—Creo que Jorge Juan mandó a de Graaf a los astilleros de Cartagena, pero eso no quiere decir que al cabo de los años se trasladara a Cádiz. Si no él, cualquier hijo suyo o nieto. Pudieron pertenecer al mismo gremio que los Morris porque Jorge Juan encaminara a los hijos de Dolores y William hacia su terreno. Eran niños sin una figura paterna, él sería lo más parecido a un padre que tuvieron.

—Esta suposición corroboraría que como poco hasta 1872 los Morris vivieron en la finca de Medina Sidonia. Tendré que averiguar dónde viven ahora, pero es cuestión de tiempo. Lo bueno de hoy ha sido saber que la finca perteneció a la Casa de Medina Sidonia y que estamos en lo cierto.

—Sí, y no estaría mal saber por qué se la vendieron a Dolores Morris. Supondremos también que Jorge Juan medió, siendo un militar y científico respetable pudo contar con la amistad del duque.

Álix torció la boca. Dudaba que alguien sin necesidades económicas se

desprendiera de una finca tan grande simplemente por amistad. Le había sobrevenido una corazonada y en su mente se anotó investigar el patrimonio pictórico de la Casa Medina Sidonia. Mientras aparcaba el Audi pegado al muro blanco, comentó:

—¿Cómo pagarías una propiedad sin efectivo?

Beltrán le sostuvo la mirada unos segundos y, captando la ligera ironía de su sonrisa breve, respondió:

—Trueque.

Capítulo 19

EL MARTES AMANECÍA desganado, sin ánimo para evaporar la niebla que anulaba la playa o despedir la nubosidad pesada del tenebroso mal agüero que lo rodeaba todo. Álix tenía un sobre grande con los documentos del Registro de la Propiedad, su bolso y la ropa preparada encima de la cama, pensando dejar una parte para regresar más ligera, cuando Beltrán asomó por la puerta con una expresión abatida. Llevaba en pie desde las seis por apurar al máximo el tiempo con ella. Habían hecho el amor, de forma pausada y luego repitieron batiéndose como un agresivo vendaval; desayunaron con Lucía y la despidieron juntos, casi en familia; y se había vestido en la línea clásica que solía llevar al trabajo —traje oscuro y camisa celeste, sin corbata—, pero no estaba consiguiendo la normalidad pretendida; la tristeza lo asolaba. Se sentó en la cama y cogió una de las braguitas de encaje del montón que había encima, siempre bien ordenado. Tuvo oportunidad de comprobar en su casa lo maniática que era con la colocación de cualquier cosa y había vuelto a verla en acción durante esos días. Pero se lo perdonaba porque él también tenía manías, acentuadas a lo largo de los años, insignificancias de los dos con el claro remedio de la transigencia.

—Me parece una tontería que te vayas hoy para volver el viernes.

Álix, que había empezado a meter la ropa en la maleta, por aliviar algo su decepción cansina pero melodiosa al comulgar con ella, sonrió diciéndole:

—Tres días pasan volando. Además, estarás entretenido haciéndome hueco en el armario. Procura guardar mi lencería tal y como la tengo, por favor —comentó sin poder reprimirse—, odio tenerla mal colocada.

—Me limitaré a trasladarla —dijo, y extendió de manera provocadora las

braguitas que tenía en las manos. Las observó con verdadero interés, se las acercó a la nariz y aspiró profundamente con los ojos cerrados. Cuando terminó de torturarse, al salir de la catatonia y verla mirándolo sorprendida, sin soltar las bragas y sin una pizca de pudor, comentó—. Ha sido un chute de energía, lo necesitaba.

—Eres un perverso. —Se acercó y le besó con ligereza los labios—. Pero me gustas; no te lo tendré en cuenta.

Satisfecha, continuó con el equipaje aunque la tentación siguiera en la cama y estuviera provocándola de forma despiadada. No debía retrasar la salida para llegar a Madrid al mediodía.

Beltrán no se movía sin quitarle los ojos de encima ni un segundo. Luego, echó el cuerpo hacia atrás y se apoyó sobre los codos por seguir con la contemplación; nunca le había parecido tan instructivo ver preparar una maleta. Álix era una máquina sistemática, cada prenda en su preciso sitio sin variar un milímetro la perfección de los dobleces. Tenía una práctica eficiente, y se preguntó cuántas maletas habría hecho para pasar fines de semana con amigos. Primero pensó en amantes, pero se obligó a ser deferente consigo mismo. No debía machacarse con experiencias lícitas anteriores a él. Álix era bastante hermética al contarle apenas pinceladas de su vida amorosa, solo sabía que nunca había tenido pareja estable. Eso no quería decir que no hubiese tenido un número indeterminado de amantes y, en aquel momento, le molestó un poco.

—¿Sueles coincidir con alguno de tus amigos? —le preguntó, creyendo haber sonado casual cuando se intuyó en su voz una huella suave de preocupación o celos.

Ella alzó la vista de la maleta, intrigada:

—¿De qué amigos hablas?

—De tus amigos —repitió haciendo un gesto de indiferencia con la boca.

Durante un breve instante se miraron a los ojos.

—¿Y tú con las tuyas?

—Con alguna.

—Pues lo mismo, a veces coincido con alguno.

Beltrán levantó el mentón, con ese aire soberbio que ella admiraba y en aquel preciso momento le resultó divertido. Sonriendo, lo ignoró para acabar cuanto antes.

Él reparó en la carpeta y le pidió permiso para abrirla. Quiso distraerse leyendo en vez de continuar dándole vueltas a una situación fuera de su alcance. Sacó la escritura de compra-venta de la finca de Medina Sidonia, se puso las gafas y empezó a leer los nombres de sus propietarios. La familia Ledesma la había comprado a mediados de 2014 a los Carrera Gil, que la compraron en 1983 a Esteban González Nieto. «No puede ser», pensó. Anonadado releyó ese nombre; no había duda, era él.

De manera repentina, Beltrán empezó a sentir ansiedad. Se concentró en el documento para descubrir que su tío vendió la finca que había pertenecido a Alfonso González Nieto y Victoria Fonseca Márquez, sus padres. Estos la compraron en 1970 a la familia López Peral; pero en ese punto ya no tuvo fuerzas para continuar leyendo. Por su cabeza se sucedían mil cuestiones, y no obtendría respuestas por sí mismo porque solo tenía cinco años cuando sus padres murieron en el accidente de avión y no recordaba haber vivido en esa casa.

Era una noticia asombrosa por muchos motivos, ni siquiera sorprendería a Álix más de lo que él estaba en ese momento, y, de ser cierta, y tenía que serlo al estar registrado públicamente, podía acabar en un drama de escala inigualable.

¿Por qué su tío Esteban había mantenido en secreto algo tan importante? Nunca le oyó mencionar nada sobre ninguna propiedad en Medina Sidonia,

nunca, sus recuerdos más vívidos empezaban a los ocho o nueve años y siempre en San Fernando.

Barruntando, no advirtió que Álix había terminado y lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Te vas ya? —le preguntó al darse cuenta de que levantaría sospechas si no reaccionaba.

—Sí, te llamaré cuando llegue.

Beltrán asintió moviendo la cabeza. Con un gesto mecánico, apresurado por hablar con su tío lo antes posible, agarró la trolley y bajó la escalera a grandes zancadas para colocarla en el maletero sin apenas prestar atención. Besó a Álix en los labios en un roce ligero, breve como una rápida despedida que no hacía honor a sus sentimientos reales, y, en cuanto la vio enfilarse la carretera rumbo a Madrid, ajeno a la inquietud que acababa de provocarle, llamó al museo justificando su ausencia por un asunto personal imprevisto.

Luego, salía disparado con el Toyota. Presionó tan a fondo el acelerador que derrapó y el motor soltó un bramido estruendoso. No fue capaz de plantearse conducir prudentemente viendo la humareda oscura sobrevolando el aire ni al oler un desagradable tufo a goma quemada; en su pensamiento solo tenía cabida un propósito: llegar a Marbella.

Capítulo 20

POCO DESPUÉS DE LAS ONCE llovía a cántaros cuando Beltrán atravesaba la elegante urbanización de Marbella, cerca de la playa y del Hospital Costa del Sol. El cielo sombrío parecía a punto de precipitar mucha más agua como premonición de una desgracia de proporciones inciertas.

Durante el trayecto había controlado el enfado que le copaba los pensamientos justificando a su tío. Hasta entonces gozaba de su admiración y de una reputación intachable, debió omitirle la venta de la finca por algún motivo de peso; económico o sentimental. ¿Estaría en apuros antes de hacerse cargo de él y de su hermana? ¿No querría mantener aquella casa por evitar hirientes recuerdos? «Quizá», pensó. Sin embargo, nada justificaba que hubiese ocultado tanto tiempo ese desprendimiento del patrimonio fundamental de su herencia, había tenido muchos años para contarles las razones. «¿Por qué ocultarlo?», se repetía. Esperaba hallar pronto la respuesta, consciente de la casualidad irónica de estar haciéndose tantas preguntas. Sin la intervención de Álix buscando Las Perlas de las Reinas nunca habría sabido nada de esa propiedad, habría continuado con el amable recuerdo de sus padres que su tío le transmitió siendo niño. Pero... ¿podía ahora seguir confiando en él?

Al aparcar frente a la residencia, cerró la puerta del coche dando un portazo que lo hizo temblar y cruzó la calle acelerando el paso hasta el minúsculo zaguán con tejadillo que había en el muro de la residencia. Llamó al timbre e intentó apaciguar un arrebató de ira temerario poco idóneo para la conversación que pretendía mantener.

Accedió por un jardín primoroso, con una sucesión de palmeras ahogadas entre súbitas rachas violentas. Ni siquiera se molestó en subirse el cuello del

abrigo, no tenía frío ni le importaba el pelo chorreando; nada era peor que la amarga traición.

Caminó hacia el edificio blanco distorsionado por la cortina de agua. En un principio fue una ostentosa morada familiar rodeada por una vasta extensión de terreno, pero poco a poco este se reducía para construirle anexos y ampliar la cabida con ancianos solventes.

Al cruzar el vestíbulo, captó su atención la música electrónica proveniente de una sala contigua con las dos puertas abiertas de par en par. Un grupito de ancianos hacía gimnasia siguiendo de forma libre las órdenes de un joven monitor. Ahí divisó rápidamente a su tío Esteban. Aunque llevara un chándal azul marino como los demás, y aun encorvado, sobresalía por estatura.

Beltrán arqueó una ceja sin apartar la vista de él. En aquel momento de arduo esfuerzo, el rostro con hondas arrugas del anciano parecía una granada madura. Pasándose una mano por el pelo para quitarse algo de agua, se dirigió al mostrador de recepción que atendía una auxiliar de clínica treintañera y simpática. Esgrimió una ligera sonrisa. Empezaba a saludarla, se conocían de otras visitas, al tiempo que terminaba la saludable clase y los ancianos arrancaron en un artificioso aplauso. Fue cuando coincidieron las miradas de Beltrán y su tío, que sonrió y se acercó a él con andares diligentes acusando poca afectación por el ejercicio o la artrosis.

Beltrán se fijó en su nariz grande, como sus orejas, y en el poco cabello que le quedaba, cual brochazos blancos, largos y aislados en un lienzo negro, y esbozó una línea recta en los labios. Pretendió besarle la cara sin hacer notar su intranquilidad. Eso pretendió, sin demasiado éxito.

Esteban supuso de inmediato que la inesperada visita no traía buenas noticias. Hablando del mal tiempo, lo guió hasta la zona más apartada del vestíbulo, delante de unas cristaleras inmensas assoladas por la fuerte lluvia.

Beltrán sintió un escalofrío en la nuca, había llegado el momento. Tragó

saliva, y se metió las manos en los bolsillos del abrigo, buscando las palabras para empezar a pedirle explicaciones.

—Quítatelo —dijo Esteban, y puso las manos en la pechera de Beltrán—, está empapado.

Con fuerza, Beltrán apresó sus manos huesudas como las garras de un ave rapaz.

—No te preocupes por mí. Necesito que me aclares algo.

Esteban asimiló ese tono seco, y esa dureza desobediente, encogiendo los ojos. Eran gestos que denotaban un pésimo humor, peligroso y, ya sin dudas, nada bueno.

—¿Que te aclare algo?

—Sí. ¿Por qué vendiste la casa de mis padres y por qué nunca me lo has dicho?

Beltrán vio el destello de un par de pupilas oscuras, brillantes, resplandecieron asombradas.

—Era vuestro tutor y albacea, lo decidí por vuestro bienestar.

—¿Y el dinero de la indemnización? —preguntó, refiriéndose al pago de la aseguradora después del accidente aéreo—. No teníamos necesidades económicas, ¿o sí?

—Fue una miseria, con eso no habría podido manteneros —contó con voz trémula—. Os dije que la indemnización había sido una fortuna para aliviaros un poco la pena de haberos quedado huérfanos.

—No me vale, tito. Irene y yo teníamos derecho a saber la verdad. Que vendieras la casa cuando éramos pequeños puedo entenderlo porque de repente te viste con una carga económica que no te correspondía, pero tenías la obligación moral de decírnoslo cuando crecimos. ¿Por qué nunca lo mencionaste?

—Porque a destiempo ciertos acontecimientos no se entienden. Intenté

siempre ser un buen padre para vosotros, ¿qué habríais pensado de mí? Creí que era mejor no remover el pasado, erais felices, os di una buena educación gracias a ese dinero.

Beltrán estaba bastante sorprendido por su lucidez. Hasta llegó a pensar que Esteban era consciente de la gravedad del asunto, de que debía ser honesto para convencerlo. O, sencillamente, que al tratarse de algo tan lejano lo tenía más vívido en la memoria que cualquier hecho reciente.

Durante unos minutos Esteban le contó por cuánto vendió la casa, cómo administró el dinero para permitirles la vida acomodada que llevaron y las disposiciones que había hecho en su testamento con el fin de que solo él fuese su único heredero para evitarle los elevados impuestos de Hacienda.

Mucho más calmado Beltrán sospechó que tras ese interés había remordimientos, pero no estaba en su naturaleza hacerle reproches cuando él tenía una situación calcada con su sobrina. Así pues, como con esa conversación pretendía completar las lagunas de su cabeza, creyendo posible que no fuese cierta toda la información que conoció en su niñez y juventud, como el anciano había sido contable en una gestoría y era posible que no tuviese tan buen salario como siempre supuso, de frente, le formuló una pregunta incómoda:

—¿Tenías problemas económicos cuando nos fuimos a vivir contigo?

Esteban le mantuvo la mirada un instante.

—No. Vendí la casa porque era una carga. Tu padre siempre había soñado con tener una gran finca para vivir tranquilo, tuvo la oportunidad de comprársela cuando su amigo Luis López Peral enviudó y no quiso seguir en el campo; esa casa era su sueño... —Miró el jardín a través de las cristaleras, los altos árboles parecían fantasmas mecidos por el viento, y posó los ojos en el ángel que coronaba la fuente de piedra que estaba a pocos metros—. Tu madre no estaba a gusto viviendo allí a partir de que nacisteis... Decía que le

daba miedo estar aislada por si os pasaba algo. Era tan prudente..., tan guapa... Irene se parece mucho a ella. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido contigo?

Beltrán le tocó con cariño el brazo.

—No ha podido, tenía cosas que hacer —respondió hablándole de Lucía, acostumbrado a que la confundiera con su hermana. A veces su tío recordaba que por desgracia Irene había fallecido, pero otras veces, como esa, su mente distorsionaba la cruel realidad—. ¿Alguna vez mis padres te contaron algo extraño sobre la finca? —le preguntó tanteándolo.

De nuevo resplandeció un brillo fulgurante en los ojos del anciano.

—No había fantasmas. A tu madre le daba miedo el aislamiento, era tan aprensiva... Todavía no me explico cómo tu padre la convenció para hacer el viaje a Nueva York..., con el miedo que tenía a volar..., pobrecilla...

Beltrán soltó un leve suspiro.

—No hablaba de fantasmas, tito, sino de que hubiesen encontrado algo especial en la finca. ¿No recuerdas que te contaran nada?

—Los recuerdos que tengo enterrados en el olvido del silencio son los únicos que gritan y nunca dejan de acosarme.

Beltrán movió la cabeza, con el ceño pintando arrugas de interés.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, hablo sin pensar y pienso hablando —respondió de manera enigmática, esquivando unas pupilas melosas sin rastro de calidez. Beltrán todavía no estaba satisfecho; era un lince sagaz acorralando a su presa, él, sin molestarse en acosarlo. Le bastaba escudriñar en sus ojos para conocer la verdad, y no tenía intención de mancillar la promesa que un día le hizo a su hermano. A los muertos se les seguía debiendo lealtad—. ¿Cómo te has enterado de que tus padres tenían la finca? Es imposible que te hayas acordado de que viviste en ella porque eras muy pequeño. Se vendió al año del

accidente, en el 83.

A Beltrán le pareció curioso esa buena memoria cuando estaba empezaba a creer que a ratos desvariaba. Era como si Esteban se ocultara detrás de la senectud a su antojo.

—He visto las escrituras —contestó sosteniendo su mirada, indescifrable. Había algo inquietante, oscilaba entre confusión, aturdimiento y vanidad—. Los dueños han encontrado en el jardín un cofre con una carta del siglo XVIII. Una amiga de Madrid está investigándolo porque en la carta se menciona un collar legendario de la Casa Real que desapareció de forma misteriosa —explicó sin entrar en detalles. Percibía cómo a Esteban empezaba a fallarle la compostura indiferente. Resoplaba mucho por la nariz y sus manos no paraban de entretejer hilos invisibles—. Entiendo que es la primera noticia que tienes, ¿no?

Esteban detectó el matiz de ironía en la voz suave de Beltrán.

—Sí, no sé nada de cofres ni perlas. —Le echó una ojeada al reloj clásico que llevaba en la muñeca izquierda—. Es la hora de mi medicación, ¿comes conmigo o tienes que irte?

Beltrán apenas escuchó su voz, abstraído en la respuesta que acababa de darle. Él no le había dicho que el collar era de perlas. Cuando el anciano inició el paso, reaccionó. Le sujetó el brazo y, arqueando el cuerpo para hablarle al oído, le dijo:

—Sé que estás mintiéndome, y espero que tengas un buen motivo porque voy a averiguarlo.

—Hazme caso, Beltrán, no te impliques en nada relacionado con ese cofre; hay cosas peligrosas por encima de la razón. No puedo contarte nada más. Déjale la investigación a tu amiga, tú mantente al margen.

—Dime lo que sepas del collar.

—No sé nada —respondió con la determinación vibrando en sus pupilas

—, ya te he dicho que he enterrado los malos recuerdos; para mí se quedan.

Ambos guardaron silencio un breve instante, luego pronunciaron amables palabras para despedirse sin la acritud que sobrevolaba sus mentes. Esteban no se movió del sitio cuando Beltrán atravesó el vestíbulo. Lo vio caminar por el jardín con aquel balanceo parecido a los andares altaneros de una pantera a la que no asusta la lluvia, y fue asumiendo que todo su esfuerzo a lo largo de dieciséis años podía no servir de nada; la mala suerte volvería. Beltrán era obstinado, no pararía hasta conocer la verdad; y, a veces, había verdades incomprensibles como tesoros sorprendentes o trágicas maldiciones. Aun sin creer en fuerzas esotéricas, en magia ni nada intangible, el anciano estaba convencido del poder antinatural de una energía oscura salida de las profundidades del océano. No había faltado a la verdad negando saber nada del collar, jamás lo había visto; en cambio, custodiaba a buen recaudo la llave de una caja de seguridad del Banco Santander donde tenía guardada una perla fabulosa, negra como un abismo sin luz y tan acerada como brillante plata o los engarces de diamantes que la rodeaban. Era una lágrima pesada, impresionante, en un broche sobrio pero llamativo. Cerrando los ojos no le hacía falta tenerla delante para verla, y le resultaba una hazaña cuando le achacaba todos los males acaecidos a su familia. Creía con pleno convencimiento que esa perla refulgía con la muerte. Nunca había dejado de pensar que quien la emparedara entre los sólidos muros de aquella casa —que para él jamás debió comprar su hermano, fue su error garrafal, y a partir de entonces se sentenció— lo hizo para ocultar su siniestro poder; según él, esa persona supo que nadie podía lucirla sin pagar con su vida.

Pensando en deshacerse de ella para siempre, regresó a su habitación. Abrió un poco la ventana que daba al jardín, aspirando la fragancia a tierra mojada, y se echó en la cama con el ánimo por los suelos. Debía encontrar el valor suficiente para romper la promesa que le hizo a su hermano o,

directamente, sacarla del banco y arrojarla al mar. Ese era su sitio, y ahí volvería pese a su gran valor. La seguridad de su reducida familia estaba por encima de todo; no se quedaría de brazos cruzados viendo cernirse la tragedia sobre Beltrán. Nuevamente, no. Jamás recibiría otra llamada de la policía anunciándole otra muerte, en tal caso, anunciarían la de él.

Tras casi una hora recordando los episodios más dolorosos de su vida, tomó una decisión.

Casi al mismo tiempo, Beltrán circulaba por la Nacional 340. Comenzó a subir un monte que tenía en la cumbre decenas de molinos de viento, blancos, elegantes y altivos, frente al Estrecho de Gibraltar. Había escogido esa ruta porque era la más larga, por tener más tiempo para pensar aunque la incesante lluvia apenas le permitía descentrarse de la carretera. La cortina de agua ponía el paisaje campestre tras un velo turbio, quedaba convertido en una sombra borrosa, y desde lo alto de la montaña, con Tarifa en la lejanía al nivel del mar, se veían las dehesas cerradas entre verdes páramos, abruptas rocas y el poderío del Atlántico abriéndose en el horizonte.

Entre ese cielo plomizo, la luz difuminaba la realidad.

De forma parecida, sus pensamientos negativos oscurecían la esperanza de una relación estable con Álix. No sabía cómo contarle que sus padres habían sido propietarios de la finca de Medina Sidonia; incluso que tenía la sospecha de que en algún momento descubrieron el cofre, la carta y, posiblemente, el collar. Si no, ¿por qué su tío no había dudado al decir que era de perlas? ¿Quizá porque lo había visto? Esa suposición cobraba fuerza y lo sumergía en una vorágine despectiva al filo del precipicio de la intolerancia. Se formó una imagen de los acontecimientos, la secuencia del hallazgo: sus padres, tal vez haciendo algún trabajo de jardinería, quedaban impactados al descubrir el collar en el cofre, lo hablaron con su tío y, tras sopesar sus alternativas, decidieron apropiárselo. «No pudo ser de otra manera», se dijo rayando la

indignación. De ahí que su tío siguiera ocultándolo.

Durante ese trayecto por vías sinuosas bañadas de misterio, hacía un profundo ejercicio de condescendencia para aplacar un enfado tan grave que le dolía el corazón. Detestaba el oportunismo y la avaricia, dos piezas fundamentales en ese episodio y las dos podía atribuírselas a su propia familia. Incluso sin cuestionar la explicación de su tío sobre la venta —era cierto que la finca tendría unos gastos anuales considerables—, aceptando que se lo hubiese omitido por las razones que fuesen y su nulo interés por compartirlo, no olvidaba que de no haber encontrado el nombre de sus padres en las escrituras nada de esto habría salido a la luz, dándole el beneficio de la duda en la administración del dinero y en todas las decisiones que había tomado por su bienestar, no era capaz de asimilar que todavía estuviera guardándose información importante. ¿Con qué aplomo podía enfrentarse a Álix para decirle que Las Perlas de las Reinas estaban mucho más cerca de lo que imaginaba porque sus padres fueron unos avariciosos? ¿Cómo le diría que su tío, ese gran hombre que admiraba, había sido partícipe y a día de hoy continuaba salvando un comportamiento deleznable?

Tenía el cerebro tan embotado que el ejército celestial gris y opaco a su lado era una ligera capa traslúcida. El agua caía a cántaros, un manto brumoso rodeaba las montañas y las convertía en sutiles montículos parduscos. Entonces sus ideas ya naufragaban en los paradigmas más extraños. Rayaban la controversia, y de una magnitud casi mística. ¿Qué clase de casualidad había entrelazado su vida y la de Álix? ¿No rozaba la locura creer que había necesitado conocerla para recomponer la parte de su historia perdida en el tiempo?

Él, que defendía a ultranza la Teoría del Caos, porque nada en el universo resultaba predecible, porque cambios insignificantes podían ocasionar grandes diferencias en cualquier situación, jamás habría soñado que un acontecimiento

de 1750 pondría su pacífica existencia patas arriba y, encima, de manos de la mujer con la que vislumbraba el verdadero amor.

Con ella instalada en el pensamiento, a eso de las tres de la tarde entraba en San Fernando, directo hacia el instituto por ahorrarle a Lucía la caminata bajo la insidiosa lluvia. Su móvil comenzó a sonar y, al ver que era Álix e imaginando que acababa de llegar a Madrid, no tuvo coraje para mantener una charla amable y canceló la llamada. Se sintió como un canalla, hablar con ella siempre era un placer y alejaba sus inquietudes; sin embargo, necesitaba algo de tiempo. A esas alturas, con la apropiación de las perlas por parte de sus padres y la deshonesto connivencia de su tío, disimular no fue una opción válida. Ella tenía una intuición infalible, especial detectando sus estados anímicos. Y, con seguridad, lo cazaría en el saludo. Así de rápido y certero. Y añadiéndole la fría despedida de aquella misma mañana, contó con un amasijo de hipótesis a cual menos real pero suficientes para ocasionarle una inmerecida preocupación. En tres días podía darle cara a cara las pobres explicaciones e incompletas sobre esas perlas negras que empezaban a ensombrecer su vida. Con algo de suerte pronto las hallaría aunque eso borrara de un plumazo la admiración por su propia familia.

Capítulo 21

LA PROFUSIÓN DE LIENZOS del Prado abrumaba. Álix podía deambular durante horas perdida en la belleza de tal cantidad de arte, le pacificaba el espíritu, y era raro que no encontrase algún detalle nuevo. Siempre había una revelación inesperada o una forma diferente de interpretar algo que había visto cientos de veces.

Las salas estaban llenas de gente, con guías privados explicando tecnicismos o anécdotas personales de los pintores. Ella no entendía ese afán de hablar en vez de permitir que cada persona admirara las obras en silencio para poder sentir las de manera personal.

En aquel momento tenía delante *La Mesa de los Pecados Capitales* de El Bosco, un cuadro hecho en soporte de chopo con un círculo en el centro, donde estaba Dios redentor y del que salían unos rayos hasta los siete círculos con diferentes escenas para representar los pecados. El vivo colorido diluía la moralina de la religiosidad. Frente al círculo de la familia que recreaba la gula, descubrió dentro de esa escena un búho camuflado en una hornacina y se preguntó el motivo del pintor para recurrir a ese animal en muchos de sus cuadros como si pretendiera firmar con él a un nivel abstracto por encima de cualquier valor artístico. Por supuesto, no quiso darle importancia a que hubiera tenido la desfachatez de encarnar la soberbia en una mujer contrariamente a lo que hacían otros artistas de su escuela flamenca, que era usar a la nobleza o clase política para ese pecado capital. Pensó que sería un misógino como la mayoría de su género en aquella época.

Dejó la contemplación al recibir el mensaje que esperaba de su amiga Carmen San Pedro. A paso rápido abandonó la sala y el museo en dirección al Casón del Buen Retiro.

La lluvia por fin ofrecía una tregua, pero el frío había vuelto reclamando el inicio del invierno. Ajustándose a conciencia la bufanda de lana al cuello, observó la cantidad de transeúntes con planos en las manos que pululaban por ese complejo artístico. Imaginó que dentro de un par de años también estaría así su museo. Bueno, imaginando con bastante solvencia, porque la colección del Prado era ecléctica, una de las más importantes del mundo, y la de Las Colecciones Reales, aunque sería una maravilla, no arrastraría a tanto público al contar con unos protagonistas totalitarios poco conocidos a nivel mundial.

Esta reflexión conllevó un reconocimiento que cobraba fuerza en ella después de haberse convencido durante años de que la dedicación absoluta a su carrera satisfacía todas sus necesidades: poco le importaba el futuro del museo.

Solo por dentro, sonrió muerta de felicidad. Sonaría increíble decir algo así en voz alta, pero no se desmintió a sí misma. Todo lo relacionado con su trabajo “era”, siempre pasado y antes de conocer a Beltrán. Se sentía alegre, rejuvenecida. Él marcaba un punto de inflexión en su vida o, incluso, un punto y aparte mientras empezaba a valorar arriesgarlo todo y averiguar adónde la llevaría seguir su instinto. No dejaba de oír un incansable murmullo interior repitiéndole una y otra vez que había encontrado a su pareja. Y, ¿por qué desoírlo ahora cuando siempre le hizo caso al descartar a los hombres que se cruzaron en su camino?

Podía imaginarse trabajando en un entorno menos prestigioso pero al lado de Beltrán, el único hombre que se había colado en su corazón con toda la franqueza de quien tiene las ideas muy claras y la seguridad de ser él mismo sin ambages. No albergaba dudas, lo reconocía igual que tampoco ignoraba estar enamorándose con una violencia estremecedora medida entre la atracción y el cariño.

¿Pero y él? Pensar en su última llamada de la noche anterior, lo había

notado raro nada más escucharlo, recordar su voz severa diciéndole que el viernes debían hablar, así, tal cual, sin ninguna pista que pudiera prepararla para lo peor, conseguía causarle un estremecimiento por la espina dorsal. Estaba inquieta, y esa inquietud lograba evaporar de un plumazo sus ensoñaciones románticas y el éxtasis esperanzador que la mantenía más tiempo en el aire que pisando el suelo. Según sus ideas tremendistas, rayaba el masoquismo sin arbitrio ni medida.

Llegó al Casón con un gélido viento acariciándole el rostro, delicadamente, subió la pequeña escalinata de ese palacio frente al Parque del Retiro y cerró los ojos un breve instante. No olió a salitre, pero pudo sentir la mano de Beltrán en la suya como al pasear por la playa envueltos en el romanticismo de íntimas conversaciones. Aquellos momentos de quietud ya formaban una parte imperecedera de ella, eran sus minutos fugaces convertidos en cometas eternos, y echó de menos el océano. Fue inevitable. Como a la Isla, como llamaba Beltrán a San Fernando, y, sobre todo, le echó de menos a él.

Sin darse cuenta, la nostalgia había acaparado su mente. Suspiró hondo cruzando la puerta del despacho de Carmen. Tenía que disimular un poco o Beltrán centraría la reunión.

Carmen estaba ordenando los documentos que tenía sobre la mesa, se disculpó por el retraso con la ironía que la caracterizaba y sacó de uno de los cajones una carpeta blanca con el logotipo del museo. Álix se había quitado el abrigo y la bufanda, buscó su libreta en el bolso y se sentó con las piernas cruzadas esperando la información que tanto le interesaría. Eso era lo que Carmen le dijo al citarla.

Las dos se pusieron las gafas de vista, preparadas para estudiar con detenimiento las fotografías de los cuadros que Carmen acababa de extender encima de la mesa.

—Este es de Miranda —comentó Carmen en referencia al autor del retrato de la reina María Luisa Gabriela de Saboya, o La Saboyana para sus súbditos—. Estaba en El Escorial y ahora está cedido a la Embajada en Roma. Fíjate bien en el collar.

Álix contó diez perlas negras además de la lágrima que caía por su pecho.

—Puede ser, ¿tenemos la fecha?

—No. —Carmen colocó otra imagen junto a esa. Volvía a ser un retrato de la misma reina, según ambas, la auténtica dueña del collar, la primera esposa de Felipe V. En esta, la lágrima no formaba parte del collar, lucía como broche en el escote del vestido—. De este sí, 1714. Lo pintó Miguel Jacinto Meléndez —dijo innecesariamente—, poco antes de que la reina muriera, y está cedido en la Embajada de París.

Álix recordó que María Luisa de Saboya había muerto el día de San Valentín de 1714, no lo mencionó, dispersa, creyendo haber visto antes el broche.

—¿Es el mismo collar? —preguntó dudosa—. Cambia mucho sin la lágrima...

Carmen elevó las cejas en un acto reflejo, esbozando una sonrisa enigmática, sacó otra fotografía y aguardó su reacción. Ahora Álix tenía ante ella otro retrato, también de Meléndez. En este, el collar y el broche formaban una sola pieza. Era de una elegancia sublime, digna de admiración.

—¿Es o no es el mismo?

La voz de Carmen resultó irónica. Álix alzó la vista y mantuvo los ojos clavados en ella, sobaban las palabras cuando tenía delante *Las Perlas de las Reinas*. La ornamentación de la lágrima era una obra maestra de la orfebrería en oro blanco y los pétalos que rodeaban las perlas brillaban llenos de diamantes.

—Es una lástima no tener esperanza de encontrarlo entero —comentó Álix

con los ojos entornados—, sería un milagro que Dolores no lo deshiciera para comprarse la casa.

Le había contado por teléfono que la finca formó parte del Ducado de Medina Sidonia, e insistió en su plan de visitar el archivo de Sanlúcar para confirmar el trueque.

—Es probable que no dejaran constancia escrita, pero no es imposible que ella se guardara la lágrima —dijo Carmen al percibir su voz decaída—. Como acabas de ver, era la pieza movable del collar. Si fue un poco inteligente, pudo quedársela por aquello de asegurarse la economía. El resto de perlas con el oro de cada flor y los brillantes, por sí solos eran fácilmente vendibles. Te aseguro que los Pérez de Guzmán supieron distinguir el negocio —habló sin camuflar el sarcasmo. No se planteó hacerlo porque no estaba en su carácter ni le descubría a Álix nada nuevo—. Otra cosa no, pero como todos los nobles tenían buen ojo para sacar provecho con el mínimo esfuerzo. Tendrás que buscar al XIV duque, Pedro de Alcántara, él fue el jefe de la Casa en 1750.

—Lo sé. Fue académico y miembro de la Royal Society de Londres, todo un erudito.

—Sí, y murió sin tener descendencia —añadió con intención.

—Eso no es ninguna novedad, sus títulos los heredó un Álvarez de Toledo sobrino de su mujer.

—Grandeza de España, amiga mía, todo quedaba en casa; tu tema favorito.

—Es hasta irónico que los reyes usaran el collar para pagar la red de espionaje y que al final terminara de nuevo aquí en manos de otro aristócrata.

—No solo es irónico eso —comentó al sacar de la carpeta una hoja de tamaño cuartilla—, voy a darte algo para que no solo tengas en la cabeza a tu gaditano. —Sonrió, pendiente a la expresión feliz de Álix—. ¿Cómo vas con el francés antiguo?

—Cero desde la universidad —respondió, cogió la cuartilla y, en cuanto

leyó unas palabras, abrió los ojos como platos—. ¿Son apuntes de Jean Ranc?

—Prácticamente inéditos, salvados del incendio del Alcázar y en nuestro almacén desde hace años. Tiene unas anotaciones que resuelven el misterio de por qué borró el collar en los retratos de Isabel de Farnesio y Bárbara de Braganza. No lo decidió él, deja muy claro que ninguna quiso ponérselo aunque era una belleza y habría realzado los retratos. —Carmen estaba como una niña con zapatos nuevos. No había nada mejor que regocijarse al sorprender a alguien que apreciaba la Historia del Arte tanto como ella—. Había rumores de que traía mala suerte —agregó tras una pausa.

—¿Estaba maldito?

—Eso parece. María Luisa de Saboya murió poco después de posar para el retrato, un 14 de febrero de 1714 —comentó, recordando lo mismo que Álix minutos antes—; añádele que esa clase de perlas no eran conocidas, negras para más inri, y el maleficio estaba servido.

—Menuda chorrada —espetó con desdén—, murió de tuberculosis como tantas personas en aquella época. Seguro que desató el rumor alguna dama envidiosa.

Álix se quitó las gafas y se frotó los ojos con un gesto que solía hacer cuando algo la sobrepasaba. A continuación, siempre le seguía un leve bufido. Paciente, Carmen esperó el ritual.

—Ten en cuenta que la gente del dieciocho era supersticiosa casi por naturaleza porque llevaban varios siglos viendo a la Iglesia perseguir cualquier creencia que fomentara el pecado, donde había pecado estaba el demonio y se practicaba la brujería. Bastante que alguien lanzase un rumor sobre el collar para que nadie quisiera tenerlo cerca. ¿No te preguntabas por qué Fernando VI o la misma Bárbara de Braganza se desprendieron de él para pagar la red de espionaje? ¿Dónde emplearlo mejor que metiéndolo en casa del enemigo? —Carmen empezó a guardar las fotografías en la carpeta, miró

fijamente a Álix y, notando su consternación, pretendió animarla cambiando el tema—. ¿Cuándo vas a presentarme al gaditano?

—Cañaílla —habló en un susurro, pensativa. Al momento, sonrió—. Es isleño o cañaílla, no gaditano en plan finolis. Si te hubiese oído, te habría corregido; para sus cosas es muy suyo, y no sé cuándo volverá porque pasado mañana voy yo otra vez. Pasaré todas las fiestas con él, en su casa —añadió.

—Vaya... Este año desertas... Podría parecer que me alegra... y no es cierto... Me encanta que al fin nos dejes en paz. —Carmen bromeaba, aludiendo a las incontables Nochebuenas que había pasado con ella y su familia, breve pero bien avenida: hermana, cuñado y dos sobrinos entrados en la veintena—. Entonces tenemos noviazgo a la vista... —afirmó pendiente al brillo delator, y un poco emocionado, en los ojos de Álix—. Al final va a ser cierto aquello de que “nunca es tarde si la dicha es buena”. ¿Te ves con él?

Álix meneó un poco la cabeza. No por negarlo, sino por ser reacia a expresar en voz alta todo lo que podía abarcar con Beltrán.

—Es pronto para darte una respuesta, no lo sé.

—Claro que lo sabes, ¿o no quieres admitirlo para que no se tuerza?

—No creo en esas tonterías —contestó, preguntándose a qué venía esa inseguridad pueril cuando antes la confianza en sí misma le sobraba. Tras un silencio momentáneo, decidió sincerarse—. Quédate tranquila, sí me veo con él mucho tiempo.

Ese tono suficiente de Álix, ahora que ya podían dejar de pensar en el trabajo y en joyas malditas, llevó a Carmen a saciar su interés acerca de Beltrán. Al principio a Álix no le salían las palabras con facilidad, pero ella sabía cómo tirarle de la lengua y, tras unas breves frases evasivas contándole que su casa era preciosa y estaba en la playa, se desató de corrido. Carmen escuchó excelencias de él, lo bien que cocinaba, cuánto admiraba el orden, cómo pasaban horas muertas charlando o lo divertido de su carácter, y no se

cansó de halagar su atractivo físico viendo las fotos que Álix le enseñó de los dos. No había nada más gratificante que ser testigo de la felicidad de alguien apreciado. Estaba tan contenta, que al despedirse al cabo de un buen rato, mientras se deseaban una Navidad repleta de buenos augurios, se le humedecieron los ojos de alegría.

En ningún momento Álix le habló de su inquietud acerca de la temida conversación pendiente con Beltrán que podía reducir toda esa felicidad a la nada más cruel. Salió de allí con el miedo a perderlo intacto.

Anduvo hacia el metro a paso rápido, empujada por el frío. Sobrevolaron su memoria tres diamantes, se llevaban la palma en eficacia maligna y trató de evadirse recordándolos. Eran joyas malditas, algunas pertenecieron y pertenecían a la realeza, con leyendas macabras dignas de películas de terror. Pensando en ellas como entretenimiento, pronto se diluyeron en una especie de extraña dimensión donde Beltrán no dejaba de interferir.

Por enésima vez repasó las últimas horas con él siempre buscando algún indicio que la ayudase a entender la severidad de su voz, proclive a azotarle la mente con pensamientos catastrofistas. Era cuidadosa reviviendo las imágenes de ellos a lo largo de la mañana del martes, y excepto el conato de celos que le pareció ridículo, no halló nada en su comportamiento que pudiera haberle molestado. Tenía la certeza de no ser la causa de la conversación pendiente, pero, claro, en una relación los conflictos son bilaterales. ¿Qué se le escapaba?

Cuando se montó en el vagón del metro con dirección a la Puerta del Sol, por suerte a esas horas con asientos a elegir, harta de estar dándole vueltas a lo mismo, decidió mandarle un mensaje a modo de tanteo: «*Cómo estás?*». Así podría interpretar su estado de ánimo.

Beltrán lo recibió, leyó y le regaló la indiferencia del silencio. Casi llegando a la estación estaba ansiosa. De pronto, sonó su móvil con el aviso

de entrada de un mensaje. Al contemplar el *emoji* amarillo de un pulgar hacia arriba torció el gesto. Por insistir con sutileza, escribió: «*Estoy en el centro, compro algo para Nochebuena?*». Respuesta inmediata: «*No. Después te llamo*».

No había conseguido su propósito, seguía exactamente con la misma confusión. Resoplando, metió el teléfono en el bolso. Empezó a justificarlo con alguna reunión en el museo. Fue eso o volver a la retahíla que la llevaba a correr entre humo sin dirección ni referencias. Como un ratón enjaulado corriendo histérico por una noria, con el eximente de que el ratón no sabe que ese camino no lleva a ninguna parte. Lo de ella era imperdonable, casi un delito contra la sensatez. «¿Es cosa mía o todo el mundo reacciona igual ante una incertidumbre? ¿Soy una paranoica? Un poco sí», se respondió.

En unos minutos caminaba por la calle Preciados fijándose en el fulgor del ambiente navideño de los comercios. Todos exhibían decoraciones llamativas en los escaparates, los villancicos populares se mimetizaban con la música caribeña de algunas tiendas de ropa juvenil; se sentía la fiesta y el afán consumista en las oleadas de transeúntes cargados con bolsas de regalos.

Gracias a ese estrés olvidó a Beltrán para centrarse en lo que había ido a comprar. Cruzó el umbral de El Corte Inglés con la certeza de estar a punto de hacer realidad el sueño de una adolescente condenada al ostracismo.

Luego, mientras llenaba en el supermercado una cesta con los ingredientes necesarios para hacer los dos platos que su madre siempre preparaba en Navidad y no tenía intención de perdonar porque llevaba comiéndolos desde niña y porque desde el fallecimiento de sus padres los cocinaba ella en su honor y siempre los había llevado a casa de Carmen, otra vez tenía a Beltrán instalado en el cerebro a piñón fijo. No paraban de sobrevenirle ideas un poco descabelladas de regalos para él que lo sorprenderían de verdad, hasta recordar sus palabras de la noche que la invitó a cenar en Chiclana después de

la inauguración de la exposición: “lo mío es el mar y volar”.

Vagó ilusionada por el stand de viajes con unas cuantas bolsas en las manos, vio las cajas de multiexperiencias y se acercó a un vendedor. Apenas tardó en elegir una, imaginando la cara de Beltrán al recibirla. Esa imagen la embargó de la misma felicidad que sentía a su lado, era una sensación de auténtico bienestar.

Fue precisamente entonces cuando decidió no volver a mortificarse por elucubraciones insanas y carentes de lógica, se debía templanza y ese punto de locura capaz de hacerla disfrutar del momento sin anteponer su temor a perderlo. Había tenido la gran fortuna de sentir el potente golpetazo en su alma de un hombre que pese a lo precipitado de considerarlo más allá del deseo y la pasión a tan escasas semanas de conocerlo, pese a sus divagaciones compulsivas, lograba hacerla creer que tras un largo viaje había regresado a casa. Al fin. Podía conocerlo poco, podía tener ensoñaciones absurdas; pero ciertas emociones no podían inventarse o falsearse. Beltrán era el hombre que había estado esperando toda su vida, el hombre que le mostraba la mejor versión de sí misma y sus miserias sin piedad, el que había cambiado por completo su idea de hacer el amor para llevarla más allá de una unión física. Con él se le removían las entrañas, el corazón, sus sueños. Todo lo sentía de forma abrumadora, igual que él con ella. No era posible, ni sano, plantearse estar viviendo en un espejismo. Ambos habían caído fulminados por la luz cegadora del amor y estaban condenados a sufrirlo para bien o para mal. Esa era la gran incertidumbre, la única potestad del tiempo.

Capítulo 22

EL HELOR DE LA LLUVIA le caló los huesos al bajarse del coche en San Fernando. Lo prefería a quedarse resguardada después de horas en la misma postura. Con un impermeable rojo, y la capucha en la cabeza para evitar pillar un resfriado que fastidiara sus vacaciones, estiró las piernas recorriendo la solitaria calle del Museo Naval. Caminaba por delante de la verja y cada pocos segundos desviaba la mirada al portón lateral, impaciente.

Poco después de las dos de la tarde, Beltrán dejó el edificio. Abrió un paraguas negro antes de traspasar la verja y se detuvo en la calle a buscar con ojos ávidos el coche de Álix. Respiró aliviado al verlo. No había sido capaz a lo largo de toda la mañana de evitar la ansiedad, por el viaje con aquel tiempo traicionero y por cómo afrontaría darle la noticia que llevaba tres días robándole el sueño y le había incitado a repasar varias leyes buscando eximir las sospechas que su tío le despertó.

Cruzando la estrecha calle tenía la vista clavada en el Audi, lo descubrió vacío. Sorprendido, miró alrededor y no tardó en detectar a cierta distancia una figura roja femenina de espaldas. Se dirigió a ella dando zancadas amplias, solventes acortando en una brevedad los metros de separación.

Álix se volvió al escuchar los pasos.

—No sabes cuánto me alegro de verte —dijo él, protegiéndola bajo el paraguas, perdido en su belleza cautivadora natural, fina y algo aniñada por las pecas del rostro.

—Te aseguro que lo sé.

Beltrán cerró los ojos acercando la cabeza a la de ella y la besó en los labios con ternura, rodeándole el cuerpo en un abrazo cariñoso. Álix acababa

de tranquilizarse. Ese saludo no era el de un hombre con intención de terminar una relación; al contrario, le había devuelto la confianza además de dejarle rozar el cielo. ¡Qué maravilloso podía resultar un sencillo gesto!

—¿Has tenido buen viaje?

Abrazada a su cintura, camino del coche, ella le habló de la insidiosa lluvia durante su periplo por media España.

—¿Qué tenías que contarme en persona? —preguntó impaciente al arrancar el motor.

—Algo increíble —respondió él, cambiando la expresión de relajada a tensa—, es sobre la finca de los Ledesma; pero prefiero hacerlo después, no tengo ganas de amargarme ahora.

Álix no salía de su asombro. Tras haber pasado horas y horas creyendo que esa conversación versaría sobre ellos, de nuevo, Beltrán lograba aturdirla.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Después, cariño —le dijo en un tono donde se entrevió hastío, mucha dulzura al usar un apelativo hasta ese momento reservado a la intimidad y el roce cálido de su mano en el muslo.

Álix le sujetó la mano, manteniéndole la mirada para descifrarla, hasta preguntar:

—¿Recogemos a Lucía?

Beltrán recobró el buen humor de inmediato y le besó la mejilla. Fue como quitarse un peso de encima, como si de pronto le hubiese vuelto a entrar aire en los pulmones. Ella lo notó, lo supo; pero continuó disimulando al darle un par de indicaciones para llegar al instituto.

Podía decirse que Álix estaba más confiada, al menos ya no temía un final que la hundiría en la miseria, en cambio, era incapaz de imaginar qué podía ser más increíble que haber encontrado un cofre de 1750 con una carta poniendo en circulación una joya real de valor incalculable, que había

destapado una operación de espionaje insólita y una maldición digna de mentalidades dominadas por la religión.

Después de que Beltrán le contara paso a paso sus planes para Nochebuena, escuchó que a un compañero del museo estudioso y entusiasta de la genealogía le había pedido el favor de buscar el rastro o componer un árbol preciso de los descendientes de William Morris y Dolores hasta la actualidad.

Con las expectativas en un punto álgido, Álix condujo bien orientada por el centro de San Fernando. Ni cinco minutos después, detenía el coche en doble fila frente al instituto siguiendo la tónica de los demás que obstaculizaban la circulación mientras una horda de adolescentes invadía la carretera. En sus caras era visible la alegría por las vacaciones, exclamaban eufóricos y no parecía importarles el colapso del tráfico, la lluvia arreciando ni nada que no fuese ellos mismos.

Beltrán salió con el paraguas al encuentro de Lucía, que apareció cargando la mochila al hombro y escoltada por sus amigas. Ignoró a Beltrán cuando él se acercó y le dijo algo al oído.

Tras el volante, Álix concluyó que la guerra no había terminado, la Navidad se avecinaba tormentosa y conflictiva; sin embargo, no le importó y sonrió contenta cuando su mirada coincidió con la de Lucía. La observó fijándose en su parecido con Beltrán, más acusado conforme mejor los conocía, pensando en las razones que pudo tener su padre para desentenderse de ella. Juventud, inmadurez. ¿O había sido fruto de alguna relación esporádica de Irene? No tenía intención de averiguarlo a no ser que Beltrán decidiera contárselo, así como tampoco mediaría durante esas dos semanas aunque convirtieran la convivencia en una batalla campal. Fue lo que intuyó al ver la cara de ángel enfurecido de Lucía cuando caminaba al lado de Beltrán.

Respiró hondo, afianzando su posición imparcial.

Tras saludarse con afecto, y agradeciendo Álix la elegancia de la joven al

interesarse por su viaje, puso el intermitente y se incorporó al caótico tráfico. La fila de coches era un ciempiés que se movía por impulsos leves, con las luces de freno, borrosas por la fuerte lluvia, alertando de un trayecto cansino.

—¿Cómo se te da la cocina? —le preguntó la doctora, mirándola por el espejo retrovisor.

—Bien, pero no tengo oportunidad de practicar.

Al escucharla, Beltrán entornó los ojos. Necesitaba paciencia.

—Bueno, pues como ahora estás de vacaciones, te enseñaré a hacer algunas de mis comidas escocesas favoritas —comentó Álix sin notar que Beltrán apretaba los labios—; he traído los ingredientes.

—No hacía falta, aquí se encuentra de todo —dijo él irónico—, incluso habrá más variedad por Gibraltar.

—No lo había pensado, pero tienes razón.

—Siempre tiene razón, Álix —aportó Lucía—; y si no la tiene se la inventa, es así de majo. Marta y Yara están encantadas con él, por su culpa ninguna va a salir en Nochevieja. —Movié los hombros—. Yo ni me lo he planteado..., peor para vosotros.

Álix oyó a Beltrán chasquear con la boca, y optó por sonreír levemente sin airear más viento en esa hoguera ya de peligrosas llamaradas.

Terminaron el trayecto callados, con la prudencia de reservarse sus opiniones. Oscilaban entre la incomprensión y la rigidez retrógrada de Lucía contra Beltrán; la confianza, escarmiento y disciplina de Beltrán contra Lucía; y en medio, los principios de Álix, que mantenía firmes por no contradecirse y participar en escaramuzas infantiles. Durante ese rato se convenció, las fiestas podían acabar en un drama familiar.

Después admiró la decoración navideña de la casa: guirnaldas de ramas secas en el muro; un abeto lleno de bolas plateadas en el salón, figuritas de madera y luces rodeándolo; un par de flores de Pascua grandes, bien rojas y

con profusos verdes, destacaban en el mueble; y decenas de leds de colores harían un recital lumínico en los árboles del jardín que en aquel instante soportaban la ferviente lluvia. No escatimó halagos. Ni cuando se sentaron a la mesa y Beltrán sirvió unas suculentas lentejas; todo le parecía estupendo, entrañable, exactamente el ambiente que añoraba.

Mientras comían, Beltrán presenciaba el tercer grado que Lucía estaba haciéndole a Álix sobre su familia de Edimburgo y las tradiciones escocesas, con demasiado interés, un ardid buscando aliados. La doctora respondía de buen talante, llenaba su cuchara y se percibía que disfrutaba con el menú; en cambio, Lucía mareaba la cuchara o cogía algún pedacito de zanahoria para apartarlo en el filo del plato.

—No te levantas de la mesa hasta que te lo hayas comido todo —amenazó Beltrán.

Álix paseó la mirada por los ojos de él, en ese momento eran ámbar petrificado, y por los castaños rebeldes de la joven. Torciendo el gesto con cara de asco, Lucía se metió una cuchara llena de lentejas en la boca bajo la supervisión de Beltrán.

—Si pudiera, me iría a estudiar fuera —comentó Lucía dirigiéndose a Álix.

—Dentro de nada podrás solicitar una Erasmus. Yo estuve un curso completo en Florencia y fue increíble, me valió para ganar independencia y para descubrir por mí misma que había mundo alejada de mis padres —contó reviviendo uno de los años más felices de su vida—. No lo dudes y hazlo, te vendrá muy bien para todo.

—Todavía tiene que acabar el instituto —dijo Beltrán en un tono severo.

A Lucía esa aportación le sonó a intransigencia.

—Tú también estudiaste fuera —habló refiriéndose a los años que él había pasado en Reino Unido.

Beltrán levantó la vista del plato al molestarse por ese reproche.

—Con unas notas excelentes y responsabilidad. Nunca tuvieron que recogerme sin conocimiento.

—Apúntate, Álix, que también es don perfecto.

La doctora tragó despacio, rogándole con la mirada un poco de consideración.

—No lo soy. Y si quieres libertad, tienes que saber comportarte; es tan sencillo como eso.

—Si mantengo la media, ¿me dejarías estudiar en Londres?

Álix bajó la cabeza y siguió comiendo, la conversación podía derivar en daños colaterales que no pensaba admitir.

—Cuando llegue junio, vuelve a preguntármelo. De entrada, confórmate con lo que tienes, que no es poco.

Lucía asintió con un largo parpadeo; ese era el límite de Beltrán. Continuar solo la llevaría a acrecentar el enfado de ambos y a quedar como una maleducada con Álix cuando le agradaba y parecía una aliada en potencia. El cambio de actitud logró que Beltrán se relajase.

A partir de ahí, fue el hombre ocurrente con el que Álix se desmoronaba y divertía a partes iguales. Tenía gracia contándole sus planes culinarios para esos días de opulentos festines. Por supuesto, rechazó la ayuda que ellas le ofrecieron; si bien, y aun con una tolerancia mínima que rozó el desdén extremo contra la comida británica, admitió su colaboración aportando el cordero asado y los huevos escoceses solo por la insistencia de Álix.

La tregua funcionó hasta al recoger la mesa y fregar los platos en buena sintonía.

Álix no participó, se entretuvo deshaciendo la maleta. Guardó la ropa en el hueco que Beltrán le había dejado en su armario y supervisó admirada con qué pulcritud él había colocado todas las prendas que dejó el martes. En ese

detalle volvió a intuirlo como un gran compañero.

Tranquila y radiante, regresó al salón. Un aroma intenso a café se coló por sus fosas nasales, aspiró a conciencia, y todavía consiguió relajarse más.

Beltrán acababa de poner una humeante cafetera italiana en la mesa que había delante del sofá. Vio también una selección de turrónes y dulces navideños en una bandeja con papel de blonda. Álix torció la boca, de nuevo admirada. No solo era un anfitrión perfecto, sino que no impostaba esa naturalidad hogareña. Se le notaba acostumbrado a las tareas domésticas a pesar de la ayuda de Isabel, la asistenta que aún no conocía pero gozaba del cariño de ambos, tanto él como Lucía contaban maravillas de la mujer.

Durante unos breves segundos se observaron sonrientes. Beltrán recorrió su silueta femenina con una mirada lenta, casi interminable, sin dejar pasar que al cambiarse la ropa ya no llevara sujetador, y no se lo recriminaría; era un ferviente defensor de la comodidad. Tampoco pudo evitar rozarle los senos, de manera casual, o eso pretendió, cuando Álix estuvo a su lado para sentarse en el sofá. Ella le dio un breve beso en los labios, luego le preguntó por Lucía. Al saber que la joven estaba ofreciéndoles privacidad, o bien por orden del alto mando o porque prefería estar sola en su habitación, aguardó a que terminara de servir las dos tazas contemplando la preciosa vajilla que había usado. Eran piezas de porcelana blanca con motivos florales trazados en oro; pensó que debía sacarla en ocasiones especiales.

Entretanto, con la incesante lluvia asolando en forma de intensa tormenta, la claridad se desvanecía difuminada en tenues sombras. Apenas quedaba visible el jardín a través de las riadas en las cristaleras, ocultaban el día en un temprano anochecer. La cacofonía de las gotas chocando en el vidrio, junto al rugir del viento racheado, era comparsa del batallón de fieras fantasmagóricas a modo de terroríficos truenos deslumbrando en el embravecido océano.

Los dos contemplaron las cristaleras durante unos instantes. Beltrán se

tomó un tiempo extra para ordenar sus ideas, sorbiendo el café con parsimonia. Le ofreció la bandeja de turrónes y se olvidó un poco de la conversación al verla escoger el preferido de Lucía; el chocolate nunca defraudaba.

Moviendo la boca despacio al masticar, Álix detectó sus nervios y, de un humor excelente, le incitó a comenzar.

—Cuéntame eso que te amarga.

Pasados unos minutos, escuchándole, su expresión fue cambiando de la condescendencia a la perplejidad absoluta. Sin palabras, con los cinco sentidos centrados en su voz, intentaba comprender lo inimaginable. Llegó a entender la omisión de la venta de la finca por la edad de Beltrán y su hermana en aquel entonces, incluso que su tío la hubiese mantenido oculta a lo largo de los años porque podía justificar que habría sido absurdo darles explicaciones cuando él era el legítimo responsable de sus bienes; sin embargo, al percibir las dudas de Beltrán, analizó con detenimiento las palabras que Esteban le había dicho para terminar lidiando con unas contradicciones que transformaron su asombro en enfado.

Álix no camufló con amabilidad sus críticas contra el anciano al espetar en un tono rancio:

—Te ha mentado. ¿Por qué, si no, primero te dice que no sabe nada del cofre y luego que no te impliques?

—Lo sé. Puede que fuera la demencia, Álix —dijo a sabiendas de que su tío no parecía estar ido—. Tuve la impresión de que estaba asustado por algo —comentó un poco avergonzado, le costaba hablar en voz alta sobre necesidades de analfabetos que jamás habría supuesto de su tío. Encima, estaba callándose la sospecha sobre la apropiación de sus padres; toda una proeza cuando ella había entrado en modo inquisidor—. De pronto saltaba con peligros extraños, como si el cofre o el collar estuvieran malditos

—Eso demuestra que está mintiendo. Ha tenido que ver el collar, porque, casualmente, antes de ayer estuve con Carmen viendo los apuntes del retratista real en la época de Felipe V y hacía mención a que las reinas no quisieron lucirlo porque pesaba sobre él una maldición de vete a saber qué. ¿Cómo puede saberlo tu tío?

—No lo sé —reiteró cansado—, y en ningún momento me habló de maldiciones —matizó—; para mí también es todo muy raro.

—Hay tantas posibilidades que nunca acertaríamos la buena, pero no te extrañe que tu tío descubriera el cofre cuando tus padres murieron, se quedara el collar y volviera a enterrarlo solo con la carta.

Beltrán batía las mandíbulas, creyendo con mayores opciones que su padre lo hubiese encontrado y su tío estuviera limitándose a guardarle el secreto. No olvidaba que el sueño de su padre era el campo. Le gustaba cualquier cosa campestre mucho más que a su tío, incluida la jardinería. Sin embargo, volvió a reservarse ese pensamiento. No había tenido intención de exponer a su familia al juicio de ella, pretendió contarle que el azar había querido unirlos para esclarecer la parte de su infancia que el tiempo había evaporado de su memoria, sencillamente. Y no le toleraría valoraciones despectivas fundamentadas en hipótesis que mancillaran el honor de los suyos.

Él era el primero en sospechar que su tío no le contó la historia verdadera del cofre, pero hasta no tener pruebas haría todo lo posible por mantener limpio su nombre, de ahí que en los últimos dos días se informara para exculparlo, o exculparlos, basándose en la legislación acerca de la propiedad en el hallazgo de tesoros.

—No te haces una idea de lo que me molesta oírte hablar así de mi familia. En ese tono grave sobresalió un rastro de furia.

—Lo siento, intenta no darte por aludido —comentó brusca—; pero ponte en mi lugar, ¿te haces idea de la de horas que le he dedicado al puñetero collar

para acabar encontrándolo de la forma más tonta y en manos de tu tío? ¿Te haces una idea de que tiene un valor incalculable y que pertenece a la Corona?

—Olvidas que el rey lo entregó como pago a Ensenada. Dejó de pertenecer a los Borbones en ese instante.

Álix enarcó las cejas, pendiente al rostro impassible de él.

—¿Estás diciéndome que Morris lo obtuvo de manera lícita?

—No lo sabemos. Y tenemos que ser rigurosos con los hechos concretos, esa es la base de cualquier buena investigación —recalcó con malaleche—. Para empezar, que algún miembro de mi familia lo hubiera encontrado antes que los Ledesma es una suposición; y para continuar, ¿crees que los Ledesma se habrían puesto en contacto con vosotros si en vez de una vieja carta hubieran encontrado el collar? porque yo lo dudo —soltó intolerante a insinuaciones ofensivas. Hizo una pausa para darle unos segundos de reflexión—. Además, por suponer a lo grande, en el caso de que mi familia lo hubiera encontrado y, por seguir pensando mal de personas importantes para mí, si decidieron quedárselo, ¿dónde está el delito imperdonable? No habrían cometido ningún robo, porque te recuerdo que el cofre estaba en su propiedad. Imagina que compras una casa y de manera fortuita encuentras dentro cualquier objeto valioso, yo que sé... desde un cuadro a unos restos arqueológicos, ¿serías un ladrón por quedarte el cuadro? ¿Estarías expoliando un bien de interés cultural?

Álix no se amilanó ante los dardos hirientes de dos pupilas doradas oscurecidas por el enfado.

—Depende, dímelo tú. Sabes más de pecios que yo.

—Muy bien, doctora —admitió cínico—, pero no te equivoques. Un pecio es un tesoro hallado en un barco hundido, en aguas internacionales o costeras, que no pertenece a nadie o no se puede localizar a sus legítimos propietarios porque en algunos casos, como restos de naufragios fenicios, es imposible

encontrarlos.

—Pero se informa a las autoridades, ¿no?

—Evidentemente, y de un tiempo a esta parte los Estados a los que originalmente pertenecían los tesoros ya están reclamándolos aunque tengan que pagar un porcentaje a quien lo encontró; pero un pecio no tiene nada que ver con descubrir un cofre en tu jardín.

—Pero se informa —repitió con sarcasmo.

Beltrán sabía adónde iba a parar. Sonrió un poco sin mover la mirada de unos ojos pardos desafiantes como la noche cerniéndose.

—Partimos de que el collar, si ha existido —matizó pronunciando despacio—, no era un pecio, sino una alhaja. O, según la definición del Código Civil, un tesoro, oculto y sin legítima constancia de dueño. Y siguiendo con el Código Civil, según el artículo 35, el tesoro pertenece al propietario del terreno donde se halle. Así de sencillo. Por tanto, si vuelves a suponer que algún miembro de mi familia encontró el collar, asume que pudo quedárselo sin vulnerar la legítima propiedad de nadie, ya sea Borbón, Tudor o Pérez; habría estado en su derecho y sin obligación de informar a las Autoridades porque no era un bien de interés común. Igual que de haber informado y estar afectado por la Ley de Patrimonio Histórico, el Estado habría tenido la posibilidad de comprarlo al precio de su tasación legal.

Ella bajó la vista, cerrando unos segundos los párpados. Al alzarla de nuevo, asintiendo con la cabeza, le habló suavemente:

—Yo creo que sí sería de interés común, aunque tienes razón... —Tampoco había tenido intención de discutir y comprendía ese afán de proteger a su familia—. Ni sabemos quién descubrió primero el cofre, ya hasta ni estoy segura de que Dolores Morris lo enterrara... y lo más probable es que nunca recuperemos el collar, completo o lo que quede de él. Y en el mejor de los casos, de recuperarlo, no creo que el Estado pudiera adquirirlo. Siento mucho

haberte disgustado, Beltrán.

—Yo siento haberte hablado mal —dijo con voz tenue y la mirada de ese tono ámbar parecido al de las pupilas hipnóticas de los leones—, discúlpame.

—Hecho —afirmó con una sonrisa amable—. No voy a cambiar el rumbo de la investigación porque tus padres y tu tío hayan tenido algo que ver con la finca; pensándolo fríamente, es difícil que fuesen ellos los que encontraran el cofre cuando antes habían pasado por allí varios propietarios más. —Álix estaba tranquilizándolo, sin rencor porque no podía culpabilizarlo de nada pero con la convicción de que su tío no le había contado la verdad. Beltrán mantenía la mirada fija en sus ojos, creyendo que estaba en un error pero sin ánimo de otro enfrentamiento. Ella cruzó una pierna bajo las nalgas, cómoda—. La cuestión es hallar el rastro del collar, completo —añadió pensativa—; porque podría seguir varios caminos. En los retratos que he visto con Carmen aparece de dos formas. En uno, la perla más grande pende del collar con engarces de oro y brillantes; y en otro, es un broche independiente. Esto era una práctica habitual en la alta joyería de la realeza, collares que se convertían en tiaras, piedras preciosas multiusos en diademas y broches..., y quiere decir que Dolores pudo desprenderse del collar sin la lágrima para comprar la finca, o al revés. Espero poder comprobarlo en el archivo de los Medina Sidonia, al menos para tener claro lo que contenía el cofre, porque desde el principio he creído que el collar habría estado completo y si albergué sospechas después de hablar con el cura, no te digo nada después de haber visto los retratos.

Beltrán meneó la cabeza ligeramente y apuró su café.

—Sí, sería interesante.

—¿Y visitar a tu tío? Me gustaría hablar con él.

—Iré a verlo el día de Navidad, puedes venir sin problema —habló condescendiente. Ella, aun odiando Marbella por los malos recuerdos que le

traía, asintió con la mirada perdida. Ambos observaron la lluvia durante unos segundos, hasta que Beltrán le preguntó—. ¿Crees en las maldiciones?

Álix arrugó la frente al afrontar sus pupilas curiosas.

—No, pero tampoco las descarto. —Esbozó una sonrisa al ver su expresión confusa—. No pienso que ninguna piedra o invocación pueda desatar desgracias, pero si somos energía y estamos rodeados de energía pueden existir colapsos que nos resulten incomprensibles porque no se aprecian y ante la ignorancia, también porque la religión ha hecho estragos en nuestros pensamientos durante siglos y arrastramos conductas aprendidas, se les otorgue cualidades divinas o maléficas en función de lo que acontezcan. Con las joyas lleva sucediendo desde tiempos inmemoriales —comentó, recordando las maldiciones legendarias de los tres diamantes que un par de días atrás la entretuvieron y harían sospechar a la mente más escéptica—. ¿Conoces la leyenda del diamante Hope? —preguntó animada, y él negó con la cabeza—. Es una entre muchas, está también la del diamante Orlov Negro o la del Montaña de la Luz, que solo afecta a los hombres —aclaró con guasa.

—Maldiciones discriminatorias, eso ya es la maldad absoluta.

Ambos rompieron a reír.

—A la reina de Inglaterra le está yendo de lujo con ese brillante en su corona, a lo mejor por eso no abdica en el hijo.

—Seguro... —Beltrán cogió un mazapán y se lo metió en la boca—, cuéntame la leyenda del diamante Hope, me has dejado intrigado.

Ella empezó a narrarle la rocambolesca historia del mayor diamante azul marino que había dado la naturaleza. Procedía de la India y era con diferencia el más famoso y siniestro, una máquina sanguinaria inmisericorde que llevaba años expuesto en el Museo Nacional de Historia Natural de Washington. La leyenda negra arrancaba con el rey Luis XIV; aunque podía situarse unos años antes con el sacerdote hindú que lo robó y murió martirizado, continuaba con

el explorador francés que se lo vendió al rey tras una compra dudosa y acabó en la ruina y devorado por una manada de lobos; la suerte del propio rey, de su amante y de sus sucesores muertos en la guillotina. Incluso la amiga de María Antonieta, la princesa Lamballe, a quien se lo prestó en alguna ocasión, murió brutalmente asesinada por una muchedumbre cuando la trasladaban a la Bastilla.

Álix sonrió. Percibía la concentración de Beltrán, le pareció evidente su fascinación por las leyendas.

—En el siglo XIX lo robaron, y terminó en manos de un joyero holandés. Como era demasiado grande, el joyero decidió cortarlo en dos y quedarse solo una parte. La otra mitad se la vendió a un militar alemán de la nobleza, el Duque Negro —aclaró—, que poco después se arruinó. No hace falta que te diga que el joyero tampoco lo tuvo fácil —habló alegre, y Beltrán entrecerró los ojos a la expectativa—. Su hijo le robó la mitad que se había quedado para vendérsela a un buen cliente, luego, tanto él como su hijo se suicidaron. El buen cliente se arrepintió de la compra y le vendió el diamante a un comerciante judío, que le temió a la mala suerte y se lo encasquetó a Jorge IV. —Alzó las cejas, sonriendo maliciosa—. Al rey británico no le importó la leyenda que circulaba sobre el diamante y mandó incrustarlo en su corona, para volverse loco y morir al cabo de unos años. Después pasó a manos de Henry Hope, de ahí su nombre, que se curó en salud haciéndole un exorcismo, y eso parece que lo salvó —comentó con ironía—; pero no corrió esa suerte su hija, se arruinó sin poder venderlo porque Hope lo había comprado al rey y necesitaba el permiso de la Corte. El nieto pudo venderlo al final y salvar su economía, pero la leyenda negra del diamante ya era tal que quien lo poseía estaba en grave peligro...

—Vamos, un valiente podrido en dinero.

Álix le rio la gracia.

—En esencia... Este desgraciado enfermó, se arruinó y acabó suicidándose. Luego llegó a manos de la amante de un príncipe ruso, y a los pocos días de tenerlo...

—¿Empezó a criar malvas?

—A esta la mató a tiros el príncipe, en un altercado donde se perdió el diamante. Y al príncipe lo mataron unos revolucionarios rusos. Entre confusión y dinero de por medio, apareció en Grecia a manos de un magnate. Él y toda su familia cayeron por un barranco en un accidente de carruaje. Después lo tuvo el rey de Turquía, y acabó viudo, sin reino y con los huesos en la cárcel. —Álix hizo una breve pausa, repasó mentalmente la lista de propietarios y siguió hablando—. El diamante desapareció en el océano, pero... —Apretó los labios en una sonrisa—, al cabo de un tiempo, misteriosamente alguien lo pescó para que terminara en una sucursal bancaria de Francia.

—Qué raro que no hubiese aparecido un banco antes —dijo sarcástico—. Quebraría, ¿no?

—Por supuesto, ya le vas pillando el funcionamiento al diamante —añadió divertida—. Quebró tras vendérselo al director del Washington Post, que enviudó y perdió a su hijo en otro accidente de carruaje.

—No quiero pensar que les habrá pasado a los propietarios cuando los coches empezaron a despuntar. Accidentes de tráfico a diestro y siniestro, ¿no? Bueno, y suicidios por continuar con su tónica.

Beltrán se carcajeó, pero ella solo sonrió de forma suave.

—Algo así... —dijo sin ganas de seguir.

Había recordado de forma súbita la suerte de la familia McLean. Fueron los propietarios del diamante después de que perteneciera a Cartier, y antes de que el notable joyero Harry Winston lo comprara para realizarle tallas actuales y lo donase al Smithsonian de Washington contraviniendo la negativa

a aceptarlo del director del museo y que el presidente Eisenhower no lo viera con buenos ojos.

Él notó la abstracción de Álix, miraba la cristalera perdida en la oscuridad.

—Termina, anda; quiero saber si tengo razón.

—La tienes, para qué escuchar más desgracias.

—No he llevado la cuenta de las muertes, pero no es moco de pavo.

—No, ni lo es que nuestras mentes busquen explicar con maleficios los infortunios de unas personas que lo tenían todo a favor y contra todo pronóstico fueron unos desgraciados. Siempre pretendemos comprender, es una cualidad de la inteligencia, y si no somos capaces de asimilar las cosas es cuando nos formamos teorías con mayor o menor acierto. —Álix pretendía distraerlo para ahorrarle los trágicos sucesos que sufrió el matrimonio MacLean tras comprar el diamante a Cartier. Pasaron por el atropello de uno de sus hijos con solo ocho años, por la sobredosis de somníferos de otra hija, el accidente de tráfico de otro hijo, el mismísimo divorcio del matrimonio y la extraña desaparición de una nieta, hasta que la señora MacLean tomó la decisión de enterrar el diamante en el jardín de su casa para evitar más desgracias. Años después, la mujer murió sola en un sanatorio. Algunas partes de esa historia le recordaban a la propia historia de la familia de Beltrán. Contársela enturbiaría el ambiente agradable para volver a la tensión de la discusión, y no quiso hacerlo. De hecho, si antes de empezar a hablar hubiese recordado cómo acababa la leyenda del Hope ni siquiera lo habría mencionado—. Yo misma a veces trato de convencerme de que nosotros nos hemos conocido porque tenemos en común a Ernesto, pero la primera idea que se me ocurre es que estábamos predestinados a conocernos. Es una tontería creer que el destino nos ha unido, lo sé; nos ha unido nuestro amigo, pero no puedo evitar pensarlo por cómo han sucedido las cosas entre nosotros; si lo

analizo, me parece asombroso sumar tantas coincidencias, es inexplicable.

—Los dos conocemos a Ernesto desde hace muchos años, veinte en mi caso, ¿por qué hemos coincidido ahora y no antes?

—No lo sé —murmuró—, y no me importa...

Contenta por haber eludido remover viejos recuerdos, tomó la iniciativa al acercar sus labios a los de él. Con calma, sin buscar provocarse pero haciéndolo; esos instantes eran abrumadores, eternos.

Olerse aspirando hondo, compartir el aire hasta rozarse y lograr olvidarlo todo. En ese beso se redimieron con la suavidad de la comprensión. Beltrán la saboreó, distinguió el excitante aroma del café; y ella, embelesada, dejó que recorriera su boca imponiendo un ritmo anhelante que la hizo sucumbir a la dulce sensación del deseo

No oyeron a Lucía cuando apareció en el salón. Tampoco fueron conscientes de la fugacidad del tiempo, lo detuvieron.

La joven cruzó los brazos y carraspeó.

—Sois peores que mis amigos —dijo una vez se apartaron. Expresaban poco pudor en sus sonrisas—. A este paso, dentro de nada tendré un primito.

—¿Te gustaría? —le preguntó Beltrán, asiendo fuerte la mano de Álix.

—No me vendría mal, tendrías otro aliciente aparte de mí. —Lucía llegó a la mesa, cogió un trocito de turrón de chocolate y, dejándose caer en el sofá, masticando, observó con ironía a Beltrán—. ¿Os lo estáis planteando?

—No —contestó Álix sin reprimir una exclamación—, no, ¿verdad? —dijo al encarar los ojos de él.

—Estoy abierto a nuevos retos. Quién sabe... No esperaba conocerte y aquí estamos, todo puede ser posible.

Álix le dedicó un vistazo rápido, pero no intuyó si lo decía en serio o bromeaba. Se decantó porque bromeaba, no podía estar pensando ya en tener hijos con ella; no era sensato ni lógico, ¿o sí?

Lucía sonrió, atacando el turrón de manera casi compulsiva.

—Contad conmigo para cuidarlo, por un módico precio.

—Por supuesto —admitió Beltrán—, gratis ni la hora.

La charla derivó hacia un puerto de mal refugio para la joven, otro más para ayudarla a perder la contienda de Nochevieja. Beltrán no deponía su intransigencia con ese castigo vitalicio tan recurrente ni siquiera oyendo argumentos que gritaban misericordia o revivían su pasado juvenil.

Álix, que prestaba atención sin participar mientras las pullas disfrazadas de humor volaban a su alrededor, empezó a saturarse por la visita al tío Esteban y se agobió al ser consciente de que sonsacarle la verdad no solo era complicado; el trayecto en coche hasta Marbella sería una tortura para revivir su propia desgracia familiar.

Observándolos, disimuló la ansiedad que le generaba recordar el fatídico accidente de sus padres. Sonreía, aunque en su fuero interno no dejara de creer que no hay nada fortuito. Beltrán había llegado a ella por algún motivo además del collar; demasiadas casualidades entretejían sus vidas y no era lógico eludirlas ni racional no acobardarse ante acontecimientos caprichosos que le ponían los vellos de punta. Se estremeció adelantándose al futuro, no pintaba bien.

Capítulo 23

EL CALOR DE UNA MANO reptando entre sus muslos despertó a Álix. Era una fricción suave, muy erótica, arrasaba como el fuego, tanto que no pudo soportar su asedio y trató de cerrar las piernas. Sentía una pulsión deliciosa en las entrañas, insoportable. Empezó a derretirse. Beltrán, encajado a su espalda, le sostuvo la cadera con la mano libre sin dejar de vagar con la sutileza de quien no tiene prisa por llegar porque ya está ahí. Cumplía su sueño al amanecer otro día más junto a ella.

Álix se retorció tras el primer contacto de su lengua en la oreja, y él sonrió por dentro aun atacando satisfecho. Conocía sus debilidades, cómo provocarla para llevarla al límite del deseo; un juego lleno de entrecortados suspiros que aumentaban su poder, intensas emociones que detenían el tiempo para transcurrir por la eternidad de un momento inolvidable.

Fueron sensaciones soberbias.

Algo después, la plenitud luminosa de los rayos del sol atravesó la ventana del dormitorio y les pilló aturcidos bajo las sábanas reposando entre ternura la vorágine de esa pasión indómita que necesitaba poco para nacer y una vida para olvidarla.

Álix acariciaba el costado de Beltrán en lentas pasadas, pensando en que era imposible sentir más sosiego. Con él vivía sus mejores momentos, los más importantes que no cambiaba por años enteros, tan especiales como profundos, se hacía fuerte en sus brazos.

—No puedo esconder el miedo que tengo, Álix —habló con voz grave, muy cerca de ella—. Por primera vez soy plenamente consciente de que esto no lo había tenido nunca con nadie. No te descubro nada nuevo, lo sé; pero necesitaba decírtelo.

—Los dos somos novatos, pero somos unos novatos con interés —añadió en un tono ligero.

Beltrán comprendió, no pretendía una conversación demoledora.

—Eso está fuera de discusión, como lo está que contigo he encontrado ilusiones que siempre había visto en los demás y nunca había imaginado para mí. Desde que tuve el impulso de ir a Madrid porque no aguantaba contenerme más, desde aquella primera noche sé que tú eres diferente a todo lo que he tenido antes. —Beltrán levantó la mirada, besó sus labios impregnándose de miel. Tragó despacio antes de continuar—. Lo que llevo un rato tratando de decirte no es que cuando estoy solo te echo de menos, lo que trato de decirte es que te amo. No quiero vivir sin ti.

Ella cerró los ojos, impresionada por su sinceridad.

—Yo... —Se frenó al darse cuenta de que no era capaz de expresar con palabras sus verdaderos sentimientos. Él se había convertido en su obsesión, en lo mejor y esencial de su vida; en cambio, lo ignoraba de sus labios porque le suponía un salto al vacío—. Nosotros... estamos muy bien ahora, no precipitemos las cosas... —Fue cobarde, no saltó y quiso perdonarse dándole un beso—. Vayamos sin prisas, sin planes.

Beltrán soportó su silencio abrazado a ella. Ese gesto delataba todas las palabras calladas. Creyó que Álix, por malas experiencias o por salvaguardar su amor propio, se reservaba corresponder a viva voz lo que no podía ocultar su cuerpo. Le pareció absurdo, él estaba en la misma situación y se había expuesto de frente, aunque al pensarlo con frialdad no pudiera reprochárselo por haberle dicho que no hacía planes ni tampoco olvidase la cautela o astuta prudencia que solía conceder la edad para fingir indiferencia ante lo más deseado.

Por aliviar esa decepción sin darle importancia, Beltrán se mostró cariñoso en tiernos arrumacos que resonaban como ronroneos; roces certeros

de su boca en el cuello, paseando la humedad hacia sus senos. Era un derroche de anhelo poco rencoroso, ávido, arrobado en la ternura de la sumisión y la esperanza.

Estaba entregado en la búsqueda de la rendición de Álix, creyendo que iba a ceder por la respuesta de su cuerpo, cuando abruptamente la voz de Lucía irrumpió atronadora desde el salón.

—¡No me lo puedo creer! ¡Gracias, gracias!

Beltrán se apartó al escuchar esa chillona alegría. Supuso que habría encontrado bajo el árbol alguna maravilla y, por supuesto, no de él.

—¿Qué le has regalado?

—La chaqueta que tú no quisiste comprarle para su cumpleaños. ¿Te molesta?

—No, pero me parece excesivo —respondió saliendo de la cama—. Tampoco le hago regalos en Navidad, siempre en Reyes.

Álix lo miró fijamente durante un momento.

—No me lo tengas en cuenta.

Él apretó los labios, dio media vuelta y se dirigió al cuarto de baño con intención de ducharse para quitarse de encima la frustración. Llevaba unos minutos convenciéndose de que podía soportar su silencio, y se engañaba. Le hubiera gustado oírla admitir esos sentimientos que su cuerpo no ocultaba, habría sido el mejor regalo para reafirmarse en el compromiso que pretendía por acabar con la infame distancia y, sobre todo, por empezar con ella la nueva etapa que soñaba.

Terminó rápido. No se sorprendió al ver la cama hecha sin una sola arruga, Álix imprimía su estricto orden en cualquier rincón de la casa.

Vistiéndose —con vaqueros azules y un jersey negro de cuello alto— recordó la curiosa y milimétrica organización que ella hizo en la mesa para la cena de Nochebuena. Que no faltara ni un detalle fue algo previsible, en

cambio, le resultó extremo que planchase el mantel una vez colocado como si estuviera en un restaurante con estrellas Michelin.

Por suerte, pudo cocinar por su cuenta sin perderla de vista mientras preparaba unos huevos duros envueltos en carne picada y rebozados que, según ella, sabían deliciosos. Ciertamente, el sabor no estuvo mal dentro de la sencillez; pero fueron dos mazacotes intragables que se comió complacientemente ventilándose él solo media botella de vino por no morir ahogado. Sonreía al acordarse, qué bien le supieron las gambas de Huelva a partir de la experiencia escocesa. Gracias a esos recuerdos, bajó hacia el salón de buen humor.

Detenido al pie de la escalera, no le llamó la atención que Álix dispusiera el desayuno con su rigurosidad marcial, no apartaba la vista de Lucía. Eufórica, se ponía la chaqueta de piel negra, la abrochaba, bajaba la cremallera, se la quitaba y volvía a ponérsela, con ademanes coquetos se recogía la abundante melena castaña, la soltaba para que cayera en su espalda o la colocaba sobre su hombro y buscaba la aprobación de Álix. En cuanto lo descubrió a él, también le pidió su opinión. Obtuvo beneplácitos cariñosos bajo la inquisitiva mirada de la benefactora.

Al sentarse a la mesa, Beltrán dejó que entre las dos se lo pusieran todo por delante. No discutiría con ninguna la recompensa por su dedicación en Nochebuena. Apreció el detalle, encontrando entre los labios de Álix decenas de mensajes a descifrar. Sus palabras eran susurros hacia él, sentimientos que enloquecían su corazón al capturarlos de nuevo en esa vida anhelada. Su forma de reír y la complicidad con Lucía resaltaban lo irónico de esa situación: mientras él esperaba una rendición absoluta, ella componía un alarde de tierna familiaridad para lograr emocionarlo. Concluyó que, después de todo, las acciones valían más que las palabras. Era justo reconocer su fortuna cuando rozaba la felicidad viéndola por las mañanas, sintiéndola a su lado, ejerciendo

como consejera de Lucía sin interferir en sus decisiones.

Estos pensamientos lograron hacerle sopesar lo severo del castigo que la adolescente tenía impuesto para levantárselo y permitirle salir en Nochevieja.

Lucía pareció intuirlo al retomar la cantinela, de corta duración. Muy pronto acabó dando gritos de alegría y abrazada a él. Tras recobrar la cordura salió corriendo a compartir la noticia con sus desafortunadas amigas, meros daños colaterales que también obtendrían la bendición de sus padres arrastrados por la clemencia de Beltrán. ¡Por fin la Navidad brillaba colorida!

—Has hecho bien —le dijo Álix—. Ya había escarmentado, prolongarle el castigo únicamente la rebelaría más.

—Lo sé, a ver cuándo sigues mi ejemplo.

Álix, por la expresión triste de él, malinterpretó el sentido de esa sugerencia.

—No voy a hacerte sufrir más —comentó, cogiendo un paquete de tamaño mediano envuelto con papel plateado que había puesto al lado de su cubierto —; también tengo un regalo para ti.

—Estás aquí, ese es mi regalo; no quiero otra cosa.

Fue entonces cuando ella comprendió que estaba esperando algo más íntimo y definitivo; y se arrepintió por su silencio, pero en aquel momento dibujó una sonrisa incitándolo a descubrir el regalo. Beltrán desorbitó los ojos al ver que en la caja había un curso de ala delta en la Serranía de Ronda, enmudeció; y no se sintió feliz, buscaba lo inmaterial por encima de vuelos perniciosos para sus recuerdos.

Al observar esa parquedad, Álix se mantuvo en silencio lidiando con su desilusión. Esperaba otra clase de recibimiento: saltos de alegría, un abrazo que la estrujara, incluso ocurrente sarcasmo, sin embargo no ocurría nada de eso mientras ella empezaba a hundirse en la amargura. Habría podido sospechar algo por la tensión que él llevaba disimulando un buen rato, sin

duda, pero no lo hizo al sobrevalorar la sorpresa del regalo. Creyó que mitigaría su falta de sinceridad, deshonestas, ante una inesperada declaración amorosa tan codiciada como estremecedora.

Álix había sentido al oírlo la apabullante gloria y la brutalidad del miedo por el cambio en su vida, presumible, porque le afectaría más que a él. Cuando pensaba en el rumbo de su relación siempre lo hacía convencida de que ella arriesgaría su carrera profesional, la que tendría que anteponer ese amor a todo lo que había logrado durante años de esfuerzo y sacrificio. Y a veces, echándolo de menos, se veía abandonando su vida en Madrid para empezar de cero ahí, le resultaba una teoría razonable, lógica; si bien, una cosa era imaginar y otra muy diferente ponerlo en práctica. Tal cual. Aún no estaba preparada para asumirlo.

—Gracias, me ha gustado mucho —dijo Beltrán amagando una breve sonrisa. Miró de soslayo el reloj que llevaba en la muñeca izquierda, un Omega deportivo con la correa metálica, y agregó al ponerse en pie—. Tenemos que estar en Marbella a la una, voy a avisar a Lucía para que no se extasíe en el baño.

Más tarde, el Toyota circulaba por la A7 sobrepasando los ochenta kilómetros por hora mientras se sucedían las señales advirtiendo cruces entre urbanizaciones de casas blancas, pistas deportivas y espesos arbolados.

Beltrán disminuyó la velocidad ante la cercanía de la salida que llevaba a la residencia de ancianos. De repente, Álix dejó la charla con Lucía sobre la educación británica. Había visto el cartel que indicaba el cambio de sentido hacia Los Monteros, frente al Hospital de la Costa del Sol, y ni el sosiego del escaso tráfico o el mar tranquilo con su claridad cegadora fueron suficientes para que no olvidara la presencia de la joven y Beltrán. Le faltó el aire.

Al bajar la ventanilla, una ráfaga de viento frío, violento, circuló por el habitáculo. Lucía se despeinó cual medusa enfurecida y empezó a luchar

contra el remolino que la rodeaba, sin éxito.

—Álix, por favor, cierra la ventanilla antes de que salga volando.

El viento aullaba como mil demonios congregados en un bote de cristal, como si en cualquier momento todo pudiera estallar en mil pedazos.

Beltrán echó un vistazo rápido al retrovisor, luego a Álix.

—¿Qué te pasa? —le preguntó asustado por su rigidez. Levantó un poco más el pie del acelerador—. Álix, ¿quieres contestar? —insistió alzando el tono.

Lucía le dio unos toquecitos suaves en el hombro, también inquieta al notarla en trance.

—Álix, ¿estás bien?

Nada.

—Por Dios, Álix, responde de una vez —insistió Beltrán.

Totalmente sorprendido, puso el intermitente y cambió de marcha ante la pronunciada curva del desvío a cuyo término podía divisarse a la derecha el acceso al lujoso hotel Los Monteros y a la izquierda la carretera cerrándose en una curva que se elevaba por encima de la autovía hasta desembocar en el hospital.

Detuvo el coche a unos metros del único sitio que aquel día, con Lucía de indeseado testigo, habría evitado a toda costa.

Los ojos de Álix estaban estáticos en una señal de stop a la salida del hotel. Beltrán, mientras tanto, permanecía ausente sin apartar la mirada de la curva.

—Álix —dijo él cuando regresó a la realidad—, ¿qué te pasa?

—Aquí fue donde pasé las últimas vacaciones con mis padres —musitó.

Volvió la cabeza, encarando sus pupilas llorosas en Beltrán. Tras oírla, él cerró los ojos. Tuvo un presentimiento nefasto. A media voz, pensando que así ahuyentaría la posibilidad de otra coincidencia asombrosa, habló:

—Sé que tuvieron el accidente en 2001, pero no dónde ni la fecha exacta.

Álix espiró, ya había claudicado a la dolorosa nostalgia, y respondió:

—En Madrid, el 20 de octubre, el peor sábado de mi vida.

Ella alzó las comisuras de los labios en una leve insinuación. Beltrán no lo apreció, conmocionado.

—Ese día no solo fue malo para ti.

Articuló las palabras despacio, sin fuerza. Fijó sus ojos cariñosos en el retrovisor. Lucía levantó la mirada, y él esgrimió una sonrisa ligera y pronunció un mudo “lo siento”. Quizá Lucía fuese de ellos quien menos había sufrido, eso solía consolarlo. Pensaba que si él perdió a sus padres con cinco años y no guardaba recuerdos de la aciaga tragedia, ella con más razón tampoco; pero eso no significaba que hubiese olvidado a su madre, que no la echara de menos ni que le afectase estar justamente donde se produjo el accidente.

Álix, con la cabeza gacha, al no estar atenta a él, no descubrió en ese “lo siento” afectuoso la especie de compasión que se dirigió a sí mismo por remover el pasado. Fue una manera de alentarse antes de abordar escabrosas preguntas, espeluznaba solo pensarlas: ¿Qué clase de coincidencia había sido capaz de unirlos en la tragedia aquel 20 de octubre? ¿Por qué el fatídico azar les arrebató a sus seres queridos el mismo día a tanta distancia? Irene perdió el control del coche por un fallo mecánico, chocó contra una hormigonera que salía del hotel. Malditas obras. ¿Pero cómo murieron sus padres? ¿Qué provocó su accidente de tráfico? No vio oportuno incidir en ese momento. En cuestión de segundos dudaba de todo y tanto como un ratón acorralado por una gata hambrienta. Arrancó el coche y retomó el camino a la residencia, acobardado.

Capítulo 24

LOS OJOS ESCUDRIÑADORES de Álix no se apartaban de Esteban. Llevaban media hora en el jardín, entre araucarias, robles y palmeras, sentados en una mesa a la sombra tomando un aperitivo. Por los caminos de tierra que formaban un curioso mapa delante del edificio residencial fluía un ambiente selecto, se intuía por los trajes de buena calidad y los modales de los visitantes.

Álix mantenía una expresión relajada mientras el anciano estaba deshaciéndose en halagos con Lucía. Aún no se aventuraba a desconfiar de él, apenas le dirigió un saludo aceptable. Lo observaba pendiente a los detalles medio solapados como haría frente a un cuadro. Sonreía amable, examinando, empezando a interpretar en esa dedicación a Lucía otra manera de ignorarla.

Encima, Beltrán parecía absorto en sus pensamientos. Le rozó la mano, creyendo que necesitaba un poco de calor para aliviar así su malestar por el triste episodio del camino, agravado porque no le gustaba ver ahí a su tío. De inmediato, recibió la recompensa de una breve sonrisa y varias caricias en la mano con el pulgar.

Ese gesto captó la disimulada atención de Esteban, rápidamente ató cabos. Además de ser amigos, como Beltrán la había presentado, esa mujer espléndida de rasgos suaves y cabello como el fuego lo había conquistado. No solo pudo llegar a esa conclusión gracias a la intimidad del gesto, también por ser la única persona que por primera vez lo acompañaba aparte de la niña. Por tanto, tuvo la irresistible necesidad de conocer sus planes. Si continuaba en el empeño de descubrir el negro abismo no solo ella correría peligro, arrastraría a Beltrán. Y, eso, en el ocaso de su vida, sería un drama insoportable. Nadie

podría impedirlo. O mejor dicho, solo una persona estaba en disposición de evitarlo sin esclarecer un pasado casi imposible de escrutar sin el broche: él.

—¿Hace mucho que os conocéis? —le preguntó a Álix.

Ella negó con la cabeza en un movimiento sutil.

—Desde principios de noviembre —respondió amable y sin recelo por un periodo de tiempo a la vista breve—, fue un flechazo.

Beltrán la escuchó, pero se limitó a esbozar una tímida sonrisa. No definiría su encuentro como flechazo, más bien como una causa inexorable fuera de su alcance.

—No me extraña —comentó Esteban, alabándole el gusto a su sobrino—. ¿Y qué te parece San Fernando? Es muy diferente a Madrid.

Álix percibió que el anciano en realidad la tanteaba para saber si estaba dispuesta a abandonar su vida por Beltrán.

—Son mundos opuestos —admitió de buen talante—, pero no incompatibles. Por ahora me quedo con lo bueno de los dos. En uno tengo mi trabajo, y en el otro a este hombre excepcional.

—Algún día tendrás que elegir.

Álix enarcó una ceja, volviendo a su actitud de dulce indiferencia.

—Algún día no es ahora. —dijo sin intención de entrar en detalles. No podía responderle otra cosa, no cuando aún ni ella misma lo tenía claro—. Cuando llegue el momento, entre los dos decidiremos lo más conveniente.

Esteban sonrió ligeramente, sin desplazar los ojos de ella.

—Beltrán me ha dicho que estás investigando algo en la antigua finca de mi hermano —comentó en un tono que parecía casual. Beltrán volvió la cabeza, al fin reaccionaba—. No recuerdo bien, ¿puede ser sobre un cofre y unas perlas?

Álix levantó la barbilla en una pose donde se interpretaba soberbia aunque en el fondo fuese desdén al pensar que el anciano era un manipulador.

—Yo no mencioné nada sobre perlas —soltó Beltrán, lanzándole una mirada inquisitiva—. ¿Por qué lo sabes?

—¿Que era qué? —preguntó Esteban. La única manera de esquivar una pregunta incómoda era valerse de su deterioro mental—. ¿De qué estamos hablando?

Ella sonrió con esfuerzo. Habría apostado el cuello a que el anciano estaba tan cuerdo como cualquiera en plenitud de sus facultades.

—De una tontería, Esteban —empezó diciéndole con amabilidad—, no merece la pena recordar una vieja joya olvidada que no tiene nada que ver contigo.

A Beltrán le incomodó ese tono, captó el sarcasmo.

—Será lo mejor —dijo Beltrán por no poner a su tío en una posición vulnerable. Álix obstinada no sabía comedirse, y el tema del collar tenía facilidad para indignarla y que ofendiera sin miramientos—. El otro día me quedó claro que ni mis padres ni tú llegasteis a saber nada, no tiene sentido preocuparte... Álix está con la investigación y va avanzando a buen ritmo. Supongo que me dijiste lo de las perlas porque de qué iba a ser el collar si no, ¿verdad?

Ella desvió un segundo la vista hacia Beltrán, que tenía la mirada helada, sin saber con certeza si acababa de ponerle un cebo al anciano o solo había tratado de justificarlo.

—¿Has encontrado algo más? —preguntó Esteban dirigiéndose a ella.

—Sí —respondió rotunda. Como fuera, ese interés le confirmaba mucho más que su mal disimulada amnesia—. Y espero aclarar un punto importante en el archivo Ducal de la Casa Medina Sidonia.

Esteban cruzó los brazos por delante del pecho, tratando de controlar unos súbitos temblores, y la incitó tratando de sonar despreocupado:

—Cuéntamelo.

Álix enderezó la espalda, de un vistazo breve le pidió a Beltrán que quitara de en medio a Lucía; ajena a que él comenzaba a recelar de su tío con una angustia opresora.

«Cinco minutos», se dijo Beltrán. Les daba cinco minutos, después cortarían la conversación.

—Lucía, ¿por qué no te acercas al comedor y eliges la mesa?

Con edad sobrada para darse cuenta de la maniobra, y aburrida, tras preguntar por sus preferencias, vistas al jardín o interior, se alejó sacando el móvil del bolso. Beltrán la vio haciéndose una foto al lado de la fuente de piedra en otra de sus poses antinaturales, pero esa vez ni siquiera se lo reprochó mentalmente.

—¿Recuerdas entonces que en la antigua casa de tu hermano se ha descubierto un cofre del siglo XVIII? —le preguntó Álix para seguirle la corriente.

—Más o menos, y un collar de perlas también.

Álix mantenía la expresión afable aun notando su sospechosa curiosidad.

—El collar no estaba en el cofre, y tengo que confirmar que alguna vez estuviera; al menos completo. En los últimos días hemos descubierto que el collar se componía de dos partes, lo que es una gargantilla de perlas medianas y un broche con una perla mucho más grande. Lo bueno es que sé dónde buscarlo.

Esteban se quedó petrificado.

—Eso es una buena noticia —comentó cauteloso, ignorando las dos bengalas que lo estudiaban a conciencia—. ¿Dónde está? —preguntó en tono suave.

—Mañana o pasado veré los libros de cuentas del Ducado, creo que la persona que trajo el collar en 1750 pudo usar la gargantilla para pagar la finca. Si esto es cierto, lo lógico es que pasara a formar parte del joyel ducal;

será imposible pedir su devolución a la Corona.

—¿Y el broche?

Tanto Álix como Beltrán detectaron la avidez del anciano, pero fue ella la que se atrevió a lanzar un farol:

—En manos de un desalmado —habló lentamente.

Beltrán se levantó de golpe, espoleado por la mala leche.

—No voy a recordarte lo que dice la ley, Álix. —Paseó la mirada entre ella y su tío, que estaba ausente, y, negando con la cabeza, le tendió la mano—. Vamos a comer, tito, Lucía está haciéndonos señas desde el comedor.

Álix no se apresuró al levantarse, sin prisa les siguió por el jardín. En el comedor, deliberadamente, escogió la silla encarada al anciano, se sentó y empezó a hablar con Lucía a sabiendas de que los hombres no apartaban sus ojos de ella.

Un camarero joven acudió a la mesa llevando con soltura la bandeja en la mano y dispuso la comida sin dejar de sonreír, ignorando la tensión incómoda que fluía a su alrededor.

Pasado un rato, mientras comían un sabroso menú acorde a aquel exclusivo entorno, Álix participaba a cuentagotas en las animadas charlas que propiciaba Lucía. Mantenerse en un segundo plano era muy didáctico, siempre se descubría más entrelíneas. El objeto de su interés empezaba a mostrar una personalidad sorprendente con detalles buenos y malos. Trataba a la adolescente con el encanto de un abuelo consentidor de caprichos; a ella solo le había dedicado unas palabras referidas a su trabajo, falseando amabilidad y con dobles sentidos que alejaron cualquier rastro de demencia ni desvaríos; y con Beltrán fluctuaba entre el paternalismo conservador, la ternura propia de la vejez y la sorna de alguien mundano regalando consejos.

Al no tocar de nuevo el tema del collar no había tensión, aparente. Solo eso, apariencias. Porque, si no, ¿a qué venía el enfadado de Beltrán con ella?

Lo conocía para distinguir que le rehuía la mirada, que estaba manteniendo la compostura, y apenas intercambiaron tres frases. Eso era un indicio para adelantarle otra discusión, que aceptaría en cuanto supiera el motivo. Sin embargo, si era su intención eximir al anciano de estar omitiendo información sobre el collar no pensaba aceptarle ningún argumento. Ocultaba algo relevante, ambos lo sabían, y uno de los dos tendría que averiguarlo.

A eso de las cuatro de la tarde, Esteban se despidió de forma repentina. Álix disimuló su gran sorpresa en vista de la tolerante amabilidad de Beltrán y la cariñosa despedida, pero esa sorpresa todavía fue a más cuando recorrían el jardín detrás de Lucía y él colocó el brazo en su hombro de una manera tan natural que la descolocó por completo.

—Discúlpame por haber estado distraído.

—No hay nada que disculpar, he pasado un rato estupendo.

—Sé que no ha sido así, pero gracias por el respeto.

Beltrán le habló de su miedo a la vejez, no a envejecer; sino a perder sus facultades hasta convertirse en un estorbo. Era un temor compartido por ella. El sitio resultaba idóneo para la exposición de esos fantasmas interiores acallados y de avance lento pero constante, que no se dejan ver hasta tenerlos encima y a los que pocas veces se conjura en voz alta y de hacerlo se hace al amparo de una gran amistad o una confianza absoluta.

En ese paseo camino del coche Álix estaba teniendo el placer de acompañar a un caballero seguro de sí mismo, tenaz y noble a partes iguales y con una fuerza interior descomunal, al hombre que había asumido el riesgo de sincerarse para avanzar sin temor, con coherencia, valentía, y esa elegancia que la volvía loca.

Ahí terminó de abrir los ojos: era una privilegiada y se merecía alguien a su altura. Convencida de que en él había encontrado el auténtico amor, aceptó su suerte dándole un ligero beso en los labios. Con Lucía a pocos metros,

arriesgarse a más ni siquiera se lo planteó; aguantaría unas horas para derretirse en sus brazos, en sus momentos gloriosos, cuando no existía nada y todo valía la pena.

Entretanto, Esteban contemplaba una vieja fotografía del álbum que había sacado del armario y tenía encima de su moderno escritorio. El dolor de ver a su hermano sonriente, con Victoria pegada a su lado, fue como hacer una regresión criminal para su conciencia. La pareja desprendía un halo de felicidad que a veces llegó a envidiar, no concebían la vida el uno sin el otro en una compenetración perfecta. «Quizá tuvieron suerte hallando la muerte juntos», pensó.

Pasó esa hoja plastificada. De nuevo, ellos; pero ahora su cuñada vestía un conjunto verde y destacaba en su solapa el broche negro. Le resultó increíble que pese a los pocos conocimientos en joyería de Alfonso, ni de Victoria ni suyos, de ninguno ciertamente, supieron distinguir nada más encontrarlo que era una pieza valiosa.

Recordaba con nitidez el día que su hermano le llamó para que fuese a la finca, emocionado como un niño con zapatos nuevos. Los tres lo estuvieron. ¿Quién no lo habría estado? ¿Qué persona no habría estallado de alegría si haciendo reformas en su casa, de repente, hubiese aparecido en el interior de un muro un cofre antiguo con aquella perla asediada por un batallón de brillantes? Rozaron el cielo creyendo estar bendecidos por Dios.

Esteban se movió hacia la ventana. La fuente lanzaba borbotones en cascada con un sonido relajante apropiado para apaciguarle la memoria. Revivió una conversación con su amigo Pedro Hidalgo, de cuando este trabajaba de guía en el Palacio de los Guzmanes en Sanlúcar de Barrameda, la que fue residencia de los Duques de Medina Sidonia entre una retahíla de títulos más. Pedro le contó que en todas las familias nobles recaía una maldición. Así de contundente. Según Pedro, eran castigos divinos para

equilibrar la buena fortuna de sus vidas privilegiadas.

Esteban notó la humedad en sus cansados ojos, la garganta reseca tal y como se le secó gritándole a Alfonso que entregara el broche en el Ayuntamiento y se olvidara de él. Le bastó saber que desde mediados del siglo XVIII todas las mujeres de la familia ducal que se retrataron con un collar de perlas negras de Tahití, —que sirvió de trueque para comprarle la finca al duque— habían muerto al poco tiempo en extraños accidentes o por enfermedades fulminantes. Pedro no lo dudaba, y él trató de convencer a su hermano. ¿Para qué poseer algo tan negativo? ¿No era mejor donarlo y continuar como si nunca lo hubieran encontrado? Pero no lo consiguió. Alfonso siempre alegaba que Victoria jamás aceptaría desprenderse de él, y fue cierto; la policía se lo devolvió tras el accidente aéreo, intacto, indestructible. Tan indestructible como sus recuerdos.

Esteban se limpió las lágrimas, volvió a mirar la fotografía y maldijo su suerte. Habría hecho un pacto con el demonio para que siguieran vivos, para que Irene hubiese tenido la oportunidad de conocer a Lucía, por la de cosas que todos se habían perdido. La alegría de la adolescente fue un mísero bálsamo para su maltrecho corazón. «Quizá estoy loco», se dijo, por achacar todas las desgracias de su familia a una perla. Pero, ¿no era para pensarlo cuando Irene falleció en aquel trágico accidente tras haber visto y tocado, por primera, única y última vez, el broche?

Pudo ser casualidad, y sin embargo nunca lo había creído porque nada es casual en la vida; todo es consecuencia de nuestros actos, ya sean tiranos, fútiles o sublimes; y ningún acontecimiento se produce con una sola variable, siempre hay una combinación que se entrelaza como un mecanismo perfecto.

A Lucía no la habrían hospitalizado en Marbella de no haber estado Irene viviendo allí. Si aquel fatídico día no hubiese estado contenta por la mejoría de Lucía no habría ido a visitarlo a primera hora de la mañana, no lo habría

pillado examinando el broche antes de depositarlo en la caja de seguridad del banco y no habría sentido el impulso de probárselo bromeando. Pero... ¿seguiría con vida? En este caso se habían alineado tres personas con tres situaciones bien distintas: la niña enferma, la madre responsable y él como abuelo preocupado. Descartaba emociones detonantes, soberbia o egoísmo. A Irene no le interesaban las joyas ostentosas, se lo colocó en la solapa ridiculizando el afán presuntuoso de algunas personas. Y rio, rio a gusto despachándose sin contención durante unos minutos, los últimos que compartió con ella. ¿O estuvo eso relacionado? ¿Acaso tenemos la capacidad de eludir lo inevitable? Esas preguntas llevaban años rondándole.

De nuevo sus ojos vagaron entre Alfonso y Victoria, y sacudió la cabeza al recordar la ingenuidad con la que pretendieron callarlo y eludir la maldición. No ayudó a cavar bajo aquel olivo centenario el nicho donde enterraron el cofre con la carta incomprensible que les dio pena quemar, pero fue testigo. Ilusos.

Sonrió amargamente al recordar aquella mañana, al recordar una a una las palabras de la promesa que les hizo y seguía cumpliendo aunque conforme habían pasado los años sintiera con mayor intensidad incumplirla para abandonar una carga demasiado insoportable.

Pensando en la energía negativa y tangible del broche, vio con nitidez la transformación de Victoria al lucirlo. Pasaba de mujer temerosa a altiva beldad intransigente cegada por la atención de los demás, con una dependencia enfermiza por ponérselo en todas las celebraciones.

Entre esos recuerdos, la tentación de tirarlo al océano se abría paso y recobraba la fuerza perdida a lo largo de cuarenta años.

Volvió al escritorio arrastrando su pesar, se sentó en la silla y cogió del cajón un folio. Empezó a escribir con pulso firme: «*Querido Beltrán,*» Eso fue rápido, adoraba a su sobrino; en cambio, ordenar paso a paso lo que pretendía

contarle se le hizo imposible. ¿Podía creer que una rareza nacida de una mota insignificante era capaz de atraer el mal? ¿Lo aceptaría? ¿O lo tacharía de viejo loco?

Capítulo 25

TRAS PASAR TODO EL miércoles en Sanlúcar, llegaron a la playa poco antes de la puesta de sol. Los dos pretendían relajarse dando un paseo, lo necesitaban. Durante la mañana, Álix había podido fotocopiar el libro de cuentas del ducado donde se anotaron las transacciones, rentas e impuestos de las propiedades de Medina Sidonia. En un listado encontró que la finca se había intercambiado en 1751 por un valor de 243 750 reales a Dolores Mauris. No se mencionaba a cambio de qué. Curioso. Pero no tenía dudas, Mauris era la castellanización de Morris, algo que solían hacer con los nombres extranjeros.

Después, al ver uno de los retratos que se exhibían en el Salón de Embajadores del Palacio de los Guzmanes, confirmó su peor presagio para devolver la gargantilla a la corona. En un óleo de 1778, la esposa del XIV duque aparecía con la misma gargantilla de perlas negras engarzadas en oro blanco y diminutos brillantes que llevaba La Saboyana en los retratos de Miranda y Meléndez, anteriores a esa fecha. Eso podía confirmar que Dolores las canjeó por la casa, pero habría sido otra suposición si Beltrán no se hubiera empeñado en llevarla a probar los vinos de la bodega Barbadillo que estaba muy cerca del palacio. Allí coincidieron con un anciano, simpático y charlatán, íntimo amigo de su tío: Pedro Hidalgo, así se llamaba el hombre. Además de interesarse por la salud de Esteban, con gracia, les dio una lección de historia acerca del Ducado de Medina Sidonia que les arrancó divertidas

carcajadas aunque en el fondo sembrara dudas y misterio.

El anciano se explayó contándoles las vicisitudes que la noble familia había capeado desde tiempos inmemoriales, allá por la Baja Edad Media, hasta la actualidad, siempre marcada por el estigma de la tragedia, alianzas desafortunadas con otras ramas de la aristocracia y maldiciones como la infertilidad o fallecimientos repentinos dados a la compasión.

Pedro estaba convencido de que Dios es misericordioso para igualar con desgracias la fortuna de unos privilegios inmerecidos, condenando la avaricia del poder.

Mientras las olas morían en la orilla sin dejar rastro y en la distancia un hombre jugaba con un perro, sus siluetas se difuminaban bajo púrpuras dorados y eran los únicos que, como a ellos, no les molestaba el frío desagradable ni la humedad que mojaba sus ropas, Beltrán acompasaba sus pasos al ritmo suave de Álix.

Realmente, él tenía tal embotamiento en la cabeza que todo le parecía ridículo. Había intentado estar alegre, y a ratos lo consiguió; pero de nuevo volvía al estado ausente de los últimos dos días. Estaba harto de razonar con y sin sensatez buscando una explicación con peso o medio convincente que le permitiera afrontar otra conversación indeseada. Y, esta vez, el tema era personal. No dejaba de repetirse que la coincidencia de las muertes de su hermana y los padres de ella aquel 20 de octubre fue otra broma pesada de ese

destino caprichoso que los unía en desgracias. Incluso que él había sufrido las consecuencias del accidente tanto o más que ella, esto era una verdad incontestable, aún así retrasaba contárselo. Creyó estar comportándose como un paranoico; no podía evitarlo.

—Soy escéptica por naturaleza —comenzó diciendo Álix con la mirada fija en el horizonte—, creo en lo que se puede probar con hechos y teorías, ni ocultismo ni magia ni dimensiones desconocidas; pero después de haber conocido a Pedro no sé si será preferible ampliar mis miras. Es muy extraño que en dos sitios tan apartados entre sí como eran Madrid y Cádiz hace tres siglos circule la misma leyenda negra sobre el mismo collar... —Hizo una pausa—. No tiene sentido a no ser que fuese cierto, ¿no? —Él encogió los hombros—. ¿Y qué me dices del intercambio de la finca por 240 000 reales cuando la última tasación del collar completo era de 700 000?

—Nada. Para descifrar ese batiburrillo tendrías que contratar a un contable que también fuese brujo.

—Qué exagerado. Es cuestión de sonsacar la cifra adecuada del año adecuado.

—Pero sigues sin saber si el trueque fue por el collar. Pudo ser por otras tierras, cosechas, derechos de pesca...

—A ciencia cierta no lo sé, claro que no; pero teniendo en cuenta que en el palacio solo hemos visto el collar a partir de 1778, justo durante el ducado

coetáneo a la llegada de Dolores, que la venta aparece registrada en 1751 a su nombre y que es el único apunte de ese año en el que solo consta una cifra... Sin contar con la leyenda... Blanco y en botella. Creo que el duque le vendió la finca a Dolores por un precio irrisorio porque tasó a la baja el collar, así parecería que estaba haciéndole un favor cuando en realidad él hacía un negocio redondo con unas tierras poco rentables. ¿No has visto los ingresos que generaban antes de 1751? —le preguntó interesada, y Beltrán sacudió la cabeza—. Pues eran ínfimos comparados con otras fincas más pequeñas de Niebla, Sanlúcar o la misma Medina Sidonia.

—Si es lo que crees...

Álix se detuvo y alzó la vista para observarle los ojos. El ámbar estaba oscurecido, y no era por la escasez de luz.

—¿Te duele la cabeza? El vino entraba como el agua y esos son los peores...

—Un poco —respondió, y tragó despacio—, pero no es por el vino. Estoy cansado de todo esto, Álix. Me gustaría olvidar el maldito collar y... tantas cosas...

Ella tenía la mirada concentrada en su rostro.

—Piensa que sin el collar no nos habríamos conocido, no reniegues de él.

Beltrán gesticuló, cínico.

—Nosotros nos habríamos conocido de todas maneras.

—Es posible, tenemos un amigo común; nuestro cupido particular.

Álix pintó en sus labios una sonrisa bonita, reconfortante y solo para él. Aun así, vaciló antes de besarla. Cerró los ojos al sentir el calor que le daba fuerzas, el abrazo rodeándole la cintura que los acercaba a su única verdad. Esos sentimientos afectuosos eran su consuelo y la razón para avanzar sin tormentos aficionados a amargarlo.

—No puedo seguir sin contarte algo importante —le dijo al retomar el paseo.

La sonrisa de ella desapareció de manera automática, de golpe se estremeció por el miedo a perderlo.

—Dime —murmuró con un nudo en el estómago.

Beltrán notó su desasosiego, similar al de él, nada desdeñable, y arrancó a hablar. Por fin podía vaciar su conciencia después de transitar el infierno de los remordimientos.

Mientras prestaba atención a las palabras que fluían de Beltrán en un tono grave, Álix sentía por todo el cuerpo un frío intenso que no provenía de la playa. Podía notarlo interior, como una culebra reptando por sus venas. Pensó en misteriosas fuerzas enlazándolos en un despropósito, en casualidades escritas de antemano, casualidades gratas, horribles y retorcidas como esa. La tristeza se apoderó de sus ojos y rompió a llorar. Fue impactante admitir ese encadenamiento de sucesos entre ellos, dos desconocidos en aquel entonces,

dos desconocidos abocados a conocerse. ¿Y enamorarse? ¿Habían tenido poder de decisión o, simplemente, formaban parte de algún plan perverso e ineludible?

Álix necesitó sentarse en la arena. Balanceó el cuerpo adelante y atrás, sumida en la incompreensión.

—Sé que es casi irracional —dijo él, arrodillado a su lado. Apartó unos mechones cobrizos de su cara—, pero a veces estas coincidencias existen; no le des más vueltas, bastante lo he pensado yo para que tú también lo hagas.

—Es muy extraño... —comentó abstraída en la espuma del oleaje. A esas horas la noche ya lo había oscurecido todo, pero no tanto como sus tétricos pensamientos acerca de ellos. Empezó a convencerse de que ese azar era malévolo, paciente y tenía planeado uno a uno sus pasos. Había tardado dieciséis años en unirlos, a su antojo, y de forma despiadada los separaría cuando ocasionara el mayor daño. Si no, ¿a qué estaba jugando? Primero los presenta de manera fortuita, ¿o no? Y después los enmaraña en una red pegajosa donde el pasado los envolvía, y no un pasado cualquiera. El más doloroso. Quiso evaporarse. Aquella enormidad la aterró. No era capaz de ignorar que desde el primer momento con él había sentido una inseguridad pueril, aunque ahora creyera que fue una alerta de su instinto de supervivencia. No había otra explicación. Debía ser fuerte para escapar de esa sensación opresora que la llevaba a verse andando por un cable sin pértiga, siempre a

punto de perder el equilibrio y resbalar—. Abrázame.

Beltrán la observó un instante. Luego compartió su pena rodeándole el cuerpo sin apretarla demasiado pero con firmeza —aspiraba el olor de su cabello, sentía la humedad de su ropa en las manos— sin pasión ni lujuria, con sencilla ternura.

Así estuvieron mucho tiempo, en paz, dejando que sus emociones reposaran entre la quietud de la solitaria playa. Desearon curar sus almas maltrechas, salvarse, que bajo aquel manto de estrellas se perdiera el dolor por sus seres queridos. Sin luz, no volverían atrás.

Capítulo 26

BELTRÁN SABOREABA HIEL a ratos tan amarga que sentía ansiedad de escupirla. A los dos días de la conversación en la playa, rozaba la indignación por la actitud de Álix pasiva con él. Y, sobre todo, comenzaba a desquiciarlo su trato brusco hacia Lucía. Eso era lo peor, casi indecente. Apenas le sostenía la mirada cuando la joven se dirigía a ella, la complicidad y las divertidas risas brillaban por su ausencia, por descontado, también usarlo a él de mofa sin compasión ni medida. La atmósfera amistosa entre ellas había desaparecido para desconcierto de Lucía. Ni siquiera haber reconquistado su intensa actividad social la hacía inmune a un rechazo e indiferencia incomprensibles.

Esa misma mañana él se había visto en una posición que detestaba cuando Lucía le pidió explicaciones. Una dura diatriba resuelta con la mentira de un agobio laboral inexistente. Justificar a Álix no resultaba fácil, la perspicacia era una cualidad sobresaliente de Lucía, había sido una salvación efímera que no volvería a repetirse. No por su parte.

Con el propósito de aclararlo en breve, en cuanto regresaran de la reunión que habían acordado en unos minutos, salió al patio abrochándose los botones del abrigo corto que llevaba. Tras abrir el Toyota, Álix pasó por su lado sin decir una palabra. Estaba seria, con una expresión distante y alejada de la alegría que cabía suponer después de la llamada de su compañero del museo. Casi de manera tonta, esperó un cambio a mejor. No era descabellado ni ilusorio. ¿Por qué no expresaba un mínimo interés por conocer al hombre que había encontrado a los descendientes de Dolores y William Morris? Eso le frustró un poco más. Cerró su puerta dando un portazo y arrancó tras echar un breve vistazo al retrovisor.

En la carretera no había tráfico, y aceleró para callejear con pericia por el

barrio viejo. Esa parte de San Fernando solía estar frecuentada en la temporada estival, no en pleno invierno y con el mal tiempo de vuelta.

Traspasó la verja del museo y detuvo el coche en uno de los aparcamientos reservados para el personal. Durante un instante sopesó si sería el momento adecuado, pretendía aclarar el porqué de ese comportamiento errático que enturbiaba su convivencia aunque creyera conocer el motivo: tan simple como el miedo. Si no fallaba su intuición, Álix, en vez de apartar del pensamiento la coincidencia de los accidentes de sus padres y hermana, estaba canalizando ese miedo a modo de represalia contra Lucía. Posiblemente, por considerarla la más vulnerable. Era de una injusticia tremenda, lo sacaba de quicio, no se lo callaría ni un minuto más; contra él podía enfrentarse el mundo, en cambio, con Lucía no toleraba contiendas y mucho menos si estas eran injustas.

—¿Cuántas veces me has dicho que Lucía es como una hija para mí? —le habló rompiendo el silencio.

Álix se enderezó en el asiento.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Me parece mentira tener que explicártelo. —Beltrán arqueó las cejas—. ¿Te ha hecho algo? —El tono acusaba enfado, pero no le importó; a poco que intuyera, debía llevar notándolo unas cuantas horas. Álix no parecía animada a contestarle—. Según ella, entre vosotras no ha pasado nada, ¿y según tú? Me gustaría saberlo, porque me duele.

—No me pasa nada con ella —dijo al cabo de un instante—. Tengo muchas cosas en la cabeza, y quizá esté algo introvertida; pero no es nada en particular con ella.

—Está claro, también estoy incluido.

—Lo siento, aunque en el fondo no sea verdad. ¿Por qué tengo que estar justificando cada palabra que os digo o cada cosa que hago? No estoy acostumbrada a estar siempre bajo observación —comentó a la defensiva—, y

no tengo ningún problema con el silencio; es más, lo prefiero a estar hablando chorradas. Desde que llegué he tratado de ser simpática con ella, y ella siempre lo es conmigo, la verdad; pero llevo dos días horribles, dos días sin dejar de pensar en el accidente de mis padres, en tu hermana, en tu tío, en nosotros... Y voy a reventar... Lo único que te pido es que no me presiones por Lucía ni por nada; ahora mismo no, Beltrán.

—No estoy presionándote, te entiendo, porque para mí es igual o más difícil de digerir que para ti; solo quería saber que no estás pagando con ella tu frustración; solo eso. —Hizo una pausa, y al cabo de un instante, le aclaró—. Nunca le he contado cómo ocurrió el accidente de su madre, con que supiera que fue involuntario tenía bastante, entrar en detalles habría despertado su curiosidad. Preferí criarla manteniéndole vivo su recuerdo sin ensombrecerlo con ninguna clase de angustia.

Álix espiró una bocanada de aire y negó con la cabeza, apretando la boca.

—Era un bebé, no tuvo la culpa; fue mala suerte.

—Está claro, pero a veces podemos sentirnos responsables para entender las tragedias, y como mi hermana estaba atravesando una racha horrible con ella en el hospital, no quiero que piense cosas extrañas.

—Eres un padre estupendo —murmuró—. Y siento mucho no estar bien... Perdóname, no ha sido mi intención fastidiaros las vacaciones.

Álix se acercó a él buscando el perdón deseado con un respetuoso beso en la mejilla, sutil. Pero Beltrán era de naturaleza rebelde. Atrapó sus labios en un beso inconformista que sellaba su reconciliación de manera apasionada y ella recibió pletórica.

—Intentemos no discutir —dijo Beltrán, sosteniéndole la cara—, al menos no por nada que no provoquemos nosotros.

—Hecho —admitió de buen talante.

Guiándola de la mano al interior del museo, él creía superado su primer

enfado; ambos caminaban en la misma dirección. Sin embargo Álix, aunque estaba esforzándose para que la trágica coincidencia de la muerte de sus padres y de Irene no la condicionara, no era capaz de reprimir el rechazo mecánico a entregarse a él por completo. Como el temor al fuego tras haberte quemado una primera vez o a la electricidad después de una descarga. Era un miedo protector para salvaguardarla del peligro. Irracional.

Apretó cariñosamente la cálida mano de Beltrán entre la suya cuando subían por la escalera, huyendo de sí misma. No concebía alejarse de él, sería una pesadilla dramática que la sumiría en un fangoso lecho de dolor, pero le resultaba irremediable dejar de pensarlo; era superior a sus fuerzas.

Debía ser capaz de afrontar el miedo con la madurez necesaria, aceptar cualquier burla de ese nefasto azar tendente a amargarle la existencia en el momento más inesperado. Tenía pocas opciones. O actuaba como una persona adulta viviendo el presente sin influencias negativas del pasado o hacía la maleta y se despedía de la única persona que no deseaba perder. Y fue en ese instante, andando de su mano, cuando decidió luchar contra sus fantasmas.

«Fueron accidentes», se repitió. «Un cruce de caminos terrible en un aciago día, terminaron tres vidas y tres vidas cambiaron de rumbo». Por un fallo en el embrague de su coche, Irene González no pudo disminuir de marcha y perdió el control tras la curva cerrada que le impidió ver la señal de stop donde el camión hormigonera aguardaba para incorporarse al carril de aceleración de la autovía. Así de simple, así de certero para encontrar la muerte. Pensar que Irene no reaccionó con destreza, quizá agotada por la preocupación y el trajín de tener a su hija de pocos meses en el hospital, era zigzaguear entre inútiles lamentos y torturas. Como absurdo era pensar que su padre, por esquivar a un motorista imprudente, se estrelló contra un tráiler a la salida de Madrid en la carretera de La Coruña.

Ciertamente las coincidencias parecían sobrehumanas: mismo día, hora

casi exacta y dos camiones implicados, que apenas sufrieron daños. Pero dándole vueltas solo conseguía reabrir una herida casi cicatrizada, casi porque jamás se cerraría del todo.

Álix fue consciente reflexionando de todo lo que había sufrido intentando sobreponerse a su pérdida, mucho, y solo por eso no debía permitirse la deleznable injusticia de pagar su impotencia con alguien que ya había experimentado la ferocidad de la vida con el profundo zarpazo de la muerte de su madre estando totalmente indefensa. Sin lugar a dudas, la suerte de Lucía no tenía comparación a la de ella; podía considerarse una privilegiada por haber tenido la oportunidad de conocer y querer a su madre.

—¿Lista para una buena noticia?

Al escuchar la voz animosa de Beltrán, ella regresó a su presente. Afirmó en silencio, esbozando una ligera sonrisa.

Nada más entrar en el despacho, le sorprendió el tamaño pequeño y la sencillez de los muebles. Se fijó en el hombre que estaba de pie junto a una estantería metálica. Rondaba los treinta y cinco, delgado, de baja estatura y piel pálida. Por su semblante impasible, habría jurado que no tenía esas buenas noticias ansiadas; pero Beltrán lo conocía y había visto el brillo de sus ojos azules, se iluminaron como los de un niño travieso. Tras presentárselo, a Álix le gustó la fuerza de Daniel Trujillo y, por descontado, su fervorosa y desinteresada implicación al componer el árbol genealógico de Juan Morris Bernal a partir de los únicos datos del Registro Civil.

Atenta, tenía los cinco sentidos clavados en la explicación de Daniel. Desde Morris Bernal hacia atrás empezó a emocionarse tanto como crecía su desconcierto. No le sorprendió que Morris de Graff fuese su padre, por las fechas entre ellos no hubo otra generación en medio, ni que vendiera la finca en 1872. Él fue el último propietario de la familia Morris. Si bien, que su antecesor se apellidara Morris Santacilia le aceleró la mente a un ritmo

vertiginoso. Beltrán estaba igual, forzando su cerebro al mismo ritmo. Álix podía interpretarlo en su concentración.

Al cabo de un rato supieron que Edward Morris, el único hijo de Dolores y William que llegó a la edad adulta, se casó en 1772 con Inés Santacilia —única hija de Jorge Juan—, y dedicó su vida a la construcción de barcos.

En 1805, uno de los hijos de Edward, Juan Morris Santacilia, se casó con Isabel de Graff. Ella fue una de las descendientes de aquel holandés maestro de jarcias reclutado por Jorge Juan para modernizar la flota española.

Beltrán asintió despacio. Había acertado al suponer que los de Graff y los Morris debieron conocerse trabajando en el mismo sector. Siguieron por orden, y especularon durante unos minutos sobre las razones del bisnieto de Dolores y William, Juan Morris de Graff, para vender la finca. Quedarían en un enigma, aunque los posibles problemas económicos fueron la opción de mayor peso valorada.

Daniel recompuso la historia del resto de Morris hasta llegar a Álvaro Morris Hidalgo, un gaditano de cuarenta y nueve años, abogado penalista y con bufete en el Paseo Marítimo a poca distancia del Registro de la Propiedad.

—He estado tan cerca de él que se me pone el vello de punta —comentó Álix, pensando en que apenas pasaban diez días de su visita a Cádiz y en que físicamente pudo cruzarse con él.

—En todo este asunto, llevas estando cerca desde el comienzo —dijo Beltrán dirigiéndole un tono cariñoso.

Daniel alternó la mirada entre los dos, poco sorprendido, y habló:

—Es una incongruencia, pero lo he visto muchas veces. Podemos tener lo más buscado a un palmo de la nariz y no lo vemos porque la cercanía nos ciega. Y de repente, un día, se hace la luz; las cosas son así.

Álix agradeció su comprensión, pero no dejó de darle vueltas a su propia

incompetencia. Debió empezar a investigar siguiendo el rastro del apellido Morris antes que obcecarse en las perlas. De haberlo hecho, habría tardado dos segundos en encontrar por Internet a Álvaro Morris. Porque, ¿cuántas probabilidades había de apellidarse así viviendo en Cádiz? Poquísimas.

—No pareces muy contenta —dijo Beltrán al salir del museo.

—Pues lo estoy. Lo que pasa es que no dejo de machacarme por mi estupidez. He querido ir con calma componiendo la historia del collar basándome en las pistas que tenía, y no es que esté arrepentida de cómo lo he hecho —matizó, dándole a entender que gracias a eso estaban juntos—, porque ahora sé qué buscar con exactitud y por qué llegó a manos de Dolores Morris. —No mencionó el broche, aunque quedó suspendido en el aire; con él siempre aparecía detrás el tío Esteban y algún reproche—; pero podía haber sido más efectiva centrándome primero en el presente.

—El presente siempre debe estar antes que el pasado. —Beltrán le dio un beso en la mejilla y abrió la puerta de ella del coche. Tras colocarse al volante, agregó—. Y no olvides que no son significativos los días desde que fuiste al Registro a cambio de todo lo que nos ha traído.

Álix hizo un parpadeo largo, ¿cómo olvidarlo si a duras penas lograba evadirlo de su cabeza?

Capítulo 27

FRENTE AL ESPEJO, ÁLIX se arreglaba la camisa blanca que se había puesto con un conjunto negro de falda y chaqueta. Se vio favorecida, y un poco más delgada. Beltrán entró en el dormitorio con el móvil en la mano. Ella sonrió dedicándole una mirada de arriba abajo. No estaba segura cómo le gustaba más, si vestido con la formalidad de un traje o, como esa mañana, con vaqueros, un grueso jersey de lana blanca y la dejadez del incipiente vello salpicado de canas que le ensombrecía el rostro.

Extrañada, lo usual habría sido recibir algún piropo, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—No voy a poder acompañarte a Cádiz. Acaban de llamarme de la residencia, mi tío no se encuentra bien.

—¿No te han dicho lo que le pasa?

—Lleva pachucho varios días, con fiebre y tos.

—Será un catarro sin importancia, con estos cambios de temperaturas tan bruscos son habituales —comentó para tranquilizarlo—. Por mí no te preocupes, ya me manejo muy bien por el centro de Cádiz.

—No lo dudo —le dijo, acercándose hasta sostenerle la cintura—, pero me habría gustado ir contigo.

Álix le rodeó la nuca con los brazos.

—Eso tampoco lo dudo yo, pero hoy le serás de más utilidad a tu tío; luego te contaré todo lo que haya averiguado.

—¿Cenando en el restaurante pijo de Chiclana?

—O aquí con la niña, con este vendaval, lo prefiero.

Henchido de orgullo después de llevar varios días presenciando el retorno de la complicidad entre ella y Lucía, su mirada se convirtió en miel.

—Aquí, yo preparo la cena.

—Como siempre...

Unieron sus bocas despacio sin permitirse ceder a la lujuria. Saborearse fue un pequeño anticipo para incrementar la expectación y salir del dormitorio arrobados por el aroma del otro como consuelo ante el inesperado cambio de planes.

Álix guardó en un bolso grande una carpeta llena de documentos, volvió a despedirse de Beltrán en el patio donde tenía aparcado el Audi.

—Cuando termine, me pasaré por el centro comercial.

—Podemos ir juntos esta tarde —comentó él—. ¿Qué quieres comprar?

—Nada... Por dar una vuelta.

—¿Prefieres ir sola? —le preguntó creyendo que su intención sería comprar regalos para Reyes.

—Sí, si no, no hay sorpresa.

Beltrán sonrió y le dio otro beso en los labios.

—En el fondo eres una niña pequeña, te gustan los regalos más que a Lucía.

—A ver con qué me sorprendes, porque te noto algo rezagado.

—Eso es lo que tú crees, mis cositas las tengo bien guardadas desde hace varios días.

—¿Ah, sí? Vaya... Ahora me voy con la intriga.

De buen humor, Álix tardó poco en poner rumbo al bufete de Álvaro Morris Hidalgo. Pensó en la gentileza del hombre al haber accedido a reunirse con ella en plenas vacaciones navideñas. Esa predisposición la sorprendió bastante, pero no menos que una mal disfrazada curiosidad por la búsqueda del collar o la impresión de que no ignoraba su existencia.

Al cabo de unos minutos circulaba por el larguísimo brazo de tierra que une San Fernando y Cádiz envuelta en un batiburrillo de misteriosas

suposiciones acerca del abogado. El paisaje rodeado de agua se desdibujaba entre una claridad apabullante y el intenso viento. El coche se balanceó bruscamente y, de vuelta a la realidad, sujetó el volante con firmeza. Aunque mínimo, existía el riesgo de terminar en las vías del tren que transitaban junto a la carretera.

Pasado el susto, su memoria tuvo el detalle de regalarle ráfagas de la divertida fiesta de Nochevieja a la que asistió en casa de un íntimo amigo de Beltrán al que solo conocía de oídas. De forma automática, evocó entera esa velada a la que en un principio ni siquiera quiso asistir por su timidez natural. Siempre la frenaba, y fue reticente, pero en una guerra perdida de antemano contra la insistencia de Beltrán; él venció sin demasiado esfuerzo. Recordando sus argumentos, sonrió; no podía ser más embaucador, ni ella podía estarle más agradecida. Habría sido un error dejar pasar la ocasión de conocer a su círculo cercano y era justo reconocer que la recibieron con los brazos abiertos.

Beltrán la presentó como su pareja, obviar lo evidente habría parecido absurdo, y como tal actuó durante toda la noche. Primero, cuando el grupo — diez sin contarlos a ellos, formados por cuatro matrimonios y dos solteros de edades oscilando entre los treinta y los cincuenta— se interesó en el inicio de su relación, convertido en su sombra protectora, Beltrán cortó por lo sano una guasa poco malintencionada. Podría decirse que todos sus amigos estaban felizmente expectantes, cómplices con ella. Después, como orgulloso introductor destacó sus méritos profesionales; y, finalmente, siendo el compañero ideal mientras bailaban sevillanas contagiados por el fervor de la diversión.

Esos recuerdos le aportaban el bienestar de sentir cómo poco a poco iba formando parte de su vida, respetando sus costumbres y acercándose a personas importantes para él. A la más importante ya le había pedido

disculpas, su relación de nuevo discurría sin el estigma de un despreciable resentimiento pese a haber necesitado reflexionar para dispersar la frustrante niebla que solo les ocasionaba un doble dolor al reabrir viejas heridas. Ni la joven se merecía verse involucrada ni ellos pasar dos veces por tal sufrimiento. Podía interpretarse como sensata inteligencia o madurez emocional. Aspiró por la nariz, satisfecha, llena del placer que otorgaba tener la conciencia de actuar correctamente.

Las palabras de Beltrán: «El presente siempre debe estar antes que el pasado», acudieron a ella de pronto. Tenía razón, él era su presente. Volvió a sonreír, con la imagen de sus ojos grabados en las retinas. Era capaz de recrearse en las tonalidades de esa mirada durante horas. Variaban desde el ámbar luminoso en sus momentos de serenidad, pasando por la miel de sus tiernas despedidas hasta la transfiguración al whisky cuando se enfadaba. Con todas sus tonalidades tenía el poder de derretirla y, dado el caso, de enfriarle la sangre como sucedió mientras defendía a Lucía. Era un padre intransigente y cariñoso en una mezcla extraña, perfecta, con un sentido notable de la responsabilidad y de la justicia; y eso para ella solo evidenciaba que él era un hombre notable; su hombre notable, paciente y enamorado.

Con las emociones a flor de piel, tenerlo presente lo conllevaba, llegó a Cádiz sin darse cuenta, cuando ya había tomado otra decisión importante: no dilatar más sincerarse con él. Después de cenar encontraría el momento adecuado para ser honesta, valiente, y acabar con otra estúpida injusticia.

Al salir del coche, el viento helado le azotó la cara. Quiso gritar que estaba enamorada, que su amor volara libre por el aire con la energía de un empuje soberbio. Ese poderío sobre la playa le robó la atención mientras caminaba medio encorvada por la amplia acera del Paseo Marítimo pendiente al furioso oleaje, tanta fuerza movía y levantaba la fina arena en remolinos parecidos a los mechones alocados de su cabello.

Recorrió la distancia hasta el alto edificio donde Álvaro Morris estaba esperándola luchando contra uno de los *Sesenta Aulladores*. No podía correr, no podía hacer nada más que dejarse arrastrar a merced de las violentas ráfagas.

Dentro del portal se hizo un moño y, una vez en el ascensor, se puso las gafas de vista observándose frente al espejo del fondo. Bufó un poco agobiada. No era algo forzoso aparentar seriedad, pero se identificó ante Álvaro Morris como conservadora de Patrimonio del Estado, había tenido la molestia de vestirse de manera sobria y el estropicio del cabello casi trastoca su loable propósito de darle una buena impresión fundamental para ganarse su confianza.

Vivió unos segundos de inseguridad poco edificantes, nimios comparados al tener enfrente a Álvaro Morris. Era un hombre de elevada estatura, complexión fibrosa bajo una apariencia informal y el bronceado que revelaba la práctica de algún deporte al aire libre; con el cabello castaño, resaltaban vetas rubias, onduladas y un poco largas; el rostro de rasgos equilibrados y unos pícaros ojos verdes que derrochaban simpatía. Impresionada, estrechó su mano grande. Los hombres demasiado atractivos siempre le causaban el mismo efecto. Por fortuna, no durante mucho tiempo.

—Su llamada ha sido toda una sorpresa —dijo Álvaro con una amplia sonrisa—. Es un honor que una entidad como Patrimonio se interese por mi familia, por eso me he tomado la libertad de invitar a mi padre. Si alguien puede despejar sus dudas, ese es mi padre; se ha pasado media vida indagando en el origen de nuestro apellido.

—Estupendo, porque necesito remontarme al origen en Medina Sidonia.

Álix siguió los pasos del abogado por una estancia luminosa que daba a la playa y tenía en las paredes unos cuadros de flores abstractas. No era grande, parecía un salón reconvertido en sala de espera por los sillones de piel oscura

y una mesa con una pila de revistas. Había solo dos puertas, blancas y austeras.

Atravesaron el umbral de una de las puertas, accedieron a un despacho elegante por el mobiliario de época y la biblioteca atestada de volúmenes de legislación, y Álix dibujó en sus labios una sonrisa conveniente al dirigirse a un hombre mayor, en torno a los ochenta años, de apariencia distinguida por su cuidada barba asediada por la edad y galantes movimientos suaves. Era Juan Morris Pascual, el penúltimo Morris en el árbol genealógico que había hecho Daniel.

Durante unos breves minutos los tres mantuvieron una charla trivial sobre el mal tiempo. A Álix le resultaban agradables. Apreció su acento gaditano mucho más marcado que el de Beltrán, con una entonación casi musical, fácilona, con palabras propias y tan diferentes a la dureza del madrileño.

Luego, sentados en la mesa, ella sacó del bolso la carpeta y empezó enseñándoles la fotografía del cofre, la carta de William Morris y su traducción. Podía percibir la sorpresa en los ojos verdes de los hombres, en las miradas que cruzaban, y nada más ver los retratos de María Luisa de Saboya con el collar, sin aún haber escuchado la historia de *Las Perlas de las Reinas*, hubo un detalle en Juan Morris que despertó su curiosidad. Medio sonriente, asentía con la cabeza como si confirmara una sospecha.

Al ver su árbol genealógico, ambos lo repasaron minuciosamente; estupefactos o emocionados.

—No sabe cuánto le agradezco esto —comentó Juan—, es la primera vez que alguien corrobora la historia que me contó mi abuelo. —Centró la mirada en Álvaro y le dijo—. ¿Ves? No era ninguna invención.

Álvaro mantuvo los ojos fijos en él.

—¿No lo sabían? —preguntó Álix.

—No —respondió Álvaro—. Hasta hoy pensábamos que era una leyenda

familiar, un bulo piadoso que fue pasando de generación en generación por justificar la pérdida del patrimonio. Por supuesto, sabíamos que Morris es un apellido inglés —concluyó con ironía.

Álix inclinó un poco la cabeza, en un asentimiento condescendiente. Pronto empezó a narrarles cómo Dolores cambió la gargantilla por la finca del duque de Medina Sidonia. Juan soltó un resoplido desdeñoso. No disimuló su hartazgo por la aristocracia, aunque no había mostrado ninguna emoción al oír que su antepasado obtuvo el collar de forma sospechosa. Ella pensó que cada cual siempre escogía de una misma versión la parte más romántica, nada de marineros traidores o viudas espabiladas.

—¿Por qué no me cuenta la leyenda del collar que conoce? —incitó Álix a Juan.

Álvaro reclinó la espalda en la silla y cruzó las piernas, se acomodaba para escuchar de nuevo una historia manida.

—No es sobre un collar —dijo Juan, frunciendo el entrecejo—; lo que mi abuelo me contó fue sobre este broche. —Señaló el retrato de la reina donde lucía la lágrima en el pecho—. No puede ser de otra manera, sería una casualidad inaudita que coincidiera la descripción y que haya aparecido el cofre en una propiedad que fue de nuestra familia más de un siglo. ¿No cree?

—Sinceramente, Juan, he dejado de creer en todo. En esta investigación estoy descubriendo cosas tan inverosímiles que ya no me extrañaría nada.

—Hasta donde yo sé, a mi abuelo esta historia se la contó el suyo, y a este su padre, que fue quien vendió la propiedad. Y, por lo que acabo de ver en nuestro árbol genealógico, fue el único nieto del hijo de Dolores y William —comentó refiriéndose a Juan Morris de Graaf—. La historia empieza con la llegada a España desde Inglaterra de Dolores con sus tres hijos, era viuda, y vino porque su hermana se había casado con un oficial español. Al quedarse sola con los niños buscó el calor familiar. Usted acaba de aclararnos otra

cosa, y la carta avala su teoría; así que esta parte debió ser fruto de la imaginación del abuelo, o vete a saber de quién —contó amable, y Álix movió la cabeza dándole la razón—. En nuestra historia, como le he dicho, no se menciona ningún collar, pero sí un broche majestuoso de oro y brillantes con una lágrima negra. Ahora me cuadra que Dolores lo trajera todo de Inglaterra, y tiene su lógica que vendiera la gargantilla al terrateniente más poderoso de la zona porque no tendría ningún medio de subsistencia.

—O porque le hiciera una oferta golosa —aportó Álvaro.

Tampoco camuflaba su hostilidad contra la Casa Ducal.

—En los registros de las rentas hay un apunte del precio —dijo Álix, y se detuvo. Opinar acerca de la desvalorización del collar podía echar más leña a una hoguera contra la Casa Medina Sidonia que ya ardía con conatos enérgicos —; pero es complicado saber si se trataba del collar o no. Siga contándome la leyenda del broche.

—Pues... —Juan dudó y desvió la vista hacia Álvaro, que le hizo una indicación con la mano para que continuara—, parece ser que todo lo que tenía de bello lo tenía también de negativo. —Volvió a vacilar, no quería que Álix lo tildara de ingenuo, pero añadió—. Estaba maldito.

Álix mantenía la compostura, aunque estaba saturada de ese submundo recurrente que todos aceptaban como algo natural.

—¿Sabe qué clase de maldición tenía?

—Mal fario en general —respondió Álvaro con guasa—. Las mujeres que se lo ponían caían fulminadas como moscas. Por eso nuestro antepasado Juan Morris de Graaf lo emparedó en uno de los muros de la casa. Después vendió la finca y se trasladó aquí.

La mente de Álix trabajaba a marchas forzadas. «¿Emparedado en uno de los muros? ¿Entonces? ¿Cómo había aparecido el cofre enterrado bajo un olivo?».

—Su mujer murió a las pocas horas de volver del bautizo de su hijo, llevó el broche —aclaró Juan—. Según mi abuelo, tenía un poder asombroso; tocarlo significaba morir.

—Claro, y las desafortunadas siempre eran las mujeres —comentó Álix.

—Para presumir hay que morir —bromeó Álvaro.

Juan parecía ofendido, miró a Álix y se dirigió a ella:

—Puede creerlo o no, pero esta, esta y esta —habló vehemente, señalando con el dedo en el esquema del árbol los nombres de Inés Santacilia, esposa de Edward Morris, muerta en 1780; de Isabel de Graaf, esposa de Juan Morris Santacilia, muerta en 1807; y de Manuela Bernal, esposa de Juan Morris de Graaf, muerta en 1833—, fallecieron a las pocas horas de bautizar a sus hijos pequeños; por lucir el broche —matizó convencido—. Es más, a principios de la década de los setenta, un matrimonio de San Fernando compró la casa —comentó, ajeno a que Álix estaba en guardia. Ella no dudó de que hablaba de los padres de Beltrán, por las fechas eran ellos, tuvieron la finca desde el 70 al 82, o el 83 cuando Esteban la vendió—, ¿recuerdas lo que les pasó? —le preguntó a Álvaro.

—Sí, papá. Pero eso pudo ser mala suerte de la buena.

—No sabía que hay mala suerte buena —dijo Álix con un rastro sardónico—. ¿Qué le paso a ese matrimonio?

—Murieron en un accidente aéreo en Málaga, fue noticia en todos los periódicos nacionales —respondió Álvaro—; pero mi padre está empeñado en que encontraron el broche y..., ya sabe, broche igual a muerte.

Álvaro sonrió, y Álix; aunque ella lo hizo por cortesía.

—¿Solo basa ese empeño por el accidente?

—No —contestó Juan rotundo—. Como está viendo, la Tacita es muy chica —aludió a Cádiz—, y La Isla más —en alusión a San Fernando—, no voy a decirle que nos conocemos todos, pero casi. Si no directamente, siempre

tenemos amistades comunes. A lo que voy, conocía a Alfonso González Nieto y a su mujer, el matrimonio que murió en el accidente aéreo de Málaga — recalcó sin saber que no hacía falta—, porque el propietario de la casa anterior a ellos fue Luis López Peral. Luis y yo éramos amigos desde que estudiamos juntos en los Salesianos, y él era amigo de Alfonso porque habían sido vecinos. Coincidí varias veces en San Fernando con Alfonso y su mujer después de que compraran la casa, nos saludamos amigablemente, y esas mismas veces ella llevaba el broche. No me pregunte cómo, porque no lo sé; pero de alguna manera lo encontraron y se lo quedaron.

Álix bajó la mirada, aturdida.

—¿Está seguro? —le preguntó cuando pudo hilar dos palabras.

—Sí. Ella lucía el broche como si fuera una reina, era una mujer muy guapa; pero con el broche parecía otra.

—¿No decías que el broche también acabó con la hija?

Álvaro terminó de hablar ajeno a la expresión hierática de Álix.

—A veces lo pienso... —Juan amagó una sonrisa, que se convirtió en una línea recta al ver la cara pálida de Álix—. ¿Está bien?

—Sí —afirmó rápido, tras unos repetitivos parpadeos—, por favor, continúe.

—La hija de Alfonso y su mujer..., no recuerdo el nombre...

—Victoria Fonseca Márquez —dijo ella en un tono plano—, su nombre está en la nota simple de la escritura —matizó sin interés en desvelarles nada personal.

—Eso es, Victoria —repitió animado, recordando su porte elegante—. Pues ella y Alfonso al morir dejaron un niño y una niña de corta edad, y la muchacha... se mató hace unos años en un accidente de tráfico. Creo que pudo llevar el broche porque lo normal es que fuese ella la que lo heredara en vez de su hermano.

De nuevo, ese accidente de tráfico; y ahora, con la sombra del broche revoloteando. Álix había entrado en una espiral donde el principio y el final siempre eran el mismo: el maldito broche.

—Ya que el actual duque de Medina Sidonia difícilmente va a devolver la gargantilla —empezó a decir Álvaro sonando cínico—, le aconsejo que busque al hijo de Alfonso González. Trabaja en el Museo Naval de San Fernando, dará con él fácilmente.

—Busque al hijo y encontrará el broche —sentenció Juan.

Álix no estaba dispuesta a admitir suspicacias de nadie sobre Beltrán, pero quiso que la tierra se la tragara. Les agradeció la reunión y, tras recoger los documentos de la mesa, de forma amable abrevió la despedida estrechándoles la mano.

En cuanto salió, tocó el pulsador del ascensor con el índice tembloroso. Al verse a solas en la cabina, pegó la espalda en el espejo y, cerrando los ojos, soltó un profundo suspiro. Mientras bajaba, con el eco de las últimas palabras de Juan Morris en la mente, descartaba que Irene hubiese llevado el broche el día del accidente, ¿a cuento de qué iría al hospital con él?, ni que Beltrán supiera nada; sin embargo, no apartaba de su pensamiento al venerable anciano que desde el primer momento le dio mala impresión. ¿Además de ocultarle a Beltrán que vendió la casa de sus padres y administrar su herencia como quiso, además, sería posible que tuviera el broche? ¿O lo habría vendido? Si no, ¿dónde estaba?

Capítulo 28

AL ENFILAR EL PORTÓN del patio, y pese a la prudente velocidad con que conducía, le faltó pericia y rozó el lateral del coche con el muro. Beltrán no estaba centrado, no había conseguido estarlo desde que salió de Marbella a las dos de la tarde. Terminó de aparcar y se bajó para comprobar el alcance de su error. Bramó una retahíla de tacos, pasando dos dedos por la superficie de la chapa, y se dirigió a la puerta de su casa. Entró sin preocuparse por cerrarla, de eso se encargó el viento, y subió la escalera dando zancadas con la intención de despejarse en la ducha antes de que Álix regresara.

El agua helada dolía como punzadas eléctricas, soportarlo era inhumano; pero resistía. Se encontraba sumergido en una tenebrosidad tan densa y absoluta, que no solo lo engullía todo a su alrededor, sino las emociones y la razón, convirtiéndolo así en un ser peligroso. Había llegado a tal extremo por arte y gracia de la mayor discusión de su vida.

Antes de afeitarse, mientras preparaba el jabón y la brocha, contempló su rostro frente al espejo del lavabo. El rictus severo acentuaba sus facciones; y el enrojecimiento de los ojos, un aire colérico que a duras penas podía controlar.

Ni en sus peores pesadillas habría imaginado lo que le aguardaba en la residencia. Llegó preparado para encontrarse con un anciano enfermo, no para discutir con él acerca de Álix. Su tío fue grosero, ofensivo tachándola de oportunista y manipuladora. Hasta osó vaticinarle con una agresividad irracional serios problemas de seguir con ella. Ese afán por separarlos propició la exaltada discusión que aún le resonaba en los tímpanos y a su vez había reavivado sus sospechas sobre él.

Estaba convencido de que tanta inquina sin conocer a Álix debía estar

relacionada con las perlas negras, y así se lo recriminó. Esteban fue rotundo negándolo. Era desconcertante, bochornoso, que hubiera usado unos inapreciables síntomas de catarro para intentar imponerle la ruptura que él no quería plantearse bajo ningún concepto. Siempre había sido independiente, y libre a la hora de elegir a sus parejas, nunca se había dejado influenciar por nadie ni nadie había interferido en sus decisiones. De tal manera, ¿cómo su tío, conociéndolo, había tenido la desfachatez de exigirle nada? No halló explicación posible, era inaudito y denigrante.

Terminó por repasar su despedida, una retahíla de palabras definitivas, como si fuesen sus últimas palabras, y llegó a la conclusión de que fueron otra maniobra manipuladora con el objetivo de lograr su propósito. Era frustrante el deterioro mental del hombre que consideraba su padre. Necesitó agarrarse a la demencia senil para justificar esa puñalada traspera que, añadida a su desconfianza acerca de la omisión por la venta de la finca, abrió entre ellos una brecha honda y escabrosa.

Empezó a afeitarse resiguiendo el contorno de sus facciones como quien perfila una falsa careta de tolerancia. Debía ser tolerante aunque no reconociera en ese anciano flaco, de huesos quebradizos y ojos cansados, al hombre alto y enérgico que había estado a su lado cuarenta años. En el ocaso de su vida, no dejaría que les distanciara un egoísmo achacable a esa senectud que cambiaba irremediabilmente a las personas con saña brutal. De ahí la repetitiva arenga para perdonarle su desastrosa metedura de pata.

Como teoría resultaba perfecta, pero ponerla en práctica era otra cuestión. De hecho llevaba tres horas intentando no tomarse su agresividad como una afrenta, sin ningún éxito.

Beltrán terminó y se limpió los restos de jabón con una toalla, fijándose en sus pupilas ya menos enrojecidas que refulgían como caramelo líquido. De manera esmerada analizó las cortas arrugas en el contorno de sus ojos, huellas

naturales del implacable paso del tiempo y de la proximidad de ese envejecer que le atemorizaba más que la muerte. Era un desafío hacerlo con dignidad, sin perder la cordura, sin sufrir ni ser una carga para nadie. Quizá Esteban pensó lo mismo antes de ir deteriorándose hasta el difícil punto en el que se encontraba. «Un punto algo volátil, por otra parte», recordó.

Esteban tenía facilidad para olvidar cualquier información reciente, preguntaba por lo mismo o confundía a las personas con una reiteración agotadora; también se quedaba en blanco durante algunas conversaciones o perdía la noción del tiempo y el espacio; sin embargo, y esto era lo extraño, a veces presenciaba drásticos cambios de humor, enfado y pesimismo al evocar viejos acontecimientos y fechas exactas de cincuenta años atrás, inalterados, y eso le inducía a creer que de alguna manera aún manipulaba la memoria a su antojo.

Beltrán espiró, desanimado, esforzándose por mantener las buenas cualidades de su tío sobre esas que lo hundían en dudas y frustración. Eran demasiadas las emociones con las que debía bregar, aunque la más ingrata no podía evitarla y, encima, se la provocaba él mismo al no haber eludido la discusión cuando estaba en plenitud de sus facultades mentales. Aquella desapacible mañana de enero había cometido el error de dejarse guiar por la rabia, y en ese justo instante la culpabilidad lo abocó a una profunda tristeza.

Pensando en que tenía tiempo de sobra para preparar una cena creativa que le distrajera un buen rato, sorprendería a sus chicas, se vistió con ropa cómoda y bajó a la cocina. Recibió un escueto mensaje de la adolescente: «*Llegaré a las 5. Estoy con M y Y*». No se molestó en responderle, hasta lo agradeció.

Con un botellín de cerveza en la mano, abrió el armario de la despensa. Tenía delante un buen avituallamiento, y la cabeza bloqueada para elegir una combinación apetecible. De repente, oyó el motor del Audi. Resopló al dar

por finalizada una loable acción sin haberla empezado, le dio un trago a la cerveza y se dirigió al ventanal del salón.

Cuando Álix entró, él estaba mirando el jardín. Tras un saludo seco, Beltrán se giró para verla de espaldas, sin bolsas de regalos ni nada en las manos, frente al mueble donde se alineaban sus fotografías familiares.

—¿No has encontrado lo que buscabas? —le preguntó de buen talante, andando hacia ella con el botellín en la mano derecha.

Álix había cogido el marco de plata que tenía la fotografía del bautizo de Irene. Observaba sin pestañear, ni siquiera lo escuchó acercarse.

—Es verdad... —susurró. Esa imagen era la prueba que evidenciaba lo increíble, lo que se había negado a aceptar desde la insistente afirmación de Juan Morris. Semioculto por el faldón de Irene, veía con claridad el broche. Ahí estaba la lágrima negra engarzada en oro y brillantes, tal cual aparecía en los retratos de la reina. Eso no le dejaba otra salida que volver a Madrid de inmediato dando por finalizada la búsqueda para empezar con los trámites de restitución a Patrimonio Nacional. Mal juró por lo bajo, reprochándose su falta de atención cuando vio esa foto dos semanas atrás; fue tonta; aunque inconscientemente lo reconociera al ver los retratos con Carmen. Tenía presente aquella sensación de haber visto antes el broche. Volvió la cabeza para encarar los ojos cálidos de Beltrán—. Dime que no sabes nada.

Él terminaba de darle un trago a la cerveza y cambió la expresión, de la comodidad recién reencontrada pasó al desconcierto.

—¿Sobre qué?

Álix le tendió el marco. Tensa, estudió su rostro cuando él fijo la vista en la fotografía.

—¿No lo ves? —le preguntó sin enmascarar el tono hostil—. La primera vez que vi esta foto se me pasó, pero tú llevas viéndola toda la vida...

Beltrán levantó la mirada.

—No sé lo que debería ver aparte de a mis padres con mi hermana y conmigo.

Ante él, observando esa reacción donde brillaba el desconocimiento, se le acabó de caer la venda de los ojos.

—¿Cómo está tu tío?

Beltrán alzó las cejas.

—Bien. ¿Puedes decirme lo que te pasa o es una táctica para volverme loco? Porque te advierto que no estoy para aguantar ningún tipo de jueguito.

—Yo no juego, Beltrán. Ni miento. Pero me temo que tú estás acostumbrado a los engaños y ya no distingues la realidad de los cuentos. Es el precio que estás pagando por tener tan cerca a un profesional. —Apretó los labios al hacer una pausa, movía la cabeza mostrándose disconforme—. Tu querido tío, ¿no estaba malísimo esta mañana? ¿Se ha recuperado solo con verte? ¿O no estaba malito y quería llamar tu atención?

Beltrán sufrió ese ataque de cinismo en posición pétrea, con la mente en blanco. No era capaz de pensar con coherencia ni lógica cuando estaba bloqueado por la ignorancia.

—Te sugiero que dejes al margen a mi tío, Álix. Llevo encima un día horrible, por hoy he discutido todo lo que tenía que discutir. No me provoques y háblame claro. ¿Qué te ha dicho Álvaro Morris?

—Muchas cosas —contestó seca—. ¿Y a ti tu querido tío?

De nuevo, Beltrán percibió hostilidad entre la ironía, empezando a irritarse de verdad.

—Prefiero no compartirlo contigo —habló y, pendiente a sus ojos castaños, le devolvió la fotografía—. Es mejor que los temas familiares queden en familia.

Beltrán dio la vuelta, apurando el último trago de cerveza, y tiró el botellín a la basura. No le apetecía discutir sin sentido y desventaja, su cupo lo tenía

cubierto durante una larga temporada. Abrió la corredera del salón para sentir el viento en la cara y alejarse un rato a una distancia prudencial mientras ella calmaba esa beligerancia enconada contra su tío. Casualmente, quien aquella mañana había empezado a cargar contra ella casi calcando el mismo patrón. Por no acabar igual, su escapada al jardín era la manera más inteligente de evitarlo.

Rodeó la piscina congelándose, aun así, el fiero azote del aire no lo amilanó. El frío húmedo le calaba los huesos, las copas de los árboles se bamboleaban con fragilidad y el trémulo rugido de las olas flotaba salido del infierno. El espantoso atardecer parecía anunciar un abismo nocturno. Contempló en el cielo un espectáculo sanguinario, los azules se rompían en pedazos perdiendo fuerza al huir de la masacre que se imponía sobre el horizonte.

Cansado de pasar frío, intuyendo que en esa precipitada llegada el desprecio hacia su tío tenía relación con la visita al abogado, fue al encuentro de Álix con el buen propósito de hablar tranquilos.

No estaba en el salón, y subió al dormitorio. Mientras deslizaba los pies por los peldaños de la escalera, la voz indignada de ella hablando sola sobre su tío, lo precipitó a no comedirse al entrar en el dormitorio:

—¡Déjalo ya! —rugió tras cerrar la puerta de golpe. Álix, que guardaba su ropa en la maleta, soltó con malos modales un jersey en la cama y se acercó a él—. ¿Qué te ha hecho? ¡Dime! ¿Qué te ha hecho un hombre al que has visto una vez?

—No me ha hecho nada, ¡te lo ha hecho a ti! —gritó roja de rabia—. ¡Es un mentiroso! ¡Llevas toda tu vida con un mentiroso manipulador!

—¡Justamente como él te ha descrito a ti! ¿Qué mierda os pasa a los dos?
Álix abrió los ojos de par en par.

—¿Te ha dicho que soy una mentirosa manipuladora? —le preguntó

incrédula, pensando que ni toda la eternidad envejeciendo podía justificar tanto descaro—. Menudo sinvergüenza... —dijo negando con la cabeza—. Sabe que lo he pillado y pretende alejarte de mí para mantener oculto otro de sus secretos. A ver qué rollo te cuenta esta vez... —Torció la boca dibujando una sonrisa desdeñosa y volvió a centrarse en la maleta, ignorando la figura inmóvil de Beltrán. Estaba a su espalda, como una columna de hormigón a punto de derrumbarse sobre ella—. Intentará agarrarse al artículo 35 del Código Civil... —murmuró—, pero le va a salir el tiro por la culata...

—¡Mírame a la cara cuando me hables! —exclamó Beltrán, tirándole del brazo. Al tenerla a pocos centímetros, pudo comprobar cómo la adrenalina le atropellaba la respiración—. ¡Explícame qué está pasando con mi tío! —exigió furibundo.

—Que lo haga él —habló sin apenas despegar los labios. Era eso, o liar la peor trifulca de su vida con la única persona que habría deseado ni comenzar a discutir. Asumía su error al haber entrado directa a por la fotografía, pero no era nada permisiva aceptando la ceguera de Beltrán—. Aunque igual que antes me has advertido que no estabas para aguantar ningún juegucito, ahora soy yo la que te advierte de que vas a llevarte la sorpresa de tu vida. No es ninguna tontería, Beltrán —añadió en un tono severo—. Ese hombre no solo te ha engañado a ti.

—¿Qué ha hecho? —preguntó con los ojos fijos en ella, aplacando su voz.

—Tiene el broche, y va a devolverlo —anunció esgrimiendo una pobre sonrisa—. Abajo está la prueba de que tus padres lo encontraron. Él debe saber cómo; pregúntaselo. Yo me voy a Madrid para ponerlo en conocimiento del museo y que tomen las medidas oportunas. Cuando sepa algo, te lo diré.

—¿Qué? —Beltrán necesitaba oírlo de nuevo, y se lo repitió él mismo—. Te vas a Madrid porque dices que mi tío tiene el broche que te trae obsesionada desde que te conozco y que me llamarás para mantenerme

informado cuando sepas qué hará Patrimonio para reclamárselo... —Asintió totalmente alucinando—. Estás loca de remate. No sé cómo he podido equivocarme tanto... ¿Cómo?! —estalló—. ¿Cómo he podido meterte en mi casa?! —Se alejó hacia la puerta—. Vete —escupió al volverse para mirarla—. No quiero saber nada más de ti.

Fue entonces cuando ella sintió pánico de verdad, por primera vez escuchaba la voz de Beltrán como si le hablara a cámara lenta. Algo extraño e inexplicable los separaba, podía palparlo en el ambiente perfumado del dormitorio.

—Esto no tiene por qué afectarnos, no debe afectarnos. —Álix se acercó a él despacio, de forma prudente y sin apartar los ojos de unas pupilas refulgentes, densas como fuego líquido. Vio con claridad las llamas del desastre en esos dorados indómitos. Asustaban. Empezó a arrepentirse por su falta de tacto, por consentir que sus palabras lo hubiesen envenenado—. Beltrán, por favor, escúchame... No ha sido mi intención discutir contigo, me he dejado llevar por el enfado que tengo... porque me duele que tu tío esté ocultándote algo tan importante... Te quiero —le dijo emocionada—; no nos hagas esto, por favor... Sentémonos a hablar con tranquilidad, lo entenderás todo, por favor... y perdóname por haber sido tan brusca —rogó llorando—, por favor...

Beltrán se mantuvo indiferente a sus lágrimas, pretendía escarmentarla; lo necesitó para mantener su fortaleza.

—No tenemos nada de qué hablar, sal de mi casa.

Álix agachó la vista, cerró los ojos durante un segundo al negar lo último que habría esperado y, tirando de su dolor, con el corazón hecho añicos, agarró la maleta para alejarse de aquel paraíso convertido en espiral turbulenta. Vio a Beltrán de espaldas frente a la ventana y de nuevo buscó palabras que mitigaran su rabia, no las halló. Ya era imposible reparar el daño

en sus almas.

El fuerte viento la castigó un poco más cuando guardaba la maleta en el coche, pero fue brisa en su cabello revuelto comparado con el malestar de sentirse perdida allí en medio. Lucía entró en el patio y se dirigió a ella sin ocultar su sorpresa en cuanto le vio la cara mudada en un rictus funesto. Álix no alargó esa indeseada despedida y tampoco escatimó mentirle al conocer la aguda percepción de la joven. La distancia y sus obligaciones laborales salvaron una tormenta lacrimosa tan sentida como asfixiante, le faltaba el aire.

—Cuídalo mucho —le dijo con tanto afecto como pesimismo después de abrazarla—; os echaré de menos.

—No te vayas, seguro que podéis arreglarlo.

Lucía se encontraba perpleja; lo inesperado otra vez sacudía su vida.

Álix se sentó al volante y trató de relajarse ante una peregrinación kilométrica. Respiraba entrecortadamente, con un nudo en la garganta; las manos temblorosas, y la visión enturbiada. En esas condiciones, conducir era una temeridad.

En su dormitorio, Beltrán seguía acorralado por la rabia; pero empezaba a dispersarse dejándole mayor perspectiva para pensar con sensatez. Había sido demasiado drástico, tanto como ese afán de ella por imponerse.

Un portazo retumbó terrorífico, y creyó que su oportunidad de rectificar estaba de vuelta.

—¡Álix! —gritó bajando la escalera. Debía detenerla. No se merecía estar pagando el enfrentamiento con su tío. Frenó la carrera cuando Lucía se interpuso en su camino. Tenía los brazos cruzados, en una pose autoritaria aprendida de él—. ¿Dónde está?

Lucía señaló la puerta al tiempo que el motor del Audi sonaba con brío. Rápidamente, Beltrán salió en busca de Álix para tener esa charla calmada que aclarase la oscura tempestad que tenían encima. Fue tarde. Ella pisó el

acelerador a fondo, alejándose por la carretera, cumpliendo un infame deseo gritado con la ira de un breve instante que podría resultar eterno. De momento, el tiempo había dejado de existir para los dos; sin embargo, sus vidas estaban marcadas por las fatalidades, por unas coincidentes fatalidades que clamaban cualquier lógica, incluso podía decirse que su amor era producto de esas fatalidades. ¿Sería impensable mantener la esperanza? ¿O esas fatídicas coincidencias que tantas molestias parecían haberse tomado para unirlos, realmente, eran solo fatídicas y otra prueba más de que estaban abocados a sufrir por separado? ¿Serían solo dos cicatrices más el uno para el otro en este mundo impreciso pero milimétrico?

Mientras Álix conducía en un mar de arrepentidas lágrimas, Beltrán adoptaba esos pasos entre agresivos y delicados de los felinos al recorrer el salón ajeno a los ojos de Lucía persiguiendo sus movimientos.

—¿Qué os ha pasado?

—Nada.

Lucía bufó. En la respuesta de Beltrán no solo se entrevió que nada era todo, sino que también había implícita una orden. Y la acató de inmediato desapareciendo. No estaba todavía en su habitación cuando el sonido del móvil de Beltrán le hizo dar un brinco de alegría. Fue un segundo suficiente para creer en la habilidad tolerante de los adultos.

Oyó a Beltrán con voz temblorosa aceptando otro trágico final, otro sorpresivo mazazo. Lucía enfiló la escalera sin apartar la mirada de él. Sus ojos contaban penas, jamás lo había visto llorar en silencio. Lo abrazó hundiendo la cabeza en su pecho. Sentía acongojado su corazón.

—Lo siento mucho, tito.

—Es ley de vida, cariño. Es ley de vida —repitió en un murmullo.

Capítulo 29

BELTRÁN DESVIABA LA VISTA hacia el broche cada pocos segundos. El brillo de la lágrima negra eclipsaba a los diamantes y el oro, era un prodigio de la naturaleza. Intentaba estar atento a la explicación del policía sobre cómo se había ahogado su tío en la playa cercana a la residencia cuando la tenebrosidad del día hizo imposible salvarle. Tuvo suerte, unos chavales lo vieron meterse en el agua y dieron aviso, inútil porque el temporal no se apiadó de él unos insignificantes minutos.

El policía hablaba con tiento, pero no llegó a imaginar ni por asomo lo que totalmente abatía a Beltrán: la verdad. Así. La cruda verdad tras la muerte, tener la certeza de haber vivido con un perfecto desconocido, o un embustero como lo definió Álix. Antes de recibir la llamada de la policía anunciándole el fallecimiento sus dudas lo mantuvieron en una contradicción permanente. Era sensato reconociendo haberse excedido al pretender hacerla sufrir, incluso había reprimido varios impulsos de llamarla para disculparse, y recibir también sus disculpas, sobre todo, por las formas. Necesitaba tiempo. Máxime cuando debía organizar un funeral, anunciado en las palabras definitivas de Esteban pero inesperado a partes iguales.

Concentrado en el policía, delante de aquella maravilla, tuvo que echar mano de toda su templanza para no interrumpirlo. Deseaba compartirlo con Álix. Compartirlo todo, el dolor, la amargura, decepción, su verdad y su arrepentimiento, todo, lo más profundo y lo ligero, lo que les había separado y lo que inexorablemente los uniría. Si no, sus remordimientos acabarían con él.

¿No eran bastantes desgracias las que ya habían vivido gracias al macabro plan ideado por el destino? ¿No sería absurdo haberse conocido, descubierto, y enamorado para no luchar por seguir juntos? ¿No significaba nada saltar

cualquier probabilidad lógica con esas coincidencias asombrosas? Debía haber una mano invisible moviendo los hilos de sus vidas, acercándolos y alejándolos, jugando con ellos, haciendo trampas como un gran tahúr con facilidad para cambiar las cartas en una desafortunada partida.

A eso de las doce llegó a la residencia para recoger los objetos personales de su tío después de haber envuelto el broche en un trapo al salir de la comisaría y de soltarlo en la guantera como si fuese uranio enriquecido. Recibió el sobre a su nombre que encontraron en la habitación del anciano y otras explicaciones. Algunas vagas, como que su tío, tras la discusión con él, fue al banco y parecía inapetente. Beltrán concluyó que rescató el broche para suicidarse con él y de esa manera acabar con la discordia. Pero solo consiguió una parte de sus propósitos porque el mar los devolvió intactos.

Azuzado por la curiosidad, una vez la funeraria se puso en contacto con él para la organización del entierro, se sentó en un banco del jardín y abrió el sobre sellado.

«Querido Beltrán, cuando leas esta carta me habré reunido con tus padres. Es mi ferviente deseo volver a verlos, hablarles de ti, de Irene y de esa nieta maravillosa que no pudieron conocer y cambió tu vida cuando estabas empezando a vivir. Como me pasó a mí al aceptar el papel que les correspondía a ellos y ha resultado ser lo mejor que me ha sucedido. He tenido la gran suerte de verlos crecer, de sufrir con vosotros y de sentir vuestro cariño de hijos sin merecérmelo. Gracias de todo corazón, tu hermana y tú habéis sido un regalo y mi orgullo, no ha habido nada en este mundo más maravilloso que ser vuestro padre, repetiría con los ojos cerrados. Te quiero. —Beltrán tragó despacio, notó la humedad en sus ojos—. Quizá pensarás que soy un viejo loco o un viejo cobarde, y tendrás razón porque nunca te he dicho cara a cara lo que significabas para mí. Te fallé al morir tus padres y te pido disculpas por ello, no podía traicionarles, no me

habría perdonado hacerlo, y te pido disculpas por el mal sabor de boca que te he dejado. Olvida todo lo que hablamos, por favor, por respeto a mi memoria es mi último deseo. Si esa mujer es tan importante para ti, ámala con todas sus consecuencias; hazlo, Beltrán. La vida es muy corta para desperdiciarla. Recuerda a Irene y a tus padres, cuántas cosas se han perdido al morir tan jóvenes. Sé feliz. —Se enjugó las lágrimas, suspiró y siguió leyendo—. Ahora voy a contarte una historia extraordinaria, aunque nunca podrás confirmarla porque si estás leyendo esta carta significará que todo ha terminado en el océano. Empezó antes de que nacieras, en 1971, cuando tu padre reformó la casa de Medina Sidonia que le había comprado en 1970 a un amigo suyo...».

Beltrán devoraba las palabras. Sus ojos recorrían aquella carta hambrientos de información, atónitos. Al terminar, no reaccionó sobrepasado por la tristeza. Era reprochable que sus padres decidieran quedarse el broche, pero hasta llegó a entenderlos por los motivos que le esgrimió a Álix. La codicia forma parte de la naturaleza humana. Que enterrasen el cofre con la carta le pareció ingenuo, igual que todas las apreciaciones de su tío acerca de una maldición que para él no era más que otra de las muchas supersticiones de la religión aunque pudiera resultar raro que su madre lo llevara encima cuando murió, que el broche no sufriera ningún desperfecto en el incendio, que también su hermana estuviese en contacto con él la misma mañana de su muerte o que la mayoría de mujeres de la Casa Medina Sidonia hubieran muerto en circunstancias extrañas. Desde luego, daba qué pensar; sin embargo, él carecía de estigmas religiosos que lo condicionaran en creencias totalitarias sobre el bien y el mal como únicos hacedores de acontecimientos. Era pragmático, un historiador con experiencia acostumbrado a los enigmas. Estaba convencido de que investigando a fondo saldrían a la luz pistas irrefutables para explicar las muertes de las aristócratas. Acerca de los

accidentes de sus padres y hermana no tenía la más ligera duda: estaban avalados por los informes periciales y los testigos, no intervino ninguna energía malévola; fueron las causas de unos cambios impredecibles pero definitivos. Si la rueda del tren de aterrizaje del avión no hubiese vibrado, el piloto no habría escuchado el sonido que lo llevó a tomar la decisión de abortar el despegue cuando la velocidad del motor había superado el umbral de la peligrosidad en un frenado de emergencia; le faltó pista de aterrizaje. Luego, si los pasajeros no hubiesen perdido el tiempo recogiendo sus equipajes, todos se habrían salvado porque tuvieron tiempo de sobra para abandonar el avión. Esos dos efectos causaron la muerte de sus padres; tal que así. Y años después, ni la conducción de Irene ni nada, solo, y solo quizá, la pericia pudo salvarle la vida; porque, a pesar del fallo del embrague en plena curva, de no haber perdido el control de la dirección —conociéndola, los nervios debieron ponerla histérica—, habría tenido la posibilidad de esquivar a la hormigonera. Otros dos efectos impredecibles con una consecuencia desastrosa. Nada de broches ni perlas negras, física pura.

Cuando volvió a sentarse tras el volante del Toyota, no resistió echarle otro vistazo al broche antes de poner rumbo a San Fernando. Sostuvo el trapo calibrando su peso considerable, de un tamaño casi tan grande como la palma de su mano. Lo abrió con delicadeza. La bella perla negra era enorme aun con el engarce. No resistió acariciarla, tenía un pulido perfecto, y esbozó una tibia sonrisa. «¿Estaré jugándome la vida?», pensó.

—Eres una virguería, pero no encajas con el estilo de mi chica. A ella no le gusta destacar... Pero vas a tener una nueva dueña, que hace honor a tu nombre y es tu legítima propietaria —añadió animado, qué bien sentaba a veces bromear con uno mismo—, con ella puedes cebarte.

Sonreía, pensando en Álix y en sus conversaciones. Ella estaba presente en cada idea, en cada una de sus palabras. En ningún momento contemplaba la

posibilidad de acabar su relación; se perdonarían el uno al otro con franqueza, reconociendo sus errores al anteponer su amor a todas las vicisitudes de sus vidas. Se habían enamorado cuando empezaban a claudicar en encontrar a nadie con quien estremecerse y soñar, cuando eran conscientes de haber vivido lo bastante para distinguirse como lo mejor de sus vidas o, simplemente, como lo único verdadero para ser audaces luchando por conservarse. Tener esa convicción le hizo sucumbir al ruego de su tío, no podía estar otro minuto con esa incertidumbre. Tal vez beneficiaba su mente al distraerle el dolor, pero le atraía inseguridad cuando la necesitaba a su lado amándolo, reconfortándole aunque no se mereciera ni un minúsculo esfuerzo por cómo la había echado. Tenía que hablar con ella, suplicarle arrepentido, clamar al cielo si fuese preciso; cualquier cosa para conseguir su vuelta. Recordar cómo le gritó lo avergonzaba, su rudeza al despedirla cuando a los pocos minutos se había dado cuenta de su gravísimo error. La ira fue breve, letal.

La llamó por teléfono con intención de explicarse. Esperanzado, mientras aguardaba, sus ojos permanecían fijos en la oscuridad brillante. Los veía en la perla tan nítidos como en un espejo.

En ese preciso instante, Álix seguía metida en la cama lamiéndose sus heridas entre lágrimas y cansancio acumulado. Cogió el móvil de la mesita de noche, lo sostuvo a una distancia mínima para leer el nombre ansiado y canceló la llamada. No soportaría oír de nuevo su voz. Beltrán la había expulsado del paraíso sin vacilar ni hacer el intento de entenderla. Por él estaba en su infierno particular renegando de sí misma, de la terrible sensación de sentirse vulnerable por amarlo y haber sido tremendamente estúpida al confesárselo. Necesitaba espacio y tiempo para recomponerse después de creer que no estaba sola y darse de bruces con la realidad. Renegaría de cualquier contacto con él. Era muy triste admitirlo, pero debía buscar su

bienestar, ¿quién desea magullar su dignidad? Ni era masoquista ni pensaba rogarle o humillarse más por no perderlo, ya lo había perdido. Y, encima, estaba tocando fondo aun conocedora del engaño de su tío. Pues bien, igual que él no dudó al elegirlo, su familia era intocable, ella había tomado esa radical decisión para sobrevivir con el corazón destrozado. La soledad nunca fallaba.

Capítulo 30

TRES HOMBRES TRAJEADOS entraron en el despacho de Álix el día de su reincorporación tras las vacaciones de Navidad, justo después de los peores Reyes de su vida. Mientras dos de ellos examinaban todos los rincones, el de más edad le advertía de manera correcta que en unos minutos Felipe VI pasaría por allí. Los hombres no se interesaron por su trabajo, pero le molestó que la observasen con cierto desprecio. Pensó que quizá esperaban verla sin la vieja chaqueta negra de punto o que tuviera la coquetería de recomponerse los mechones sueltos del moño. Los ignoró. Las visitas sorpresa acarreaban precisamente eso, sorprender al personal; por tanto, si su ropa sencilla —leggins oscuros, suéter holgado y bailarinas— no les parecía adecuada, era su problema. Se colocó delante de su mesa con los brazos cruzados y esgrimió una sonrisa conveniente aunque por dentro estuviera fastidiada.

A los pocos minutos, tamborileaba los dedos como una taquígrafa fantasma, cuando Ernesto salió de su despacho y le susurró en el oído unas palabras:

—Responde con brevedad, y no le menciones el broche.

—A ver si aparece... —susurró. De repente notó la vibración de su móvil, se apartó de Ernesto y, resignada, saludó en voz baja—: Hola, Lucía, ahora no puedo hablar.

—Siento molestarte, Álix, solo quería decirte que mi tío no..., no está en sus cabales.

—Lucía —cortó—, ¿por qué no me llamas cuando llegues a casa? De verdad que ahora no es un buen momento.

—Lo intentaré —aceptó y, soltando un resoplido, cortó la comunicación.

Lucía estaba desobedeciendo a Beltrán con esa iniciativa, le había

prohibido llamarla para contarle nada sobre la muerte de Esteban porque lo haría él en persona. Y sin embargo, durante el tiempo del recreo en el instituto no lo dudó. Pretendía ir más lejos. Álix debía saber que su tío estaba desquiciado, insoportable hasta un límite desconocido con unos planes temerarios y, no contento, las dos formaban parte de ellos.

En la ignorancia absoluta y con un silencio enrareciendo el ambiente, Álix no podía alejar de su memoria a Lucía, creyendo que Beltrán estaría haciéndole la vida imposible. Así esperó junto a Ernesto los diez minutos más que el rey tardó en llegar.

Al estrecharle la mano con aplomo, y cierta indiferencia encubierta de amabilidad, Álix inclinó la cabeza hacia arriba para mirarle los ojos de un celeste limpio. Bonitos sin más; tampoco su porte interminable ni sus modales serenos mientras le preguntaba por su cometido le arrancaban un ligero signo de afectación. Era atractivo, pero tan conservador como insulso, y de forma automática lo comparó con Beltrán. No hubo color entre ambos, la presencia viril del gaditano no tenía rival.

La cortesía del monarca y su interés, cronometrados, duraron lo suficiente para hacerse una composición general acerca de su trabajo y, por supuesto, para que los medios de comunicación lo atestiguaran. Al acabar su turno, el rey se dirigió a Ernesto. Repetía fórmulas agradables.

Ella tenía una expresión relajada y la vista fija en un punto imaginario de la solapa de su elegante abrigo negro. No le prestaba atención, había abandonado aquella estancia llena de hipocresía para divagar en sus ideas republicanas.

La presencia del rey era un recordatorio de los abusos cometidos a lo largo de la historia por toda su estirpe y una figura innecesaria sin ninguna potestad. Llamar oportunista a Felipe VI no sería cierto, a fin de cuentas no había guerreado por ocupar su cargo, y dentro de unos parámetros medio

actuales parecía interesado en modernizar la corona. «Aparte de que gracias a la Ley Sállica fuese rey», le dijo su conciencia rebelde, en este caso la feminista, al notar cómo trataba de salvarlo. No lo perdonaría. Y eso sin entrar en herencias dictatoriales, escándalos que podían afirmarse de su predecesor o malas artes para perdurar con sus privilegios atribuibles a todas las casas reinantes europeas. Como ejemplo, su mitad escocesa recaló en la Casa Windsor, que se inventó ese nombre por el verdadero germánico a principios del siglo XX para congraciarse con el pueblo británico en aquellos tiempos revueltos donde la animadversión a lo alemán ponía en riesgo su reciente dinastía. Esto era algo que ningún historiador podría discutirle. La mayoría de las casas reinantes actuales habían traicionado o se enfrentaron a sus propias familias, habían limpiado sus imágenes públicas a base de campañas de marketing o, lo más patético, aun habiendo sido repudiados por sus pueblos continuaban vagando por el mundo reclamando sus tronos perdidos.

Inmersa en ese universo interior tan rico y utópico, cuando el rey y su comitiva siguieron el recorrido por el museo, no advirtió la concentración de Ernesto en ella.

—¿Se te han acabado ya las ideas reaccionarias?

La doctora tardó un instante en recobrar su infame presente.

—Me ayudan a sobrellevar estas visitas —respondió al sentarse de nuevo en su mesa. No dudaba en la capacidad de Ernesto para detectarle los pensamientos, pero tanto acierto logró asombrarla—. ¿Cómo has sabido que estaba en mi mundo?

—Porque pones una cara de felicidad totalmente opuesta a la que tienes. ¿Qué tal las vacaciones?

Esa pregunta en realidad era: «ponme al día de tu relación con Beltrán».

—Ya lo sabes —respondió, refiriéndose a que a primera hora de esa misma mañana le había informado del paradero del collar y el broche. Con las

pruebas que tenían, rescatar la gargantilla sería imposible porque un trueque era un procedimiento legítimo de compra y reclamar el broche al tío de Beltrán estaría en manos del gabinete jurídico de la Casa Real en cuanto ella les proporcionara toda la documentación. Y eso todavía tardaría varias semanas en realizarlo, antes debía redactar informes detallados con cada prueba—. ¿Necesitas ver algo en particular conmigo?

—No —le dijo al percibir un mal talante falseado entre una sonrisa amable y el tono de voz suave—. Relájate un poco, ¿de acuerdo? —Ernesto le apretó cariñosamente el brazo en un gesto animoso—. Todo tiene solución.

Álix se mantuvo inmóvil siguiendo sus pasos hasta perderlo cuando cerró la puerta de su despacho. ¿Tenía solución sentirse abandonada en medio de una tormenta, suelta de la mano de Beltrán entre vientos huracanados, como una débil marioneta sin fuerza para continuar? Su dolorosa sensación de vacío interior era tan intensa que la consumía. Beltrán le había arrebatado una parte de ella al despojarla de su derecho a ser feliz, jamás se recuperaría. Le quedaba regresar a la rutina para ocupar su mente, volver al hastío de sus cuatro paredes sin la esperanza de escucharlo por las noches charlando sin noción del tiempo. Nada de él volvería. No habría sueños por cumplir ni distancia por acortar, soledad gélida, difícil de admitir después de palpar la vida añorada. Parecía duro tal cual, pero lo sombrío era cegador. Tanto, que ni siquiera compadeciéndose de sí misma conseguía aligerar su pesar.

Entretanto, Ernesto no dejó de pensar en ella. Le afectaba verla deprimida, aunque también pensase que se lo había buscado. Llegaba a consolarle tener la certeza de que solo sufriría un tiempo breve, hasta que Beltrán diera el paso al frente definitivo. En la última conversación telefónica con él, para ofrecerle sus sinceras condolencias, acabaron hablando de todo un poco con la confianza de los buenos amigos.

Ernesto se regocijó como quien está viendo una película por quinta vez con

alguien que nunca la ha visto. Jugaba con ventaja, y mantendría su palabra para que Beltrán hiciera las cosas a su manera. A Álix podía beneficiarle esa separación para asumir sus errores, no era ninguna crueldad. Siempre había que sentir intensamente la amargura de perder un gran amor para distinguirlo como inmenso. Beltrán quería que reconociera la grandeza de su relación, cómo se habían acostumbrado el uno al otro sintiendo los detalles insignificantes de la convivencia y que a pesar de la distancia no había nada más permanente que lo efímero de sus momentos juntos. En definitiva, Beltrán buscaba que fuese consciente de lo que le faltaba sin él. Aunque era una apuesta arriesgada, demasiado tal vez, Ernesto lo respetaba por su visión romántica en equilibrio con un pragmatismo loable. O se tenía nivel con mujeres como ella o te devoraban. Y si algo sobresalía en el carácter de Beltrán era su instinto luchador, la horma perfecta de Álix.

Capítulo 31

LUCÍA ENTRÓ EN EL DORMITORIO de Beltrán con idea de sonar despreocupada para conseguir salir sin tener que darle explicaciones, pero, al encontrarlo ensimismado frente a la cama, de forma automática su voz resultó chillona:

—¿Qué estás haciendo?

Beltrán salió de la abstracción de golpe, volvió la cabeza fijando la mirada en la chaqueta de piel que Lucía se había puesto y la mantuvo inamovible durante unos segundos.

—¿Vas a salir? —le preguntó sin rastro de reproche.

—He quedado con Yara —respondió eludiendo mencionar a Pablo. Empezó a sentirse culpable por mentirle. Así ayudaba poco a la estabilidad mental que parecía faltarle—. ¿Quieres que no lo haga?

Beltrán elevó las cejas.

—Deberías habérmelo preguntado antes de quedar. ¿Necesitas dinero?

—No, todavía tengo de los Reyes —contestó simpática—; pero si quieres contribuir con mi causa...

En otras circunstancias la réplica, o pulla, de Beltrán habría sido inmediata, en cambio no estaba de humor.

—¿Dónde vais a ir?

—A dar una vuelta...

—Hace mucho frío para estar dando bandazos por la calle.

—Ya, seguramente iremos a su casa —admitió ante una mirada escudriñadora tan eficaz como un polígrafo de la CIA—. Volveré a las doce.

—En punto —sentenció con dureza.

Beltrán volvió a observar el saquito de terciopelo negro que tenía en la cama junto a una caja de cartón. Llevaba un buen rato medio bloqueado con el

ánimo por los suelos, y sin interés en escribirle a Álix la nota que pretendía explicándole sus razones para desprenderse del broche.

La mirada perdida de Beltrán no incitaba a Lucía a abandonar la habitación, al contrario. Se acercó a la cama, atenta al abultado saquito de joyería.

—¿Qué tiene dentro? —preguntó al sentarse en la cama.

Beltrán intuyó su intención de cogerlo y le habló en tono severo:

—Nada, y no se te ocurra ponerle las manos encima.

La cara arrugada de Lucía resultaba cómica.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Esa respuesta en vez de alejar la curiosidad de la joven la incitó con un poder fortísimo; lo prohibido era una tentación excitante.

—¿Es un regalito para Álix y no quieres que lo vea?

—¿No te ibas?

Lucía asintió con la cabeza, aunque no amagó el menor movimiento. Distraídamente, mientras Beltrán se dirigía a la mesilla de noche para buscar un bolígrafo, acariciaba el suave terciopelo notando la dureza del broche.

—¿Qué le has comprado? —preguntó curiosa.

—Nada —respondió en un tono cansino, sin volverse—. ¿Te vas o prefieres no salir?

La amenaza surtió efecto inmediato.

—Tampoco hay que ser tan borde...

—Es tu opinión, aprende a obedecer y nos llevaremos bien.

Beltrán se acercó con una media sonrisa y apartó el broche de su alcance.

—El problema no es mi comportamiento —habló al ponerse en pie. Era evidente que Beltrán necesitaba a Álix con urgencia—. El problema lo tienes en Madrid.

Lucía mantuvo la vista clavada en las pupilas ardientes de él, retadora. Lo dejó paralizado frente a la cama y se puso en marcha para no llegar tarde a su cita con Pablo.

Beltrán suspiró al quedarse a solas. Maldita adolescente entrometida, aunque tenía razón. Terminó de embalar el paquete y se dejó caer en la cama con una pesadez dolorosa. Solía agradecer esas treguas solitarias que le daban tiempo a organizar sus ideas. Sin embargo, esa tarde, estaba triste y echando de menos a Álix a cada momento. Todo le recordaba a ella: la nota contándole el porqué de su decisión, el broche omnisciente enturbiando la atmósfera y la desolación que invadía su armario con la ausencia de unas prendas que deseaba ver. No pudo evitar la amarga sensación de los remordimientos. «¿Habría sido mejor no llevar las cosas al extremo?»

Era ya de noche cuando se preparaba la cena. Las luces del jardín parecían farolillos de papel bamboleados por el intenso viento, y le resultó que aquello sonaba mejor que cualquier música con letra absurda. Pensó en las vueltas que daba la vida, siempre al límite de lo razonable, y casi se compadeció de sí mismo. ¿Por qué había personas con facilidad para transitar sin apenas contratiempos y otras, como él, eran proclives a marañas laberínticas? No supo responderse, quizá fuese esa la grandeza de vivir. El silbido del viento se colaba entre los ventanales, impetuoso, salvando todo obstáculo, y se animó. Ese era su espíritu.

Al terminar de cenar, se sentó en el sofá de nuevo con la sensación de pérdida haciendo estragos en su mente. Entre Álix y la tristeza por su tío a ratos se hundía en el oscuro pozo del pesimismo. Por desconectar, se entretuvo con algo que le apasionaba aunque ya poco importase: la identidad del misterioso inglés que le vendió la perla a Felipe V. Cogió papel, un bolígrafo y se puso las gafas para empezar a escribir unas premisas básicas. Tenía varios datos interesantes: la procedía de la perla, Tahití; la procedencia del

rey, Francia, hijo del Gran Delfín y nieto de Luis XIV; y las expediciones oficiales de los navegantes españoles. El inglés debió obtenerla a principios del siglo XVIII, y las expediciones no fueron demasiadas, al menos por parte de españoles. La descubrió Pedro Fernández de Quirós en 1606, y Bonechea volvió en 1772 para cartografiarla. Con este navegante en la cabeza, acudió a su biblioteca por un libro que detallaba aquel viaje. Pronto empezó a barruntar una idea basada en la información que leía. Bonechea mantuvo unas relaciones excelentes con los tahitianos, y por ellos supo que con anterioridad habían fondeado en sus puertos naves inglesas y francesas, ¿y si el inglés formó parte de una de esas expediciones?

Beltrán levantó la vista del libro, pensativo. Tenía su lógica. La rivalidad entre España, Francia e Inglaterra por conquistar fue feroz a partir de Cristóbal Colón. Se había creado el mito de un Nuevo Mundo plagado de riquezas, que se amplió hacia el oeste marítimo con los viejos reinos europeos promoviendo y financiando la exploración del Pacífico en búsqueda de una inmensidad no imaginada. Cabía suponer que el inglés no formó parte de ninguna expedición financiada por Felipe V, si no, este no le habría comprado las perlas porque directamente pertenecerían a la corona. Inglaterra y Francia ganaban terreno, casi a la misma velocidad que su agotamiento.

Echó la cabeza hacia atrás, se quitó las gafas y cerró los ojos, dejando al inglés en el anonimato otro día más. Como si claudicaba olvidándolo, era un pasatiempo, encontrar una aguja en un pajar donde revolver la paja ni siquiera era importante. Lo importante de verdad era haber encontrado el broche a pesar de dolorosos descubrimientos y pérdidas. A pesar de todo.

La tristeza por su tío regresó con la sutil sinfonía del viento. A veces se frenaba algo. Otras, se aceleraba en una espiral reptante; y, en aquel momento, quedó eclipsada por el sonido del teléfono.

El primer nombre que le sobrevino a la cabeza antes de coger el móvil fue

el de Álix y, aunque algo en su conciencia le advertía que era imposible, solo perdió la esperanza al ver un número desconocido en la pantalla. De manera súbita, Lucía acaparó sus pensamientos. Respondió en un tono seco por no darle pie a nada, a ella o a alguna de sus amigas, creyendo que era una llamada para pedirle más margen horario. Pero se equivocó.

Absorto en la voz amable del hombre que se había identificado como el padre de Pablo, guardó silencio. Aunque quiso hablar no pudo, tenía un nudo opresor en la garganta. Las piernas le temblaban. Sobre él volvía a cernirse la tragedia, sorpresiva, oculta en la oscuridad esperando el momento oportuno para derrotarlo con la peor noticia.

Corrió hacia la puerta y se subió al coche sin dejar de oír el eco de la voz del padre de Pablo, hasta llegar al hospital no podría tranquilizarse; nada aliviaría su preocupación.

Capítulo 32

EL VIENTO APENAS SOPLABA LIGERAS ráfagas durante la madrugada, una suave llovizna caía entonces y la playa, a esas horas en plena marea alta, se perdía difuminada en el brumoso mar. En el corto trayecto regresando del hospital toda la angustia empezaba a desaparecer interponiendo serenidad. Beltrán aún no podía asimilar su suerte; con la mente en reposo quizá lo lograra.

Antes de aparcar en el patio, miró de soslayo a Lucía. Incluso con el rostro medio hinchado era guapa. Él se había propuesto no incidir en la causa del accidente de moto, en no hacerle ningún reproche acerca de haber salido con Pablo sin su permiso. Llegaba a entender que la edad restaba cordura al escoger entre dos opciones, caminar o ir en moto una noche de ventolera, y que los adolescentes estuvieran aprovechando el tiempo al máximo; en su situación habría hecho lo mismo. No podía enfadarse cuando en el transcurso de las dos últimas semanas Lucía estaba siendo su gran consuelo.

—Lo siento, tito.

En el murmullo de Lucía se intuía tanto arrepentimiento como dolor.

—Me has dado un susto de muerte —comentó de buen talante—; pero no te disculpes, cariño. Las cosas suceden porque tienen que suceder, no ha sido culpa tuya.

—Ni de Pablo. Todavía no me explico cómo he podido caerme en lo más llano.

—Es bastante raro, sí. Lo normal habría sido que os hubieseis caído los dos. Irías despistada —concluyó por convencerse.

—No, iba bien sujeta, te lo aseguro —dijo con aire de incompreensión. Se observó el brazo izquierdo, roto por el gran golpe—. Ahora tengo que llevar un mes esta maldita escayola... Si no hubiésemos ido a Cádiz...

—Si no..., si no..., si no... —Beltrán negó con la cabeza—. ¿Quieres dejar de lamentarte? Piensa que podrías haberte matado, y dentro de lo que cabe no te has hecho nada... Yo estoy contento, cariño. Eso no quita para que esto te sirva de lección.

—No volveré a mentirte, te lo prometo.

—Por algo se empieza, a ver cuánto te dura la buena voluntad.

—Para siempre, en serio.

Beltrán entornó los ojos, escéptico; aunque le daría el beneficio de la duda ante todos los cambios que se avecinaban.

Entraron en casa con ánimos renovados. Lucía estaba sorprendida por una tolerancia agradable tan inesperada que le partió el corazón. Deseó de nuevo verlo feliz.

—¿Has terminado de embalar el regalo de Álix?

—Sí, el lunes se lo enviaré por mensajería —respondió, dándole un analgésico—. Tómalo y descansa —le ordenó con firme suavidad. Pero ella no hizo nada. Se limitaba a observarlo con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa ahora?

—¿Tú estás loco? —Más que una pregunta resultó una afirmación—. ¿Cómo vas a mandarle un pedrusco por mensajería? Te lo van a robar.

Toda la condescendencia de Beltrán se esfumó por arte de magia.

—No se te ocurriría tocarlo, ¿verdad?

Lucía le sostuvo la mirada, y asintió en silencio.

—Solo un poquito..., pero no lo saqué de la bolsita... Lo siento, no tenía que haberlo hecho...

—No, no tenías que haberlo hecho; te lo dije bien claro. ¿Así quieres que confíe en ti?

—Tampoco he cometido un crimen, no hace falta que te enfades. Y además, ya te he dicho que no he llegado a verlo. —Esbozó una sonrisa pícar—. ¿Es

un diamante de compromiso?

Beltrán arrugó los ojos.

—¿Cómo voy a comprarle un diamante más grande que un puño? ¿Y tú me preguntas si estoy loco? Tómame la puñetera pastilla y vete a dormir, por esta noche ya has tenido bastante marcha.

—Venga, tito..., no te enfades ahora, con lo bien que estabas...

—Exacto, estaba. Quítate de mi vista o vuelves a tener vigente tu castigo de por vida.

Lucía no sonreía aunque interiormente estuviese carcajeándose. No olvidó darle un sentido beso en la mejilla antes de dirigirse a su dormitorio, pensando que ese regalo debía ser algo muy íntimo entre él y Álix.

Lo primero que hizo Beltrán al quedarse solo fue bufar y cerrar los ojos. Sin dejar de darle vueltas a la confesión de Lucía, volvió a abrir la caja de cartón y sacó la nota que había escrito. La rompió para sustituirla por otra que advertía de un peligro hasta ese momento menospreciado.

Cansado, se metió en la cama. Sabía que dormirse tras unas horas desquiciantes se aventuraba complicado, pero no le quedaban fuerzas para continuar en pie. Boca arriba con los ojos clavados en el techo, no paraba de preguntarse si el broche no tendría implicación en el accidente por mucho que contradijera cualquier ley física o, algo más patético para él, por mucho que las maldiciones le parecieran creencias de analfabetos.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche, sacó del primer cajón la carta de su tío y, después de colocarse las gafas de vista, empezó a releerla tratando de entender cómo un hombre con cultura y sin estigmas religiosos podía achacar a la perla negra todos los males de su familia.

Prestó atención a esa transformación en la personalidad de su madre cuando lucía el broche, resultaba curioso; sin embargo, ¿qué mujer no se sentiría distinta, hasta altanera, con una joya semejante? Ahí le dio la razón a

su tío, pero no porque alguna fuerza maligna dominara la personalidad de su madre, sino por pura vanidad. Siguió con el accidente aéreo, y en ese punto no varió su opinión acerca de lo ocurrido: física en estado puro. ¿Pero cómo el broche sobrevivió a los grados que alcanzaría el fuego del avión cargado de combustible? El oro y los diamantes pudieron soportar aquel infierno; en cambio, la perla es una materia orgánica que muere con el calor, ¿cómo salió indemne? Sin duda era un misterio, y lo que su tío consideraba “la prueba absoluta” de su poder maligno.

Al llegar a la parte donde le contaba que Irene vio y tocó el broche la mañana del accidente, en una escena parecida a la que él y Lucía habían vivido aquella misma tarde, las dudas condicionaron sus razonamientos lógicos. Eso fue lo que le había hecho cambiar la nota de Álix.

Todavía podía sentir el escalofrío que le recorrió la columna vertebral escuchando a Lucía. Su accidente de moto había sido extraño y absurdo en proporciones parecidas, ¿cómo alguien sobrio podía caerse de una moto en marcha sin que el conductor hiciera ninguna maniobra brusca? Cuanto más intentaba entenderlo, mayores eran sus incógnitas; carecía de sentido.

Cedió a lo imposible quitándose las gafas para relajar los ojos. Al menos podía contar que tamaña estupidez no hubiese causado una tragedia de proporciones terribles, un desastre que lo habría condenado a una penitencia infinita difícilmente superable. No quiso pensarlo aunque reflexionara en todas las muertes achacadas a la maldición del broche, pasando por su propia familia, los Morris o los mismísimos duques de Medina Sidonia, sin que aparecieran los pensamientos casi jocosos que siempre anulaban cualquier creencia en maldiciones y sucumbió a lo descabellado atentando contra su inteligencia. Fue entonces cuando tomó una decisión trascendental: haría peripecias ridículas o irracionales por proteger a las dos mujeres de su vida, las que fuesen; pero jamás el miedo se apoderaría de sus sueños.

Capítulo 33

ÁLIX FIRMÓ EN EL DISPOSITIVO del repartidor de MRW y le agradeció la entrega esgrimiendo una breve sonrisa. Durante unos segundos observó la caja de cartón que había colocado en su mesa del museo sin pistas de lo que contenía. Cuando la abrió, lo primero que vio fue un sobre con su nombre escrito. Al reconocer la caligrafía de Beltrán, no pudo contener los nervios. Había también una bolsita de terciopelo negro. *«Espero que este regalo te haga feliz, pero con mis condiciones. Solo son dos, así que tampoco estoy poniéndotelo muy difícil. La primera es que no se te ocurra tocarlo, como prevención. Y la segunda: que mantengas el anonimato de mi familia. Gracias de antemano, y cuídate mucho. Un saludo, Beltrán González Fonseca»*. Álix releyó dos veces la nota. «¿Cómo podía ser tan frío?», se preguntó. «¿Le enviaba “un saludo”? ¿Un puñetero saludo después de tratarla como a un perro?».

La indignación fluía por sus venas a una velocidad infernal.

Cogió la bolsita, de esas que solían usarse en joyería, y le sorprendió su peso. Una idea fugaz le iluminó la mente. «¿Y si ignoraba su advertencia y tentaba a la suerte?» Lo valoró un instante por contradecirlo, desobedecer tenía el ridículo magnetismo de la liberación. Se dirigió al despacho de Ernesto, llamó con los nudillos a la puerta y entró en cuanto escuchó su voz dándole paso.

Encarando unos ojos curiosos parapetados en cristales de aumento, disimuló el festival de emociones que se mezclaban entre su cabeza y su endeble corazón. Puso la bolsita encima de la mesa y habló en un tono neutro:

—Ponte unos guantes y haz los honores.

Ernesto observó la bolsita con el ceño fruncido. Llevaba una semana

esperando la llegada de ese envío. Beltrán y él estaban hablando a diario, se había convertido en el topo de su relación y en un confesor con tendencia de Cupido. Y le gustaba, pero bregar guardando algunos secretos que cambiarían sus vidas empezaba a angustiarse. No porque el fin de Beltrán no justificara sus medios, sino por haber tomado parte de su lado traicionando la amistad de ella.

Levantó la vista para fijarse en el rostro hermoso de Álix, ni las ojeras restaban esplendor a sus facciones armoniosas.

—¿Qué es? —le preguntó por cumplir.

—Un detallito de tu querido amigo.

Ernesto detectó el sarcasmo, como la impaciencia y la alegría, y se contuvo para no contarle acerca de Beltrán.

—¿Y tengo que ser yo quien lo abra?

—Tú mismo... Yo me atrevería, pero lo tengo prohibido.

Al cabo de un instante, con escrupuloso cuidado, Ernesto sacó el broche del saquito y lo soltó en la mesa. Los dos se inclinaron un poco para contemplarlo. Tener ese prodigio de la naturaleza a unos centímetros les produjo un estado de excitación increíble. La negrura de la perla deslumbraba más que el oro en filigranas florales y los brillantes. Era fascinante, tal vez nunca se cansaran de admirarla. ¿O sí?

En el camino de hallar esa lágrima, con su obsesión, Álix había perdido mucho. No lo compensaba la fugaz felicidad de aquel momento después de haber tenido la fortuna de coincidir con el hombre que mejor la complementaba y con quien la unía un magnetismo tan poderoso como irracional, tanto sufrimiento parecido. Incluso tan preciso en sus dramas familiares que era espeluznante. Sacrificar el amor de Beltrán por esa perla era una injusticia inaceptable. Absorta en aquel mar de oscuridad reconoció sus errores, tristemente. No supo canalizar su impotencia, lo había humillado

al tratarlo como necio cuando era su tío el blanco de su ofensa. Fue cruel. ¿Y qué buen hijo no defendería a su padre? Pese a los numerosos defectos de Esteban González, aunque en vista de ese regalo pretendiera redimir alguno, lo injurió sin piedad basándose en una corazonada y una fotografía donde ni siquiera figuraba. ¿Cómo un hombre con el sentido de la justicia tan alto como Beltrán podría haber permanecido en silencio? ¿Por qué ella no tuvo en cuenta su ferocidad habiéndola experimentado cuando defendió a Lucía? Ya poco podía hacerse, era irrecuperable, su relación había dejado de existir igual que *Las Perlas de las Reinas* lo hicieron en 1751 cuando Dolores las separó buscando el bienestar de su familia. Sin embargo, esa lágrima siempre las recordaría y cada vez que se mencionara el broche ningún estudioso ni ninguna descripción oficial dejaría de referirse al collar completo. Ella también sería incapaz de verla sin recordar a Beltrán o sin pensar que había perdido la ocasión perfecta de ser feliz al dejarlo escapar.

Rayó la miseria, hasta se martirizó por no ser valiente y acabar con su distanciamiento. ¿De qué le serviría el orgullo estando sola?

—Aquí la Tierra llamando a la doctora Mesniel —bromeó Ernesto al verle la mirada ausente. Ella parpadeó varias veces—. ¿Ya has vuelto?

—No me he movido, por si no lo has apreciado —dijo irónica.

—¿Desde cuándo es necesario moverse para viajar? ¿Dónde estabas? ¿En San Fernando por casualidad?

—Muy gracioso... —Álix compuso una mueca cínica, pensando en su suerte. Eso derivó en una inquietud para la que no encontraba explicación después del intento de Beltrán por justificar la legitimidad de la acción de sus padres arremetiendo con toda la artillería legal. Algo se le escapaba, porque al enviárselo asumía la apropiación indebida—. ¿Cómo habrá convencido a su tío? ¿Por qué me lo habrá enviado? —preguntó para sí misma en voz alta.

Mentalmente, Ernesto hizo una pirueta mortal tras escucharla. No podía

hablarle del fallecimiento de Esteban, y de seguir ahí ella terminaría enterándose.

—Beltrán es generoso o muy listo, o las dos cosas —añadió ganando tiempo para quitarse de en medio cuanto antes—. Tampoco es raro con el bagaje de infortunios que avalan su historia.

—No empieces con la maldición, por favor. He oído tantas bobadas que ya cansa un poco. Hablo del valor económico. Podía haberlo vendido y asegurarse la vida. Le habríamos hecho una buena oferta.

—No todo el mundo tiene ambiciones económicas, Álix. Creía que lo conocías mejor.

—¿Estás diciéndome que no le importa perder una millonada?

—Piensa un poco. Es probable que tenga otras miras.

—Pues no sé, he perdido la capacidad de comprenderlo.

—Ya será menos... —rezongó con una pizca de desdén. Entre las argucias de Beltrán y la inoperancia de ella tenía el rango empático bajo mínimos. Rezaba por acabar con esa situación, el día que terminara y cada uno estuviera en su sitio daría saltos de alegría. ¡Qué hartazgo de enamorados!—. Aunque puedes salir de dudas preguntádoselo tú misma.

Álix soportó su incisiva mirada con el rictus severo y los ojos semicerrados. Tener a Beltrán en la memoria era como andar bajo una lluvia incesante, siempre le calaba los huesos hasta el alma. Cambió de tema por no permanecer descentrada el resto del día:

—¿Lo llevo al laboratorio o te encargas tú?

Ernesto tardó un poco en responderle:

—Me encargo yo, te dejo el informe pormenorizado a ti. No olvides ningún detalle, desde la llamada de la señora Ledesma hasta hoy. Que Carmen te ayude con la catalogación de los cuadros que os han servido de referencia y Beltrán con todo el asunto de Ensenada y Santacilia. No quiero errores.

Cuando se haga público, no solo habrá que darle explicaciones a la Casa Real, sino también a los medios de comunicación.

—Beltrán me ha pedido que mantenga a su familia en el anonimato.

—Perfecto, eso no impide que te ayude con el informe.

—Lo sé, pero... —Álix vaciló, pensando en la dificultad de ocultar el nombre de sus padres cuando aparecían en la escritura de la finca de Medina Sidonia. Saldrían a la luz, igual que el trueque y paradero actual de la gargantilla, cualquier periodista o historiador lo podría rastrear como había hecho ella—. Deberías hablar con Beltrán para advertirle que las restituciones anónimas suelen generar suspicacia.

—Voy a ser generoso. Como he tenido el honor de destapar la perla, te dejo ese honor a ti. Os vendrá bien.

—No querrá —replicó, con las últimas palabras de Beltrán bien presentes.

—Inténtalo, quizá te sorprenda.

Álix meneó la cabeza negando, ese empeño la envenenaba. Salió del despacho totalmente arrepentida, y un poco avergonzada por estar a su edad recibiendo consejos paternos de Ernesto. En cambio, no sentía vergüenza de necesitar a Beltrán ni de su dependencia física de él. Habría matado por tener el arrojo de buscarlo, disculparse y volver a repetirle que lo amaba. En medio de su desesperación, se convenció de haber cometido otro error al confesarle su amor cuando la ira ya lo había desfigurado, aquello todavía debió sacarlo más de sus casillas.

Ese día helado, además de traerle un obsequio perseguido con ahínco durante tres meses, le dejó una valiosa enseñanza: frente al amor auténtico, o un amor independiente al tiempo, todo lo demás perdía importancia y los errores se desvanecían. Un amor así era tan influyente que la traición y la moral se olvidaban, destruía incluso el honor y el orgullo. Quizá suponía un precio elevado, quizá excesivo, pero ese era el precio de un amor inmenso y

arrollador como el de ellos.

Inspirada, se congratuló al decidir coger el móvil. Llamó a Beltrán tranquila, había sido capaz de vencer su cobardía, soltó un suspiro al aguardar, hasta angustiarse estremecida conforme oía el pitido de la indiferencia, y tembló con el abrupto corte en la comunicación. Cerró los ojos como quien ya nada espera; definitivamente, todo había terminado.

Capítulo 34

DESDE EL ATRIL SU visión abarcaba la totalidad de la Sala de Prensa. La afluencia de medios de comunicación no era masiva, pero los periodistas acreditados de las principales cadenas de televisión y periódicos nacionales incidían sin rodeos para que desvelara la identidad del generoso donante del broche. Le resultaba absurdo que apenas se interesaran por el uso de joyas como pagos en épocas de guerras y en cambio fueran constantemente a por el morbo. Estaba respondiendo la cuestión medio decente de una periodista, con rostro conocido de la televisión, cuando desvió la mirada al fondo de la sala. Advirtió una figura masculina apoyada en una columna, muy cerca de la salida. Los focos de las cámaras de televisión y los flashes la deslumbraban, pero habría jurado que era Beltrán. Sin perder la compostura, mientras escuchaba otra pregunta, lo buscó con ojos sagaces; sin éxito. El hombre había desaparecido. Terminó la conferencia de prensa tratando de expresarse con lucidez, fue un esfuerzo titánico.

Luego, refugiada en el baño buscaba la soledad necesaria para combatir esa desesperante angustia ansiosa por despojarla de su confianza. Era ridícula, la mujer que reflejaba aquel espejo no se correspondía con la verdadera Álix. Veía a una profesional con talento, había solventado la rueda de prensa con seguridad; pero en el fondo esa no era ella. Sentía ganas de llorar. Deseó tanto que el hombre de la columna hubiese sido Beltrán que se compadeció de sí misma. Intentó recobrar el estado medio indolente que le permitía malvivir sin él por no ahogarse en sus lágrimas, para llenar mares tenía su casa y ahí no podía permitirse esa clase de debilidad.

Llevando consigo la tristeza en sus lentos pasos, regresó al despacho. Las sombras de las columnas del inmenso corredor invitaban a la concentración

cuando la luz del atardecer pintaba dramáticos tostados. Si entornaba los ojos, parecía atravesar un bosque en llamas. El aire, embalsamado con silenciosos aromas limpios, le recordó la lejanía del salitre del océano.

Entró al despacho preguntándose cuándo volvería a ver una playa, descartado el paraíso.

No esperaba encontrar a Carmen hablando con Ernesto, fue una agradable sorpresa y sonrió al saludarla.

—Creía que no podías venir —dijo Álix.

—Me he organizado, no quería perdérmelo. Has estado muy bien.

—Sí —convino Ernesto—; eficiente, concisa y amable. Tus virtudes más notorias.

Álix detectó algo de ironía, y lo ignoró. Tenía el reto de apartar cualquier cosa que menoscabara su salud mental aunque fuesen bromas sin importancia.

Carmen, observadora, preguntó interesada:

—¿Sigues igual?

—Mejor, empiezo a asumirlo.

Ernesto entornó los ojos.

—Tiempo al tiempo —comentó Carmen—. Y ahora, con su traslado a lo mejor podéis arreglaros.

La cara de Ernesto palideció.

—¿Qué traslado? —preguntó Álix, apretando el ceño. No apartó la mirada de Carmen, que enfocaba a Ernesto pidiéndole auxilio al percatarse de su metedura de pata—. ¿Qué traslado? —repitió dirigiéndose a él.

El hombre se vio sin escapatoria.

—Beltrán es el nuevo conservador del Museo Naval.

Petrificada, con voz queda, Álix volvió a hablar:

—¿Aquí?

—Sí, en el Paseo del Prado.

—Sé perfectamente dónde está —dijo de manera brusca cuando reaccionó.

Sin pedir otras explicaciones ni prolongar una despedida, le dio un tirón a su abrigo arrancándolo del perchero y salió apresurada colgándose el bolso al hombro. Una pregunta la atosigaba, y Beltrán era el único con la respuesta.

Capítulo 35

LA NOCHE ACORTÓ EL LUMINOSO atardecer cuando las farolas despuntaron un halo ténue en el Paseo del Prado. Una ráfaga helada barrió algunas hojas de los árboles. Beltrán se detuvo a ponerse el gorro de lana. Si hubiera estado trabajando no habría vestido la ropa informal que llevaba —vaqueros, jersey grueso de lana y chaqueta oscura tres cuartos—, de manera que se sentía muy cómodo y pasaba inadvertido junto al tropel de jóvenes que salieron del museo. Le echó un vistazo al reloj. Entre su escapada a la conferencia de prensa y el lío en su nuevo despacho, había perdido toda la tarde sin hacer nada concreto cuando aún tenía por delante un sinfín de trámites burocráticos y terminar la mudanza al piso que había alquilado cerca de Cuatro Caminos.

Todas esas ocupaciones conseguían absorberlo y mitigarle el dolor por la muerte de su tío; sin embargo, los nervios al pensar en Álix eran incesantes. Honestamente aceptaba que habría sido lo correcto hablar con ella y aclararle el porqué de su reacción —podía resumirse con una palabra: bravuconería—, también, que debía darle razón en todas sus sospechas, aunque esto último creyera habérselo dado a entender al enviarle “el detallito”, e incluso aceptaba estar actuando como un egoísta insensible, cierto. Tan cierto como su falta de remordimientos; no tenía ninguno. Esa distancia les beneficiaría, sobre todo a ella para recapacitar. Si recordaba con la malaleche que calumnió a su tío, no dejaba de aplaudir su forma de tratarla. Contrariamente, el rumor de su voz quebrada confesándole que lo amaba le suponía un desquiciante martirio. Deseaba escuchar eso mismo en otra circunstancia, sin temor acuciándola, con la convicción de haber encontrado en él a su alma gemela tal y como él la sentía a ella. En cuanto eso ocurriese, nada en el mundo podría impedir que volvieran a estar juntos.

Atrapado en el murmullo del grupo de jóvenes, sacó el móvil y llamó a Lucía. No estaba preocupado por ella en un sentido general, el brazo sanaba bien, y seguía siendo su apoyo incondicional en ese inesperado regreso a Madrid, hasta su mayor azote al ordenarle no desaprovechar la inesperada renuncia del conservador del museo, no obstante, tenía una ligera inquietud al ponerse en su piel de adolescente afrontando en cuestión de pocos días un cambio tan extremo a mitad de curso.

Tras la breve conversación, de nuevo Lucía fue su orgullo. No podía haber tenido más suerte con ella. Lo tranquilizó con palabras animosas, maduras, siempre incitándole a seguir el ritmo endemoniado al que había empezado a girar su vida después de un estancamiento demasiado largo.

A unos metros de la parada de autobús que había en la esquina de la calle Alcalá, dejó atrás al grupo de jóvenes, cerca de la glorieta de Cibele, justo en el mismo sitio donde él y Álix decidieron darse otra oportunidad después del descalabro de primera cita en el asador. No habían pasado ni tres meses y aquello le pareció a años luz. Eso lo condujo a pensar en la sensación del tiempo, con ella todo era caprichoso.

Parado en el paso de peatones mientras cambiaba el semáforo, distrajo los ojos en los faros de los coches que circulaban a bastante velocidad. Lo deslumbró un frenesí al que le tenía perdido el pulso. De haber estado atento a su retaguardia, no habría rozado colapsar asustado después de escuchar:

—¿A qué juegas?

El tono bronco de Álix indicaba su mal talante. Beltrán giró la cabeza despacio, sin evitar adrede repasarle el cuerpo en un examen concienzudo. Vestía como una bibliotecaria severa, pero en plan sexi con su indomable cabello cobrizo suelto, un abrigo rojo y tacones negros que le permitieron recrearse en sus fabulosas piernas. No llevaba medias, y eso le sorprendió.

—¿No tienes frío?

Álix alzó las cejas.

—¿Ahora te interesa cómo estoy? —preguntó cínica, molesta al verlo sonreír—. ¿Te parece divertido?

—Cuando bajas la guardia eres irresistible, pero a la defensiva no hay quien te aguante. ¿Podemos hablar como personas civilizadas o no?

—Hablar —repitió en un murmullo, meneando la cabeza—. ¿Sobre tu nuevo empleo? ¿O sobre el broche que tan generosamente me has mandado? ¿De qué, Beltrán? ¿De qué quieres que hablemos?

—De todo, ¿vamos a tu casa?

—¿Perdona? —Álix no supo reprimir la estupefacción—. ¿Por qué no a la tuya?

—Porque tendríamos compañía y todavía es un zafarrancho. ¿Una copa en el irlandés?

A ella le pudo la curiosidad.

—¿Dónde está el piso?

—En Cuatro Caminos —respondió con una mirada atenta—, al lado de tu casa.

Álix se bloqueó unos segundos.

—¿Vamos a ser vecinos?

—Entre otras cosas —habló con sorna.

De malos modos, Álix accedió a esa copa. Ni siquiera pudo soportar el contacto de su mano en la cintura, se contoneó cual culebra inquieta. No vio cómo Beltrán apretaba la boca por no soltar una carcajada. Comprendía su cabreo, y rozaba el éxtasis por la esperanza. La jugada seguía su curso, viva, excitante.

Con dos pintas de Guinness en la mesa, durante unos segundos se estudiaron sin romper el silencio que mantuvieron en el breve paseo hasta el pub. El ambiente animado de los clientes, la mayoría eran trabajadores de las

numerosas oficinas cercanas, y la música suave estaban en un segundo plano. Allí todo les sobró para crear un universo propio, a punto de estallar; aunque propio a fin de cuentas.

—Voy a ser muy directa, Beltrán. No me apetece verte, hacerlo me recuerda el daño que me has causado, pero he venido para que me expliques qué pretendes al trabajar de nuevo aquí; no lo entiendo. Entre otras cosas... — pronunció despacio, con rabiosa ironía.

—Lo que pretenda o deje de pretender es asunto mío —comentó soberbio. El comienzo de la charla no podía ir peor. Bebió un trago de cerveza sin cambiar su gesto impasible—. ¿Qué más no entiendes?

Álix pensó que todavía estaba enfadado por la discusión de Navidad.

—Primero me gustaría pedirte disculpas, reconozco que no estuvo bien lo que te dije de tu tío, lo siento mucho.

—Aceptadas —convino brincando de emoción. Al fin la fiera mostraba un poco de docilidad—. Yo también te pido disculpas, se me fue de las manos... echarte de esa manera.

—Aún estoy en shock. He llorado mucho por tu culpa.

Beltrán suspiró hondo.

—El conservador ha dimitido —dijo por no remover sus remordimientos—. Me ofrecí al puesto porque era la oportunidad que llevaba esperando mucho tiempo; aquí tengo mejor proyección que en Cádiz.

Volvió a beber, dándole tiempo para asimilar el cambio.

—¿Y Lucía?

—Encantada —respondió con los ojos brillantes—. Ha empezado en un instituto que hay cerca del piso que he alquilado y, de momento, le gusta. Para ella esto es la aventura previa a su salto inglés —comentó con humor. Álix mostró sorpresa, y él, contento al recordar cómo alentó el espíritu independiente de su sobrina, siguió compartiendo sus planes—. Si termina el

curso con buenas notas, la mandaré a Londres para que haga el Bachillerato Internacional, el último curso, y luego la carrera que elija. Hemos estado mirando algunas escuelas... Me costará un riñón, pero pinta bien.

—Será un esfuerzo, pero, si puedes permitirte, es lo mejor que puedes hacer por ella.

—Tiene muchas ganas de verte —añadió transmitiéndole un deseo que Lucía le repetía cada media hora.

—Y yo. —Sonrió un poco, sin intención de decirle que la había llamado por teléfono y todavía estaba esperando terminar con ella la conversación que dejaron pendiente—. ¿Cómo está?

Beltrán intentó sonar tranquilo al contarle el accidente de moto, pendiente a los ojos asustados de ella. Abiertos de par en par eran enormes, sinceros mostrando el miedo. Respondía sus preguntas con agrado, tal preocupación se evidenciaba responsable y en total sintonía a la de él. Cuando creyó haber saciado su interés, le comentó:

—Tocó el broche un rato antes del accidente.

Ella interpretó rápidamente que se refería a la maldición.

—¿Por eso no querías que lo tocara yo?

—Más o menos...

La voz de Beltrán había sonado resignada.

—¿Ahora eres supersticioso?

—Verle las orejas al lobo me ha hecho recapacitar —dijo simpático—. Por cierto, ¿qué te ha parecido la perla?

—Una preciosidad —contestó un poco más relajada después de darle un sorbo a la cerveza negra, densa. Esa densidad empezaba a transformarse en placer—. ¿Cómo has convencido a tu tío?

—No lo he hecho —habló y bajó la mirada—; se suicidó el día que te fuiste.

Álix volvió a abrir los ojos de par en par sin apartarlos de un ámbar apenado que le llegó al corazón. Le rozó la mano, y él bajó los párpados durante un segundo aceptando su ternura.

Fue entonces, envueltos en esa atmósfera de dolor, cuando iniciaron un diálogo sosegado que volvía a acercarlos aunque ella no distinguiera la amistad del amor. Mientras escuchaba la voz grave de Beltrán entonando palabras indulgentes y cariñosas para su tío, justificando razones ilógicas al mantener el secreto del broche más de cuarenta años, o argumentos sobre la recurrente maldición para achacar desgracias, pendiente a su rostro atractivo y a esos ojos melosos, evocaba sus noches románticas, sus miradas seductoras.

En el transcurso de la charla, una emoción diferente la sumió en otra compasión alejada de la que había sentido esa misma tarde al anhelar su presencia. No tenía nada parecido. En ese preciso momento se compadeció ante la infame certeza de no merecerlo. Nunca estaría a la altura de un hombre como él. Admiró esa elegante manera de defender su sangre, la generosidad al regalar una joya que nadie podría reclamarle y esa habilidad natural para adaptarse a las circunstancias que pocas personas asimilarían.

El pesimismo se adueñó de sus pensamientos frente al hombre que amaba. Era consciente de obcecarse planificando, de que no podía evitar sentirse incómoda cuando alguien modificaba sus hábitos, por no decir cuánto le costaba disfrutar y divertirse improvisando. Por más que compartieran intereses, su conexión intelectual y el sexo fuesen inmejorables y, encima, ya no estuvieran en ciudades distintas, retomar la relación le pareció imposible. Tampoco él daba muestras de afecto limitándose a hablar como haría un buen amigo.

Álix llegó a tal punto que le sobraron tantas explicaciones. Quería salir de allí y dejar de sentirse atormentada. Prefería cortar el contacto de raíz a verse acorralada en una amistad que siempre le recordaría lo que pudieron ser.

—Se está haciendo tarde, tengo que marcharme.

Él dudó un instante.

—¿Has quedado?

—Sí —mintió, qué sufriera—. Gracias por la charla.

El gesto de Beltrán, amable, fue una patada de realidad. Ignoraba que a base de desengaños él había aprendido a reconocer mentiras y a perdonar a los mentirosos; siempre tenían motivos importantes. El de ella, sin duda, la venganza.

Álix se puso el abrigo delante de él, que estaba de pie esperando despedirse con una mirada inescrutable, le dio dos besos en las mejillas y, saboreando su triunfo, salió del pub.

La noche recreaba en las calles fantasmales desiertos, el aire en gélidas estelas detenía la vida y en el ambiente se respiraba el pesado abatimiento de la derrota. Ella era una perdedora, no tuvo dudas. Esa sensación no le permitió caminar rápido ni levantar la cabeza de la penumbra de sus pensamientos.

Llegando al semáforo para cruzar el Paseo de Recoletos hacia la parada de metro, una carrera a su espalda consiguió devolverla a la fría realidad. Giró la cabeza para que toda su piel se erizara al ver a Beltrán acercándose.

A una distancia prudente él se detuvo, comenzó a andar con ese balanceo de caderas que la cohibía. Siempre tenían ese efecto en ella; pero de forma súbita advirtió en sus ojos un brillo de inseguridad. Cuando apenas quedaba separación entre ellos, lo apreció claramente; estaba nervioso.

Álix podía alargar el brazo y tocarlo, recorrerle el cuello y palpar su garganta delatora al tragar despacio, o poner la palma de la mano en su pecho para calmar su atropellada respiración. Podía. Pero no hizo nada. Luchaba contra el impulso de rogarle que la olvidara, contra la tentación de lanzarse a su cuello para reencontrar el calor que añoraba como imperiosa necesidad.

—No voy a permitir que te vayas —dijo en un tono helado, tanto como la

brisa que despeinaba las flamas del cabello donde pensaba enredarse—. Los dos hemos cometido errores, magnificados porque nos parecemos demasiado, pero nos hemos disculpado y deberíamos tener el coraje de ser sinceros el uno con el otro. He estado perdido y muy solo —habló acortando aún más distancia, cautivado por el fulgurante destello húmedo de sus ojos—, he vivido mil historias buenas y malas, pero todas han merecido la pena si echo la vista atrás porque me han convertido en el hombre que soy y me han dado perspectiva para apreciar lo que me conviene: tú.

Álix tenía un nudo en la garganta, lloraba en silencio. Beltrán paseó la mano por su cara, limpiando lágrimas de sublime emoción, y le faltó paciencia para resistir besarle la boca. Rodeados de intimidad, ella le susurró todas las palabras de amor que nunca se había atrevido a decirle.

Fueron instantes de redención para confiar en ellos y sentirse vulnerables ante el desafío de empezar juntos a recorrer ese nuevo camino. Sería una duda permanente que todos los pasos de sus vidas no les hubiesen conducido a encontrarse, a superar el pasado perdiéndose ellos mismos para forjar a las personas que eran estando unidas de la manera más profunda. Solo existían juntos, imposible para ninguno sentir al otro con mayor intensidad.

Beltrán habría estado besándola horas, pero el viento seco y helado lo tornó a aquella esquina solitaria, y se apartó un poco.

—Invítame a tu casa.

—Tendríamos que hablar de eso.

Él ignoró el comentario y colocó una mano en su espalda, vigilando los coches que atravesaban el paseo buscando el piloto verde de algún taxi. Cuando levantó el brazo, le dedicó una sonrisa suave.

—Hablaemos de todo, pero no ahora mismo.

La doctora lo observó un instante. De inmediato, asintió con la cabeza. Necesitaba esa firme autoridad para equilibrarla y no se engañó augurando

para ellos un camino de rosas.

Volvió a aceptar su galantería cuando extendió la mano al abrir la portezuela del taxi. Ya acomodada en el asiento, después de escucharle dar al taxista su dirección exacta, entrelazó su mano a la de él y le preguntó en voz baja:

—¿Podrás vivir sin el mar?

Beltrán la acarició con una mirada de ámbar líquido, besó breve sus labios y susurró:

—Tengo otro mar, de fuego, salvaje y violento, floto mientras lo navego y soy muy feliz.

Epílogo

15 de agosto de 2018, San Fernando, Cádiz

LA MAÑANA TENÍA EL CIELO de un azul nítido, una temperatura bochornosa y sin una pizca de viento. Todo en alianza con la fiesta que Lucía había organizado en la piscina. Era una despedida, o un hasta pronto, para sus amigos y una especie de divertido martirio para Álix. Tumbada en una hamaca, a varios metros del borde de la piscina, bajo la sombra de dos palmeras, el reggaetón no le daba tregua y las locuras en el agua eran una distracción perfecta.

Incrédula, se bajó un poco las gafas de sol al ver a Beltrán bailando en el centro de un corrillo de adolescentes revolucionados. Rio medio avergonzada. Todo el pudor de ella, le faltaba a Beltrán. Por más que llevara una semana protestando por la fiesta, de malhumor cada vez que Lucía le hacía algún nuevo encargo, sugerencias según ella, había sido empezar a recibir a los adolescentes para cambiar su actitud por completo. No tuvo dudas al creer que así se había ganado la simpatía y confianza de los jóvenes; era tan popular como Lucía; en cambio, a ella la miraban con un respeto casi reverencial. Como si fuese un testigo molesto en aquella diversión.

Beltrán la vio sonreír y le hizo una seña con la mano para que se uniera al baile. No surtió ningún efecto. Álix se puso en pie y se ató el pareo a la cintura. Apenas se le notaba el embarazo de cuatro meses, solo una incipiente curva daba crédito de que pronto sería madre de un niño al que habían decidido llamar Juan en honor al padre de ella. No le dio tiempo escabullirse en el interior de la casa, Beltrán atrapó su cintura al ritmo de *Duro y Suave*.

—¿Huías de mí?

Álix esbozó una sonrisa radiante y empezó a seguirle el sensual baile.

Durante los siete meses que llevaban conviviendo —no se casarían porque ambos eran reacios al matrimonio— había aprendido que nunca podría escapar de ponerse en ridículo como él estuviera presente. Tenía un empeño particular en demostrarle su lado impúdico para alejarle los complejos. Era un hecho.

El bailecito resultaba vivamente excitante. Se rozaban con la extraordinaria intimidad del vínculo que compartían. Fue otra de esas cosas inesperadas para descubrirse de forma más profunda, imperiosa. Indiferentes al alboroto juvenil, con las miradas absortas en la ensoñación de su amor, se mecían enredados en sus brazos hasta que Beltrán hundió las manos bajo el pareo y ella sintió que la piel le ardía.

—Como sigas, vas a buscarme una ruina delante de la niña.

—Relájate —susurró con los labios pegados en su cuello—, no estoy haciendo nada...—Repartió besos en un lento ronroneo—. ¿No puedo ser cariñoso con mi chica?

—Vayamos dentro y te dejo explayarte.

Beltrán sopesó la oferta un instante, y sucumbió al tirar de su mano camino del salón. Volaron subiendo la escalera, pletóricos. Él hasta olvidó el respeto que a veces sentía por el embarazo, se dejó llevar por el empuje de estar donde deseaba con la plena conciencia de vivir la mejor etapa de su vida después de transitar por el dolor y la soledad de ese hogar incompleto. Ahora, con la oportunidad de ser feliz de su mano, por fin se sentía en paz, por fin estaba en el auténtico paraíso: ella.

Agradecimientos

Como siempre, el primer agradecimiento es para María y Elena, mis hijas, porque son las damnificadas mientras me disperso en estos mundos imaginarios que me aportan tanta felicidad. Gracias a los lectores que ya conocían otras de mis obras, su fidelidad y apoyo es un acicate para mejorar; y gracias a los nuevos lectores que acaban de descubrirme con esta novela, espero no haberos defraudado. Gracias a mis guardianas del orden, las mujeres que desinteresadamente me dedican su tiempo para contribuir a que mis novelas os gusten un poquito más: Marisa Lillo, Patricia y Virginia Miguel, Rosalba Ferragonio, Loreto Lobera y Cristina Zurita, sin ellas todo sería mucho más complicado para mí. Saben opinar de forma constructiva, aportar ideas y ser unas verdaderas amigas; todo un logro soportarme. Mi agradecimiento a las chicas de OeM, aunque lleve unos meses un poco apartada del grupo por mis compromisos profesionales, siempre las tengo presentes por su inestimable apoyo.

Y para terminar muchísimas gracias a todas las personas que me siguen en las redes sociales, son otro apoyo fundamental para darme a conocer.

Una vez más, gracias otra vez de todo corazón.

Seguiré intentando colarme en vuestras vidas siempre que queráis.

R.A.M.

Málaga, diciembre de 2018

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal, donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la arquitectura e ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *Las Perlas de las Reinas*, tiene publicadas entre otras: *Indestructible* (2014), *Ivory Manor* (2015), *Trébol rojo* (2015), *Un recuerdo indestructible* (2016), *Boreal Róis* (2016), *Lágrimas esmeraldas* (2016), *En honor a la verdad* (2017), *La señora Pinkerton y sus demonios* (2017), *Lilas en el bosque* (2018) y *La fragancia de lo infinito* (2018). Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, Rosa Alcántara no se limita a la romántica, destaca en sus novelas el suspense que atrapa con una lectura fluida, sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, personajes con profundidad y un ritmo trepidante.

Páginas de interés

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Instagram: Rosa _Alcántara _Menéndez

© Rosa Alcántara Menéndez 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

[1] Viento de Poniente, surge del Oeste y Suroeste, del océano; fresco, húmedo y de fuerza moderada.

[2] Viento de Levante, procede del Este, del interior; seco y, conocido por su gran intensidad.